

NOA

UN AMOR A PRUEBA DE LEY

AITOR FERRER

NOA

UN AMOR A PRUEBA DE LEY

AITOR FERRER

Primera edición.

Noa. Un amor a prueba de ley

ÍNDICE

Prólogo



Dos meses antes…

La tormentosa noche apenas me dejaba ver por la ventana. Los nervios me atacaban más de la cuenta porque la cosa parecía arder en comisaría. Estábamos a punto de echarle el guante a uno de los mayores narcotraficantes de toda Galicia, lo que motivaba que toda precaución fuese poca.

Hay narcos y narcos. No dudéis que los hay de poca monta, pero también existen esos otros que se creen todopoderosos y que siempre van acompañados de un verdadero ejército de tipos de nula moral, como ellos, que hacen un pacto con el mismísimo diablo con tal de sacar tajada de uno de los negocios más sucios del mundo; el de la droga.

Me llamo Noa Prieto y por aquel entonces ya era inspectora de policía, algo que me había currado a tope hasta lograrlo a la temprana edad de 28 años. Quienes me conocían bien, me auguraban un largo y próspero futuro en el cuerpo. Yo me conformaba con servir a mis paisanos y dar caza a esos que hacían de mi amada tierra un nido de ratas inmundas que trafican con muerte, porque la droga no deja de ser eso.

Llevaba tres viviendo años con Alexandre, otro inspector cinco años

mayor que yo. Cuando comencé a salir con él, todas mis compañeras decían sentir envidia, porque me había llevado al más guapo de la comisaría. En realidad, mi corazón estaba dividido entre ese guapo y otro que no lo era menos: mi padre, el comisario Iago Prieto, quien dirigía la comisaría con mano de hierro y llevaba años luchando con uñas y dientes por erradicar las entradas masivas de droga en Pontevedra, una zona especialmente castigada por esas organizaciones criminales que mueven alijos como si fueran caramelos y que se permiten tener desde narcosubmarinos (por mucho que suene a ciencia ficción) hasta laboratorios de síntesis.

En constante contacto con autoridades como el Fiscal Antidroga o entidades del estilo de la *Fundación contra o Narcotráfico,* los hombres y mujeres que trabajábamos en esa comisaría, como en tantas otras de Galicia, nos dejábamos la piel para tratar de apresar a esos despreciables tipejos que, a menudo, campaban a sus anchas por nuestra bonita tierra haciendo ostentación de cuánto se llenaban los bolsillos a costa del sufrimiento ajeno, pues esos ruines destruían vidas.

De la pandemia en adelante, esa en la que todos íbamos a aprender tanto, las cosas se habían puesto más feas. Allí, los únicos que habían aprendido eran los narcos, quienes cada vez contaban con medios más sofisticados para reírse en nuestra propia cara y quienes, por cada alijo que interceptábamos, conseguían meter un buen puñado más de ellos.

Toda una escalada criminal que nos estaba desbordando, tanto porque ellos parecían haber encontrado la fórmula para hacer más lucrativo su negocio, como por la actividad judicial ralentizada, tensionada y al límite, con unos jueces que no contaban con las suficientes armas como para poder meter entre rejas, a la primera de cambio, a esa sarta de miserables.

Para colmo de males, que también era mala suerte, en nuestra zona se había asentado desde hacía un tiempo una banda de colombianos que pretendía hacer sombra a los capos locales, a los que llevaban toda la vida repartiéndose la tarta en generosas porciones.

Sobra decir que la llegada de los colombianos supuso el estallido de la guerra, tan sencillo como eso. Los enfrentamientos a tiro limpio, los intentos de “vuelco”, que no son otra cosa que los robos de droga entre grupos criminales, los ajustes de cuentas… Todo sumó en una espiral de violencia que nos llevó al abismo a los agentes de la ley, a esos que amábamos esa tierra o a los que vinieron de fuera para defenderla, como era el caso de Alexandre, mi querido novio sevillano.

Puede que al ciudadano de pie todo esto le suene a chino, pero así lo vivíamos quienes luchábamos día a día contra los capos, quienes habíamos hecho de esa lucha una filosofía de vida.

Aquella noche Alexandre estaba de servicio y yo, que andaba en casa con fiebre, me puse especialmente nerviosa al comprobar que ya era hora de que hubiese llegado y que no había ni rastro de él. Pegada a la ventana, revisaba una vez y otra el móvil, en espera de ese mensaje que me advirtiese de que todo estaba bien, de que simplemente se trataba de un retraso.

Los pálpitos existen, para mí está comprobado… Yo sentí uno el día que mi madre falleció en un accidente casero de lo más tonto, rodando por las escaleras de casa tras una caída fortuita muchos años atrás… Cuando tienes esa corta edad, no esperas que tu madre se vaya a ninguna parte, y mucho menos al cielo… Pero si ha de irse, te cuesta entender que sea de golpe y de un modo así de absurdo.

Recordaba, mientras apuraba ese cigarrillo que solo cogía cuando los nervios no me permitían prescindir del todo del tabaco, que aquella

mañana yo estaba en el colegio y presentí que algo malo estaba sucediendo. De hecho, le llegué a pedir a Maruxa, mi profesora, que llamara a casa para ver si mi madre estaba bien.

Sé que muchas personas no creen en este tipo de cosas y están en todo su derecho. Por supuesto que yo tampoco puedo encontrarles una explicación científica, simplemente cuento lo que me pasó. Y esa lluviosa noche me estaba sucediendo lo mismo, algo en mi interior me decía que Alexandre no iba a aparecer con su pícara y sexy sonrisa, esa que me enamoró desde el mismo instante en el que le conocí.

—¡Mierda! —exclamé cuando llamé a mi padre por si sabía algo de él y no me lo cogió. Debía andar más liado que la sandalia de un romano por mucho que fuera tan tarde.

A menudo, un chivatazo o cualquier otra circunstancia hacían que se tuviera que montar un operativo de un momento para otro, y mi padre no delegaba en nadie cuando había que hacerlo. Siempre al mando, Iago Prieto era un comisario con un historial intachable, la viva imagen de la lucha contra la droga.

Por fin, unos minutos después me devolvió la llamada.

—Papá, gracias al cielo que apareces—le dije por todo saludo tras comprobar en la pantalla de mi móvil que era él—. Oye, ¿tú sabes si Alexandre sigue en comisaria? Porque me voy a morder las uñas a este paso.

—Hija—carraspeó—. Tienes que venir al hospital…

La voz de muerto con la que me lo pidió no me dejó lugar para la duda. Ni siquiera escuché nada más porque sabía que las noticias serían rematadamente malas. La única esperanza era que se

encontraban en el hospital y, por tanto, Alexandre podría estar vivo.

No me encontraba en condiciones de conducir, por lo que paré un taxi que pasaba por la transitada avenida en la que yo vivía, y le dije que corriera todo lo posible.

—Tampoco puedo hacer maravillas, mujer, que luego llega la policía y le multa a uno—me dijo.

Tenía razón el hombre, aunque comprendió que debía acelerar todo lo que estuviera en su mano al ver, por el espejo retrovisor interior, cómo las lágrimas caían de mis ojos, una detrás de otra.

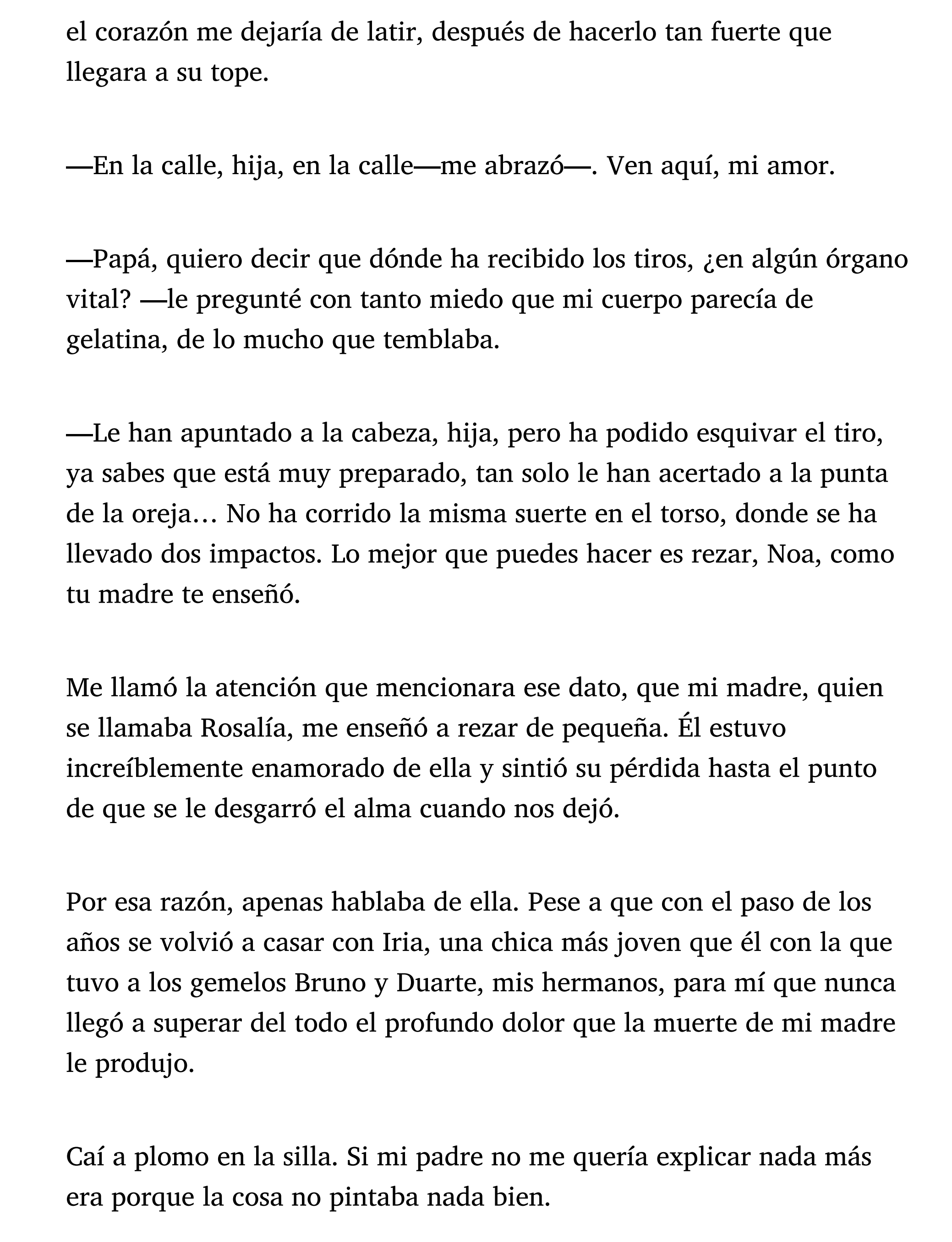
Hasta ese momento, nunca había pasado tanto miedo. El día que mi padre me comunicó que mi madre había fallecido, viniendo por mí al colegio con el corazón hecho añicos, simplemente mi infantil cabecita entró en shock, pero no conoció el miedo que estaba conociendo entonces la cabeza adulta que me decía que mi obligación era mantener la compostura porque, con independencia de cuál fuera su estado, allí la peor parte se la habría llevado Alexandre.

No recuerdo cómo entré en el hospital, pero sí la sensación de ir volando por los pasillos sin que mis pies apenas tocasen el suelo. Me costaba tanto, tanto, rendirme a la evidencia de que también le había tocado a él…

La cara de mi padre me vino a decir, antes siquiera de abrir el pico, que Alexandre estaba grave.

—Cariño, saldrá de esta. Ha recibido un par de tiros, le están operando…

—¿Un par de tiros? ¿Dónde? —le pregunté tan alterada que creí que



el corazón me dejaría de latir, después de hacerlo tan fuerte que llegara a su tope.

—En la calle, hija, en la calle—me abrazó—. Ven aquí, mi amor.

—Papá, quiero decir que dónde ha recibido los tiros, ¿en algún órgano vital? —le pregunté con tanto miedo que mi cuerpo parecía de gelatina, de lo mucho que temblaba.

—Le han apuntado a la cabeza, hija, pero ha podido esquivar el tiro, ya sabes que está muy preparado, tan solo le han acertado a la punta de la oreja… No ha corrido la misma suerte en el torso, donde se ha llevado dos impactos. Lo mejor que puedes hacer es rezar, Noa, como tu madre te enseñó.

Me llamó la atención que mencionara ese dato, que mi madre, quien se llamaba Rosalía, me enseñó a rezar de pequeña. Él estuvo increíblemente enamorado de ella y sintió su pérdida hasta el punto de que se le desgarró el alma cuando nos dejó.

Por esa razón, apenas hablaba de ella. Pese a que con el paso de los años se volvió a casar con Iria, una chica más joven que él con la que tuvo a los gemelos Bruno y Duarte, mis hermanos, para mí que nunca llegó a superar del todo el profundo dolor que la muerte de mi madre le produjo.

Caí a plomo en la silla. Si mi padre no me quería explicar nada más era porque la cosa no pintaba nada bien.

—Papá, me muero si él…

—No te morirías, hija, te lo digo yo—lo sabía de buena tinta, nadie podía saberlo tan bien como él—, pero ya te he dicho que reces y

tengas fe. Yo la perdí hace muchos años. Necesito salir a fumar un cigarrillo, ¿puedo? —me pidió permiso para dejarme sola un par de minutos.

Mi padre sí fumaba como un carretero. Siempre decía que algún día lo dejaría, pero tal día no llegaba. Esa noche no sería, desde luego, ya que ambos estábamos destrozados.

Digamos que para él también se trataba de un palo doble, porque no solo habían abatido a tiros a uno de sus subordinados, algo que le mataba de dolor cuando sucedía, sino que en aquel caso atacaron a su querido yerno Alexandre, ese al que le confiaba mi cuidado cada día y de quien se sentía tremendamente orgulloso.

He de decir que, en un primer momento, no vio con los mejores ojos nuestra relación porque, aunque pueda sonar a broma, él podría haber rodado una peli de “8 apellidos gallegos”, puesto que no había un mayor amante de su tierra. Bajo esa premisa, hubiera querido por yerno y padre de sus nietos a un paisano, pero tras sus iniciales reticencias, Alexandre se lo metió en el bolsillo.

No es de extrañar, pues ese hombre que se debatía entre la vida y la muerte en el quirófano de un hospital, mientras yo me moría de miedo, era el tipo más simpático y carismático del mundo, ese chico alegre y optimista que siempre tenía un chiste en los labios y una palabra de ánimo para todos.

Yo me consideraba mejor persona desde que estaba con Alexandre y rezaba todo aquello que podía recordar para que saliera con vida, para que pudiéramos cumplir todos nuestros sueños y para que continuásemos plantándole cara a esos hijos de mala madre que no lograrían achantarnos por mucho que nos tuviesen declarada la guerra.

Más que nunca, tuve claro que de allí no nos echarían ni ellos ni nadie y que, si Alexandre salía bien parado, lo único que habrían logrado sería hacernos más fuertes.

De la mano de mi padre, una vez que volvió a la sala de espera y se sentó a mi lado, pasé el tiempo suficiente para que el cirujano, con cara de póquer, saliera del quirófano.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. Solo puedo decirles que las siguientes horas serán determinantes.

Capítulo 1



Bruno y Duarte sostenían la pancarta con la que le dieron la bienvenida a Alexandre. Ya habían pasado dos meses… Dos largos meses en los que luchó, día a día, por salir de aquel espantoso trance y sin secuelas… ¡y lo había conseguido! Por eso lo celebrábamos.

Yo hubiera preferido ir directa a nuestra casa aquel día, pero Iria, que era un ángel, insistió en prepararle a Alexandre ese caldo gallego que tanto le gustaba y que decía que no tenía nada que envidiarle a ese otro plato exquisito, el puchero andaluz, con el que él había crecido.

—¡Ya estáis aquí! —chillaron aquellos pequeños revoltosos con los que me llevaba veinte años y a los que amaba con toda mi alma.

—¡Eso es! ¡Fuera abrigos! —Iria ayudó a Alexandre a quitarse el suyo. Aún algo dolorido, ella lo hizo con sumo cuidado, el mismo que ponía en todo.

Iria pertenecía al personal civil que trabajaba en la comisaría. Muchos años después de la muerte de mi madre, mi padre se fijó en aquella bella y joven mujer, que tan solo me superaba en diez años y que enseguida se convirtió en mi amiga, confesándome que llevaba mucho tiempo enamorada en secreto del comisario. Una historia romántica de libro que fructificó en boda y en el nacimiento de esos dos torbellinos de ocho añitos.

Apenas tuve ocasión de convivir con todos ellos porque su boda vino a coincidir con el momento en el que me marché a Santiago a estudiar Derecho, carrera que me sirvió de trampolín para poder opositar a mi puesto posteriormente.

Mi padre no cabía en sí de gozo. Si algo era importante para ese dinosaurio de la policía, para ese hombre que me tuvo a los 35 años y que, por tanto, ya contaba con 63, era ver a su familia reunida. Pese a ser tan apuesto como he comentado, en más de una ocasión alguna persona pensó que Iria fuera su hija más que su esposa, pero la diferencia de edad jamás supuso un obstáculo para quienes supieron tomarla con tanta deportividad como ellos lo hicieron.

Alexandre, que también era muy familiar, estaba loco de alegría de poder contarlo y de hacerlo en la mesa de su casa, en esa en la que nos sentamos enseguida.

—Hija, ya he movido hilos para lo de vuestro traslado—me comentó enseguida mi padre, quien no sabía cómo logró convencernos. Al final lo hizo.

Vaya por delante que él nunca quiso que yo me convirtiese en policía, aunque nada pudo hacer para evitarlo puesto que lo llevaba en la sangre y fue mi deseo desde que no levantaba un palmo del suelo. Es más que probable que el orgullo y la admiración que sentía hacia mi progenitor fuera el detonante para que sintiera el gusanillo en el cuerpo.

Con mucho acierto, él me decía que yo tenía la vida resuelta y que podía dedicarme a lo que le me diera la gana, así que no entendió que eligiera una profesión así de peligrosa, lo cual no dejaba de resultar irónico saliendo de su boca.

Lo de tener la vida resuelta obedecía a que mi madre era una mujer rica, la única hija de un hombre de negocios que tampoco vio, en un primer momento, la boda de su hija con buenos ojos. Por aquel entonces, mi padre era un inspector avispado, uno que apuntaba maneras en el cuerpo, si bien para los ojos de alguien tan acaudalado como mi abuelo, era un don nadie, básicamente.

No obstante, mi madre se enamoró hasta el tuétano de él y de sus valores, razón por la cual luchó con uñas y dientes por defender un amor que cristalizó en una boda que la hizo muy feliz, y en el nacimiento de una hija que amplificó esa felicidad.

Y allí estábamos muchos años después, todos menos ella, planificando un traslado a Sevilla que a mí me olía a chamusquina, por mucho que la ciudad de Alexandre me apasionase y que sus padres, Ana y Rodrigo, me cayeran sensacional.

Ya habíamos alquilado, por mediación de mis suegros, un precioso ático en la calle Sierpes, una de las más céntricas de la capital, que rezumaba vida por los cuatro costados. Como digo, para mí el dinero (recibí en su momento la herencia de mi madre) no suponía ningún problema. De hecho, para muchos yo no era más que una niña rica jugando a los polis, pero nadie como yo conocía mi verdadera vocación y mi espíritu de sacrificio.

Por cierto, que mi padre, un hombre inteligente donde los hubiera, supo hacer malabares durante los años de mi infancia con mi herencia para multiplicarla por mucho, llevando a cabo grandes inversiones, que también le cubrieron la espalda de por vida, de ahí que tuviera esa maravillosa casa y otra serie de posesiones, siempre respaldadas por un dinero cien por cien legal que no solo me guardó con celo, sino que multiplicó como en el milagro de los panes y los peces.

Pues bien, que nadie como él para convencerme de que ya no estábamos seguros en Pontevedra. No en vano, el hecho de que yo fuera su hija me situaba en el punto de mira de los narcotraficantes, igual que a Alexandre el ser su yerno y uno de los inspectores más intrépidos de la comisaría, que no dudaba en jugarse el pellejo, aunque yo no me quedaba atrás.

—Papá, te lo agradezco, solo espero que allí pueda encontrar mi sitio. Sabes que el traslado me cuesta mucho—le dije.

—Lo sé, hija mía, lo sé, pero también sabes tú que es lo mejor. Si algo has sido siempre, Noa, aparte de tenaz, es inteligente.

—Y rabiosamente guapa, señor—le contestó Alexandre, quien siempre llamaba así a mi padre en broma, como si le rindiera pleitesía incluso fuera de la comisaría, donde Iago Prieto no era comisario en jefe, sino su suegro.

—Y rabiosamente guapa, hijo—corroboró él. Siempre fui la niña de sus ojos y así continuaría siendo, ya que hijas no tenía más.

Capítulo 2



No me había sido fácil cerrar nuestra casa en Pontevedra y poner rumbo a ese lugar del mundo que tiene un color especial, a Sevilla… Yo también amaba esa tierra por extensión, solo que dejar atrás el conflicto de la droga me dolía demasiado porque me tocaba muy de cerca, y más después de que tratasen de asesinar a Alexandre.

Por lo que pudimos saber, aunque allí no sería fácil comprobarlo, fueron los colombianos los que pretendieron coserle a tiros, y solo la pericia de mi chico le permitió salir con vida de un atentado que, cobardemente, se produjo a su salida de la comisaría, cuando no llevaba el chaleco antibalas puesto.

Ana y Rodrigo nos recibieron con los brazos abiertos. Ellos vivían con mucho miedo la estancia de su hijo en Pontevedra, donde todo hay que decirlo, se estaba produciendo una espiral violenta con la policía que ni les iba ni les venía, por lo que acogieron con júbilo nuestra llegada.

—Estamos encantados de que estéis aquí, hija—me dijeron en cuanto entramos por las puertas de su casa y su perrito, un chihuahua que abultaba menos que una naranja, se vino hacia mí a lamerme.

Soy muy amante de los animales y me alegré mucho de reencontrarme con él, quien siempre hacía una verdadera fiesta al verme.

—Mira, Brandy te quiere decir un “me alegro de verte, *miarma*” —me soltó Alexandre.

—No, no, lo de *miarma* no me lo vas a estar diciendo ahora cada dos por tres porque no—negué con la cabeza.

—¿Y por qué no, *miarma*? —se carcajeó su madre, que era otra guasona como su hijo.

Yo es que no estaba para muchas bromas. Desde que tirotearon a Alexandre el carácter se me había agriado bastante, y ellos como que tratarían de combatirlo con su particular alegría y buen humor, solo que yo no estaba para mucho cachondeo.

El perrito me miró poniéndome ojitos. Prueba de que en esa familia se lo tomaban todo con el mejor de los talantes era que hubiesen bautizado así al animalito, como me contaron en su día.

—Se llamaba Mijita, porque era como un comino, pero cuando se le derramó a mi Rodrigo la copa de brandy y corrió con sus cuatro patitas hacia el líquido—lo imitó Ana—, el animalito era todo lengua, no había manera de apartarlo. Y claro, como encima era cachorrito, cogió una tajada de brandy de no te menees. Y de ahí el nombre—repetía Ana, representación incluida, cada vez que llegaba el caso.

Siempre me había divertido mucho en aquella casa, pero aquel día como que nada me hacía gracia. Puede que en parte fuese porque me sentó regular que ellos insistiesen en que pasásemos por la suya antes de llegar a la nuestra incluso.

He de reconocer que Ana y Rodrigo habían sufrido muchísimo cuando tirotearon a su hijo y que pasaron allí varias semanas en las que, junto

conmigo, no se movieron del hospital. También sé que me sonó a cuerno quemado cuando quisieron convencerle de que sería mejor que pidiéramos traslado a Sevilla, una deferencia que podrían tener con nosotros debido a las circunstancias y a más de un favor que le debían a mi padre, quien llevaba toda la vida jugándose la vida por el cuerpo.

En fin, que no podía culparles a ellos porque quien terminó por convencerme fue él, quien casi me lo impuso más como comisario y jefe, que como padre, pero yo vivía en un momento en el que todo me molestaba.

Por esa razón, y dado que estábamos muy cansados porque salimos de Pontevedra de madrugada en coche, nada más almorzar nos dirigimos hacia el ático, el cual Alexandre estaba deseando ver. Antes de salir por la puerta, eso sí, Ana me colocó un táper en la mano y me dijo que ya pasaría a recogerlo vacío, lo que me olió todavía mucho peor, porque yo no estaba acostumbrada a intromisiones familiares y nos las pensaba tolerar.

—¿Qué te pasa, cariño? —me preguntó él mientras me daba un beso en el ascensor.

—Nada, que estoy cansada y con muchas ganas de darme una ducha— le respondí.

—Noa, mírame a la cara y dime que no te pasa nada más. Mírame, venga—me pidió y, en el momento en el que lo hice, puso una mueca de lo más divertida y hasta los ojos bizcos. Así era él, a quien el tiroteo no le había cambiado en nada. Allí la única que había cambiado, y mucho, era yo.

—Eres más bobo, venga ya, ¿cómo puedes hacer esas tonterías? ¿Tú no estás cansado? —le pregunté con una ligera sonrisa en la cara.

—Sí que lo estoy, a decir verdad. Noa, estoy cansado de no verte bien, ¿es por mis padres? Ellos no nos molestarán.

—Eso depende de lo que cada uno entienda por molestia, porque ya la has oído… que vendrá a por el táper, dice.

—Mujer, subirá un momento a por él cuando sea, no es un delito. Además, que no se va a instalar allí con una caseta de campaña, ¿te la imaginas en el salón, lanzando la *Quechua* esa que se monta sola?

—Haz el favor, ¿vale? Es que solo de pensarlo se me ponen los vellos de punta, mira—le dije.

—Ay, cómo me ponen a mí esos pelitos—me atrajo hacia sí. Tenía mucha necesidad de intimidad porque aún no habíamos podido ni reiniciar nuestras relaciones. Acabábamos de salir del hospital, prácticamente, y ya estábamos en Sevilla, donde él podría tardar más tiempo en reincorporarse, si lo deseaba, pero yo debía presentarme en comisaría el lunes siguiente.

Capítulo 3



Entramos en el ático y no podía negarse que recibía sol a raudales. Eso sí, la que tenía la mente nublada era yo, que me había tomado un berrinche enorme al encontrarme con que la puerta del garaje estaba estropeada.

Cuando una tiene los nervios a flor de piel es lo que pasa, que cualquier cosa te revienta. Alexandre estaba demostrando mucha paciencia conmigo. Cierto que yo le cuidé con esmero durante su estancia en el hospital y no le dejé ni un momento solo, pero no por eso tenía derecho a ponerle la cara hasta el suelo en todo momento.

Yo misma me sentía fatal porque no me reconocía y porque tenía mucho que agradecer al universo. Él había sobrevivido y encima, salvo un par de cicatrices en el torso que le daban un aspecto de malote de lo más atractivo, nada más apuntaba a que pudieron matarle dos meses atrás.

Su recuperación fue digna de alabanza, de hecho, y en ella, según me contó en su momento, fueron determinantes sus ganas de volver a casa conmigo. Pues sería el único que quisiese estar conmigo, porque lo cierto es que no me aguantaba ni yo.

Alexandre siempre asimiló, y entendió como un lujo total, que nosotros pudiéramos vivir con un nivel muy superior al del resto de

nuestros compañeros por los motivos que ya he indicado. Y hasta le vio siempre la parte positiva y se mostró encantado, ¡qué caray! Él siempre les decía a sus amigos que conmigo había dado "un braguetazo".

Mi chico no solo era un amor, sino que para él el vaso siempre estaba medio lleno, por lo que se tomó con el mejor de los humores el que la puerta del garaje no abriese, yendo en busca del conserje.

—¡Si es que hasta tememos conserje, chiquitilla! ¿Es un lujo o no es un lujo? —me decía mientras entrábamos en el maravilloso ático, porque lo era, aunque yo no supiera apreciarlo en ese momento.

—Sí que es lujoso, sí, aunque no sé yo si el color de las paredes…

—¿Quieres que lo cambiemos? Pues a cambiarlo se ha dicho. El dueño nos ha comentado que luz verde a todo—me recordó.

—Ya te digo, con el pastizal que le pagamos todos los meses—resoplé porque aquella vivienda de alquiler barata no era, eso desde luego.

—El que tú has querido pagar Noa, pero que si te lo has pensado mejor nos vamos a otro sitio más normalito. Por mí encantado, lo sabes…

—No digo eso, solo digo que es un ático caro, ¿es que ahora hablo en chino? —le respondí porque mi irritación iba en aumento.

—No, pero ¿a ti qué te pasa? *Miarma*, si estás en el mejor sitio del mundo—me dijo a lo Dani Rovira con Clara Lago.

—¡Que no me digas más *miarma*! ¡Joder! ¿Eres tonto o qué te pasa?

Yo misma me sentí falta después de decirle esas palabras porque nunca, en los años que llevábamos de relación, me había dirigido a él de una forma tan borde y maleducada.

—Me pasa que te voy a tomar la delantera en esa ducha, a ver si el agua me despeja un poco los oídos, que creo que no oigo bien y todo me suena un poco feo—ironizó mientras se marchaba.

Poco a poco, fui sacando aire del interior de mis pulmones con la intención de ver si también salía mi mala leche, porque de esa debí acumular ingentes cantidades.

Me senté allí, en el enorme sofá. Quisiera o no se trataba de un ático recién reformado con todo el gusto del mundo… Una maravilla al alcance de muy pocos que contaba, aparte de con amplísimas y preciosas estancias, con una inmensa y cuca terraza que haría las delicias de cualquier mortal.

El teléfono sonó en ese momento y era mi padre, que me estaba haciendo una videollamada.

—Cariño, ¿y esa cara? ¿No te gusta tu casa nueva? —me preguntó porque yo no la podía disimular y porque él me conocía a la perfección.

—No me gusta mi vida nueva, papá, querrás decir…

—Hija mía, parece que te has tragado a John Wayne, con ese afán que tienes por estar aquí pegando tiros. Mejor te hubiera ido rodando pelis del Oeste.

—Muy gracioso, papá, aunque creo que esas las rodaban en Almería y

esto es Sevilla.

—Y siempre te ha gustado mucho esa ciudad, más desde que conociste al andaluz de mi yerno, no me hagas hablar—rio.

—Va, va, pero no es lo mismo venir de visita que para quedarme.

—Hija, cualquiera diría que hablas de una prisión y no de una de las ciudades más bonitas de España donde cuentas con un ático de escándalo.

—Ya, papá, para ti todo es muy fácil…

—Ya veo que quieres guerra, Noa, menos mal que dos no discuten si uno no quiere. Dile a mi yerno que no le cambio el lugar, que tenga paciencia—me pidió.

—Vale, papá. Ya hablamos, ¿ok?

Le despedí sin dedicarle ni una mísera sonrisa. Para mí que me estaba volviendo una siesa, como dicen justamente los andaluces. Simplemente no me salía. Era tarde de sábado y el inmenso frigo americano más que frío daba pena, así que tomé el bolso y me dispuse a ir a hacer una compra.

Justo miraba la nevera de los lácteos cuando la volví a escuchar detrás de mí.

—Rodrigo, ¿es un sueño? Mira, sale una a comprar y se encuentra con su nuera. Esto lo he querido yo toda la vida…

No, no era un sueño, era más bien una pesadilla. En mala hora, con lo

grande que es Sevilla, me dio por alquilar ese ático en la misma zona que vivían mis suegros, a unos diez minutos caminando.

—Vaya, Ana, yo es que ya me iba—le dije soltando la cesta porque prefería morir de inanición que quedarme haciendo la compra con mi familia política.

—Pero hija, si no llevas nada, ¿quieres que te hagamos la compra nosotros y te la subimos? Hemos traído el coche.

—Que no, Ana—le respondí en tono brusco—, que no necesito ayuda.

Los dejé allí un tanto disgustados y bien que lo sentí, porque yo nunca había sido así. No obstante, si no ponía límites desde el primer momento, las cosas irían a peor y mi padre siempre me enseñó que poner una cara colorada a tiempo, a veces obra milagros.

Capítulo 4



Lunes por la mañana y estaba algo de mejor humor. Volver a trabajar siempre me reconfortaba.

No había sido un buen fin de semana para mí. Incluso el revolcón que nos dimos Alexandre y yo no lo disfruté como los de antes. Era como si todo supiera de un modo distinto, de un modo más amargo.

Me estaba recogiendo la coleta delante del enorme espejo del cuarto de baño cuando él apareció por detrás. Por un momento, me recordó a la primera vez que le vi en la comisaría de Pontevedra… me pareció el más atractivo del globo, como que el uniforme parecían haberlo diseñado para él. Y allí lo tenía, de nuevo enfrascado en ese uniforme que era muy preciado para mi chico, pero que pudo costarle la vida.

Normalmente él y yo trabajábamos de paisano, solo que, para presentarnos por primera vez ante la comisaria, que era una mujer, nos pareció más decoroso hacerlo así.

—¿De verdad no voy a poder convencerte de que deberías esperar un poco más? —le pregunté porque ese había sido el tema de discusión de todo el finde.

Yo consideraba que era demasiado pronto para que volviera al curro y él moría por volver, aunque lo de morir no es el verbo más acertado,

dadas las circunstancias.

—¿Y dejar que una muñeca como tú aparezca sola por allí? ¿Qué dices? Te van a querer sortear, chiquitilla…

—Déjate de bobadas porque tú nunca has sido celoso—le advertí.

—Quizás un pelín, pero cuando uno está con una mujer como tú, debe mantener las formas—me halagó dándome uno de esos besos que siempre me habían subido hasta la tensión, de lo mucho que los deseaba. Y no, en esos momentos como que estaba obcecada y no los apreciaba demasiado.

Vacilé un poco antes de entrar en comisaría. No me encontraba bien. La única realidad es que no era en esa en la que deseaba trabajar, sino en una que se encontraba a muchos kilómetros de distancia.

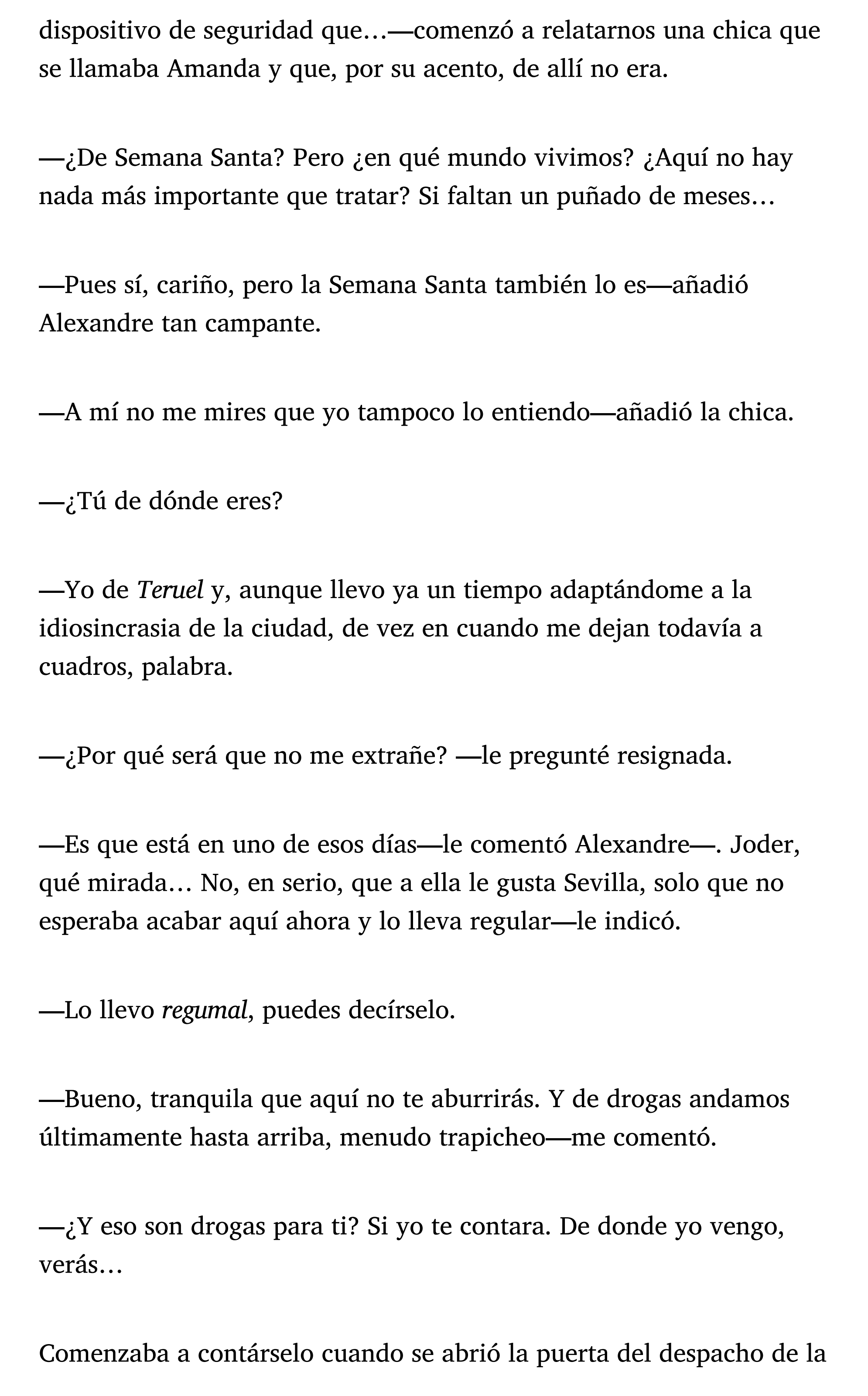
—Noa, ya sé que como al solecito de Sevilla en ningún sitio, pero es hora de que entremos, amor—me guiñó el ojo.

—Qué ganitas de cachondeo tienes tú, ¿no? —me quejé un poco, ya le estaba cogiendo vicio al asunto.

—Yo siempre. Venga, vamos, que vea ese culito respingón que te hacen los pantalones del uniforme. Cielos, qué locura—decía mientras yo arqueaba una ceja y me volvía con más cara de asesina que de poli.

Llegamos y la comisaria estaba reunida con la mayoría de sus subordinados, por lo que tuvimos que esperar hasta que la reunión terminó.

—Por lo visto, se trata de un tema relativo a la Semana Santa, un


dispositivo de seguridad que…—comenzó a relatarnos una chica que se llamaba Amanda y que, por su acento, de allí no era.

—¿De Semana Santa? Pero ¿en qué mundo vivimos? ¿Aquí no hay nada más importante que tratar? Si faltan un puñado de meses…

—Pues sí, cariño, pero la Semana Santa también lo es—añadió Alexandre tan campante.

—A mí no me mires que yo tampoco lo entiendo—añadió la chica.

—¿Tú de dónde eres?

—Yo de *Teruel* y, aunque llevo ya un tiempo adaptándome a la idiosincrasia de la ciudad, de vez en cuando me dejan todavía a cuadros, palabra.

—¿Por qué será que no me extrañe? —le pregunté resignada.

—Es que está en uno de esos días—le comentó Alexandre—. Joder, qué mirada… No, en serio, que a ella le gusta Sevilla, solo que no esperaba acabar aquí ahora y lo lleva regular—le indicó.

—Lo llevo *regumal*, puedes decírselo.

—Bueno, tranquila que aquí no te aburrirás. Y de drogas andamos últimamente hasta arriba, menudo trapicheo—me comentó.

—¿Y eso son drogas para ti? Si yo te contara. De donde yo vengo, verás…

Comenzaba a contárselo cuando se abrió la puerta del despacho de la

comisaria, que se llamaba Noelia. Ahora bien, lo que yo no esperaba era su apellido.

—Qué bien que hayáis llegado. Pasad, por favor, soy la comisaria Noelia Coca—nos extendió la mano.

Por Dios bendito, ¿Coca era su apellido? Alexandre contuvo la risa de milagro mientras yo me hacía cruces internas.

—Puedes lanzar una risilla si quieres—se dirigió a él—. Me lleva ocurriendo desde parvulario, cuanto y más como policía, te puedes imaginar.

—No, no, yo no osaría reírme, comisaria—le contestó él tratando de contenerse, pero mientras ella se volvió un instante, de nuevo se puso bizco y la señaló, razón por la cual me cogió con la sonrisilla a mí.

—Así que eres tú quien quiere reírse, bueno da igual—observó para mi disgusto.

—¿Yo? Qué va—me defendí bufando porque era lo que me faltaba.

—Ya te digo que no me ofende, Noa. Eres hija de un compañero, ¿verdad? Tu padre me llamó para decirme que te cuidara, y a su yerno también.

—¿Mi padre hizo eso? —la sangre me hervía más por momentos. Odiaba cuando se metía en mis cosas como si fuera una cría. Solo le faltaba prepararme la mochilita para llevarme a la guardería, como cuando era poco más que un bebé—. No me lo puedo creer.

—A mí también me habría molestado, si te soy sincera, pero para los

padres siempre seremos niños. Oye, ¿y tú te encuentras bien para incorporarte al trabajo? —se dirigió a Alexandre.

—Estupendamente, comisaria Coca, perdón, digo…

—Tranquilo, haz el favor. Me alegro de teneros aquí y siento mucho por lo que habéis tenido que pasar. Es normal que quisierais cambiar de aires, ya os tocaba.

—En realidad yo no quería—le aclaré mientras salía con ella de su despacho, camino a que nos enseñara las dependencias al completo. Fue muy condescendiente, se notaba que le caíamos bien de antemano. Supuse que mi padre habría hablado maravillas de mí, que era la niña de sus ojos y lo seguiría siendo siempre, estuviera donde estuviera. A mí la morriña me estaba matando, la verdad, porque aún casi no había salido de mi tierra y ya estaba deseando volver a ella.

Capítulo 5



Una semana más tarde, la morriña estaba creciendo en mi interior. No había más. Aparte, supongo que igual para ponernos un poco a prueba, los casos que nos habían asignado eran de poca monta. El más reseñable, y para mí era una auténtica birria, se trataba de un tipo que estaba menudeando algo más de la cuenta con hachís en su barrio, y era hora de cortarle las alas para que la cosa no se fuera de madre. Aunque más bien su madre me sentía yo, porque el menudeo me sonaba a risa después de llevar años luchando contra los narcos como lo había hecho.

—Mucho mejor—me decía Alexandre, a quien la comisaria tampoco le asignó otro caso que no fuese alguno corriente y moliente—. Nos merecemos un respiro.

Yo le escuchaba hablar así y colapsaba. Quizás tuviera razón y más cuando a él hacía dos días y medio, como aquel que dice, que casi lo matan, pero yo no podía, necesitaba acción.

—No digas majaderías, no digas majaderías. La comisaria no nos toma en serio, puede que esto sea cosa de mi padre que le haya dicho que nos tenga entre algodones, y te prometo que no puedo soportarlo—me quejé.

—Tu padre no está detrás de todo lo que nos ocurre, ¿vale? Él solo

quiere lo mejor para nosotros, Noa, me encantaría que te enterases de una vez de que Iago no suele meter las narices en nuestras cosas.

—¿A mí me vas a decir lo que quiere o lo que no quiere mi padre? Es el colmo…

—Cariño, que no te lo digo por eso, de verdad, ¿vale? Solo deseo que te tranquilices y que no pienses que hay ninguna conspiración para que no hagamos nuestro trabajo de polis. Es normal que él se preocupe, como padre que es, pero también lo es que sea la comisaria quien nos vaya poniendo a prueba poco a poco. Ella no tiene por qué darnos los casos más importantes del tirón, no somos el ombligo del mundo, Noa—me recordó.

—¿Me estás llamando engreída? ¿Es eso? —le increpé.

—No, cariño, no es eso. Verás, ya no sé cómo decirte las cosas. Te pasas el día con la cara descolgada y todo te parece mal. Me estás preocupando—me cogió por las manos.

—Pues no te preocupes tanto por mí y mira el plan—le dije porque estábamos llegando a casa y Ana, mi suegra, nos esperaba en la puerta de la calle con un túper de comida, algo que me reventó.

—Vaya, es mi madre—murmuró un poco apurado al verme la cara.

—Sí, es tu santa madre, la madre que te parió, para más señas, ¿es que esta mujer piensa que no tenemos dinero para comer? —bufé.

Comenzaba a desesperarme. No puedo decir que se pasaran todo el día en casa ni nada parecido porque, de haber sido así, les hubiera parado los pies ya, pero esas pequeñas intromisiones me sentaban fatal, como todo.

—Mujer, que la pobre solo ha vendido a traernos algo de comer. Ya sabes que le encanta cocinar y que no le importa…

—Echar un puñadito más, ya… ¡Qué harta estoy! —ya no me callaba. Lo estaba y no lo podía disimular.

Paramos el coche a su lado y Ana se acercó sonriente.

—Son unas albóndigas con salsa de roquefort, hijo, que sé que te encantan. Y espero que a Noa también—indicó.

—A mí es que el roquefort ni fu ni fa, Ana—le solté con gesto desagradecido.

—Vaya, hija, lo siento. De haberlo sabido, te habría preparado a ti otta cosita, ¿quieres que te la traiga mañana? Tú pide por esa boquita —se ofreció.

—Yo lo que quiero son unas buenas vieras, pero aquí, como que no valen nada—le solté desagradecida.

Sabía que las cosas no se hacían así, pero mi mal humor no lo podía evitar y estaba cada vez más borde.

—¿Te pasa algo, Noa? Yo diría que desde que has llegado…— murmuró ella porque su desconcierto iba a más. Yo no perdía ocasión de lanzarle un buen pildorazo y Ana se podría hacer la tonta, pero no lo era.

—Desde que he llegado solo tengo ganas de irme, es verdad. Puedes decirlo sin reservas—le comenté más borde todavía.

—Mamá, muchas gracias por las albóndigas—le dio Alexandre un beso —. Dale otro a papá—le dijo muy cariñoso.

Ya en el ascensor comenzamos a discutir.

—No es para tanto, Noa. Le hace ilusión traernos un táper, pero, en contra de lo que tú señalaste, no se meten en nada.

—¿Y te parece poco? Yo no estoy acostumbrada a llegar a casa y encontrarme ahí a mi suegra, a pie de calle—resoplé.

—Mujer, porque hubiera tenido que ser una superheroína para llevarnos las albóndigas todos los días a Pontevedra, ¿tú te imaginas a mi madre con su capa y el táper, volando? —quiso hacerme reír, hasta me hizo unas cosquillas.

—No seas tonto y déjame, que estoy hasta la punta del pelo…

Me sentía mal porque no estaba conforme con la situación y porque, en el fondo, sabía que me estaba portando fatal con todos ellos y, aun así, no podía evitarlo. Con lo mucho que había rezado meses atrás por la vida de Alexandre y yo se la estaba amargando. Pero es que era así como me sentía, como una amargada, y no podía soportarlo. Qué asco de situación.

Capítulo 6



A Iván no lo soportaba, así de sencillo. Y a Paula menos. Y vosotros diréis, ¿quiénes eran esos dos? Pues nuestros compañeros, los que nos habían asignado a Alexandre y a mí.

Cuando trabajas con tu padre, por mucho que des el callo (y yo lo daba como la primera) cuentas con ciertos privilegios que ni siquiera sabes apreciar… Hasta que los pierdes. Me refiero a que yo siempre trabajé codo con codo con Alexandre, algo que la comisaria no vio con buenos ojos, asignándonos un compañero a cada uno, que además eran de la básica, no inspectores. A mí eso, obvio, me daba lo mismo, lo que me jodía era que mi novio y yo siempre nos protegíamos y que en los otros yo no confiaba.

No quiero recurrir a tópicos porque lo cierto es que adoro a la gente del sur, lo digo desde el fondo de mi corazón, pero en aquel momento me hubiera dado igual que fuera gaditano, como era el caso de Iván, de Valencia o de Cáceres. Todo lo que no fuera recordarme a Galicia me jodía.

Me estaba obsesionando, eso era evidente. Yo sentía mucho haber caído en la trampa de mi padre quien, para protegerme, nos comió el coco y nos mandó a la gran puñeta, poco más o menos.

Y allí estaba yo, cada día más preocupada por él, y demasiado lejos.

Es que esa era otra. A ver, soy consciente de que cuando los narcos van a por ti, es mejor que te cojan confesado, que se lo dijeran a Alexandre y, aun así, siempre tuve la sensación de que, a mi padre, tenerme cerca también le venía bien, como si yo pudiera protegerle a él y no al contrario.

Total, que mi cabeza echaba humo y que cada vez que mi compi Iván abría la boca, a mí me daban ganas de tirarme a su yugular.

—Jefa, hoy nos toca ir a por los manteros, qué faena—me dijo.

—¿Ya estamos otra vez, Iván? Ejercen su actividad de un modo ilegal, no podemos hacer otra cosa—le recordé. No soy de piedra y en el fondo también me daba mucha pena de ellos, si bien yo no solía cuestionar las órdenes, solo las cumplía.

—Ya, pero es que esos pobres no tienen la culpa de haber nacido en un lugar donde solo hay miseria, ¿sabes? Vamos que yo solo digo que, si me hubiera tocado a mí, lo mismo me había subido el primero a una patera, las cosas como son…

Iván, recién salido de la academia de Ávila, era una especie de bombón de licor metido en un uniforme de poli, porque él sí que iba de uniforme, no como yo, que ya he indicado que lo hacía solo en ocasiones puntuales o cuando había de lucir el de gala.

Lo normal era que fuese a trabajar en jeans y con chupas de cuero, que me resultaban muy cómodas, además de que en Sevilla las temperaturas eran suaves y al menos de momento no necesitaba más abrigo.

Nos bajamos del coche patrulla y todos salieron corriendo despavoridos. Era lo habitual. Lógico que si ese es tu sustento y la poli

te lo confisca, como que estás jodido. Y más con la que está cayendo y con las Navidades a la vuelta de la esquina, que a todos nos aumentan los gastos.

—*Pisha*, ¿a quién se le ocurre no correr? ¿Tú estás empanado o qué, Farid? —le preguntó Iván a uno, de unos cuarenta y pico, que no lanzó el vuelo como sus compis.

—Farid tiene herida—le contestó él y, levantándose los pantalones, le enseñó lo que debió ser un pinchazo con un objeto punzante. Era obvio que le habían atacado y que no estaba como para correr.

A mí se me partió el alma, no lo niego, pero órdenes son órdenes.

—Ya sabes lo que hay que hacer—le dije mirando para otra parte.

—Jefa, un poquito de por favor, no me digas que no podemos hacer la vista gorda porque no me lo creo, ¿podemos o no? —me preguntó.

—Iván, ¿es que quieres ponerme en el palo? ¿Tú en qué mundo vives? —le pregunté.

—Pues tú sabes… En un mundo en el que creo que todos tenemos derecho a comer. Verás, a mí es que mi madre me malacostumbró a hacerlo desde chiquitito y por eso pienso que los demás también lo necesitan.

—A mí no me vengas con ese chantaje porque no cuela, es que no cuela. Iván, tú vives en el limbo, esa no es la vida real.

—Ya, jefa, la vida real es esa en la que se nos dice que no podemos dejar pasar ni una, ¿no? ¿Y eso en qué nos convierte? Farid tiene

muchas bocas que alimentar en Marruecos, está lejos de los suyos, pasando calamidades y vendiendo un par de bolsos de mierda al día que apenas le dan…

—Calla ya, *pisha*, que al final me deprimiré más—le contestó el otro, repitiendo ese *“pisha”* tan gaditano de mi compañero y haciendo que finalmente nos riéramos los tres.

Yo no sé cómo lo hizo, os prometo que no, pero Iván logró que me riera por primera vez en muchas semanas y me sentí tan bien que terminé diciéndole a Farid que se marchase con su mercancía.

—Pero otro día no tendrás tanta suerte, ¿vale?

—Sí, sí, Farid tiene una suerte impresionante. Gracias, jefa—me dijo, también imitando a mi compi, ese que me miró orgulloso.

—Si al final va a resultar que hasta tienes un corazoncito y todo—me sonrió mientras el pobre hombre se largó.

—Pues claro que lo tengo, idiota, pero he de guardarlo en una caja con llave para hacer mi trabajo. Si se corre la voz de que somos unos blandos, vamos listos. A mí no me busques la ruina, ¿eh?

—Joder, jefa, cualquiera te tose. Ya me ha quedado claro. A ti lo que te hace falta es ir a una zambomba de Navidad. Aquí en Sevilla las hay, y en Cádiz no te digo nada. Sobre todo, son famosas las de Jerez. Te podías dejar caer por una, eso te subirá el ánimo.

—¿Qué es una zambomba? —le pregunté.

—¿A mí? ¿A mí me vas a preguntar qué es una zambomba? Jefa, por

los clavos de Cristo, que hay que contártelo todo, ¿tú dónde has vivido hasta ahora?

—Yo en Pontevedra, y a mucha honra. No se te ocurra decir nada en contrario que…

—¿A mí? Dios me libre… Menuda fiera estás tú hecha—me miró de reojo de un modo que me puso nerviosa—. Oye, jefa…

—¿Y qué quieres tú ahora?

—Nada, que no me has dejado ni explicarte lo que es una zambomba…

—Yo sí te he dejado explicarte, eres tú, que te vas por las ramas.

—¿Por las ramas? Ni que fuera un mono de Gibraltar, no te digo. Por cierto, que anoche vi una película que se llama "Taxi a Gibraltar" que casi hace que me tire al suelo, ¿tú la has visto? No se puede ser más desgraciado—se reía él solo, qué feliz era.

—No, no la he visto… ¿Me vas a contar qué es una zambomba de esas o no?

—Oye, ¿y a ti tu novio no te ha explicado esas cositas? Porque Alexandre es de aquí de Sevilla, ¿no? Casi paisano mío…

—No, y como no me lo expliques tú pronto, te dejaré con la palabra en la boca, que no he visto un tío que hable tanto para decir tan poco, qué barbaridad.

—Menudo ataque gratuito, algo vale que a mí me importa un mojón—

me dijo con tanta gracia que sacó mi risa otra vez.

Me estaba sorprendiendo a mí misma porque llevaba un tiempo tan mal que era como si no me diese licencia para reír. Y comprobé que me venía muy bien. Además, que mi novio también fue siempre increíblemente salado, pero que yo me mostraba muy apática con él y ya no le reía sus chistes. En fin, pensaba que sería yo, que estaba un tanto amargada, y no él. Pero entonces, ¿por qué me reía con ese otro payaso por mucho que tuviera la anchura de un armario empotrado? Si es que me parecía que, para poli, en vez de a una oposición, había que presentarse a un *casting* de modelos, puesto que la nueva hornada también estaba que crujía.

—Ya lo veo, ya—aguanté la risa.

—Y que sepas que la zambomba es la expresión más auténtica y genuina de la Navidad, una celebración flamenca donde se canta, se baila, se ríe y se bebe, lo que viene siendo de toda la vida de Dios un pedazo de celebración, vaya. Las mejores tajadas de mi vida las he cogido yo en las zambombas—me contó la mar de diligente.

—Ah, y eso está muy bonito. En fin, que es una excusa como cualquier otra para tentar a la suerte y ver si uno entra en coma etílico, ¿no?

—Y luego los andaluces somos los exagerados. No, si de tópicos está el mundo lleno, qué se le va a hacer.

—Un poco de graciosillos sí que vais, ¿no? —le reté con la mirada.

—Y tú un poco revenida también has venido a Sevilla, ¿no, jefa? Te lo digo desde el respeto, ¿eh? Que me cortaría mucho el punto encontrarme con un expediente encima de la mesa, la verdad. Pero que también, si no lo suelto, reviento, las cosas como son.

—Mira, Iván, yo es que no tengo el cuerpo para jotas, ¿sabes?

—No, tranquila, si aquí de jotas no entendemos ni papa, aquí somos más de sevillanas, rumbitas y esas cosas, jefa.

—Oye, ¿a ti la tara te venía de nacimiento o fue que luego te diste un golpe o algo? —le solté con descaro—. Yo creo que se lo podrías preguntar a tu madre y así salimos de dudas.

—Pues sí, lo único es que tendríamos que hacerlo a través de una médium, jefa, porque mi madre falleció hace ya unos añitos, que no levantaba yo un palmo del suelo por aquel entonces. Ni recuerdos de ella tengo—me contó.

—Vaya, lo siento, qué oportuna yo.

—Tranqui, jefa, que tú no lo sabías y que yo no tengo ningún trauma…

—Ya, bueno, yo tampoco tengo madre—le comenté. Era la primera vez que le daba alguna pincelada de mi vida después de un montón de días en lo que me molestaba hasta que me hablase.

—Pues nada, ya tenemos otro punto en común—me comentó aquel adulador que contaba con 23 añitos, cinco menos que yo, y que llevaba la mayoría de ellos huérfano de madre, como me confesó.

—¿Otro? Para mí que ese es el único—le contradije.

—¿Y la gracia? La tenemos a esportones los dos, jefa—me picó.

—Si lo dices con ironía, yo también tengo mi gracia, ¿eh? Otra cosa es que no la saque contigo.

—Ya la sacarás, ya, eso es como la porra.

—¿Qué porra? ¿De qué rábanos me estás hablando, Iván? Vaya tela, no tenían otro que haberme asignado—me quejé.

—Claro que no, jefa, y lo de la porra es muy sencillo, que se supone que en principio no vamos a sacarla, pero al final siempre llega uno que hace oposiciones para llevarse un porrazo.

—Más tonto no se puede ser—le dije aguantando la risa de nuevo.

—Pero al final te ríes. Dentro de nada hasta te veré la campanilla, ¿tú tienes campanilla, jefa? —me preguntó mirándome el interior de la boca.

—Pues claro que la tengo, animal de bellota, ¿qué miras? La campanilla no es como el cerebro, del que algunos carecen.

—Ya, ya, y tú no quieres mirar, pero al final me miras a mí. Muy bonito… Ya te carcajearás y hasta bailarás por sevillanas, que el mundo no se reduce a las jotas, ¿eh?

—Muñeiras, yo bailo muñeiras—le aclaré.

—Jefa, eso a mí no me suena mucho, ¿es un nuevo tipo de reguetón o algo?

—Sí, es una especie de reguetón, solo que para los que tienen sesera, Iván. Qué cruz me ha caído y yo sin saberlo.

Capítulo 7



—Chiquitilla, que mi madre me ha comentado si vamos a comer paella a su casa el domingo, ¿qué te parece? —me preguntó Alexandre.

—Que si lo que pretende es torturarme, se me ocurren otros modos— le sonreí irónica.

—Te prometo que no sé cómo hacerlo, me pones entre la espada y la pared—me contestó disgustado.

—¿Soy yo quien te pongo? ¿De verdad? Porque yo estaba pensando que tendríamos la fiesta en paz hasta que llegó ella con el dichoso ofrecimiento.

—Por favor, lo dices como si pretendiese poner nuestra vida patas arriba, solo me ha dicho de ir a comer una paella, que sabe que me encanta y que hace mucho que no la como. Fin de la historia…

—Ya, y no tenía otro día, ha de ser en fin de semana para cortarnos el rollo, cuando más me gusta ir a lo mío.

—¿Y a mí, Noa? ¿A mí qué me gusta? —me preguntó de pronto, poniéndose delante de mí.

—Pues a ti te gusto yo, que para eso tienes muy buen gusto, ¿algo más que pueda aclararte?

—Ya. Bueno, pues ya que estamos, igual podrías darme la lista completa de prohibiciones para mi madre…

—Ni idea de lo que hablas, ¿vale? Y que conste que no me está gustando nada el tonito irónico ese, así que te vas cortando un poco.

—No me voy a cortar, Noa, no porque beba los vientos por ti he de entrar por el aro de todo, no me da la gana.

—¿Vamos a discutir? ¿Es eso lo que quieres? Porque por mí perfecto, no tengo problema.

—No, no vamos a discutir, siento aguarte la fiesta, porque yo no tengo ganas…

—A ver, ¿qué es eso tan feo que estoy haciendo? Si me lo dices de una vez, igual acabamos antes. No quiero joderte, de veras que no, pero estoy hay que hablarlo—le insté a que lo hiciera.

—Noa, que te lo estás tomando todo muy a pecho, que desde que estamos en Sevilla no hay quien te aguante. Y no te suelto un *"miarma"* porque no me fío de tu reacción, pero debes saber que ganas no me faltan, te lo prometo.

—Haces bien en cortarte. Mira, yo lo único que quiero es ir a mi rollo, sin suegras entrometidas de por medio…

—No es justo, Noa, mi madre ya no aparece por aquí sin previo aviso,

no se mete en nada, solo quiere mimarme un poco, ya está. Y de paso, también a ti, ¿es mucho pedir?

—Yo no sabía que mi novio era un madrero. He tenido que vivir en Sevilla para enterarme.

—No, perdona, yo no soy madrero y te voy a dar la razón. No me paso el día debajo de la falda de mi madre ni mucho menos, pero si puedo darle un gusto se lo doy, ¿y sabes por qué? Porque se ha llevado el susto de su vida hace pocos meses. Su hijo ha estado a punto de palmarla y, aunque ella hubiese querido que pidiese traslado antes porque nuestra unidad tenía más peligro que una piraña en un barreño, yo no le hice ningún caso porque lo único que quería era estar contigo. Ahora bien, si de momento hemos caído aquí, tampoco estaría de más que le dé algún gusto a la mujer, más que nada porque siempre lo he hecho con tu familia y ahí no encontraba ninguna objeción, ¿o tengo que recordarte que casi todos los domingos tu padre nos preparaba pulpo? —me preguntó y me dejó con la boca cerrada.

Igual estaba yo haciendo una montaña de un granito de arena porque ciertamente Ana había echado mucho el freno, y porque él tenía toda la razón en que nunca me quejé cuando actuó como uno más con los míos.

Igual necesitaba relajarme y, para ello, nada mejor que buscar un buen gimnasio en el que entrenar a diario y echar adrenalina fuera. No me lo pensé mucho y esa misma tarde me encaminé a uno, el primero que me encontré en el barrio, uno muy pijo y elitista que estaba hasta la bola y del que terminé saliendo desanimada porque no sabía qué me pasaba exactamente, solo que me agobiaban mucho las reuniones multitudinarias.

Entré en casa y Alexandre estaba relajado, leyendo un libro. Él no

podía hacer demasiado ejercicio todavía, por eso no me acompañó. Ni siquiera debía estar trabajando, pero el ansia le podía. Era un gran inspector de policía, uno que había llevado su trabajo hasta lo que fueron las últimas consecuencias.

—Oye, que igual me pasé antes un poco, ¿vale? Me voy a dar una ducha…—me excusé.

—Has venido muy pronto, ¿no te ha gustado el gym?

—No, mañana buscaré otro, en este no cabe un alfiler y me faltaba el aire. No sé qué me está sucediendo, me agobio muy pronto con todo.

—No, eso será una broma…

—No seas malo, ¿vale? Si estoy un poco insoportable es porque me diste un susto de muerte y lo pasé fatal.

—Lo sé, cariño, pero eso ya pasó y encima no te libraste de mí. Entiendo que eso sí que es una putada, porque ahora igual me dan tentaciones de seguirte hasta la ducha y…

—A ti no te conviene que se mojen demasiado las heridas todavía—le recordé.

—Joder, qué mala suerte la mía. En fin, ya te cogeré cuando salgas, preciosa…

Estaba apática, lo estaba porque el sexo con Alexandre siempre me flipó y en aquellos días no tenía yo el chichi para farolillos, como se suele decir.

Él lo notó cuando salí y no insistió. Yo detecté sus ganas, aunque a mi novio le sobraba inteligencia para saber que del sexo solo se disfruta cuando se sabe que el otro también tiene ganas. Y ese, quisiera yo o no, como que no era mi caso.

—Ven, aquí, anda, ¿sabes que esto no es para siempre? —me preguntó cuando salí de la ducha y, enfundada en mi bata, me senté en el sofá.

—¿Lo de vivir en Sevilla? Eso espero—resoplé.

—Lo dices como si aquí no se viviera de maravilla, pero te lo voy a perdonar porque sé que añoras mucho tu tierra—me dio un beso—. Solo por eso, ¿eh? Porque ha sonado fatal, jodida—me recordó.

—No es solo el sitio, es todo…

—Es que temes por la vida de tu padre y lo sé, pero piensa que él está mucho más tranquilo sabiéndote a salvo y más después de…

—De que te hayan intentado dejar como un colador. Lo sé, ¿vale? Hasta ahí llego…

Capítulo 8



Le estábamos siguiendo la pista a un tal Isaac que trapicheaba en un barrio cercano al de la comisaría, en uno mucho más humilde, que era el suyo.

—Isaac es un prenda y encima el tío tiene salidas para todo. Mira, por ahí viene—me comentó Iván al día siguiente bajándose del coche patrulla a toda leche.

—Yo me cago en mi puta calavera, ya está aquí la pasma—bufó el tío cuando nos vio acercarnos a él, utilizando ese término con el que muchos maleantes se dirigían a nosotros.

—Yo también me alegro mucho de verte, Isaac. Mira que hace buen día, ¿eh? —le preguntó con ironía.

—Sí que es verdad, pero ya sabía yo que vendría la pasma a joderlo.

—Mira que eres desagradecido, y eso que solo queríamos hacerte una visita para ver qué tal estás…

—Pues estupendamente, tío. Lástima que no me llegue ni para café, porque si no os invitaría. Ya otro día, ¿vale?

—¿De verdad no te llega? Pero si tú ganas mucho más que la inspectora y yo juntos—le soltó él. Yo nunca había visto a un poli tan joven y tan avispado. De veras que tenía una chispa que me alucinaba. Había pasado de no poder verle a despertar mi curiosidad y hasta a desear patrullar con él cada día, porque me lo pasaba bomba.

—Qué dices, tío, suerte que mi madre cobra el Ingreso Mínimo Vital, porque yo no tengo ni para pipas. Venga, otro día nos tomamos algo—dijo alargando el paso.

—Un momento, ¿tú dónde vas tan deprisa? —le pregunté echándole el guante.

—Inspectora, que te veo un poco desesperada. Mi tipo no eres, por mucho que tengas un culito que sea para ponerle un monumento—me soltó el tío con un desparpajo que me dejó atónita.

—Hay que tener poca vergüenza…

—La que me diera mi madre, pero como éramos muchos hermanos para repartir…

—A repartir hostias me voy a poner yo como no te dejes de idioteces, separa las piernas—le pedí.

—¿Así sin un besito y sin nada? Qué frialdad, que yo un favor te lo hago si te hace falta, pero que seguro que con Iván te entiendes mejor —miró a mi compi, a quien conocía bien—, ¿tú qué dices, tío?

—Que yo no le tocaría mucho la moral a la inspectora. He oído por ahí que dando patadas le hace la competencia a Jackie Chan.

—¿Al chino ese? Me cago en mi estampa, maldita suerte la mía. Inspectora, tranquilita, que yo no soy una estera—me pidió.

Había que tener santa paciencia. Allí te decían barbaridades a cascoporro y sin pestañear. Yo no entendía nada. Por la memoria de mi madre que no lo entendía.

—¿Te quieres callar ya? —le pedí de las peores formas.

—Yo es que soy de mucho charlar, inspectora. Si me callo, reviento…

—Si no reviento yo… ¿qué tenemos aquí? —le pregunté al comenzar a cachearle y encontrar una “bellota” de hachís con un peso considerable.

—Ah, eso, me has asustado, creí que estabas tocando otra cosa y que te habéis emocionado, inspectora. Yo es que con la pasma no me lío, a mí eso me lo advirtió mi madre desde chiquitito.

—Muy bien, muy bien, ¿y no te advirtió que esto de llevar “bellotas” encima te puede costar un disgusto?

—Mujer, si de toda la vida se les han echado a los cochinos—rio.

—Muy gracioso, solo que cuando son de hachís ya la cosa cambia un poquito, ¿tú cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—¿Darle palique a la pasma? La primera vez, la verdad. Yo es con vosotros no me entiendo muy bien, siempre le estáis buscando los tres pies al gato.

—Ya, claro, no te entiendes porque tenemos mucha malaje como decís

aquí, ¿no?

—Oye, inspectora, ¿y tú de dónde eres? Porque del barrio de La Macarena no me pareces, ¿eres canaria?

—Sí, sí, yo soy canaria y tú eres un buen pájaro. Tira para el coche, venga…

—¿Me quieres llevar a dar un paseo? Pero si yo esto me lo conozco estupendamente, muchacha. Anda, ve tú con Iván, que seguro que tenéis que hablar de vuestras cositas de polis y yo de eso no entiendo, tan solo os estorbaría.

—Mira, a mí no me toques más las narices, que saco la porra, ¿eh?

—¿Lo ves? Lo que yo te decía, que siempre aparece quien se merece un buen porrazo—añadió el otro.

—¿Vosotros estáis compinchados? Porque parecéis “Los Morancos” —negué con la cabeza. De qué mala leche me estaban poniendo…

—Qué va, qué va… Oye, que a mí me dan alergia los coches patrulla, de verdad—trataba de que no lo metiera en él—. Por mi madre de mi alma que me ponen que me pica todo…

—Por no aguantar a esta gente se da dinero, ¿eh? —me quejé mientras Iván apretaba los dientes para que no se le formase una sonrisa burlona en la cara.

—Pues dame lo que tengas suelto y no me ves más el pelo en unos pocos de días—me sugirió Isaac.

—De verdad, ¿eh? Esto es una prueba de paciencia, ¿qué pasa aquí? ¿Es que estáis todos locos?

—¿Qué vamos a estar todos locos ni locos, *“miarma”*? Locos hay en Tarifa, más que orejas, pero eso es por el viento de Levante. Aquí no llega, aquí lo que llega es un calor en verano que se funde uno como las campanas, inspectora. Por cierto, ¿te has fijado en las de esa iglesia? ¿Son o no bonitas? —me preguntó con la intención de que me despistara y salir volando de allí.

—Ven aquí, que sabes tú mucho, ladrón…

—Ladrón, no, ¿eh? Una cosa es trapichear un poquillo con hachís, que eso da alegría a los clientes, y otra muy distinta es robar. Oye, que tú es que eres canaria, pero aquí lo de bajarse al moro se ha hecho siempre, es cultura…

Capítulo 9



Dejamos a Isaac en los calabozos y yo necesité darle una calada a un cigarro.

—Eso es pura mierda, jefa. Lo que te metes en los pulmones…

—¿Ahora me vas a dar una charla? Mira, yo solo lo necesito cuando estoy muy nerviosa, y el tío ese me ha puesto que me subo por las paredes.

—¿Isaac? Menuda pieza está hecha el menda, siempre entrando y saliendo de la trena, por lo que me contó un día.

—¿Es que ahora forma parte de tu pandilla o qué?

—Vale, vale, que no… No me ataques, jefa, simplemente a mí me gusta darle palique a la gente. Se aprende tela, la calle es la mejor academia.

—Ya, esta más bien parece la “Loca academia de policía”, la saga esa…

—No te pases, que tampoco es para tanto. Aquí puede que seamos un poco distintos.

—Un poco, dice, yo me doblo en dos de la risa día sí y día también—intervino Amanda, con quien había hecho buenas migas, y que se asombraba tanto como yo de muchas de las cosas que pasaban en la comisaría y alrededores.

—Pues aquí el pipiolo dice que no—le señalé a Iván.

—¿Lo del pipiolo va por mí? Esta te la guardo, jefa, te la guardo…

Salió conmigo mientras encendía mi cigarro, algo que no me dio tiempo a hacer porque lo hizo él.

—¿Y ese mechero? Si tú no fumas, ¿no?

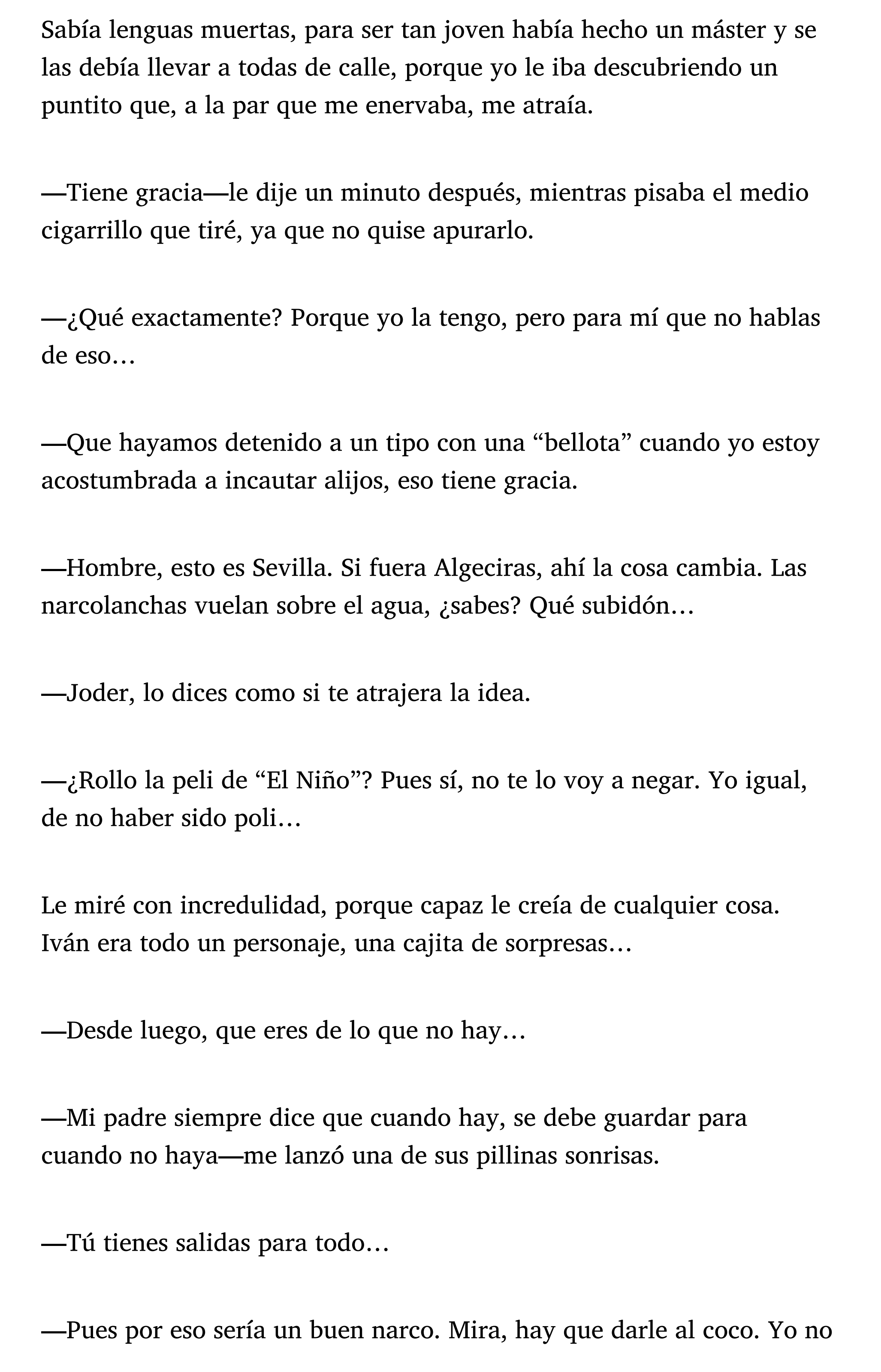
—Pues no, pero ya te he dicho que me gusta darle carrete a la gente, y encenderles el cigarrillo es buena manera de romper el hielo.

—Para ser tan pequeño, te las sabes todas, ¿no? —le pregunté con retintín.

—Yo no sé qué me habrás visto tú a mi pequeño, porque lo que está a la vista no lo es, y lo que está escondido….

—Ni se te ocurra ir por ahí porque te abro un expediente, solo me faltaba que fueras a fardar de… Mira, de verdad, es que tú no tienes sentido.

—El que llaman común va a ser que no, me parece muy aburrido. El del gusto sí que me funciona cojonudamente, la verdad—me miró pícaro—. Vale, vale, que ya me callo…


Sabía lenguas muertas, para ser tan joven había hecho un máster y se las debía llevar a todas de calle, porque yo le iba descubriendo un puntito que, a la par que me enervaba, me atraía.

—Tiene gracia—le dije un minuto después, mientras pisaba el medio cigarrillo que tiré, ya que no quise apurarlo.

—¿Qué exactamente? Porque yo la tengo, pero para mí que no hablas de eso…

—Que hayamos detenido a un tipo con una “bellota” cuando yo estoy acostumbrada a incautar alijos, eso tiene gracia.

—Hombre, esto es Sevilla. Si fuera Algeciras, ahí la cosa cambia. Las narcolanchas vuelan sobre el agua, ¿sabes? Qué subidón…

—Joder, lo dices como si te atrajera la idea.

—¿Rollo la peli de “El Niño”? Pues sí, no te lo voy a negar. Yo igual, de no haber sido poli…

Le miré con incredulidad, porque capaz le creía de cualquier cosa. Iván era todo un personaje, una cajita de sorpresas…

—Desde luego, que eres de lo que no hay…

—Mi padre siempre dice que cuando hay, se debe guardar para cuando no haya—me lanzó una de sus pillinas sonrisas.

—Tú tienes salidas para todo…

—Pues por eso sería un buen narco. Mira, hay que darle al coco. Yo no

sé en tu zona, pero en El Estrecho se reinventan que da gusto, lo último es que el hachís llegue por el aire. Y no en palomas mensajeras, ¿eh? Pobres animalitos, que eso estaría muy feo. Mira, ya es hora de acabar el turno, ¿te invito a una birra y te lo cuento?

Pensé en que mejor no darle confianza, si bien luego recordé que igual llegaba a casa temprano y discutía otra vez con Alexandre, puesto que era lo que parecíamos haber puesto de moda.

—Venga, pero no me des demasiado la brasa. Y solo porque me apetece una birra fresquita, ¿vale?

—Pues claro que vale, a ver si te estás pensando que quiero ligar contigo, jefa.

Te soltaba las cosas de un modo que no sabías cómo tomarlas. Sin dura que era un caradura, un vivalavirgen con quien tenías que morirte de la risa, cuya frescura resultaba muy atrayente, y que siguió dándole al pico con una sonrisa y una tapa de boquerones en vinagre por delante, más unas olivas, que en Sevilla son una institución.

—Mira, no hace tanto que en El Estrecho desmantelaron una red que pretendía introducir hachís aquí en Sevilla y en Cádiz a través de narcovuelos, que hay que ser cucos—me contaba con los ojos tan abiertos que me hacía gracia. Solo con mirarle tenía que contener la risa.

—Pues sí, muy originales ellos.

—Claro que sí, si esta gente está siempre rumiando, jefa. Tontos no son, desde luego, lo que sucedió fue que la Guardia Civil se escamó después de un accidente de helicóptero que se produjo en Marruecos —comenzó a relatarme haciéndose el interesante.

—Vaya por Dios, no creas que me vas a impresionar con nada, ¿eh? Yo en temas de narcotráfico tengo hecho un doctorado, vaya.

—Ya, ya, si yo sé que allí hay tela marinera también. Y que a tu novio por poco se lo llevan por delante, porque es tu novio, ¿no? —insistió en saber.

—Claro que es mi novio, Alexandre lo es—le aclaré rotunda.

—Tranquila, ¿eh? Que yo no te lo quiero quitar. Ni que fuera Paula—rio.

—Paula, ¿qué le pasa a Paula? —le pregunté de inmediato.

—Nada, que es la Rosa Peral de la comisaría, pero sin tintes dramáticos, ¿eh? Que esto no es "El cuerpo en llamas". Esta se limita a no dejar títere con cabeza. Pareja que le colocan, pareja que no para hasta tirarse, siempre que el tío esté bueno, claro. Y no pienses lo que no es porque te diga que tu novio tiene muy buena percha, porque a mí me gusta una tía más que un fin de semana de Carnaval, que ya es decir, pero cuando hay que reconocer las cosas se reconocen y punto.

Desde luego que Alexandre era un capricho para cualquier mujer, aunque lo cierto es que yo pondría mi mano en el fuego por mi novio. Él siempre se mostró enamoradísimo de mí, desde el primer día, y jamás me dio motivos para sentir celos.

—No, Alexandre no es de esos, me puedo quedar tranquila—afirmé.

—Pues nada, me alegro por ti, porque si yo estuviese en tu pellejo me mosquearía más que un gato en la puerta de un restaurante chino.

—No seas cochino, por favor, que estamos picoteando…

—Madre mía, no se puede decir nada. Oye, vaya peluco que llevas, ¿no? Ese vale más de lo que gano yo en un año—señaló a mi reloj—. Joder, ¿tu novio es rico?

—¿Y por qué tenía que serlo mi novio, listo? Puede que la que tenga dinero sea yo.

—Joder: guapa, lista y rica. No puede ser, la mujer perfecta no existe.

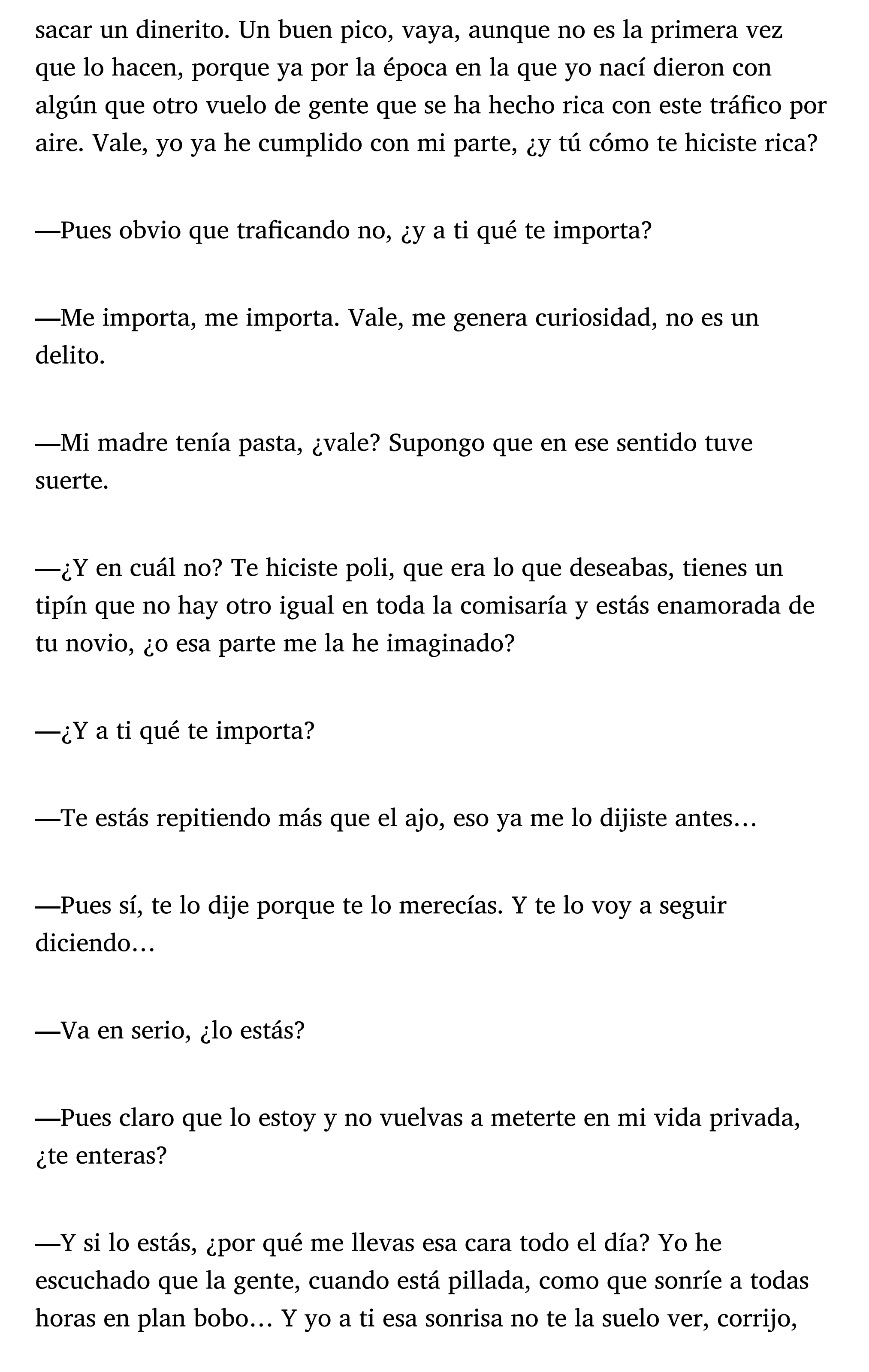
—Ni el hombre perfecto tampoco, tú eres la mejor prueba de ella, niñato.

—¿Me has llamado niñato? Eso es abuso de autoridad. Y a mí no me gustaría que abusaras de mí, al menos no de ese modo—me miró con morbo.

Joder, ¿qué estaba haciendo? ¿Es que le iba a seguir el rollo? Obviamente no, pero en otro momento le habría leído la cartilla y hasta amenazado con darle un tiro. Y allí estaba, sintiéndome atraída por aquel mentecato, por ese yogurín que me tiraba los tejos tan alegremente, sin anestesia y sin nada.

—Lo eres, ¿me vas a terminar contando lo del caso ese o me largo? No te paso ni una más, ¿me has oído?

—Oído cocina. Pues nada—prosiguió con mirada picante—, que resultó que el piloto era mejicano y que estuvo alojado aquí en Sevilla, por lo que le siguieron la pista y eso los llevó a interceptar una avioneta con unos cuantos de cientos de kilos de hachís. De hachís, ¿eh? Que si hubieran sido de lentejas vale, pero no, a eso le iban a



sacar un dinerito. Un buen pico, vaya, aunque no es la primera vez que lo hacen, porque ya por la época en la que yo nací dieron con algún que otro vuelo de gente que se ha hecho rica con este tráfico por aire. Vale, yo ya he cumplido con mi parte, ¿y tú cómo te hiciste rica?

—Pues obvio que traficando no, ¿y a ti qué te importa?

—Me importa, me importa. Vale, me genera curiosidad, no es un delito.

—Mi madre tenía pasta, ¿vale? Supongo que en ese sentido tuve suerte.

—¿Y en cuál no? Te hiciste poli, que era lo que deseabas, tienes un tipín que no hay otro igual en toda la comisaría y estás enamorada de tu novio, ¿o esa parte me la he imaginado?

—¿Y a ti qué te importa?

—Te estás repitiendo más que el ajo, eso ya me lo dijiste antes…

—Pues sí, te lo dije porque te lo merecías. Y te lo voy a seguir diciendo…

—Va en serio, ¿lo estás?

—Pues claro que lo estoy y no vuelvas a meterte en mi vida privada, ¿te enteras?

—Y si lo estás, ¿por qué me llevas esa cara todo el día? Yo he escuchado que la gente, cuando está pillada, como que sonríe a todas horas en plan bobo… Y yo a ti esa sonrisa no te la suelo ver, corrijo,

salvo cuando estás conmigo.

—¿Qué has dicho? Tú eres idiota, ¿no? ¿Me estás vacilando?

—Un poco sí, lo de vacilarte quiero decir… Lo otro no, me tengo por un tipo listo—me comentó con esa sonrisa de medio lado que… ¡Mierda! ¿Por qué reparaba yo en su sonrisa y por qué me asaltaba su recuerdo en esos momentos en los que no estaba con él? Vaya jodienda de esas de las que no tienen enmienda, aunque yo se la pensaba poner.

—Va, va, me largo ya, que se me está haciendo tarde.

—Joder, de repente te han entrado las prisas. Oye, ¿tienes ya gimnasio? Me dijiste que ibas a buscar uno.

—No, no lo tengo, ¿qué pasa? ¿Me lo vas a buscar tú? Eres mi subordinado, no mi asistente.

—Jefa, qué poco agradecida eres… Yo no tengo que buscártelo, yo ya tengo tu gimnasio ideal.

—¿Y cuál es ese?

—El mío, está en mi barrio y es el mejor. Modernísimo, con unos monitores fabulosos y con unas máquinas que son una pasada, no encontrarás otro igual. Y con el plus de que yo voy a él.

—Todo iba bien hasta que mencionaste el jodido plus—me encogí de hombros—. Paso.

—Sabes que es un plus, lo es, aunque tú no lo quieras reconocer, jefa.

—¿Tú cuántas tonterías eres capaz de decir por minuto? Es que me genera curiosidad.

—Pues mira, lo cierto es que nunca lo he cronometrado, pero no estaría mal que te quedaras a tomarte otra birra y lo hicieras tú, ¿cómo lo ves?

—Jodido, como todo lo que viene de ti—le solté mientras me levantaba.

—Venga ya, jefa, si acabamos de llegar, ¿tú nunca te diviertes? De ahí te vienen todos los problemas.

—Yo no tengo ningún problema, ¿cuándo te vas a enterar?

—Cuando lo que me digan tus ojos y tus labios coincida. Por cierto, que vaya labios.

—Tú no tienes vergüenza, ¿verdad?

—A mí es que me pasa como a Isaac, que no me tocó mucha en el reparto.

—Ya, con la diferencia de que tú eres hijo único.

—Oye, ¿eso te lo he contado yo o me has estado investigando?

—Fuiste tú, bocachancla, ¡chao!

Capítulo 10



—Es viernes y el cuerpo lo sabe—me decía al día siguiente Iván, después de que me despidiera de Alexandre en la puerta de la comisaría.

—Sí, tu cuerpo sabe mucho—murmuré.

—Lo suficiente como para percatarse de que tu novio se ha levantado con el pie izquierdo, ¿qué le pasa? Ya, ya, que no me acordaba, y a mí qué me importa, ¿no? Yo solo te digo que, a veces, cuando uno suelta las cosas se queda genial, como cuanto tiene gases y…

—Ya, ya, por favor, no me seas escatológico. Y que no es nada, cosillas de pareja. Pero tú qué vas a entender, ¿acaso alguna vez has tenido alguna?

—No, no, lo cual no significa que no pueda escuchar bien, que lo hago, y hasta dar unos consejos cojonudos.

—Claro que sí, hagamos la prueba. Verás, el domingo tengo que ir a almorzar paella a casa de mis suegros, algo que no me apetece nada, ¿tú qué harías?

—¿Si fuera tú? Muy sencillo, fugarme conmigo para dar una vuelta en

moto, te perderás el marisco de la paella, pero lo ganarás en salud soltando adrenalina a lo bestia.

—Claro que sí, en eso estaba pensando yo.

—¿De veras? ¿Me has leído el pensamiento?

—Va a ser que no.

—Qué mala pata. Bueno, yo sí que te lo voy a leer a ti: quieres un café más que ninguna otra cosa en el mundo, ¿nos tomamos uno antes de entrar?

—Vale, venga, uno rapidito.

—De puta madre, y el café, ¿cómo lo quieres? —me guiñó el ojo.

—Tú no tienes vergüenza y te voy a decir una cosa…

—Ya, ya, que a tu novio lo quieres mogollón y toda la película, lo único malo es que, cuando esta noche te metas en la cama, te acordarás de mi ofrecimiento y vibrarás. Y eso sin Satisfyer y sin nada…

—Mira, te prometo que no sé cómo te consiento determinadas insinuaciones. Para mí es todo un enigma.

—Porque más que insinuaciones son ofrecimientos que molan mucho, por cierto, y porque…

—Cierra el pico, ya, hazme el favor, es muy temprano para que montes el circo.

—Ya, el circo… Pues que conste que si yo tuviera un circo sería el domador de fieras, no el payaso, ¿tú lo dudas?

—Yo dudo hasta que sea real que te soporte todos los días, porque a veces me parece irreal.

Un rato después, entramos en comisaría y a Isaac se lo llevaban en ese momento para ponerle a disposición judicial.

—Y que conste que le pienso decir al juez que me habéis tratado fatal, las magdalenas del desayuno estaban más duras que una piedra—le dijo a la comisaria, con quien se cruzó en la salida.

—Ay, Señor, no te preocupes que la próxima vez, que será muy prontito, te pondremos un bizcocho esponjoso de la pastelería "La Campana" —aludió a una de las más famosas de Sevilla.

—Eso o el campanazo lo daré yo, que como comience a abrir el pico…

Lo que yo estaba viendo allí no lo había visto en mi vida. Mientras, las noticias que me llegaban de casa, por parte de mi padre, eran de que había una verdadera avalancha de droga en las últimas semanas. O sea, que los operativos estaban valiendo para menos que el pito de un sereno y que la cosa estaba que ardía.

Los gallegos llamamos a la cocaína "Fariña", de ahí el título del famoso libro. Galicia siempre fue, igual que otros puntos candentes en la costa española, territorio de contrabando y narcotráfico. Contar con casi 1500 kilómetros de litoral ayudó a que así fuera.

No obstante, hace muchos, muchos años, los señores de la droga no estaban ni en la imaginación de esos primeros gallegos que, a

consecuencia de la pobreza causada por la guerra civil española, dejaron la pesca a un lado para lanzarse a otra actividad más lucrativa: el tráfico de cigarrillos.

Mi padre me explicó, desde que yo no era más que una cría, que durante años ese tráfico estuvo bien visto por la sencilla razón de que el tabaco generaba empleo y riqueza, la cual redundaba en toda la población.

Hoy cuesta entender que aquellos primeros contrabandistas de tabaco fueran considerados, por las razones que estoy dando, como personas que hacían el bien a una sociedad deprimida que necesitaba de ellos para encontrar un cierto alivio económico. Y así, se ganaban el respeto de todos a la par que gozaban de buenos contactos sociales, por lo que las autoridades miraban para otro lado y los dejaban hacer.

Fue ya en los años 80 cuando algunos de aquellos dieron el salto al narcotráfico y, en esos momentos, muchos de quienes llevaron a cabo tales actividades ilícitas, fueron herederos de los primeros y gozaron también de cierto respaldo social y hasta político, por surrealista que esto pueda parecer.

Tendríamos que esperar hasta mediados de la década de los 90 para encontrarnos con el primer gran mazazo al narcotráfico gallego. La “Operación Nécora”, auspiciada por el juez Baltasar Garzón, supuso un antes y un después, ya que nada volvería a ser igual a partir de entonces para unos capos de la droga que vieron diluirse para siempre la impunidad de la que habían gozado hasta esas fechas.

Los narcotraficantes de esa época, muy lejos de la figura de aquellos otros hombres que comerciaron con cigarrillos para combatir el hambre, ya eran verdaderos peces gordos, tipos ricos y ambiciosos que se colocaban al frente de organizaciones criminales sin escrúpulos que ensuciaban el nombre de un pueblo honrado y trabajador como el

gallego, gente todopoderosa que supo mover los hilos para llegar así hasta nuestro tiempo y que continuaba siendo una lacra, a la que había que unir esas otras mafias que, venidas desde el extranjero, pretendían sacar también impresionantes beneficios del negocio de la droga.

En todo eso pensaba en mi despacho cuando me llegó aquel improvisado ramo de flores, uno que no esperaba para nada y que me entregó Amanda.

—Noa, ha llegado esto para ti—me informó con el ramo entre los brazos y con una sonrisilla en los labios—. Alegra esa cara mujer que, o tienes un admirador secreto, o el novio más atento del mundo. Y, vaya, que cómo está tu novio—rio porque era muy cierto que Alexandre también estuvo siempre tremendo.

Capítulo 11



El ramo llegó sin ninguna nota y, como yo admiradores secretos no creía tener, me dirigí hacia el despacho de Alexandre, al que me encontré con Paula, quien me echó una risilla guasona que no me gustó nada justo antes de mover sus pies hacia el pasillo, como le indicó mi mirada que hiciese.

—¿Has sido tú? —le pregunté.

—Joder, Noa, me lo preguntas de una forma que casi que llamo a un abogado antes, miedito me das…

—No esquives mi pregunta poque la respuesta es muy simple, ¿sí o no?

—Supongo que me hablas de las flores y, por la cara que traes, o te han dado alergia o no te han gustado. Y mira que me han costado una pasta gansa, es que no doy una. No sé cómo me las apaño, pero la cago todos los días.

—Son bonitas, Alexandre, no te digo que no, pero ¿cómo se te ocurre?

—¿Regalarle flores a mi novia? Es verdad, espera, que voy a ordenar que me corten la cabeza, a ver si así te quedas más tranquila.

—Es que todo te lo tomas a guasa…

—¿Y qué si lo hago? Mira, te pasas el día con una cara de pincha globos que no veas. Y yo ya no sé lo que hacer para verte contenta, Noa. Con todos mis respetos, yo no tengo la culpa de que tu padre nos haya querido apartar de esa movida. Yo llegué a tu tierra con mucha ilusión, ¿sabes? Pero ahora estamos en la mía y me gustaría obtener un poquito, aunque solo sea un poquito de comprensión por tu parte, porque es muy jodido haberlo dado todo y después sentir que no merezco nada—me espetó.

—Pues si pretendes que las cosas vayan mejor, ¡no me ridiculices! —exclamé.

—Perdone usted, que ahora resulta que me voy a tener que comer las flores una por una. Noa, de verdad, yo así no puedo, es que no puedo.

—Ni yo tampoco. Un poquito de cabeza, Alexandre, ¿es tanto pedir? Soy una buena inspectora de policía, ¿sabes? Aun así, muchos me miraban como la hija del comisario Iago Prieto, como una enchufada, y ahora tú vas a hacer que me miren como a tu novia, como a una mimada consentida.

—Esto es de locos. Un detalle, solo he querido tener un detalle contigo y me estás dando la del pulpo, ¿qué te está pasando, Noa? No sabes lo mal que me siento en muchos momentos.

—¿Sí? Pues entonces súbete al carro y piensa que yo no me siento mejor, con la diferencia de que no hago según qué tonterías.

Dando un portazo, salí de su despacho y allí me encontré con la sonrisa socarrona de Paula, quien debió enterarse de todo desde fuera

y lo disfrutó. Por lo que decían, era una lianta de cuidado.

Amanda me esperó en la puerta de mi despacho. Yo la había dejado allí, con el ramo en la mano.

—Mujer, vaya cara de disgusto que traes, ¿no te han gustado? Si son preciosas, a mí no me han regalado un ramo así en la vida.

—Ah, ¿no? Pues mira por dónde, esta va a ser la primera vez. Yo te lo regalo…

—Noa, no digas tonterías que…

—Amanda, llévatelas o las tiro. No las quiero, ¿me explico?

—Vale, vale. Si las vas a tirar, me las llevo…

Me quedé a solas y con ganas de tirarme de los pelos. Cada vez discutía más con Alexandre. Nosotros nunca habíamos pasado por una crisis y aquella, para ser la primera, era morrocotuda.

De pronto, sentía como si no pudiera comunicarme con él, como si cada vez que intentaba hacerlo cada uno hablase un idioma distinto y no hubiese entendimiento posible.

A punto estuve de echarme a llorar, porque me notaba muy estresada y porque no me conocía ni a mí ni a esas reacciones que no me gustaban nada y que era incapaz de controlar. Y lo peor es que después me sentí fatal.

Estaba por explotar cuando Iván entró en mi despacho.

—Buff, en mal momento llego yo, y eso que te traía un cafecito, jefa.

—¿Qué quieres? —le pregunté áspera.

—¿Aparte de que quites ese careto? Pues nada, que venía a traerte un expediente, le tenemos que echar un vistazo.

—Será que se lo tengo que echar yo, ¿no?

—Qué tensión, jefa. Siempre se ha dicho que dos ojos ven más que cuatro. Espera, no, es más bien al revés, ¿no?

—¿Tú de qué manicomio has salido? Estás majara, ¿eh?

—Eso es según cómo se mire, jefa, según cómo se mire…

Sin duda que era un personaje singular, porque tanto iba de malote y de echado para delante como mostraba mucha humanidad en casos como el de Farid, el mantero. A mí me confundía mucho, y lo que me jodía era que me confundiese, porque en el fondo eso solo significaba una cosa; que le prestaba más atención de la debida.

Me tomé el café y comencé a mirar ese otro expediente, con él a mi lado.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —le pregunté cuando pegó tanto su silla a la mía que hizo que se tambaleara, haciendo gala de reflejos felinos al cogerme al vuelo.

—Es que me pones muy loco, jefa, me pones muy loco—me dijo con los labios tan cerca de los míos que tuve que despegarme a la carrera de él para no sucumbir a eso que mi cuerpo me estaba pidiendo. Esa

frescura suya, ese descaro de la juventud, esa naturalidad… Me enganchaba, Iván tenía algo que me enganchaba y que me confundía mucho a la vez, tanto que me irritaba.

Capítulo 12



La tarde en casa transcurrió también con mucho de tensión. Alexandre no se bajaba del burro, y yo menos. Los nervios me asaltaban y, a veces, cuando eso me ocurre, a mí lo que me da es por asaltar la nevera, así que después de estar picoteando de más, me negué.

—Me voy, ya te veo luego—le dije sin darle mayor explicación. Tampoco la necesitaba, mi ropa deportiva y mi bolso al hombro le indicaban de sobra que me iba al gym.

—Vale—me contestó del modo más escueto posible.

Alexandre me conquistó en su día, aparte de por su físico y por su forma de ser tan alegre, bromista y positiva, por ser un hombre con carácter. Yo también lo tengo, lo cual no significa que me hubiese podido fijar en un pelele, de eso nada. A mí me gustan los hombres que saben lo que quieren y lo defienden, que no se dejan mangonear. Y ese era su caso por lo que no estaba dispuesto a bailarme el agua.

No sabía lo que estaba haciendo camino del gym de Iván, del cual me dio las señas en su momento, ¿es que estaba mal de la azotea? Gimnasios había muchos en Sevilla y aquel era el último que me interesaba. Y si era así, ¿por qué mi corazón daba botes camino de él? Pues porque las personas somos así y a menudo tendemos a complicarnos la vida.

Llegué y mientras el chico me tomaba los datos para que pudiese hacer la prueba de un día, me mostré un tanto ausente. Incluso me fijé en un chiquito que no me quitaba ojo de encima mientras entraba en el vestuario, teniendo que reprimir la risa en el momento en el que se chocó con otro.

—Tío, mira por dónde vas, qué hostia—escuché decir y no… La risa me salió porque con quien se dio fue con Iván.

—¿Jefa? Así que has venido, no se trata de una leyenda urbana—asintió mientras movía la cara de arriba abajo reafirmándose.

—¿Qué leyenda urbana? ¿Qué dices? —negué, ya me estaba arrepintiendo.

—La de que los jefes también escuchan a los subordinados. Si hasta guardaste la ubicación…

—Sí, claro, como oro en paño la guardé. No será que estaba en el chat de WhatsApp y punto. Me haces el favor de no darte tanta importancia, ¿vale? Simplemente he venido por probar.

—Pues me alegro mucho de que lo hayas hecho. Ven, que te lo enseño… Mujer, no me mires así, que me refiero al gym—me guiñó el ojo.

—Eres un patán, ¿te lo han dicho alguna vez? —le pregunté mientras le seguía.

—Eso en concreto no, porque suena muy finolis, pero me han dicho algunas cosas por el estilo, ninguna de ellas con sentido, por otra parte.

Llegamos a la primera planta, porque no me mintió en que era un gym impresionante y con todos los servicios.

—Aquí la zona de cardio, que igual es la tuya—me provocó un poquito.

—Ya, porque la de musculación solo es para tíos duros como tú, ¿no?

—Yo no he dicho eso. A decir verdad, tienes los brazos más tonificados que la reina Letizia, supongo que a las pesitas le darás también.

—Le doy, le doy, pero en estos momentos lo que le pediré a Dios que me dé será paciencia…

—Venga, seguimos—me dijo agarrándome de la mano, con esa desfachatez tan suya que me enervaba y me hacía gracia a la vez, una extraña mezcla.

No sé en qué momento me dio por no apartarla, por no arrearle un manotazo con la otra que le hiciera ver que debía mantener las distancias. Más bien, me sentí atraída por ese gesto suyo y, sin escuchar demasiado sus explicaciones, más bien me dio por pensar que me resultaba muy morboso y divertido estar así con él, allí…

Mientras hablaba, yo apenas le escuchaba, recodando ese momento vivido horas antes en mi despacho, cuando mi boca quiso atrapar la suya, parando a lo justo, poniendo distancia para no entrar en esa espiral que no tenía sentido ninguno y que, aun sin tenerlo, estaba pasando a ocupar un lugar de honor en mis pensamientos… En otras palabras, que no me podía quitar a aquel poli de la cabeza.

—Bueno, pues ya está todo visto. Del gimnasio digo—puntualizó con suspicacia, como siempre hacía.

—O sea, que es todo lo que hay que ver. Pues nada, chaval, que ya puedes largarte a hacer tus cositas de musculitos, que yo me quedo aquí calentando—le indiqué.

—Pues fíjate que a mí ya me has calentado—me soltó, en su línea.

—Todavía puedo calentarte más, a guantazo limpio—le contesté de inmediato.

—Claro que sí, a mí me gustas por eso, por estar diciéndome siempre cosas bonitas, guapa—me lanzó un beso.

Traté de apartarme de él. Además, que para concentrarme era mucho mejor que lo hiciese así y que yo, pese a todo, sí que necesitaba hacer ejercicio y liberar adrenalina, no solo fui hasta allí para encontrarme con él.

Comprobé que todos le conocían… Con el poco tiempo que llevaba en Sevilla y era un tipo de lo más popular. Tenía don de gentes, era evidente, por lo que muchos le saludaron como si fuera un colega.

—Mola, ¿eh? —me preguntó en un momento dado una chica en la que yo no había reparado.

—¿Quién? —le respondí con otra pregunta mientras me dirigía a ella.

—Iván, ¿quién va a ser? No te cortes, si todas le miramos. Un reguero de baba va dejando… Con decirte que a mí esta hora me va regular y vengo más que nada por verle a él.

—Venga ya, ¿en serio? —respondí sorprendida por lo de hacer por coincidir con él. Qué irónico podía sonar, como si yo no estuviese allí por lo mismo.

Capítulo 13



—Sorprendido me tienes, jefa—me dijo al salir, ya que terminó de ducharse antes que yo y me esperaba en la calle.

—¿Y eso por qué?

—Porque has entrenado como una verdadera jabata. Levantas tela para ese tipín que tienes…

—No me jodas, niñato, ¿me habías subestimado? ¿Es eso?

—Tranqui, que te embalas tú mucho. Solo digo que levantas mogollón de peso, ninguna chica levanta más aquí, ¿contenta?

—Normal, ya está. Bueno, te veo en la comisaría el lunes. Diviértete, pero no se te ocurra llegar resacoso o…

—Ya, ya, o me caerá un parte como un camión de grande. Ni divertirse le dejan a uno. Vivo amenazado por tu culpa, jefa, y eso peso mecha.

—Pobre mártir, ¡adiós!

—Yo soy más de decir “hasta luego”, a mí es que lo de decir “adiós”

no me va mucho, y menos si es a alguien a quien tengo muchas ganas de volver a ver…

—Oye, ¿por qué no sales de marcha y te ligas a alguna en una discoteca? Por lo que he visto aquí, fans no te faltan—le sugerí.

—Ídem—me contestó de inmediato.

—¿Qué dices?

—Que a ti tampoco te han faltado. He visto cómo te han mirado todos. Para ser la nueva, te has convertido en la comidilla del gym.

—¿Sí? Pues igual no vuelvo, por listos…

—O igual te inscribes y vienes todos los días conmigo—me dijo acercándome a él mientras tiraba de mí.

—Suéltame, Iván, tengo prisa—le pedí sin querer mirarle a los ojos porque la tentación era mucha y yo no pensaba sucumbir a ella.

—Vale, a tu ritmo…

—¿Qué dices de a mi ritmo? Oye, entre tú y yo no va a haber nada, ¿eh? Es que ni lo sueñes…

—Lo que tú digas, jefa.

—Oye, ese "jefa" no ha sonado como otras veces, sino con mucho retintín. Y no me ha gustado nada, ¿me explico?

—Es que no es lo que quería decir, pero me he mordido la lengua. Mira, ahora tengo un dolor en la punta—la sacó de la boca con un gesto pícaro que me provocó un súbito golpe de calor.

—¿Y qué se supone que has querido decir entonces? Venga, dímelo como si no fueras mi subordinado.

—Que a mí también me has parecido una niñata en este caso, una que piensa una cosa y dice otra. Solo es cuestión de tiempo que te aclares, igual es lo que tenéis las ricas, no sé qué decirte.

No le podía quitar la razón porque la llevaba, aunque tampoco entraba en mis planes dársela.

—Mira, a mí se me está haciendo muy tarde y comienza a hacer un frío que pela—las temperaturas habían bajado ese viernes—. Que te vaya bonito.

—Sube a la moto, anda—me pidió en cuanto giré sobre mis talones para largarme de allí.

—Ni borracha, me voy a casa…

—Han dado posibilidad de lluvias, igual te pilla por el camino y te pones como una sopa. Mira, el cielo está encapotado—me dijo tomándome por la cintura y acercándose tanto a mí que me hizo hablar.

—Ya, y tú estás empalmado—carraspeé.

—No es mi culpa, esa es la naturaleza—me contestó risueño, murmurando en mi oído.

—Estás muy loco, pero que muy loco…

—Ya, pero veo la previsión del tiempo. Venga, no te hagas más de rogar que no te estoy pidiendo una cita. Te llevo a casa, que te estarán esperando—me dijo poniendo el casco en mi mano.

Desde niña me gustó la velocidad. Si no tuve nunca moto fue porque consideré que igual pudiera ponerla al límite y no contarlo, de manera que siempre preferí aparcar esa idea, nunca mejor dicho.

—Puedes agarrarte, ¿eh? Que no doy calambre, ni que fuera un cable pelado, joder—me sugirió al ver que yo no hacía por acercarme demasiado a él.

No era por falta de ganas. Bebiéndonos las calles de Sevilla, lo último que me apetecía era llegar a casa donde, probablemente, volvería a discutir con Alexandre.

—Oye, por ahí no es—le indiqué minutos después cuando vi que se alejaba de mi calle.

—Ya lo sé, es que, con lo que estás disfrutando, me da pena llevarte directa. No me digas que tienes ganas de verle porque no te lo crees ni tú. Te vendrías conmigo con los ojos cerrados esta noche—me vaciló, parando un momento la moto y echándose a un lado.

—No sabes lo que dices, de veras que no lo sabes—le contesté mientras él abría la pantalla de su casco y, volviéndose hacia mí, besaba la pantalla del mío.

No pudo ser más sutil, porque no me besó directamente. Sin embargo, y pese a solo besar la pantalla, me temblaron hasta las plantas de los

pies, como si el beso hubiera sido labio con labio, como si ninguna pantalla hubiese podido evitar ese beso largo y húmedo que estaba deseando darle.

Permaneció expectante durante unos segundos, los mismos en los que yo dudé si el fuerte latido de mi corazón podría llegar a ser escuchado por él. Una paranoia como otra cualquiera mientras me recreaba en ese rostro de marcadas y varoniles facciones que acompañaban a un cuerpo de impresión, a un cuerpo que me producía más calor que una estufa de leña.

Nunca me había visto en una tesitura similar… Tanto deseo de besar a alguien a quien no debía besar. Con la voz entrecortada, le indiqué que reanudásemos la marcha y, cuando llegamos a la puerta de mi bloque, me bajé de un salto y no miré atrás.

Él no se movió de allí y, pese a que de espaldas no podía verle, sabía de sobra que me estaba mirando. A mí me temblaban hasta las pestañas y hasta temí que mi andar fuese tambaleante al entrar en casa, donde me encontré a Alexandre viendo la tele.

—Oye, ¿te importa si me doy una ducha y me acuesto? Vengo machacada del gym y no me encuentro demasiado bien—le comenté ante la posibilidad de pasar una velada con él que no me apetecía en absoluto.

Capítulo 14



El domingo a mí la cara me llegaba hasta los pies. No tenía ninguna gana de ir a casa de mis suegros y él me lo notaba de sobra.

—Es que esto no es plan. Si alguien me llega a decir que iba a ser así, no acepto salir de allí ni en broma, te lo digo de todo corazón—se lamentaba.

—Oye, que yo no te estoy diciendo nada, ¿vale? —le dije poniéndome el pañuelo en el cuello, tras dar los últimos toques a mi maquillaje

—Y ese es justamente el problema, Noa, porque tú ya nunca me dices nada—bufó.

—Si lo digo porque lo digo; y si no lo digo, porque no lo digo. El caso es quejarte, Alexandre—nos enzarzamos en una discusión.

—Mira, para ir así y darles el disgusto a mis padres, ¿sabes lo que te digo? Que no me da la gana, que nos quedamos aquí y santas pascuas, ¿contenta?

—Contentísima, perdona si no doy saltos de alegría—le contesté con sorna.

—Pues lo has provocado tú, a ver si te vas aclarando, porque parece que no sabes lo que quieres.

Poco podía imaginarse él hasta qué punto sus palabras eran ciertas.

—Vamos, venga, que no se diga. Al final, tu madre me odiará y, por ende, tú también—quise rebajar la tensión.

—Yo nunca podría odiarte, chiquitilla—me dijo tomando mi mentón y besándome—, pero es cierto que estamos pasando por una mierda de momento.

Me sentía escocida y compungida al mismo tiempo. Echaba mucho de menos esos domingos con sus almuerzos en familia, en casa de mi padre e Iria, con mis hermanos. Y esas sobremesas en las que ella se empeñaba en recoger sola la cocina para dejarnos a Alexandre y a mí hablar con mi padre de cómo iban las cosas, relajadamente. Una vez me confesó que prefería no saber nada porque, al ser mi padre un comisario tan arriesgado, vivía con el continuo miedo de que le pudiese suceder algo.

—Mira, ¿por qué no hacemos una cosa? —le propuse.

—Venga, dime, todo menos que vengas con esa cara de funeral. Es un almuerzo, no vamos a enterrar a nadie, amor.

—Ve tú y discúlpame con cualquier pretexto, por favor—le rogué.

—Oye, que mi madre no se chupa el dedo. Todavía con mi padre puede colar, pero con ella no.

—Joder, joder… De verdad, Alexandre, es que no hay quien te

entienda…

—¿No? Pues mira que no me tengo por un hombre complicado. Igual eres tú quien se lo debería hacer mirar.

—No me presiones, te pido por favor que no me presiones—proseguí.

—No, puedes estar bien tranquila porque no te pienso presionar, ¿no quieres ver a mis padres ni en pintura? Pues no te preocupes, que ya los veo yo—me dijo cogiendo su plumífero y saliendo sin mirar atrás.

Nunca le había visto salir así de casa, sin darme un beso y sin nada. Alexandre me tenía muy bien acostumbrada. Yo no sabía lo que era una mala cara por su parte, si bien es evidente que yo estaba tensando mucho la cuerda.

Caí a plomo en el sofá, quitándome el pañuelo del cuello. Sentía que me ahogaba. No me encontraba bien porque no era mi intención causarles ningún sufrimiento ni a él ni a sus padres. Simplemente no soportaba la idea.

Recordaba ese paseo de la noche del viernes en moto con Iván y ese ofrecimiento que me había hecho cuando le consulté lo que él haría, diciéndome que escaparse conmigo. A mí también me apetecía escaparme con él, empaparme de su juventud y olvidarme de todo por unas horas.

Saqué el móvil y, antes de que el miedo me paralizara, marqué su número.

—Sabía que no asistirías a esa jodida comida, yo te gusto mucho más que las gambas—me contestó a la segunda pitada.

—¿Y a ti quién te dice que te he llamado para eso, niñato?

—En cinco minutos estoy ahí, jefa…

Hacía mucho que no sentía ese cosquilleo recorriendo todo mi cuerpo hasta el punto de que parecía notar incluso calambres. Saltaban chispas entre Iván y yo. Para mí era todo un misterio porque siempre me atrajeron los hombres algo mayores que yo y, no obstante, aquel yogurín me estaba desequilibrando por completo.

Su moto rugía incluso antes de que él la pusiera en marcha. Con mi caso en su mano, levantó la pantalla del suyo y me dio un beso muy cerca de la boca, en la misma comisura, el cual me hizo perder el equilibrio. Por suerte, no el físico, que me subí a ella más chula que un ocho, pero sí el mental.

Me llevó a las afueras de la ciudad para poder coger más velocidad. Era un forofo de ella, lo mismo que yo. Coger las curvas con él era toda una aventura, aparte de que nuestras caderas se acompasaban por completo mientras yo me agarraba fuerte a él y pasaba de mirar el cuentakilómetros, ya que Iván iba algo pasado de vueltas. En fin, que me limité a disfrutarlo y a no pensar en nada más que no fuese pasármelo bien.

Quizás ese fuera el motivo de todo… Yo llevaba años en los que tuve que crecer demasiado deprisa para meterme en una lucha que sentía mía, pero que se llevó parte de mi juventud. Con tan solo unos años de diferencia, veía un abismo entre mi forma de encarar la vida y la de Iván, quien se había limitado a vivir a tope.

Él no era de comeduras de tarro ni nada parecido. Iván hacía y decía siempre lo que le daba la gana, pasaba de todo y vivía la vida al límite… Y descubrí que yo quería dejarme llevar por ese torrente

fresco que me hacía sentir más viva que nunca.

Llevaríamos como una hora dando vueltas, en la que casi me quedé afónica de lo mucho que chillé, cuando volvió a la ciudad.

—¿Tienes que irte ya? —le pregunté—. Yo todavía puedo apurar un poco más el tiempo…

—Y lo apurarás, quiero enseñarte algo—me dijo.

Me llamó la atención cuando me comentó que vivía en el bajo de aquel bloque que antaño debió ser un local.

—¿Te mola mi casa? —me preguntó al abrirla—. No es de ricos, como las de otras, pero no está mal—me contó arqueando una ceja.

—¡Joder! —chillé al entrar en aquel peculiar *loft*.

—¡Vale! Pero lo has dicho tú, no yo—rio pícaro.

—No te pases. Oye, de verdad que no la esperaba así, es una casa chulísima…

—Bueno, digamos que me enteré de que el fulano que lo tenía entró en prisión y hablé con el dueño para que me la alquilase a mí.

—Qué rocambolesco, ¿qué hizo el tío?

—Pasaba coca, por eso tenía dinero por un tubo. Hizo todas las reformas, a él le daba igual, lo puso a su gusto y yo me lo encontré.

—Qué vivo eres… ¿Y tú cómo sabías que este sitio era así?

—Porque entramos a detenerle y dije, ¡esta es la mía! Mira, ¿ves esa esquina? Pues ahí le metimos un tiro. Si te fijas en el ladrillo visto, todavía puedes ver la bala—relató y, boquiabierta, me acerqué.

Sin más, me dio un susto por detrás, haciendo que me volviese de golpe y que me encontrase con sus labios, a los que esquivé de milagro.

—¿Eres tonto? Te lo has inventado todo, ¿no?

—Pues sí, tengo bastante imaginación y eso es bueno. Si un día me echan de la policía, igual puedo dedicarme a ser novelista, ¿tú cómo lo ves?

—O a payaso, qué idiota eres…

—Ya hablamos de eso y te dije que yo prefiero ser domador… de fieras—añadió insinuante lanzándose sobre mí.

—Un intento más así y te llevas la hostia del siglo, advertido quedas.

—Vale, pues entonces esperaré a que seas tú quien me bese…

—Qué chulillo que eres, ¿no? Pues ya puedes esperar sentado. En serio, la casa es un flipe…

—Sí, estuve en un estudio hasta que me salió esto. La reforma, en realidad, la hizo el dueño, que es un colega motero, solo que luego conoció a una motera que le hizo perder el casco, porque cabeza no es que tuviera mucha, y al final se lo montaron rollo familia con su cría y

demás… Y ya no era plan vivir aquí.

—Ya, esto es más rollo picadero, ¿no? —le pregunté mientras echaba un vistazo general, porque no era para menos.

Con decir que allí metió hasta su moto… Sí, esa original vivienda, que estaba decorada con cantidad de motivos moteros, tenía la chulísima moto de Iván como uno de los principales motivos de decoración. Por lo que me comentó, el dueño tenía pasta y prefirió alquilárselo a buen precio a él, ya que le daba buen rollo que fuese poli.

De verdad que era para alucinar porque encima resultaba luminosa a consecuencia de unas amplias ventanas que daban a la calle y que tenían colocadas unos estores translúcidos que permitan disfrutar de intimidad en su interior al mismo tiempo que permitía la entrada de sol.

De estilo industrial, en ese *loft* no faltaba la madera, en algunas paredes y en los altos techos, de modo que el confort estaba también garantizado. Además, para nada era pequeño, ya que debía contar con unos 80 metros y, al ser casi entero diáfano a excepción del baño, daban mucho de sí.

—Te veo impresionada—me dijo mientras tocaba con la punta de los dedos algunos de los libros que, dispuestos en una impresionante librería, servían de lateral para lo que era una de las paredes del baño.

—¿Son del dueño? —le pregunté.

—Sí, yo no sé leer—bromeó—. Va, va, los libros son míos. Qué pasa, ¿tan becerro me crees? Me gusta leer, leo todo lo que cae en mis manos, ¿algún problema, jefa? Como verás, soy un chico aplicado, en todo…

—Ya, ya lo pillo. Oye, se me está haciendo un poco tarde, ahora sí que debo irme…

—Vaya por Dios, vuelta al hogar, infernal hogar…

—¿Lo de infernal es de tu cosecha? Porque hasta donde yo sé se dice dulce…

—Dulce cuando lo es, pero reconoce que cuando no tienes ganas de volver a casa, esta se convierte en un jodido infierno…

—Ya, con su demonio y todo, qué cuentos tienes…

—Es que ahora ya sabes algo más de mí. Me gustan los cuentos porque amo leer. Y a ti, ¿qué te gusta a ti, jefa? —me preguntó acorralándome contra esa librería, con sus dedos haciendo pinza sobre mi cintura y mi pecho apretado contra su duro torso, ese tan ancho que me hacía sentir pequeña entre sus brazos, por muy joven que él fuera…

—A mí me gusta no meter la pata, eso es lo que me gusta—le aclaré liberándome de golpe.

—Pues por el camino que vas, lo estás haciendo. No quieres estar con él, Noa, reconócelo de una vez.

—´Tú nunca me llamas por mi nombre de pila—murmuré.

—Ya, nena, pero ahora hay confianza…

—¿Nena? Ni en broma, prefiero mil veces jefa. Tengo que irme, de

verdad, Iván, tengo que hacerlo—me abrí paso hacia la puerta. El aire me faltaba, como si mis pulmones se hubiesen cerrado y no permitiesen la entrada de aire en ellos—. Vámonos, por favor.

Ladeó la cabeza hasta que el cuello le crujió. Se notaba la tensión, una tensión que crecía por momentos y que le llevó a vacilar…

—Está bien, vámonos—claudicó con ambos cascos en la mano.

De vuelta a casa, volví a sentir la caricia del viento, de ese viento que me oxigenaba cada vez que estaba con él. Esperé a Alexandre con el pijama puesto, como si me hubiese quedado a disfrutar de una fría tarde de domingo. En resumidas cuentas, como si no hubiese roto un plato cuando lo cierto era que no solo mi cuerpo, sino mi imaginación, habían volado lejos de allí. Volado bajito sobre dos ruedas.

Capítulo 15



Alexandre estuvo muy raro toda la tarde, sin apenas quererme dirigir la palabra. Yo intuía que su cabreo conmigo era monumental.

Nunca fue hombre de levantar la voz y siempre tuvo la virtud de saber contar hasta diez antes de decir las cosas. Supuse que esa era la razón de que no abriese la boca para verter ninguna acusación sobre mí. Además, que debía estar hastiado.

Se pasó toda la tarde con el móvil en la mano. No hablaba con nadie, solo miraba por aquí y por allá, con la intención de distraerse.

—¿Lo habéis pasado bien? —le pregunté en un momento dado, incómoda por verle tan callado.

—Hemos tenido días mejores—me contestó escueto.

Soy muy cojonuda, eso no era algo nuevo para él. Me había conocido así, quizás pudiese decir también, sin ánimo de tirar piedras sobre mi tejado, que un tanto caprichosa. Y me jode mucho cuando veo que alguien va a la suya, pasando de mí.

Ese pensamiento es injusto. Ni siquiera quise acompañarle a casa de sus padres y me permitía el lujo de juzgarle por su silencio, cuando me

había largado con Iván. Y sí, me lancé a la piscina, quería gresca.

—Lo dices como si fuera una tragedia, simplemente no me apetecía ir, ¿tan grave es?

—Y dale Perico al torno. Noa, ¿te he dicho yo algo? —bufó.

—No, pero es que a menudo es peor cuando no lo dices. Te quedas ahí, con cara de juez y me jode más que cualquier otra actitud.

—Haga lo que haga te voy a joder, aunque no será en sentido sexual, porque pareces haberme cogido asco—murmuró mientras se levantaba del sofá para ir en busca de una birra a la cocina.

—Oye, por ahí no vayas. A mí no me hagas cargar con ese peso. Estoy pasando por un mal momento, no hay más… Y el hecho de que por una vez no te haya acompañado a la puñetera casa de tus padres—me colé con esa forma de decirlo—, no te da derecho a ignorarme toda la tarde como a un insecto insignificante, porque no lo soy, ¿te enteras?

—Sí, sí, y tanto que me estoy enterando. Yo ya sabía que eras un poco caprichosa cuando llegamos aquí, pero desde que pusimos un pie en Sevilla me estoy enterando, pero bien que me estoy enterando. Por favor, ¿quieres echarte a un lado? Cuando te pones intensa, invades hasta mi espacio personal—me pidió enfadado.

—Pues no me da la gana de apartarme hasta que no me digas qué te tiene así, ¿ha sido tu madre? ¿Ella ha echado sapos por la boca? Y digo ella porque sé que tu padre no habla por no ofender, el hombre, pero es posible que ella la haya emprendido contra mí y…

—¿Y cuándo cojones vas a dejar de pensar que el mundo gira en torno a ti, Noa? —me preguntó en un tono que me dejó fría, porque él

nunca me había hablado así.

—El tonito me lo vas a rebajar ya porque no te lo pienso consentir, ¿estamos? —me planté delante de él—. Y no me creo que no sea eso, seguro que me ha puesto a caldo por dejarle plantada la paella y…

—No hemos comido paella—me soltó con voz grave.

—¿No? Pues vaya con tu madre, tanto anunciarla a bombo y platillo para nada. Mira, de no haber sido por eso, igual no nos había invitado y ni discutimos. Y ahora resulta que, al final, ni paella ni nada…

—Pues no, nos hemos comido un par de huevos fritos con patatas cada uno que ha hecho mi padre, ¿y sabes por qué?

—No me lo digas que ya me lo imagino. Por la pataleta que le ha dado porque la haya plantado. En qué mala hora…

—Pues no, va a ser que la mujer ha colapsado un poco y que su menor problema hoy eras tú. El viernes se enteraron de que tiene cáncer de colon, no quisieron decirnos nada para ahorrarnos un par de días de sufrimiento. La operan en breve.

Me quedé que trataba de moverme y los músculos no me respondían. Menudo ridículo que acababa de hacer y más en un momento en el que Alexandre debía estar hecho polvo y yo me había dedicado a sacarle de sus casillas.

—¿Cáncer de colon? Lo siento, no sabía nada—me senté de golpe porque se me bajó hasta la tensión.

—Ya lo sé, no pasa nada. Como ves, ahora tengo más problemas que

los de estar dorándote la píldora todo el día, Noa.

—Lo siento, de veras que lo siento. De haberlo sabido no habría sido tan cargante y, por supuesto, te hubiera acompañado, ¿cómo está ella?

—Pues jodida y asustada, aún no saben en qué fase se encuentra el tumor. Te ha echado de menos, la verdad, pero les dije que estabas indispuesta y te envían besos.

—Voy a llamarla, ¿vale?

—Haz lo que quieras, Noa—me contestó cansado, molesto, dolido, defraudado y profundamente disgustado por su madre, como no podía ser de otra forma.

La llamé y he de reconocer que mi llamada no solo le subió el ánimo a la mujer, sino que la agradeció muchísimo. Y, por si eso fuera poco, se interesó mucho por mi estado, como si a mí me pasara algo importante y a ella apenas nada.

Alexandre me miraba cuando colgué.

—Ha sido muy amable, ella lo ha sido—murmuré.

—Siempre lo es contigo. Y ahora, si no te importa, soy yo quien se va a acostar hoy pronto. No tengo ganas de nada.

Me quedé en el sofá a solas con mis pensamientos. El que acabábamos de recibir era un nuevo revés del destino y yo ignoraba cómo encajarlo cuando tenía la cabeza llena de pájaros y no podía más que pensar en mí misma y en todo lo que me estaba sucediendo.

Capítulo 16



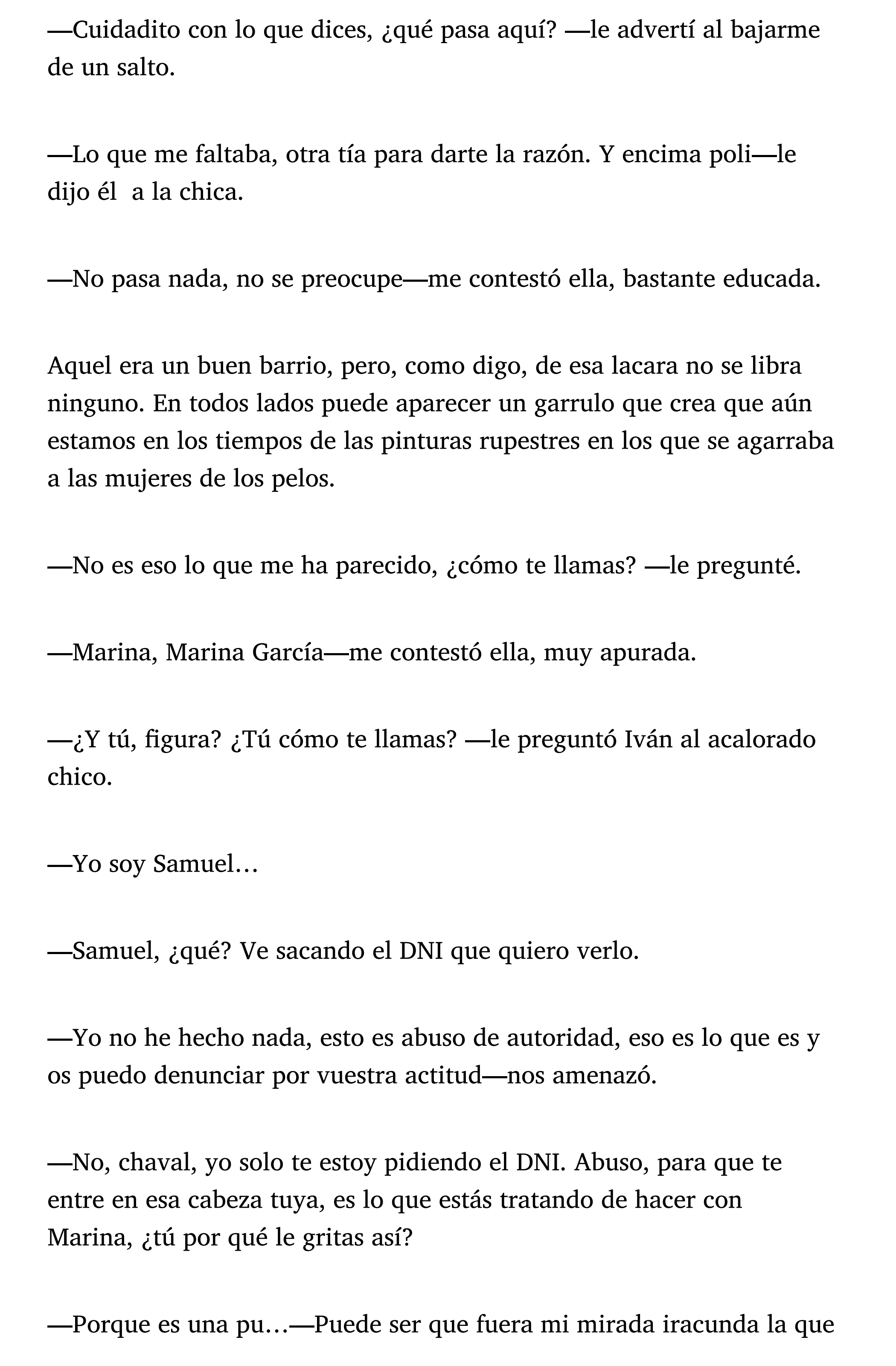
No me lo podía creer. Patrullaba con Iván, a media mañana, cuando nos encontramos con una pareja de críos que iban discutiendo por la calle. Para colmo, eran horas de instituto y aquellos dos se habían saltado las clases tan "clara-mente" como canta Shakira.

El chaval le recriminaba algo a gritos, que no entendíamos muy bien, a lo que ella le contestaba también a voces.

—Es que me han dicho que te vieron, te vieron mis colegas, no me lo estoy inventando. Ibas con Pablo y me dijiste que salías con tus amigas, ¿de qué vas?

No debían tener más de 16 años y la conversación se estaba produciendo en unos términos que ni a Iván ni a mí nos gustaron ni un pelo. Por desgracia, la violencia machista no entiende de edades, estatus sociales ni lugares en los que se viva. En todos lados puedes encontrarte a un niñato, porque ese sí que lo era, y en toda la extensión de la palabra, creyendo que una chica es de su propiedad.

Con lo bonito que suena, en boca de la mayoría de los chicos, de todos esos que respetan a sus amigas y novias, la palabra igualdad, todavía quedan algunos que no entienden del respeto y no ven más allá de aquello que sus machistas miradas quieren mostrarles.



—Cuidadito con lo que dices, ¿qué pasa aquí? —le advertí al bajarme de un salto.

—Lo que me faltaba, otra tía para darte la razón. Y encima poli—le dijo él a la chica.

—No pasa nada, no se preocupe—me contestó ella, bastante educada.

Aquel era un buen barrio, pero, como digo, de esa lacara no se libra ninguno. En todos lados puede aparecer un garrulo que crea que aún estamos en los tiempos de las pinturas rupestres en los que se agarraba a las mujeres de los pelos.

—No es eso lo que me ha parecido, ¿cómo te llamas? —le pregunté.

—Marina, Marina García—me contestó ella, muy apurada.

—¿Y tú, figura? ¿Tú cómo te llamas? —le preguntó Iván al acalorado chico.

—Yo soy Samuel…

—Samuel, ¿qué? Ve sacando el DNI que quiero verlo.

—Yo no he hecho nada, esto es abuso de autoridad, eso es lo que es y os puedo denunciar por vuestra actitud—nos amenazó.

—No, chaval, yo solo te estoy pidiendo el DNI. Abuso, para que te entre en esa cabeza tuya, es lo que estás tratando de hacer con Marina, ¿tú por qué le gritas así?

—Porque es una pu…—Puede ser que fuera mi mirada iracunda la que

le hizo pararse en seco, cosa que agradecí al cielo, aunque bastante calentita me había puesto ya.

—Eso que has tratado de decir es muy grave, ¿lo sabes? Vamos a llamar a tus padres, y también a los de ella. Alguien tiene que saber que tratas así a las chicas, esto no se puede quedar así—le advirtió de inmediato Iván.

—Totalmente de acuerdo. Venga, dadme sus teléfonos y los citamos ahora mismo en comisaría—les pedí.

—Y una mierda, ¿estáis todos de su parte? —se dirigió de esas bonitas formas a nosotros.

—Chaval, no te pases ni un pelo más—le contestó él—. No se te ocurra vacilarnos ni a Marina ni a la inspectora ni tampoco a mí. Dale ahora mismo el teléfono de tus padres…

—¿Y si te lo hubiera hecho a ti? ¿Entonces qué? —le increpó.

—No me toques más las narices y cálmate, por tu bien te lo pido.

—Dígaselo usted, que yo puedo cambiar de opinión si me da la gana—me pidió la chica.

—Por supuesto que sí, ¿quieres salir con otros chicos y él no te deja? —indagué.

—Eso es, me dice cosas muy feas y me llega a dar miedo. Por eso le tuve que decir que salía con mis amigas, porque le temo. Quiero dejarle y no me lo permite, cree que soy suya.

—¿Lo estás oyendo, chaval? Marina te teme, ¿tú crees que esas son formas de querer? —prosiguió Iván.

—No me temería si estuviera solo conmigo—soltó él a lo bestia.

—¿Y tú crees que alguna chica querrá estar contigo mientras tengas esa actitud de neandertal? Además, para que lo sepas, esto que estás haciendo es delictivo y tendremos que dar parte. Desde el coche hemos oído cómo la insultabas.

—¡Porque se lo merecía! —chilló rojo de la ira.

—Mira, te vienes para comisaría ya, tú necesitas que te pongan las pilas. Y no vuelvas a tratar así ni a esta chica ni a ninguna otra porque con ellas no lograrás nada y tú te destruirás, te convertirás en un mierda con quien nadie quiera estar, ¿entendido? Con todo lo chulo que te crees y todavía no te has enterado de que esa actitud es de cobardes—le aclaró Iván.

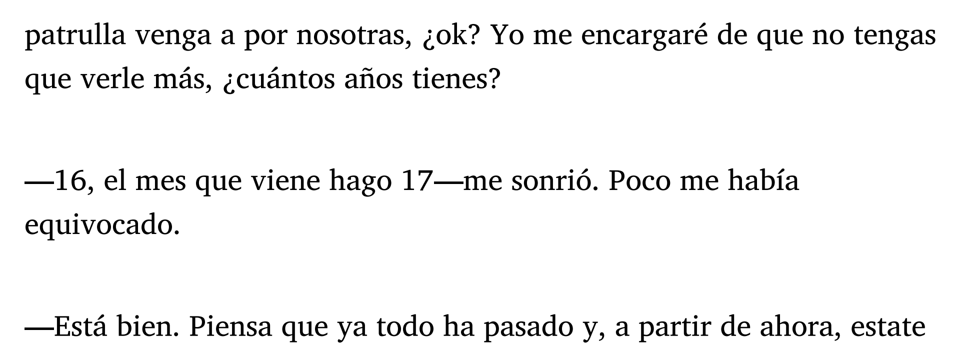
—¿Cobarde yo? Suéltame las manos y nos liamos a hostias, así no dirás más tonterías.

—Mira, chaval, te aconsejo por tu bien que cierres la boca. No estás haciendo más que cagarla y todo se volverá en tu contra. Venga, al coche…

Iván se encargó de él mientras que yo me quedaba con la chica.

—No quiero ir en el mismo coche, inspectora. Me da miedo cuando me mira así. No sé lo que me ocurre, solo que entro en pánico.

—No te preocupes, preciosa. Ahora mismo pediré que otro coche



patrulla venga a por nosotras, ¿ok? Yo me encargaré de que no tengas que verle más, ¿cuántos años tienes?

—16, el mes que viene hago 17—me sonrió. Poco me había equivocado.

—Está bien. Piensa que ya todo ha pasado y, a partir de ahora, estate alerta. Siempre que un chico comience a controlarte, huye de él, Marina, no te hagas su novia, ¿ok?

—No, desde luego que no, es que al principio no era así, ¿sabe? Entonces me mostraba su mejor cara, no tenía nada que ver.

—Ya, es lo que suelen hacer. La buena noticia es que no tardan en dar señales y, a la primera de cambio, debes poner pies en polvorosa, ¿no sabes lo que es? —le sonreí mientras negaba—. Bueno, cielo, pues yo te lo voy a explicar…

Capítulo 17



Iván entró en mi despacho aquella tarde en la que a ambos nos tocó trabajar, porque un asuntillo que nos encargó la comisaria así lo precisó.

Yo llevaba toda la mañana guardando las distancias con él. A ver, como es lógico no íbamos a estar de pasteleo en las dependencias policiales, pero me refiero a que no toleré ninguna de sus típicas bromitas ni le dejé que se pasara de la raya.

A la hora de marcharnos, me invitó a una birra fresquita.

—Hoy no va a poder ser, Iván, lo siento.

—Vaya, jefa, y yo que soñaba con este momento. Y tú que también soñabas… Venga ya, ¿nos vamos a pasar toda la vida jugando al ratón y al gato? Porque si es así…

—Iván, ya, ¿es que tú no oyes cuando se te habla? Porque te he dicho alto y claro que hoy no puedo, ¿es que hablo en chino? —le contesté con un regusto amargo porque nada me apetecía más en la vida que largarme con él en su moto y no pensar en los innumerables problemas que, uno tras otro, parecía que se me acumulaban.

—Yo oigo, jefa, claro que oigo. Otra cosa es que me convenga oír, que eso va a ser que no. Tú tienes ganas, yo tengo ganas… Y de tomar la cerveza también—añadió con sorna—, ¿me puedes decir dónde diantres está el problema?

—¿En que puedo cambiar de opinión? Porque igual esa es una posibilidad que no has contemplado. Iván, mira, nada de lo ocurrido ha sido buena idea, lo lamento de veras.

—¿Qué lamentas exactamente? —me preguntó arqueando una ceja.

—Pues todo lo sucedido, el hecho de que igual, con mi actitud te haya dado esperanzas, porque no es eso lo que quiero.

—No, no, tranqui… Si yo sé que te mueres por besarme, no hay pega.

—Déjate ya de tonterías, ¿vale? No te voy a besar ni ahora ni nunca, no es eso lo que entra en mis planes, no besar a un….

—¿A un niñato? Dilo si quieres, aunque el problema no va a cambiar por eso, ya te lo garantizo. Vas a seguir deseando morder mi boca, lo reconozcas o no. Ese deseo se convertirá en una especie de maldición si no lo haces realidad, yo solo te recuerdo que te acompañará a todas partes, como la placa de poli—me aseguró antes de girar sobre sus talones para marcharse.

Me quedé en mi despacho, abatida. Se acababa de ir y ya lo estaba echando de menos. Él no podía imaginar lo mucho que le deseaba o sí, y por eso no paraba de tirar la caña, sabiendo de sobra que yo estaba deseando tragarme el anzuelo, por decirlo de una manera fina.

En resumidas cuentas, que me marché cabizbaja a casa, porque seguía con las mismas pocas ganas de estar allí con Alexandre, si bien sabía

que no era momento de plantearme nada, que él no se merecía que yo se la jugase nunca, pero mucho menos en aquellas dolorosas circunstancias, en las que tenía las carnes abiertas a consecuencia del tumor de su madre.

Aún era lunes y la semana se me haría muy cuesta arriba. A Ana la operarían el viernes, y entonces sabríamos exactamente la gravedad del tumor y de qué estábamos hablando.

Camino de casa, me encontré abierta una pastelería en la que vendían unas increíblemente apetitosas tejas sevillanas, que son un dulce muy típico de la tierra, y no dudé en comprárselas. Alexandre se ganó con el tiempo todo lo bueno que pudiera hacer por él en un momento en el que yo le traicionaba, puesto que no estaba haciendo otra cosa.

Igual me dais la razón o igual no, pero yo sentía que ya le había traicionado. No hace falta que te metas en la cama con alguien o que le comas los morros a saco para sentir que le estás fallando a tu pareja, a ese hombre que siempre ha estado a tu lado, mimándote y cuidándote como nadie. Yo iba al gym de Iván, me vi con él a escondidas, suspiraba por montarme con él en su moto, soñaba con volver a pasar un rato en su *loft* y, en definitiva, estaba loquita por meterme en la cama con él, ¿eso no es una traición? Encendí un cigarrillo, la situación lo requería. Se trataba de una urgencia como cualquier otra, puesto que mi cabeza echaba humo.

—Hola, ¿cómo estás? Te he traído unas tejas—le comenté al llegar, dándole un beso en la mejilla. Muy significativo, sí, lo de no besar sus labios, pero es que no podía. Había algo que me lo impedía.

—¿Unas tejas? Gracias, es un bonito detalle—me contestó con ojos tristes. Estaba como un mojón despeinado, ¿cómo iba a estar? Esa frase era muy de mi novio y recordé que la primera vez que me la soltó hizo que me tronchara. Ese tiempo lo veía yo como de otra vida,

de una que había quedado a años luz y eso que era conocedora de que tal idea carecía de sentido, puesto que hacía pocos meses que lloraba por las esquinas por él, tras el tiroteo.

—Sí, me voy a dar una ducha…

—¿Hoy no vas al gym? —me preguntó con las tejas en la mano, con el paquete aún cerrado. Lo normal sería que lo hubiese abierto del tirón, pero no tenía apetito y era lógico, ¿acaso lo tendría yo de estar en sus zapatos?

—No, hoy se ha hecho tardísimo y prefiero quedarme en casa—le mentí porque aún no había entrado y ya sentía que me asfixiaba. Y, aun así, le mentí porque consideraba que era lo correcto y porque necesitaba silenciar esa conciencia que me gritaba todo el rato que mi actitud era de pena y que Alexandre me necesitaba más que nunca.

Capítulo 18



El viernes no trabajábamos. Como es normal, estuvimos al lado de Ana y de Rodrigo, en la habitación del hospital, hasta que un celador vino a llevársela para el quirófano.

En los ojos de mi suegra se escondía el miedo. Era obvio que no sabía qué se iban a encontrar exactamente cuando abrieran, y de eso dependería todo.

—Al menos, si algo me sucede, estoy tranquila porque sé que tú cuidarás de mi Alexandre—me confesó tomándome de las manos.

—Mamá, por favor, a ti no te sucederá nada—intervino él, viendo mi cara, la cual debió mimetizarse con la blanca pared.

—Hijo, es lógico que eso me tranquilice. Algún día tendréis vuestros propios hijos y sabrás de qué te hablo exactamente, ¿verdad que sí, Rodrigo? Dile que un hijo es lo que más se quiere en el mundo.

Al buenazo de Rodrigo, porque lo era, la voz no le salía del cuerpo. Ana y él llevaban juntos desde que no eran más que dos críos, literalmente, y a él le horrorizaba la idea de que a su adorada esposa le sucediese algo en aquella aciaga mañana en la que Sevilla se despertó con una tormenta impresionante. El agua caía a mares y una cortina de agua no dejaba ver el exterior desde las ventanas.

Si cabe, el hecho de que lloviera de esa forma atronadora me agobiaba más aún, porque se me representaba que no hubiese nada más fuera, que solo existiéramos nosotros y la agonía de un hospital que se me estaba cayendo encima porque yo estaba al límite, como si gritase por dentro y nadie me escuchase.

Fui incapaz de responder a las palabras de Ana, de tranquilizar a esa mujer en un momento tan complicado, diciéndole que yo me quedaría toda la vida al lado de Alexandre como ella lo hizo con Rodrigo. No podía soltarle semejante mentira por la boca.

—Os veo luego, os quiero—dijo con tristeza al salir de la habitación, y entonces Rodrigo, que hasta el momento se mantuvo muy entero por ella, se desmoronó, cayendo a plomo sobre la cama de la que acababa de salir su esposa.

—Papá, no te preocupes, que estamos aquí contigo. Todo va a salir bien—le decía Alexandre.

Juro que yo también quería consolarle, decirle que íbamos a salir más fuertes de aquella y que lo celebraríamos con una gran paella en familia o quizás con uno de esos pucheros que mi suegra afirmaba que añadían años de vida, y quizás razón no le faltase a la mujer. Y no, no lo hice porque la voz apenas me salía del cuerpo. Me limité a sentarme al lado de él y a ofrecerle una tímida sonrisa, la misma que le dediqué a su hijo.

Alexandre, como es lógico, estuvo súper pendiente de su padre y yo me conformé con quedarme a su lado, como si mi sola presencia bastase, como si no pudiese hacer nada más. De hecho, reconozco que estaba deseando que me encargaran un cafecito o algo similar para salir unos minutos de una habitación en la que sentía que el aire estaba viciado, en la que me costaba cantidad respirar.

La operación duró un par de horas o algo más que se eternizaron en mi cabeza. El médico se acercó a nosotros y recé porque todo estuviese bien, ya que siempre aprecié a Ana, pero miento si no afirmo que también lo hice por egoísmo, pues necesitaba que la pesadilla pasara para poder tomar mis propias decisiones sin que nada me condicionase.

—Por suerte, parece que hemos podido limpiar toda la zona. Requerirá tratamiento, quimio y radio, eso es indudable, pero crucen los dedos porque puede que todo vaya bien.

Ellos sí que no se cogen los dedos y hasta cierto punto es lo esperable, puesto que tratan con vidas humanas y no con cartones de huevos, por muy frágiles que estos sean. Te dejan caer la información, eso sí, sin asegurarte nada por si algo sale mal, que nunca se puede saber del todo y menos en esos casos. En fin, que las noticias parecían ser esperanzadoras en principio, y que debíamos agarrarnos a eso.

—¿Lo has oído, papá? Te queda mamá para rato. Si te has creído que te vas a librar de sus broncas y de sus manías la llevas clara—bromeó su hijo mientras le abrazaba.

—Ojalá la escuche hasta el último día de mi vida, Alexandre, ojalá—le contestó él con lágrimas en los ojos.

Después fui yo quien se acercó a Rodrigo.

—Todo va a ir genial, ya lo verás, lo presiento—le dije porque así era, algo me decía que Ana respondería fenomenal al tratamiento, aunque también cabía la posibilidad de que fueran mis ganas de que así fuera.

—Muchas gracias, hija, muchas gracias. Y gracias también por estar

aquí con mi hijo y conmigo.

Alexandre me miro y, tras soltar un poco de aire, me abrazó.

—Sí, muchas gracias por estar al pie del cañón, como siempre—murmuró porque siempre estuve con él en el hospital, nunca solté su mano.

—No hay que darlas—le contesté de inmediato.

—Sí, sí hay que darlas porque sé que ahora te supone un gran esfuerzo y ahí estás, chiquitilla—murmuró mientras esbozaba una leve sonrisa.

—Va, va, no es nada. Y ahora deberíais comer algo. Ni siquiera habéis desayunado y ella irá directa a la UCI, de momento no os dejarán verla. Debéis estar fuertes para los días que vienen—les aconsejé.

—Sí, tienes razón. Vamos todos a desayunar, tú mucho hablar, pero tampoco tienes nada en el cuerpo, Noa—me recordó Rodrigo.

Ni cuenta me había dado. Estaba tan metida en mis pensamientos, tan a lo mío, que no caía en las cosas. Mi padre, Iván… Ellos daban vueltas en mi cabeza, de manera que yo estaba en aquel hospital, pero no estaba. Y tampoco estaba con Alexandre por mucho que, a simple vista, todo apuntase a que así fuera.

Capítulo 19



El fin de semana fue de lo más angustioso. Tras una primera noche en la UCI, a Ana la subieron a planta. Y claro, estuvimos allí con ella, atendiéndola en todo lo posible.

—Hija, cuánto me alegra que estés tú también. Hay cosas que, por muy maridos o hijos que sean, una no se acostumbra a hacerla delante de ellos—me decía mientras que la ayudaba a ir al baño o cosas similares—. Me da vida que estés aquí.

Ana era muy lista, a ella no se le iba una. Rodrigo no solía enterarse de qué iba la película, pero su esposa vio con meridiana claridad que su hijo y yo atravesamos por una crisis, y aquel infortunio me obligó a hacer acto de presencia a todas las horas, algo que se notaba que le alegraba mucho, como si fuera a servir para unirnos de nuevo.

Necesitaba oxigenarme y, aunque por las noches nos íbamos a casa, dejándola allí con Rodrigo, yo contaba las horas para que llegase el lunes y poder incorporarme a mi puesto de trabajo, que era lo que más deseaba en el mundo.

En la tarde del domingo, ya rozando con la puntita de los dedos ese lunes que cogería con tantas ganas, mi padre me llamó por teléfono.

—Hola, cariño, ¿todo marcha bien? —me preguntó.

—Sí, papá, como la seda. Ana evoluciona favorablemente, mañana trabajo con normalidad, todo genial—le mentí porque a él no podía contarle la verdad.

—Ya, es que se te ha olvidado una cosita, y no te lo digo como un reproche, ¿eh, hija? Simplemente pensé que llamarías y…

Y las gotas de sudor comenzaron a perlar mi frente, ¿en qué día estábamos? Miré el calendario y me horroricé…

—Papá, hoy es el cumpleaños de Bruno y Duarte, me quiero morir—resoplé—. Los adoro, sabes que los adoro, y ellos también lo saben—le respondí con lágrimas en los ojos.

—Claro que lo sé, cariño, y no me preocupa por ellos…

—Pero habrán pensado que me he olvidado, es muy injusto—le respondí con las lágrimas saliendo de mis ojos.

—No, no han pensado nada porque les he dicho que estabas en una misión especial y que, hasta que no acabases, no podrías llamarlos.

—Si aquí no hay misiones especiales, papá—le contesté lagrimeando y encogiendo los hombros.

—Claro que las hay, hija, ya te llegarán. Sé que te gusta la acción. Verás, no me preocupa que no los hayas llamado, sino saber cómo tendrás la cabeza para un olvido así. De sobra conozco lo importante que esta fecha es para ti…

Tuve que meditar la respuesta, porque mi padre se agarraba a un pelo

y cualquier cosa que dijese me podría comprometer. No quería disgustarle, bastante tenía él con la particular batalla que libraba día a día.

—Pues sí, papá, es que el tema de la operación de Ana nos ha dejado a todos fuera de juego. Los tumores no avisan, simplemente se presentan y lo trastocan todo—le contesté.

—Bueno, si solo es eso, me quedo más tranquilo…

Mentía igual de mal que yo, solo estábamos guardando las formas. Me pasó a los niños, a los que adoraba, y tras felicitarles les prometí que les enviaría un par de preciosos regalos esa semana.

Alexandre me encontró secándome las lágrimas con el puño del jersey, sentada en la escalera.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le pregunté.

—Llevas un par de días viniendo a este rincón cuando no puedes más. Te oigo rumiar desde aquí, aparte de que sé que has encendido más cigarrillos de la cuenta en la puerta del hospital.

—Joder, ¿ahora me espías?

—No, solo me preocupo por ti—murmuró mientras me daba un beso en la frente—, ¿por qué no te vas ya para casa? Necesitas descansar, tú trabajas mañana—me recordó, porque a él la comisaria le comentó que se tomase los días que necesitara esa semana.

—¿No te importa? La verdad es que siento me voy arrastrándome, que no puedo con mi alma. Estoy muy cansada—le contesté.

—Ya, y lo peor es que no se trata solo de cansancio físico.

—No empecemos, por favor—le pedí, porque no era momento ni lugar para empezar a discutir.

—No, no trataba de empezar nada, tan solo se me ha escapado. Estoy muy preocupado, Noa, he acumulado mucha tensión, discúlpame y hazme caso, vete a casa.

Lo hice porque ya no podía más y, de camino a casa, no pude evitar dar un rodeo y pasar con el coche por delante de la casa de Iván. Me moría de la vergüenza, ¿qué puñetas hacía allí, parada en su puerta como una quinceañera? Si él me hubiese visto, no tendría excusa posible.

Comenzaba a llover de nuevo y activé el parabrisas, ya arrancaba cuando vi llegar a una chica, a la que apenas pude verle la cara, que avanzaba con su paraguas de campana. Al llegar a la altura de su puerta, llamó al timbre. Lo único que podía ver es que contaba con una larga melena y con una esbelta silueta que, a buen seguro, sería muy del gusto de aquel mequetrefe.

La intriga me mataba, quería ver cómo la recibía, ¿acaso pretendía que me escociese para olvidarme de él? Pues igual sí.

El sonido del claxon del coche que tenía detrás me lo impidió. Iván estaba en casa, de eso no había duda porque veía la luz, pero tardaba en abrir. Y el tío de atrás se debía estar quemando porque comenzó a hacer sonar el claxon de un modo tan estridente que hasta algún que otro vecino se quejó, asomándose por la ventana.

No tuve más remedio que avanzar y mejor así, ¿qué esperaba? Él era

un niño y contaba con un éxito arrollador, ¿acaso me debía guardar luto? ¿Y por qué? ¿Es que habíamos tenido algo? Pues no, aunque para no tenerlo me marché de allí con la sensación de que me hubiesen pateado el estómago.

Capítulo 20



Llegué a la comisaría y él estaba aparcando su moto.

—Ey, jefa, ¿qué tal el fin de semana? —me preguntó.

—Bailando sevillanas no me lo he pasado, eso ya te lo anticipo.

—Lo sé, lo sé. Te envié un par de WhatsApp y pasaste de mí como de comer mierda.

—Tú siempre tan explícito…

—Es lo que hay, ¿esa mujer ha escapado bien? —se interesó.

—En principio, sí, aunque ahora debe responder al tratamiento. Bueno, vamos a dejar de jugar a los doctores y comencemos con el curro, ¿entramos?

—Si tiras el cigarrillo. No creo que a la comisaria le haga mucha gracia que entres fumando, más que nada porque ella es de la liga antitabaco.

—Vaya, otra como tú… Supongo que igual no está estresada, porque yo cuando me estreso…

—¿Te da por fumar? Porque mira que a mí se me ocurren un buen montón de formas de relajarte sin que vuelvas a coger un cigarrillo, jefa…

—Ya, tú debes practicarlas muy a menudo—le dije con retintín.

Estaba escocida desde que vi a esa chica aporreando la puerta de su casa. Ese venía de pasar una noche toledana dijese lo que dijese, a él debía valerle todo. Y yo, que era una estúpida, me pasaba horas pensando en él. Eso se había acabado.

—¿Qué te pasa, Noa? Te noto distinta—me preguntó parándose en seco.

—Prefiero lo de jefa, no te tomes tantas confianzas, que nos conocemos.

—Ya, igual también influye que al resto de mis jefes no los llevo en moto ni los meto en mi casa, es que igual tu actitud confunde—me reprochó.

—Pues no te preocupes, que a partir de ahora no habrá nada que te confunda, eso puedes jurarlo. Ven directo a mi despacho y olvídate de hacerme ninguna insinuación, es una orden.

—¿Una orden? Pues nada, tranquila que no te tocaré ni con un palo…

Se ofendió, él no conocía el motivo de mi cabreo y yo me agarraba a la visita que recibió para poner freno a lo que me parecía una locura.

Ese día, nuevamente de patrulla, nos encontramos con Isaac por la

calle.

—Voy limpio, inspectora, y no me refiero solo a que me he duchado y que huelo a gloria. Pensándolo bien, cachéame si quieres, que igual hasta…—calló al ver la cara de perro potencialmente peligroso que se me estaba poniendo.

—Menudo desgraciado que estás hecho, Isaac, mira que no está el horno para bollos.

—¿Desgraciado? No, mujer, otra cosa me puedes decir, pero lo que toca gracia la tengo a esportones. Yo hasta he sido monologuista, ¿tú lo sabías?

—Pues no, tu cara no la he visto en ningún cartel, mira tú por dónde…

—Vale, porque no soy el Leo Harlem ese tampoco, que lo hacía antes y en bares de amigos, pero la gente se lo pasaba pipa. Gracia tengo, guasa también tendré, no te digo que no, pero no me quites lo que es mío.

—Y hablando de lo tuyo, ¿es cierto que hoy no llevas nada? Abre las piernas, anda…

—Qué injusta es la vida, te suelto yo lo mismo a ti y me llevo un guantazo, aparte de que voy preso fijo—me guiñó el ojo.

—El guantazo te lo puedes llevar puesto de todos modos, si quieres…

—No, no, guapa, que tienes famita de darle leña al mono en el gimnasio…

—¿Se lo has contado tú? —le pregunté sorprendida a Iván.

—¿Yo? Dios me libre, jefa…

—No, no, inspectora, que él no ha sido, Iván me dijo lo de que dabas más coces que un mulo delante de un montón de avispas, pero hasta ahí.

—De verdad, que vaya tela, ¿y entonces?

—Entonces es que aquí se termina sabiendo todo. Me cago en mi estampa, que yo también tengo amigos mazados, no solo lo está Iván. Y se dice que das miedo cuando coges el saco, inspectora, que le das así como si fuera…

—Como si fueras tú, vaya.

—Y dale, vaya malita suerte la mía, siempre termino cobrando…

—Solo de boquilla, que yo no te he tocado un pelo…

—Y mejor que no te lo toque, que yo la he visto y reparte hostias como panes, Isaac.

—Menos mal que yo ya vengo desayunado de casa y hasta el mediodía no vuelvo a tener gazuza, que si no…

—Isaac, que sepas que te pienso tener controlado, no se te olvide—le recordé.

—Qué presión, jefa. Y, además, que estoy en libertad con cargos, no

me queda más remedio que portarme bien. Suerte que pude pagar la fianza…

—Ya, con el dinero del Ingreso Mínimo Vital que cobra tu madre, ¿no? Menos mal que eso da para mucho, que si no…

—Pues sí, inspectora. Menos mal que nos echan una manita a los pobres, que si no…

—Qué poquísima vergüenza tienes, Isaac.

—Eso ya lo discutimos en su día, no nos vamos a repetir como el ajo. Bueno, me las piro, que ando muy liado…

—Pues mucho cuidadito con tus líos, que esos te terminan llevando a la trena fijo.

—Ni lo mientes, inspectora, que yo soy muy familiar y no quiero ni imaginarme otras Navidades fuera de mi casa.

—Ya, un pajarito me ha piado que has pasado más de una a la sombra, ¿no?

—Sí, y no puedes imaginarte lo que es eso. Una Navidad sin la familia no se la deseo yo ni al Johny, el niñato ese que dio un chivatazo hace un par de años y me cayó a mí lo más grande encima. Pues ni a ese se lo deseo, y mira que no me importaría verlo como las bombillas.

—¿Qué dice este tarado de las bombillas? —le pregunté a Iván.

—Pues que quisiera verle con el pescuezo retorcido y las tripas encendidas, jefa—se burló mientras el otro asentía con la cabeza.

—Me cuesta trabajo decirlo porque es de la pasma, pero me cago en mi estampa, este Iván mola—soltó el otro, que sí que estaba tarado, no me había yo confundido.

Capítulo 21



Apenas faltaban unas semanas para Navidad y las palabras de Isaac, por mucho que yo no comulgara en nada con ese tipejo, me calaron hondo.

Yo no me imaginaba una Navidad sin los míos, y la cosa estaba chunga porque Ana no se encontraría bien y, sin duda, Alexandre no querría marcharse esos días para Pontevedra, por mucho que librásemos.

Total, que el potaje se me agriaba por momentos y prefería no pensar en eso. La semana fue bastante complicada porque me debatí entre tratar de apoyar a Alexandre y ponerme a salvo yo… Ha sonado muy dramático, soy consciente, pero es que la salud mental es primordial y yo sentía que la estaba perdiendo. Como si mi cordura estuviese al límite…

A Ana aún no le habían dado el alta y pronto comenzaría con su tratamiento. Quisiera yo o no, demandaría de nosotros, y yo estaba más para recibir que para dar (y no en el sentido sexual precisamente), puede que porque tuviera algo de malcriada, por mucho que me negase a reconocerlo.

Por las tardes, no tenía más remedio que pasar por el hospital para hacerle una visita, por lo que todas mis esperanzas se centraron en

que la comisaria me adjudicara algún caso que me obligase a permanecer alguna en comisaría, pero no, no hubo suerte.

Iván ya se iba acostumbrando a mis continuos desplantes. Para mí que no tardaría nada en no tener el más mínimo interés en mí, si es que alguna vez lo tuvo, que puede ser que se ciñera a echar un casquete y punto pelota.

El sábado por la mañana, por fin, le dieron el alta a Ana y estuvimos en el hospital con ella para el momento de trasladarla a casa. Muy incómoda por los puntos, la mujer demandaría cuidados, y eso me ponía enferma, por mucho que fuese una ofensa pensar allí, viendo lo mal que lo estaba pasando ella.

Para más inri, su hijo parecía estar alelado. Llevaba un par de días como ido, todo el tiempo de arriba abajo, enfrascado en el teléfono.

—Alexandre, ¿quieres hacer el favor de venir? Que tenemos que levantar a tu madre, hombre.

A mí era lo que me faltaba, que él no estuviese a lo que tenía que estar. Me mataba su actitud.

—Hijo, que parece que no echas cuenta. Noa tiene razón—le comentó Ana.

Me jodía también cantidad ver que mi suegra trataba por todos los medios de acortar distancias conmigo, buscando mi beneplácito en todo y más cuando yo no sabía qué nos depararía el futuro, pues el hecho de que tratase de sacarme a Iván de la cabeza no me acercaba en absoluto a Alexandre. Prometo que lo intentaba, pero no lo conseguía.

Almorzamos con ellos en su casa y entre ambos les preparamos la comida a sus padres. Viéndonos allí, cada uno a lo suyo mientras cocinaba, recordé esos primeros tiempos de convivencia en Pontevedra, cuando era imposible que terminásemos de preparar nada en nuestra cocina sin pasar por medio por la cama, por el sofá, por la encimera o por donde se terciara… Siempre estábamos enganchados. De nuevo, me parecía como si hubiese ocurrido en otra vida, cuando lo cierto es que no hacía tanto tiempo de eso.

A media tarde, les dejamos allí cómodamente instalados. Alexandre les comentó que pasaría por la noche para ver si necesitaban algo. Era un buen hijo, por mucho que pareciera estar en el limbo en los últimos días.

Al llegar a casa, ya no pude más. Se me había metido en la cabeza que tuviese un lío de faldas y que eso fuera lo que tan distraído le tenía y para mí que la dueña de esa falda no era otra que Paula, su compañera. A mí ella no me la daba, porque veía de sobra cómo miraba a Alexandre, aparte de que tampoco es que tratara de disimularlo mucho.

Sé que puedo estar pareciendo el perro del hortelano, ese caprichoso que ni come ni deja comer. Pues sí, porque yo no sabía hacia dónde me llevaría la vida y, pese a todo, sentí miedo de perderle. Eran varios años con Alexandre, conviviendo con él, sintiéndome mimada y cuidada en todo momento, ¿estaba preparada para perderle? Pues igual para nada y lo de Iván no había sido más que una ventolera, quién sabía.

El caso es que le pregunté y él no tardó en responderme.

—Oye, ¿se puede saber qué te pasa? Porque sé que traes algo entre manos—le aseguré sin precisar, tampoco podía descubrir mis cartas de antemano.

—Pues que a veces llueve sobre mojado, Noa, y que no doy abasto con tantos problemas.

—Es que ya no me cuentas nada, ¿de qué problemas me hablas?

—Del piso que tienen mis padres en Chipiona, en la playa, ¿te acuerdas de él? Bueno en realidad mi madre lo recibió de herencia, es de ella y de mi tío, pero él apenas lo pisa.

—Sí, claro que sé qué piso es, ni que tuvieran un montón de ellos—me quejé.

—No, nosotros no tenemos propiedades ni pasta ni nada—me contestó sarcástico, aludiendo a que no todos podían ser ricos.

—Vale, perdona, ¿qué pasa ahora con el dichoso piso?

—Pues que al inquilino le ha cumplido el contrato y dice que no se va, así de chulo el tío.

—Ostras, o sea, que quiere convertirse en un inquiokupa, ¿no? Pues vas listo como así sea, tenéis para años.

—Ya lo sé, de forma que me gustaría ir a verle el finde que viene, cuando ya mis padres se valgan mejor por sí solos. Es que te prometo que no sé dónde acudir—me confesó y sentí lástima, era cierto que andaba hasta arriba de problemas.

—Bueno, yo podría quedarme y echarles un vistacito, si te parece—me ofrecí antes de que me pidiera que le acompañase, algo que no me apetecía en absoluto.

—¿Harías eso por mí? Me vendría de perlas, no te lo niego, pero no quiero cargarte con mis problemas.

—No me cargas, tranquilo, te lo he ofrecido yo, todo está bien.

—Vale, pero por favor, no les digamos nada a mis padres. Prefiero que piensen que estoy currando o algo, lo que les falta es llevarse también un sofocón con lo del piso.

—Ya, porque como el tío se haga fuerte en él, ya sabes que estáis jodidos.

—Y que lo digas.

—Oye, ya que estamos hablando un poco de todo, me gustaría comentarte un tema familiar también.

—Ya me lo imagino, estás pensando en las Navidades, ¿no es así?

—¡Bingo! Entiendo que tú este año lo tienes muy complicado para moverte, Alexandre, pero es que yo… Yo me muero de pena si no veo a los míos en esas fechas. Siento que me estoy distanciando de ellos con todo lo sucedido, hasta el otro día se me olvidó el cumple de mis hermanos.

—Noa, ni lo pienses. Tú tienes que ir a disfrutarlas con ellos pase lo que pase. Yo lo entiendo perfectamente, no te hagas mala sangre pensando lo contrario.

No esperaba menos de él, siempre fue enormemente comprensivo, por lo que me alegré bastante. Un problema solventado, iríamos de uno y

uno.

Y hablando de problemas, quien también dejó de dármelos fue Iván. Tuve que pararle los pies más de una vez, no ocurrió en plan milagroso y de buenas a primeras, pero tras dejarle clarinete en la última ocasión que igual sacaba mi arma a pasear, cerró los labios.

Me costaba patrullar con él. Ciertamente no sabía qué quería. Me gustaba estar en la calle, me flipaba cómo llevaba él la mayoría de los asuntos, cómo se camelaba a la gente o ponía en su sitio a quien se lo merecía, pero me resultaba muy violento mirarle a los ojos y descubrir en ellos que me seguía deseando tanto como yo a él. Debía ser un golfo, ¿y qué podía hacerle? Igual me estaba cambiando el gusto y ahora me daba por los malotes, quién sabía.

Consulté con la comisaria la posibilidad de que me cambiase de compañero.

—A ver, sé que Iván es muy impetuoso y que a veces no sigue mucho las reglas del juego, pero no pongas en duda que es un buen poli, ¿acaso hay algo que yo no sepa? ¿Ha tratado de propasarse de algún modo? —me interrogó.

—No, no, nada de eso. No tenía que haber venido, solo quería consultar la posibilidad e igual no ha sido buena idea, lo lamento.

—La verdad, Noa, es que estoy de trabajo hasta arriba y no necesito más quebraderos de cabeza.

Así quedó la cosa, de forma que seguir patrullando con él no fue una opción, sino una imposición. Con todo y con eso, repito que de sus labios no volvió a salir ni una de sus descaradas palabras hacia mí.

Por fin llegó el fin de semana y con él Alexandre se marchó para Chipiona, el pueblo natal de la añorada Rocío Jurado, el sábado a primera hora.

—No creo que pueda resolverlo tan pronto. Estoy dispuesto a llegar hasta a un acuerdo económico con ese tipo que le ayude a buscar otro piso, pero si no lo logro igual me quedo hasta mañana por la tarde y veo a mi amigo Alfredo, el abogado, que me ha dicho de tomar algo con él si al final la aguja está mareada.

—Claro, cualquier cosa que necesiten tus padres, pueden contar conmigo. No hay prisa.

Vi el cielo abierto ante la posibilidad de pasar un par de días sola en mi ático. Sentía la necesitada de perderle de vista y, aunque sabía que no estaba bien, no iba a flagelarme por ello.

Me hubiera fascinado pasar ese finde con Iván, es innegable, si bien sería coherente con lo que le pedí y no me acercaría a él, lo mismo que no le dejaba acercarse a mí.

Volví al gym esa misma mañana y sí, él también iba los sábados sobre esa hora, para tener libre el resto del finde. Yo no había vuelto desde la operación de mi suegra, pues estuve más liada que una peonza. Era hora de regresar poco a poco a la vida y aquel día me fui hacia la sala de boxeo con la intención de darle caña al saco.

Cuando quise darme cuenta, ya le tenía al lado. Iván miraba inmóvil cómo descargaba mi rabia sobre él.

—No estás bien, jefa, no lo estás—murmuró cuando por fin paré, con los ojos inyectados en sangre.

—Me haces el favor de dejarme, sabes que es lo que quiero y no hay nada más que hablar.

—No te estoy tirando fichas, solo me preocupo por ti, ¿no es eso lo que hacen los compañeros?

—Ya, permíteme que me ría, y ahora lo que tú pretendes es preocuparte por mí y no meterte en mis bragas, venga ya, por favor…

—Te estoy respetando, jefa. Igual tampoco sé hacerlo, porque para ti lo hago todo mal, pero te prometo que lo estoy intentando al menos. Me tratas fatal y yo no te he hecho nada malo. Es obvio que la rabia que has descargado contra este pobre saco la sientes por ti y no por mí, que yo no he hecho nada.

—¿Te apartas o te aparto? —le pregunté antes de quitarme los guantes, con toda la intención de hacerlo si era necesario.

—Noa, deberías buscar la forma de sacar toda esa rabia de tu interior. Tú crees que es normal, pero no.

—Ya, claro, yendo a coger curvas contigo y convirtiéndome en una más de las que pasan por tu cama, ¿no? ¿O me vas a decir que no hay ninguna más?

—¿Y tú? ¿Me vas a someter a la prueba del polígrafo? Solo te diré que si las hay o las deja de haber no es de tu incumbencia, porque me has dejado bien claro que no quieres nada conmigo y porque comienzo a estar harto de tu manera de ser. Ha llegado a mis oídos que hablaste con la comisaria y eso no me deja en muy buen lugar. Jefa, deberías pensar las cosas antes de hacerlas…

Capítulo 22



Me quedé tocada con lo que me dijo. Era cierto que él me había metido cuello desde el primer día con todo el descaro del mundo, pero no lo era menos que yo le seguí el rollo, no cortándole en seco.

Lo pensaba aquella tarde en la que me pareció prudente pasarme por casa de Ana y Rodrigo para ver si necesitaban algo. Se estaban comportando con mucha prudencia y no me molestaban para nada, así que era lo mínimo que podía hacer.

—No necesitamos nada, pero si nos quieres hacer un ratito de compañía estaremos encantados—me comentó él mientras me servía un cafecito.

—Gracias, Rodrigo, eres muy buen hombre—murmuré porque más atento no lo había. Su hijo salía a él.

—No hay que darlas, hija. Estamos encantados de tenerte aquí—prosiguió.

Se fue para la cocina y Ana me dio la razón.

—Sí que es un buene hombre, me tocó la lotería el día que me crucé con él, allá por el año de Maricastaña—sonrió porque ya se

encontraba mejor.

—Sí que lo es, sí…

—Fíjate que ahora está pensando en dejarle gratis el piso de Chipiona a una sobrina mía durante una temporadita. Tú no la conoces, se llama Celia, es un amor de cría y se ha quedado embarazada. Y para colmo a su novio le han echado del trabajo. Y yo entiendo lo que él dice, pero me parece una ayuda excesiva, que tienen a sus padres también, caray. Nosotros no somos una ONG, Si fuera por Rodrigo, nos quedábamos con lo puesto.

—Entonces, ¿su idea es dejarles el piso cuando se marche el inquilino? —le pregunté sin levantar la liebre y pensando que se quedarían fríos cuando se enterasen de que ese tío pretendía quedarse allí por toda la cara.

—¿El inquilino? Qué va, si ese muchacho nos dio las llaves un poquito antes de llegar vosotros aquí a Sevilla. Le salió un trabajo y se tuvo que marchar. Y encima nos dejó el piso de dulce, tuvimos mucha suerte con él, porque lo pintó de nuevo antes de irse y…

Y yo me quedé totalmente alucinada, porque Alexandre me había colado un gol por toda la escuadra. Él no contaba con que ese tema saliera entre nosotros y me había mentido como un bellaco. Era la primera vez que lo hacía y me quedé perpleja, ¿a qué estaba jugando? Y si nada se le había perdido en Chipiona, ¿con quién estaba y por qué?

Me comí el coco cantidad durante toda la tarde, tanto que tenía pensado ir al cine y me quedé en casa, no tenía cuerpo para nada.

Imposible no pensar mal. Yo no lo tocaba ni con un jodido palo y él

tenía una compañera más caliente que el cenicero de un bingo todo el día poniéndole ojitos. No voy a disculparle, pero su situación no era fácil y puede que se sintiese vulnerable.

Sentí que entre nosotros algo se había roto. Y sí, ya había grietas antes, pero hablo de una ruptura profunda, de que yo no podría volver a confiar en él.

Me hice la tonta al día siguiente por la tarde cuando volvió, porque por supuesto que estiró la escapada como si fuese un chicle. Lo hizo con cara de cínico y como si viniera de la guerra, reventado.

—Por fin en casa, chiquitilla—murmuró y nunca me jodió tanto como en esa ocasión escuchar esa palabra en su boca.

—Eso parece, sí, ¿qué tal ha ido por Chipiona? ¿Pudiste arreglar el asuntillo o qué? —disimulé porque quería cogerle con las manos en la masa.

—Pues mira, sí. Al final, Alfredo le ha hecho esta tarde una llamadita al menda y soltará las llaves en estos días, una alegría.

—Mira qué bien, ya podrán hacer con el piso lo que quieran…

Capaz de haber estado allí mismo en Chipiona, pero con Paula, claro. Yo aquello pensaba aclararlo porque estaba roja de ira. No me había acostado con Iván, con las ganas que le tenía, y él había debutado con Paula por la puerta grande. Igual le regaló hasta flores.

Me sentía como los toros bravos cuando echan arena para atrás, no podía mirarle a la cara, pero quería pillarlos juntos, que nada pudiera servirle de excusa… Igual solo quería darle con la verdad en toda la cara y tener un pretexto para correr a los brazos de Iván. Igual los dos

estaban moviendo ficha y, al final, por boba, me quedaba sin el uno y sin el otro.

Me sentí básicamente una pringada aquella noche en la que, encima, pretendió tema contigo. No tuve que excusarme en nada burdo como un dolor de cabeza, simplemente vio la negativa en mis ojos… Solo me faltaba convertirme en su segundo plato, eso ni muerta.

Me levanté varias veces en la noche, mientras él dormía a pierna suelta. Normal, debía venir reventado tras un fin de semana de pasión, ¡en qué momento se torció todo entre el hombre que me juraba amor eterno y yo?

Podía maldecirle cuanto quisiera, porque era obvio que me estaba mintiendo con toda la desfachatez del mundo, pero yo fui la primera en darle de lado y ahí tenía las consecuencias. Quién sabía, quizás fuese lo mejor para acabar de una vez con esa farsa. Mi cabeza estaba hecha un lío, pero, en cualquier caso, me sentía herida como mujer, eso no lo podía ocultar y tenía que hacerlo.

Capítulo 23



Me levanté con cara de cínica total y no hice mayor aprecio hasta que nos despedimos en la puerta de la comisaría.

En ese instante, vi que Paula hablaba allí con un par de compañeras. Reunión de brujas, porque las tres tenían su mucha guasa, por eso se llevaban genial.

Me agazapé detrás de un seto. Cualquiera que me viese allí pensaría que estaba chiflada, pero necesitaba saber qué les estaba contando con esa cara de reina de la fiesta que me llevaba puesta todo el día.

—Es que eres la mejor, te lo propusiste y lo lograste—le decía una de ellas, Mabel, otra arpía.

—Es que, el que se te escape a ti… Vas a tener que grabar un tutorial —le sugirió con una sonrisilla en los labios Inma, otra que tal bailaba.

Esas hablaban de él, no me cabía duda de que aquella boca de buzón estaba largando de buena mañana su hazaña al ligar.

—¿Y dónde te lo llevaste? Madre mía, qué ganas tengo yo de ponerle un buen par de cuernos a Tony, voy a tomar apuntes—intervino de nuevo la tal Mabel mientras la otra exhibía su risilla triunfante. Qué

asco sentía en ese momento…

—Pues, ¿dónde me lo voy a llevar? Directo a la cama, que lo primero es encandilarlo con el sexo. No hemos salido de mi casa en todo el finde, que se joda esa idiota… Se creía que no me llevaría el gato al agua y os digo que yo ese no ha disfrutado más en su puñetera vida. lo tengo loquito—se pavoneó ella, que no podía sentirse más satisfecha.

En ese momento, escuché ruido detrás de mí y comprendí que tenía que salir a la carrera, porque si alguien me veía allí, lo menos que podría pensar es que estaba defecando en plena vía pública, cuando en realidad me iba defecando de otro modo, mentalmente, acordándome de Paula y de toda su generación. Anda que no se reiría nada de mí. La próxima vez los pillaría *in fraganti*… Sí, porque habría una próxima vez… Si ella estaba en lo cierto y tenía a Alexandre en la palma de la mano, volvería a caer. Él tendría más complicado para excusarse, pero buscaría la forma…

Entré en mi despacho como las balas, encendiendo el ordenador y repasando el trabajo pendiente. Tenía un informe a medias y me puse a teclear como una loca.

Iván llegó al poco y, como las reglas del juego habían cambiado, no entró del tirón, sino que me pidió permiso.

—Entra, entra—le dije mientras seguía tecleando a una velocidad de vértigo.

—Joder, jefa, no he visto teclear a nadie así en mi vida—me comentó.

—Es que hay muchas cosas de mí que aún no has visto, sígueme—le pedí mientras dejaba el dichoso informe y salía andando camino de la puerta.

No cogimos el coche patrulla porque habría sido un descaro total. Nos fuimos en el mío y busqué un lugar apartado sin mediar palabra. No obstante, la excitación que se reflejaba en los ojos de Iván me decía que tenía claro a lo que íbamos.

Nada más parar, me pasé al asiento del copiloto, poniéndome a horcajadas sobre él. Se trataba de un lugar por el que no pasaba un alma… Hubiera podido buscar un hotel o llevármelo al ático, lo que me hubiese dado la gana, pero las prisas me pudieron.

Una vez sobre él, eché mano a su entrepierna y noté su virilidad a tope dentro de los pantalones del uniforme, la misma que busqué desabrochándolos de inmediato. Por mi parte, me liberé también de los míos como pude… No había demasiado espacio, pero cuando las ganas aprietan siempre se encuentra la forma.

Tan solo abrí mi camisa y ni siquiera desabroché la suya. Él comenzó a masajear mis senos a través del sujetador mientras yo, tomando su sexo, lo dirigía directamente hacia mi íntimo reducto, hacia ese canal intensamente lubricado que espera con ansia su penetración.

No se anduvo con chiquitas ni yo lo pretendí. Su estocada me llegó al fondo y sacó de mí un intenso gemido que sofoqué en su oído.

—Joder, jefa, qué ganas tenía de esto—me soltó mientras tomaba mis manos y, desde abajo, se dejaba hacer.

Yo notaba sus ganas de follarme, pero no eran menos las de que yo le follase a él, algo que hice con tal ímpetu que, en nada de tiempo, no veíamos el exterior debido al vaho que se formó en los cristales. Tampoco quería ver nada que no estuviera en aquel coche mientras botaba sobre su impresionante cuerpo y notaba su gruesa excitación

dentro de mí, llegando a cada uno de los recodos más íntimos de mi anatomía.

Moviéndome a tope para él y buscando el orgasmo, no tardé en encontrarlo. Él sofocó mi grito con su boca, besándome y mordiéndome los labios… Yo también mordí los suyos en una espiral sexual de infarto, en la que ambos lo dábamos todo con el mayor ahínco del mundo, en la que parecíamos dos animales sedientos del otro con la sola intención de darlo todo en un coche que nos sirvió de testigo de aquel encuentro fortuito de alto voltaje.

No fue el único orgasmo del que disfruté, puesto que Iván me ponía muchísimo y su miembro, del que podía notar incluso sus venas en el interior de mí, se movía de un modo que me hacía sudar a chorros, sintiendo que me iba a deshidratar entre sus manos.

También él sentía un tremendo golpe de calor causado por un acto que nos consumía a ambos… Se trataba de un sexo salvaje con el que pusimos punto final a una tensión sexual que no se resolvió hasta aquel día, pero vaya si se resolvió.

Cuando por fin le llegó el alivio, después de que yo lo hubiese experimentado más de una vez, él me miró y, con la poca voz que le quedaba, pues estábamos secos, me preguntó.

—¿Y ahora qué, jefa?

—¿Ahora? Ahora más, en cuanto te vengas arriba—le dije como si fuera una orden y con la clara intención de seguir disfrutando de aquello que me hacía olvidarme de todo y de todos, porque con Iván y en aquel habitáculo me sentí como en otro mundo… En un mundo en el que los problemas desaparecían a manos de la pasión.

Capítulo 24



Me sentía bien por habérsela devuelto. Jamás me gustó la sensación de perder y el hecho de que Alexandre me estuviese corneando me sentó fatal por muchos motivos, pero es innegable que me sentí muy tonta y que pensé que me había tomado la delantera, algo que me enojó mucho.

Aquella noche dormí mejor, lo escribo como lo siento. Alexandre cayó a plomo en la cama y yo… Yo le miraba en la penumbra de la noche y me dispuse a dormir igualmente a pierna suelta. Si él podía, yo también.

Soñé con Iván y con una innumerable serie de fogosas escenas que haríamos realidad en cuanto pudiésemos. Sé que la situación carecía de sentido, que podría haber dejado a Alexandre esa misma noche, pero no… Yo tenía que poder echarle en cara que le había pillado con el carrito de los helados y para eso debería ser paciente. No me daba la gana de quedar como la única mala de la película cuando los dos estábamos demostrando contar con dotes de actores.

Me levanté pensando en él y Alexandre debía estar con la mente en Paula porque le escuché canturrear mientras se afeitaba. También su madre parecía encontrarse mejor y debía tener motivos para estar contento.

No hablamos demasiado camino de la comisaría, yo notaba que la brecha abierta ya entre ambos era insalvable… Una impresionante brecha que nos había llevado a ser dos unidades independientes cuando en apariencia seguíamos siendo una pareja. Pero solo en apariencia, ¿a qué esperaba él para contármelo todo? ¿O quizás no se fiaba de Paula y pensaba que tan solo se trataba de echar una canita al aire? Pues eso me chocaba, si os digo la verdad, porque Alexandre era un hombre muy pasional y no lo veía yo de aventuras, ¿se estaría enamorando de ella?

Mi mente se hacía una y mil preguntas camino de esa comisaría en la que deseaba reencontrarme con un Iván que se había colado en mi cabeza de una manera increíble, no podía dejar de pensar en él.

Camino de mi despacho, la vista se me fue hacia la puerta del de Alexandre, donde se encontró con Paula, quien ya le estaba esperando. Para ver cómo se pavoneaba ella delante de él, era increíble. Se trataba de una cazadora nata que se exhibía orgullosa delante de su presa. Sentí, no sé cómo describir lo que sentí y es que reconozco que, pese a todo, nadaba entre dos aguas…

—¿Qué pasa, jefa? ¿Tengo yo ojo para las cosas o no lo tengo? —me comentó Iván, quien ya me estaba esperando también e interpretó perfectamente la miradita que le eché a la tipeja esa.

—¿Qué hablas? ¿Qué hablas? —le pregunté un tanto nerviosa porque todo aquel juego me sacaba un poco de mis casillas, por mucho que yo pretendiese disimularlo.

—Que te he visto esa mirada de tirarte a su yugular, no lo niegues. Te dije que era peligrosa, ¿te lo dije o no?

—Oye, ¿tú te has creído que eres mi padre? —le contesté chulilla.

—Ni de coña, si fuera tu padre me perdería una serie de cosas que no me han dejado dormir en toda la noche. Todavía ardo como el jodido botón del ascensor que lleva al infierno, jefa…

—Ni se te ocurra volver a insinuar nada de eso aquí, ¿te enteras? —le dije dándole un tremendo empujón que le llevó de lleno a mi despacho.

—¡Tranquila! —exclamó levantando los brazos y mirándome con tal descaro que no pude evitar cerrar la puerta de golpe y devorar sus labios allí mismo.

¿Qué mierda me estaba pasando? Yo era la más profesional del globo y esas cosas no entraban en mis planes. Y allí estaba, besuqueándome con aquel niñato que hacía palpitar mi corazón más de lo que yo recordase que podía hacerlo.

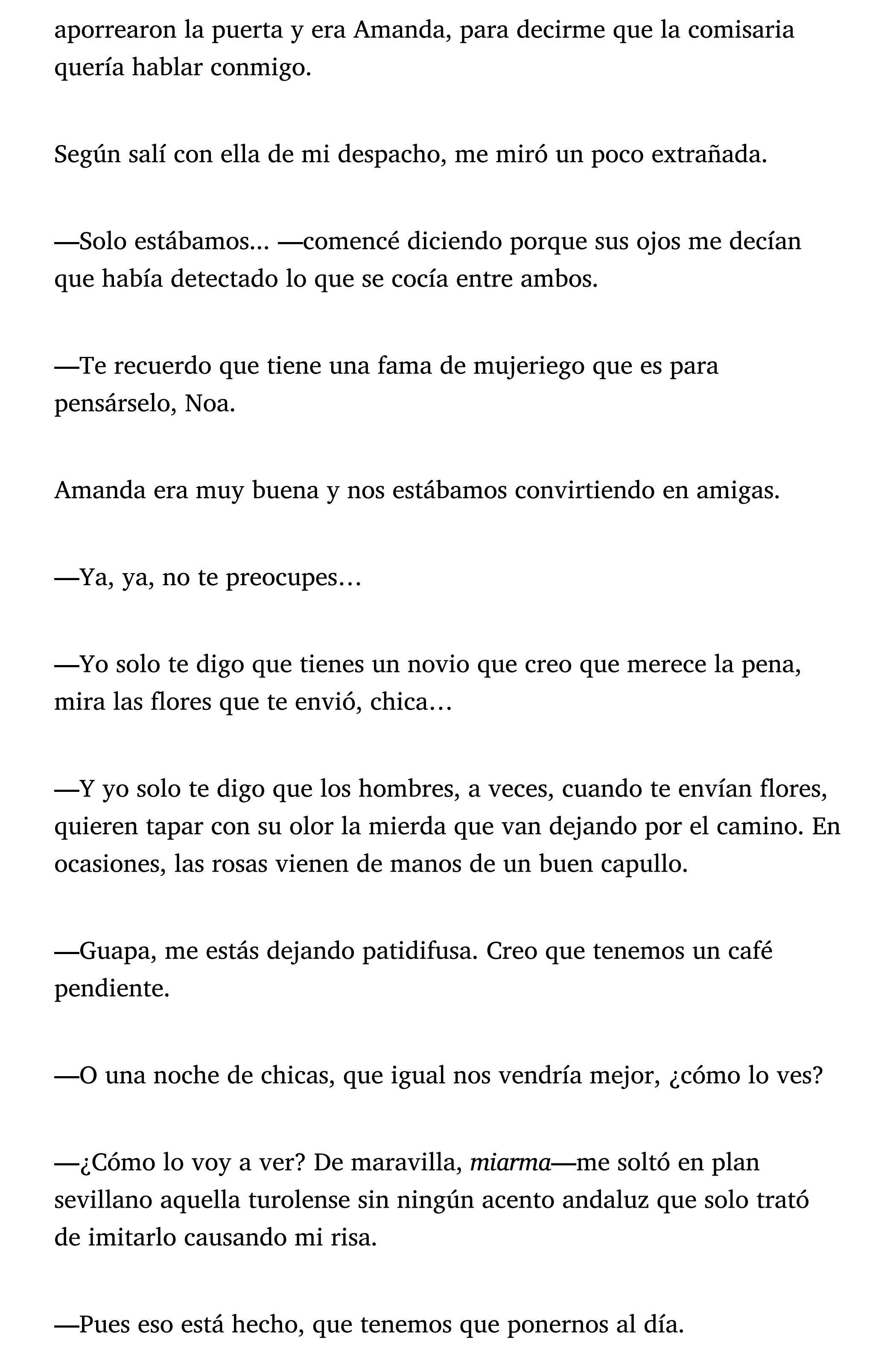
—¡Vale ya! —le dije en un momento dado…

—Tú mandas, jefa, tú mandas… Pero que si me quieres seguir morreando a saco toda la mañana, estaré encantado. Podríamos irnos en tu coche y…

—Calla, demonio, que tenemos que trabajar—le corté en seco.

—Y yo te hablaba de hacerte un buen trabajo, jefa, ¿qué te crees? ¿O tuviste queja el otro día? De todos modos, creo que nos podemos poner ahí pico pala para mejorarlo, ¿no lo ves igual? —me sonrió y yo deseé tener a mano un abanico y eso que estábamos mucho más cerca de comernos los polvorones que de otra cosa.

Justo cuando le iba a dar una respuesta de las mías, irónica,


aporrearon la puerta y era Amanda, para decirme que la comisaria quería hablar conmigo.

Según salí con ella de mi despacho, me miró un poco extrañada.

—Solo estábamos... —comencé diciendo porque sus ojos me decían que había detectado lo que se cocía entre ambos.

—Te recuerdo que tiene una fama de mujeriego que es para pensárselo, Noa.

Amanda era muy buena y nos estábamos convirtiendo en amigas.

—Ya, ya, no te preocupes…

—Yo solo te digo que tienes un novio que creo que merece la pena, mira las flores que te envió, chica…

—Y yo solo te digo que los hombres, a veces, cuando te envían flores, quieren tapar con su olor la mierda que van dejando por el camino. En ocasiones, las rosas vienen de manos de un buen capullo.

—Guapa, me estás dejando patidifusa. Creo que tenemos un café pendiente.

—O una noche de chicas, que igual nos vendría mejor, ¿cómo lo ves?

—¿Cómo lo voy a ver? De maravilla, *miarma*—me soltó en plan sevillano aquella turolense sin ningún acento andaluz que solo trató de imitarlo causando mi risa.

—Pues eso está hecho, que tenemos que ponernos al día.

—Y tanto que tenemos que ponernos al día, preciosa, veo que tienes mucho que contarme.

—Pues hay que fijar día, que, si no, ya sabes lo que pasa…¿El sábado por la noche? ¿Cómo lo ves?

—Yo lo veo estupendamente, y eso que hoy no traigo las lentillas. Se me ha olvidado ponérmelas y veo menos que Pepe Leches—me soltó esa expresión que me resultaba tan divertida.

Capítulo 25



—Iván, nos vamos—le ordené tan pronto como volví a mi despacho.

—¿A tu coche? Pues sí que tengo dotes de convicción, jefa—me lanzó una de sus sonrisillas locas.

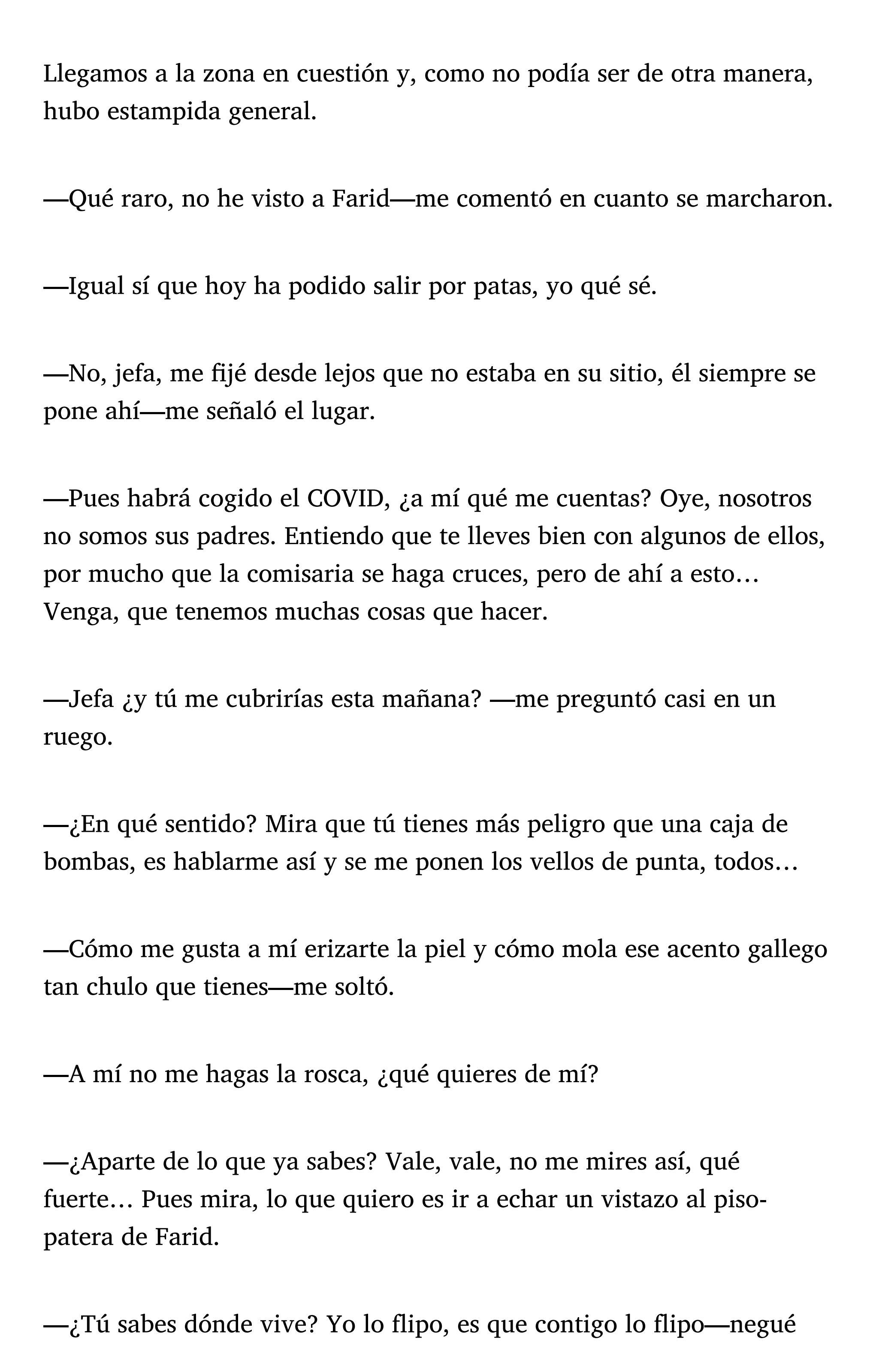
—No se puede ser más mentecato. Nos tocan manteros hoy—suspiré—, y encima la cosa está calentita.

—Eso ya lo he notado yo en cuanto te he visto. Entre nosotros está surgiendo una corriente de esas que hierven, vamos que ni una lengua de lava, jefa.

—Mequetrefe, la lengua es lo que tienes que guardar tú. Me refiero a que está calentita con los manteros. Los comerciantes de la zona están presionando al ayuntamiento y…

—Si es que yo lo entiendo todo, jefa, pero también tienen derecho a comer. A mí este servicio me pone fatal, es de las pocas partes del trabajo que odio…

—Nosotros no hacemos las normas, solo las cumplimos, ¿estamos o no estamos? —le aclaré porque no podía dejarme llevar por la parte sentimental del tema.



Llegamos a la zona en cuestión y, como no podía ser de otra manera, hubo estampida general.

—Qué raro, no he visto a Farid—me comentó en cuanto se marcharon.

—Igual sí que hoy ha podido salir por patas, yo qué sé.

—No, jefa, me fijé desde lejos que no estaba en su sitio, él siempre se pone ahí—me señaló el lugar.

—Pues habrá cogido el COVID, ¿a mí qué me cuentas? Oye, nosotros no somos sus padres. Entiendo que te lleves bien con algunos de ellos, por mucho que la comisaria se haga cruces, pero de ahí a esto… Venga, que tenemos muchas cosas que hacer.

—Jefa ¿y tú me cubrirías esta mañana? —me preguntó casi en un ruego.

—¿En qué sentido? Mira que tú tienes más peligro que una caja de bombas, es hablarme así y se me ponen los vellos de punta, todos…

—Cómo me gusta a mí erizarte la piel y cómo mola ese acento gallego tan chulo que tienes—me soltó.

—A mí no me hagas la rosca, ¿qué quieres de mí?

—¿Aparte de lo que ya sabes? Vale, vale, no me mires así, qué fuerte… Pues mira, lo que quiero es ir a echar un vistazo al piso-patera de Farid.

—¿Tú sabes dónde vive? Yo lo flipo, es que contigo lo flipo—negué

con la cabeza.

—Y más que lo vas a flipar… Y sí, sé dónde vive, le acompañé en una ocasión mientras charlábamos con un bocata en la mano. Y dale, no me mires así, tenía hambre y le invité, ¿tan malo es eso?

No era malo, pero sí sorprendente. Él se metía hasta en adobo y eso era algo que, sin que yo le reconociera, me atraía muchísimo.

—De verdad que no sé cómo te hago caso. Venga, vamos…

—¿Tú también vas a venir? Oye, que igual esto no es muy ortodoxo y la comisaria no lo entendería. Lo mismo, si se entera, te castiga de cara a la pared, lo único que deseo es que, en ese caso, me ponga a mí detrás de ti y…

—Y te callas ya, que no puedes ir más salido todo el día, ¿dónde vive Farid? —resoplé.

—Ven por aquí, anda…

Comenzamos a callejear con el coche hasta llegar a una zona marginal en la que los bloques de pisos no podían estar más descuidados. Aparte de que la gente que pasaba por sus calles no era precisamente de la que vive en Nervión.

En fin, que cuando llegamos al bloque en el que vivía el pobre Farid, casi tenemos que pedir refuerzos porque el ambiente era chungo de narices.

Quizás no tengáis conocimiento de que detrás de lo que se llama el "top manta" hay verdaderas organizaciones criminales y de que el

mantero no es más que el último—y pobre—eslabón de una cadena que se lucra del negocio de la falsificación, entre otros.

Según me contó Iván por el camino, los compañeros de piso de Farid eran senegaleses y justo de ese país provienen la mayoría de las mafias del sector, por eso comenzó él en el negocio, aunque también Marruecos y Portugal los surten de artículos a través de la vía de la paquetería mayoritariamente.

En definitiva, que una vez que la mercancía está en España, un intermediario la lleva a un piso-almacén que los manteros visitan continuamente para proveerse de los productos que vender en las calles. De sus ganancias, tan solo se quedan con una pequeña parte para procurarse un techo y apenas poder vivir, mientras que las ganancias retornan al país de origen donde quienes apenas han doblado el lomo se lucran de ellas.

Esta es la razón de que, en ciertos países mediterráneos, como Francia e Italia, se le haya declarado la guerra a este tipo de actividad ilícita que hace ricos a muchos a costa del esfuerzo de otros, hasta el punto de que en esos países se multa a los compradores como medida disuasoria.

Pues bien, pese a que ya comento que las ganancias son míseras, hay quienes les ponen las zancadillas a algunos manteros para ocupar su lugar, y eso parecía ser lo que le estaba pasando a Farid, quien se había convertido en el blanco de la ira de un chico que pretendía sacarle del negocio para quedarse él.

De todo esto, no hace falta ni que lo diga, se enteró Iván, quien parecía tener oídos en todas partes, y a quien le costaba mucho hacer la vista gorda ante ciertas injusticias.

—¿Subes o voy yo solo, jefa? Ya te digo que un té seguro que no nos ofrecen y que, además, puede que las condiciones higiénicas del piso dejen mucho que desear. A menudo, esta pobre gente vive hacinada y…

—¿Y tú te crees que yo soy la Barbie de la película? A ver si te enteras de que yo sí tengo los pies en el suelo. No es el primer piso-patera en el que entro, cenutrio.

—Me encanta el repertorio de insultos que tienes siempre en la punta de la lengua para mí—me sonrió—. Vamos…

—Y a mí me encanta que te encanten, puesto que tengo muchos más para ti…

Subimos y, en principio, ya creíamos que no nos abriría nadie, puesto que eran ya varios minutos los que llevábamos en la puerta.

—Farid, hombre, que soy yo, Iván—comentó él antes de tirar la toalla.

Finalmente, la puerta se abrió y su cara de sorpresa fue total al vernos allí, en su casa.

—Farid no ha hecho nada malo, Iván—murmuró.

—Ya lo sé, hombre, solo queremos hablar contigo, venga…

—¿La jefa también? Dile que Farid es buena gente….

—Ya lo sabe. La jefa no se come a nadie, por mucho que de primeras parezca que sí—le contestó guiñándome un ojo—. Venga, charla con nosotros, ¿o es que te molesta que suba sin churros? Puedo ir a

buscarlos…

Ya me estaba sacando la sonrisa… Tenía una capacidad increíble para hacerlo, por Dios que sus salidas eran la bomba.

—Vale, vale, no hace falta.

Finalmente nos dejó entrar y he de comentar que los peores augurios de Iván se cumplieron, porque Farid tenía la cara como un mapa y le costaba moverse, lo mismo tenía alguna costilla partida.

—Joder, Farid, no es que seas mi tipo, pero hoy estás que te sales, ¿quién te ha dejado así de guapo? —le preguntó.

—Farid se ha caído por las escaleras—le contestó escueto.

—Claro que sí, *pisha*, y uno de los escalones ha sido el que te ha dado el puñetazo que tienes en este ojo. Te lo han dejado a la virulé, apenas puedes abrirlo, qué hijos de la gran…

—Farid no quiere problemas, se ha caído por las escaleras—prosiguió.

—Ya, y el pinchazo que te dieron el otro día también fue producto de una caída. Te caíste en lo alto de un objeto punzante. Farid se accidente a cada momento e Iván se chupa el dedo—añadió él.

—Tiene razón Iván, debes decirnos qué te pasa de verdad, Farid. Es evidente que tienes problemas y que nosotros podemos ayudarte—le comenté.

—Nadie puede ayudar a Farid, nadie—se lamentó.

—Me cago en todo, *pisha*, ¿de verdad crees eso? ¿Y para qué está la policía? —le preguntó Iván, pretendiendo ganarse su confianza.

—Para correr detrás de manteros, para eso…

—No, pera eso y para muchas cosas más. Para coger a tipos como el indeseable que te ha hecho esto, ¿es ese senegalés? ¿El que quiere quedarse con tu puesto? Me lo tienes que decir, Farid, porque esa gente no se anda con chiquitas y lo mismo apareces una mañana muerto.

—¿Y crees que le importaría a alguien? Porque ya te digo yo que no, Farid no le importa a nadie.

—Me importa a mí, *pisha*, que eres muy *jartible*—utilizó ese otro término gaditano que tan simpático me resultaba.

—Como le sigas hablando así, no te entenderá—le advertí.

—Sí, Farid entiende que *jartible* es pesado, yo viví en Tarifa antes que en Sevilla—me confesó el pobre hombre.

Total, que lo iba a entender mejor que yo… Aunque, en otro orden de cosas, ellos dos sí que se entendían más allá de las palabras. Iván tenía como un don para tratar con esa gente y un rato después logró que Farid le diera un nombre.

—Así que es Assane, ese tío no para de meterse en líos, tiene chanchullos por todos los lados. La madre que lo parió, yo haré que te deje en paz, te prometo que no te tocará más.

—No lo creo, seguirá dándole a Farid hasta en el cielo de la boca, ¿no

lo decís vosotros así, *pisha*?

Con lo penoso que resultaba el tema y escucharlos hablar a ambos era como ponerte en YouTube una chirigota, porque entre los gestos, las expresiones que empleaban y el *pisha* que les salía a cada momento, era la leche.

—Toma, anda—le dijo Iván sacando un billete de 20 euros de su cartera, algo que me dejó loca, no por el valor que tuviese, que no era tanto, sino por el detalle.

—No, eso es tuyo, *pisha*…

—Ya, pero yo no voy a salir de pobre y tú igual no tienes nada en la nevera…

—Hielo, en la parte de Farid hay hielo—le sonrió tímidamente. Daba verdadera pena verle.

Giré sobre mis talones porque todo aquello afectaba. Cuando te conviertes en poli, te prometes que tratarás de no llevarte lo profesional al terreno personal, si bien eso es francamente complicado. Lo normal es que te lo termines llevando y en sacos…

—Qué hijo de perra el tal Assane. Ese es un liante total y siempre está buscando camorra. Ahora le ha dado por Farid y no pienses que quiere trabajar ni nada, solo es por joder… Farid tiene fama de buen tío y eso es suficiente, él no necesita más. Te juro que lo mataría con mis propias manos…

—Tranqui, tranqui, no te me vengas tan arriba que estas cosas te afectan mucho, ¿vale? No quiero volver a escuchar que dices un disparate igual…

—Jefa, es que me hierve la sangre que no veas.

—Pero esa ya te hervía de antes, no me digas que no, que a ti te hierve todo mucho…

—No me lo pongas a huevo, te lo pido por favor. No sé qué tengo encima desde que te he visto esta mañana con esos vaqueros que debería estar prohibidos que te hicieran ese culo, ¿tú te lo has visto?

—Sí, me lo he visto, y a ti se te da divinamente cambiar de conversación, ¿no?

—Se hace lo que se puede…

—Iván, eres un buen tío, pero te involucras demasiado en las cosas. Algún día te pasarán factura.

—Jefa, eso se lleva en el ADN, yo sé que me meto en todos los lados, hasta en los charcos me meto, y hablando de meterme… No sabes cómo me gustaría…

—Pues creo que a la comisaria le gustaría menos que te entretuvieses metiéndote donde estás pensando. Nos quiere en comisaría ahora mismo—le dije enseñándole el mensaje que me acababa de enviar.

—Qué tocapelotas, igual es que ella no folla y por eso no quiere que…

—A callar, niñato—le dije entre risas.

Capítulo 26



No fue hasta la siguiente tarde cuando pude verme con él. La anterior tuvimos que acercarnos a ver a Ana. Yo seguía haciendo el paripé con su hijo. La mujer tenía días mejores y días peores, puesto que el tratamiento la minaba mucho, por lo que Alexandre procuraba estar ahí, aunque todos nos dábamos cuenta de que no estaba al cien por cien.

—Hijo mío, se nota que se acerca la Navidad porque estás empolvoronado—le dijo su madre en un momento dado mientras yo también iba a lo mío, sin dejar de pensar en el momento en el que pudiera volver a verme con Iván a solas.

Y allí estaba, en la puerta de su *loft*. No le había avisado de que acudiría, simplemente cogí la bolsa del gym como excusa y me encaminé hacia allí.

Su cara fue de sorpresa total al verme en la puerta. No me gustaba quedar en nada con él, sino sorprenderle… Aquella era una loca aventura que no sabía hacia dónde me llevaría, pero que tenía clarísimo que pensaba saborear minuto a minuto.

—¿Jefa? Ven aquí—me dio tirado de mí, con la sonrisa más lasciva que le hubiera visto lucir nunca.

—Jefa, sí, de modo que obedecerás mis órdenes—le contesté juguetona.
—De eso nada, estás en mi área de juego, lo siento…

Tampoco fue el caos porque no, no pretendía darle ninguna orden. Tan solo pretendía dejarme llevar por él, por esa bocanada de aire fresco que suponía en mi vida, por mucho que lo que me provocase su presencia fuese calor, un intenso y sofocante calor…

Nada más entrar mi ropa pasó a la historia. Lujurioso, se me quedó mirando durante unos segundos, de pie, y entonces me encaró hacia la pared.

—¿Qué dijiste sobre cierto castigo? —me preguntó absolutamente libidinoso.

—¿Tú me quieres castigar, niñato? —le pregunté con ganas de picarle.

—¿Niñato? Te voy a demostrar que no lo soy—me aclaró tirando de mi pelo.

—Sí, niñato…—incidí porque tenía ganas de escucharle. Me ponía mucho, me ponía muchísimo…

No me dio tiempo a decir nada más porque ya se había desabrochado los pantalones y, de una estocada fuerte, entro en mí. Suerte que yo estaba tan lubricada que noté cómo resbalaba hasta el fondo, causándome tanto placer que a punto estuve de arañar su cintura con mis uñas, metiendo las manos por debajo de su camiseta.

—No me gustan las marcas ni aunque sean de guerra—murmuró, haciendo que las separase, por lo que más ganas me dieron de arañarle.

Todo con Iván era un tira y afloja, de manera que, cuando me hubo dado fuerte contra la pared, de un movimiento le saqué de mí y le empujé hacia el sofá. Su anchura era tan considerable que hubiera sido como mover un muro, pero por suerte estuvo por la labor y se dejó hacer, quedando sentado con su virilidad mirando al techo.

No resistí la tentación de acuclillarme delante de él, en su alfombra, y comenzar a degustar ese miembro erecto cuyo grosor provocaba que tuviera que hacer verdaderos esfuerzos para poder probar a placer, algo que me ponía taquicárdica… Cuando más lo repasaba de arriba abajo, más lo quería repasar. Sentía como una corriente eléctrica dentro de mí que me enganchaba a él y a aquel sexo salvaje que me hacía sentirme libre, más libre que nada en el mundo…

Cuando por fin le llevé al límite, cuando sentí que su corrida estaba al caer, me coloqué a horcajadas sobre él y comencé a moverme a lo bestia, como si estuviéramos subidos en su moto y la velocidad nos envolviera, como si cogiéramos curvas sin parar y todo a nuestro alrededor me llevase a imprimir un ritmo frenético a lo suyo.

Por paradójico que pueda parecer, en aquella espiral impetuosa y agitada era donde yo encontraba la calma, y en aquella calma quería quedarme.

Encendí un cigarrillo tras el sexo y él se quejó.

—Ha sido la hostia hasta ahora—me comentó porque odiaba que fumase.

—No te quejes tanto, que eres tú muy mártir—le contesté echándole el humor en la cara, algo que le molestaba sobremanera.

—¿Es porque él está con Paula? ¿Lo está? —me preguntó a bocajarro.

—Será mejor que cojas tus cosas y nos vayamos para el gym…

—¿No me contestas? —insistió.

—Eres un tío listo, no lo necesitas. Vámonos…

—Igual necesito más cosas de las que tú crees, ¿no te has parado a pensarlo?

—E igual yo no puedo darte ni las respuestas ni las cosas… No ahora mismo, no me pidas más. Lo que tenemos es cojonudo, ¿o no lo es?

—Ya, pero todo es cuando tú quieres y como tú quieres, Noa.

—Vaya, y ahora que te iba a recordar que lo soy, no me llamas jefa.

—Muy simpática. Venga, vámonos, que veo que no sacaré nada más de ti…

—Maldita sea, si me hubieses traído un cenicero no te habría manchado el suelo. Jodida ceniza—le dije agachándome para tratar de recogerla con un pañuelo de papel—. Oye, me temo que no soy la única que ha fumado en este sofá, y la bronca me la llevo yo—me quejé al sacar ese otro cigarrillo de debajo del sofá, uno que debió caérsele a alguna otra.

—¿Qué dices? Será tuyo, ¿no? ¿Es una trampa de jefa?

—Poca trampa. Es LM largo y yo no he fumado eso en mi vida, chaval… Está bien, yo no te doy explicaciones y tú tampoco me las

das—le dije resoplando porque nada le había ofrecido y nada podía pedirle. Pero escocía, prometo que escocía y durante la siguiente hora lo pagué con las pesas.

Capítulo 27



Llegué a comisaría a primera hora de la mañana sola porque Alexandre pidió unas horas para poder acompañar a su madre a recibir el tratamiento, ya que Rodrigo andaba griposo.

Me metí en mi despacho y escuché unas voces que venían del pasillo.

—Esa es Paula, que le estará formando una zapatiesta a Amanda, la oí decirle algo antes de que si ella había retirado un expediente de la mesa de Alexandre que, si lo necesitaba, que se lo volviera a traer y que…

—¿Y le habla así a Amanda? Yo es que lo flipo—le dije a Iván levantándome y yendo en su busca.

—No mezcles las churras con las merinas, jefa—me aconsejó.

Ni siquiera le contesté y eso que no era mal consejo. Entre nosotras había una evidente rivalidad y eso que yo no es que bebiera ya los vientos por Alexandre, ¿y qué? Oficialmente seguía siendo mi pareja.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —le pregunté airada, metiéndome a saco en la conversación.

Ella era mi subordinada, por lo que me debía una explicación si se la pedía, aunque no parecía estar para nada por la labor de dármela. Menuda chulilla que estaba hecha.

—Mírala, que dice que yo he agarrado el expediente de la mesa, ni que fuera amiga de lo ajeno, ¿para qué querría yo ese jodido expediente? —me preguntó Amanda con ganas de darle a la otra con algo en la cabeza.

—¿Lo has oído ya o es necesario que te lo digamos con un megáfono? No hay expediente que valga, y que sea la última vez que me entere de que le hablas así a Amanda, ¿me oyes?

A la soberbia le temblaba hasta la barbilla, no podía soportar que aquello se quedase así y mucho menos recibir órdenes de mí.

—No, ella no se acordará, eso no lo rebato, pero alguien se lo ha debido llevar de la mesa y yo no he sido. Alexandre necesita que le eche un vistazo y no me haréis quedar mal, no porque estéis compinchadas—afirmó con todo el atrevimiento del mundo.

—Perdona, ¿tendrías el valor de repetir eso que has dicho? —le pregunté alucinada.

Por Dios que yo no quería montar allí una escena ni que pareciéramos dos barriobajeras, pero es que me tocó la moral soberanamente que nos acusara de una forma tan descarada.

—Digo que el expediente no puede haber desaparecido por arte de magia, igual has sido tú, ¿no? —me preguntó con toda la desfachatez del mundo. A mí es que me iba a dar algo, menudas ganas que tenía de cruzarle la cara a aquella sinvergüenza que se atrevía a acusar de esa forma.

—A mí no se me ha perdido nada en el despacho de Alexandre, no soy ninguna fisgona y no meto las narices donde no me llaman. Creo que esa es la diferencia entre tú y yo—le solté.

—No, entre tú y yo hay más diferencias—me contestó retándome, como dándome a entender que si Alexandre la había preferido era porque de iguales teníamos poco. Y en eso no se equivocaba, yo no me parecía en nada a esa imbécil.

—Más de las que crees y todas a mi favor, así que haz el favor de quitarte de mi vista, es una orden—pronuncié alto y claro.

—Esto no se quedará así—se atrevió a decir por lo bajini antes de dar media vuelta.

Fue justo entonces cuando apareció la comisaria. Noelia no era amiga de que entre su gente hubiera problemas y acudió alertada por las voces.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí? —preguntó seca.

—Pregúnteselo a Noa—le respondió ella sin vacilar.

—Supongo que por Noa te refieres a la inspectora Prieto, espero que no se te olvide cómo debes referirte a ella—le contestó y su cara fue de ira total. No pudo sentarle peor.

—Está bien, comisaria…

—No te vayas, aún no me has contado la razón de este rifirrafe, que no es el primero por tu parte, por cierto—le recordó. Ella tenía fama

de busca líos entre el personal.

—Verá, Alexandre me encomendó que le echara un vistazo a un expediente, el del robo de la nave que…

—Por Alexandre supongo que te refieres al inspector Rojas—la volvió a corregir—, y en cuanto al expediente he sido yo quien lo he cogido directamente de su mesa esta mañana—le contó y sentí un placer infinito, como cuando te comes el primer helado del verano.

—¿Usted? No lo sabía, comisaria…

—Por supuesto que no, ya que antes de preguntar te has limitado a comenzar a vocear como si estuviéramos en el mercado, Paula. Procura que no vuelva a suceder porque estoy hasta la punta del pelo de ti y no te lo volveré a recordar. La próxima vez que te veas involucrada en un altercado de estos, habrá consecuencias, te lo aseguro.

Se lo dijo clarito: saldría escaldada si volvía a sacar los pies del plato. La mirada que me dirigió cuando la comisaria se largó fue desafiante a más no poder. Estaba claro que entre nosotras se había desatado una guerra de poder, un frente más abierto en mi día a día. Desde luego que yo no contaba con demasiado tiempo para aburrirme, estaba de lo más entretenida.

Alexandre llegó un rato después y yo no entré al trapo de nada. Ya le contaría ella, solo quise mantenerme al margen y preguntarle por Ana.

—La veo muy abatida, me da miedo que no pueda responder bien al tratamiento por esa causa.

—Tranquilízate, es una mujer fuerte y tiene mucho por lo que luchar.

Ya ha superado la operación y tiene muchas opciones.

—Ya, lo que sucede es que entre sus motivos para luchar estamos nosotros, Noa, ya me entiendes…

—Tengo mucho trabajo, Alexandre, solo quería saber qué tal iba todo.

Solo faltaba que me diera una charla sobre lo mucho que su madre necesitaba vernos unidos para poder seguir adelante. Solo de pensarlo, la presión que sentía en el pecho se me disparaba.

Capítulo 28



El viernes al mediodía, yo moría por volver a estar un rato a solas con Iván.

—¿Te pasas esta noche por el *loft*? —me preguntó—. Sé que no te gusta demasiado planear, pero reconoce que hay cosas que son de dos y que también tengo derecho a saber.

—Ya y que igual, si no voy yo, puede ir otra, ¿no? —le contesté un tanto borde porque muchas veces lo era.

—Noa, no es justo… Tú no me hablas de nada, no me das ningún sitio… Simplemente nos acostamos cuando te da la gana.

—Ya, y encima parece que te pido explicaciones, cuando lo cierto es que puedes hacer con tu vida lo que te salga de los…

—Noa, Noa, no te embales, ¿vale? Es cierto que no me sienta bien no tener ni una jodida idea de lo que represento para ti, pero te diré que mientras que estemos como estamos, no quiero a ninguna otra en mi vida ni en mi cama—me aseguró y eso llamó mucho mi atención porque no esperaba una declaración de intenciones así ni en broma—. Por tanto, si te pregunto, es porque me encantaría que te escapases esta noche.

Ahí lo dejó antes de largarse. Y ahí me quedé yo con toda la cara partida porque él acababa de dar un paso sorprendente mientras que yo me mantenía estática y con los labios sellados.

Sus palabras me dieron que pensar y, finalmente, me las apañé para salir esa noche. Alexandre se había sentado a ver la tele tras la cena e hice como que me faltaba el aire.

—Oye, ¿te importaría mucho si salgo a dar una vuelta? —le pregunté.

—¿También hoy? ¿No has quedado mañana con Amanda? —me recordó.

—Sí, claro, mañana es noche de chicas, pero ahora me refiero a que me dé el aire, no a irme de marcha. Solo quiero caminar y oxigenarme un poco, me noto algo agobiada.

—Como quieras—me contestó encogiéndose de hombros.

Entraba dentro de lo normal, a esas alturas, que lo preguntara más por quedar bien que por otra cosa, porque él debía estar ya bien servido. El caso es que durante aquellos días lo hizo todo con mucha naturalidad y no me permitió echarle el guante. Qué cierto era que tenía unas ganas increíbles de pillarle y echarle en cara… En fin, como si yo ya no estuviese actuando igual o peor, pero seguía con la espinita clavada de que él diera el gran paso primero, de que se largase ese fin de semana a casa de Paula y no saliera de su cama. Solo que por eso, me pensaba dar el revolcón del siglo con Iván.

Llegué a su casa como siempre, de improviso, y esa vez la cagué a lo grande porque las luces estaban apagadas y no había ni un alma dentro. Lo supe tras llamar varias veces al timbre con nulo resultado.

Normal, se me empleaba bien por chula y por querer llevar las riendas de la situación en todo momento. Habría salido, como era lógico por otra parte. Me sentí mal imaginándomelo por ahí por la noche, con ese físico imponente y esa gracia, llevándoselas a todas de calle.

No me dio la gana de llamarle por teléfono, así de orgullosa soy yo, de forma que me volví para casa con un calentón tremendo. Fue curioso, porque a Alexandre le debí pillar con otro similar.

—¿Ya estás de vuelta? —me preguntó al ver que había pasado muy poco rato.

—Sí, al final ha comenzado a chispear y me han entrado ganas…

Iba a decir de regresar a casa, si bien no me dio tiempo.

—¿Ganas de qué? —me preguntó poniéndose en pie y acercándose mucho a mí.

Un calentón es un calentón, y yo llevaba uno impresionante. Por ese motivo no tardamos en retozar entre las sábanas. Eso sí, poco podía imaginar él que yo solo pensaba en Iván mientras lo hacíamos.

Me lo pasé fenomenal porque Alexandre me tenía pillado el punto, eran años, y sabía muy bien cómo hacerme vibrar… A pesar de ello, mi pensamiento, mientras me proporcionaba generosas dosis de placer, estaba al lado de aquel yogurín que me ponía al rojo vivo.

Nos quedamos dormidos casi al mismo tiempo, yo con la sonrisa satisfecha en los labios. Lo peor vino cuando nos despertamos y vi dibujada una sonrisa tonta en sus labios que no me gustó un pelo.

—Estuvo sensacional lo de anoche, chiquitilla—afirmó.

Me jodía porque iba a resultar que jugaba mejor que yo a dos bandas. Yo no pensaba hacer ninguna alusión a lo sucedido, solo correr un tupido velo y punto. No fue más que el fruto de un calentón y no pensaba lanzar las campanas al vuelo por ello.

No tardó en pillar el sentido de mi silencio.

—Ya, Noa, no hace falta que digas nada. Fue un arrebato por tu parte, punto, ¿no?

Yo había escuchado que las personas, cuando están en esa fase, tienen mil pensamientos encontrados en un mismo día, debatiéndose entre su pareja y su aventura, y en ese punto parecía estar él. Yo no, yo era mucho más de apechugar con todo lo que nos estaba ocurriendo y entender que el barco en el que un día nos montamos juntos hacía agua, que nada quedaba por salvar.

Se lo hice saber con mi silencio y levantándome para darme una ducha, cerrando la puerta a cal y canto, como le estaba cerrando las de mi corazón a aquel hombre al que conocía ya tampoco como él estaba dando muestras de conocerme a mí.

Sin pensarlo, salí hacia el gym, donde me encontré a Iván. Me costaba mirarle a la cara viniendo de donde venía, tras lo que él me había ofrecido el día anterior: no acostarse con nadie más.

—Me hubiera gustado que vinieses anoche a casa—me dijo mientras me besaba.

—Si hubieras estado, te habrías llevado el Premio Gordo—le informé.

—¿No me jodas que al final te acercaste? Noa, esto es muy complicado así, ¿vendrás esta noche?

—Hoy tengo noche de chicas, salgo con Amanda…

—Joder, pues yo necesito estar contigo, vámonos a mi casa ahora.

—Pues vámonos, total, supongo que haremos ejercicio igual—le contesté excitada.

Capítulo 29



Entramos por la puerta de su casa sedientos el uno del otro. Él me desnudaba mientras yo hacía lo propio con su cuerpo.

Lo necesitaba, necesitaba volver a sentirlo después de una noche en la que yo tampoco deseaba confundirme. Y cuando le vi desnudo delante de mí, con su sexo palpitante y enrojecido por la mucha sangre que debía demandar para mantener en pie ese mástil, comprendí que quería echar el polvo del siglo con Iván.

Solo mi tanga le separaba de mi húmedo sexo, un tanga que retiró con los dientes, a bocados, poniéndome absolutamente cardíaca para luego meter la cabeza en mi entrepierna y demostrarme que el cielo se puede alcanzar desde el suelo.

Comencé a gemir de un modo desmesurado, con su lengua activando nervios situados en lo más íntimo de mí que ni siquiera yo sabía que estuvieran ahí, por lo que me cogí fuerte a sus sábanas y comencé a retorcerlas de la misma manera que mi cuerpo se retorcía por el placer inconmensurable que me estaba produciendo.

Todo mi ser era recorrido por una corriente descomunal y yo tenía la sensación de que mi sexo se convertiría en una cascada gracias a su lengua, la cual no apartó en el momento culmen porque decía querer saciarse de mí.

Exhausta por el mucho placer, y con sus labios devorando los míos, apenas vi que utilizaba su cinturón, el cual quedó sobre la cama, para maniatarme debajo de la espalda, quedando por completo a su merced.

El sexo con él, hasta esa ocasión, me había resultado cien por cien morboso, pero en aquella superó todas mis expectativas cuando comenzó a recorrerme con su lengua de cuello a trasero, parando finalmente en este para ir planeando lo que sería la más prohibida de sus incursiones.

No solo fue su lengua, sino también sus dedos, los promotores de que mi agujero más inexplorado comenzara a dilatarse, mientras el corazón me palpitaba tan fuerte que yo temía que llegara a demostrarme vida propia al salir de mi pecho.

Mi frente, perlada de sudor, indicaba también un estado de nervios y de excitación máximos, mientras que él, tan curioso como meticuloso, seguía ganando terreno al mismo tiempo que sacaba una cajita de su mesilla de noche.

—¿Qué es eso? —le pregunté intrigada.

—¿Tú qué crees? —me dijo sacando de su interior un succionador de clítoris que puso en marcha para mí—. Tendrás que sujetarlo mientras que yo me dedico a otras cuestiones—me pidió guiñándome el ojo de un modo que de los míos salió verdadero fuego.

Dicho y hecho, yo sujeté el juguetito, que puso casi al máximo sobre mi clítoris, mientras él seguía dilatando mi más oscuro agujero, ese que parecía ser el causante de su más lasciva mirada, la cual yo contemplaba en el espejo.

—Será de locura—murmuró mientras, tras aplicarme un gel, se colocó en su entrada. Sabía cómo hacer las cosas, y también tenía claro que el succionador cumpliría con su cometido antes que después. Por esa razón, esperó a que de mi desgarrada garganta chillara un orgasmo para aprovechar mi evidente excitación y comenzar a entrar en mí.

El sexo anal siempre me ha parecido extraordinariamente morboso, siempre que con quien lo practiques sepa lo que está haciendo, quiero decir.

—¿Qué tal? —me preguntó lujurioso cuando por fin hubo entrado por completo en mí, cuando su miembro hizo tope y él comenzó a embestirme una y otra vez.

—No está mal para ser un niñato—le solté y entonces apretó mi cabeza contra la almohada y, mientras el succionador seguía haciendo también de las suyas, entró y salió de mí con extraordinario ímpetu, haciéndome chillar de una forma que agradecía que aquellos altos techos nos proporcionasen una cierta insonorización.

Me encantaba picarle y a él le fascinaba demostrarme que era tan hombre como el más experimentado de los amantes. La manera en la que me hizo sudar actuó como la mejor prueba de ello.

Su incursión trasera me resultó tan excitante que me convertí en un río para él, orgasmo tras orgasmo, gracias igualmente a un aparatito que me resultó de lo más práctico.

El modo en el que se corrió finalmente, desparramándose en mí y con la más seductora de las sonrisas en su cara, me dejó exhausta, tanto que incluso llegué a quedarme dormida en sus brazos un rato. Suerte que un mensaje de Alexandre terminó por despertarme. Me

preguntaba qué me apetecía comer ese día y yo pensé que todo aquello resultaba tan falso que debíamos ponerle punto final lo antes posible.

No obstante, no renunciaba a pillarle con Paula. Contaba con la certeza de que en cualquier momento se resbalaría y, cuando menos, resultaríamos empatados, me negaba a quedar como Maléfica.

—Es él, ¿no? —me preguntó despertándose.

—Sí, es él.

—Noa, ¿cuándo moverás ficha? No quieres volver a casa con Alexandre y lo sabes, ¿está con Paula? —insistió en saber.

—Lo está, ¿contento? Pero no quiero que des ni un paso en falso. No se te ocurra hacerlo.

—Es tu vida, no soy un metomentodo. Solo quiero recordarte que yo sí me muero por estar contigo.

—Y yo solo quiero recordarte que llevamos un soplo juntos y que…

—Ya, y que no paran de irte con el cuento de que soy una bala perdida, ¿no? Tengo la edad que tengo, lo cual no evita que pueda llegar a enamorarme y siente la cabeza, Noa.

—Enamorarte es una palabra muy grande, no deberías usarla con tanta alegría—le aconsejé.

—Vale, pues digamos que a engancharme, aunque no es un enganche lo que yo siento. Esto va a más, Noa, y no me digas que no lo notas

porque sé que lo notas igual que yo.

—Tengo que irme, necesito estar sola, ¿vale?

—El problema es que no lo estarás, pero tú misma. No sé cuánto tiempo voy a poder…

—Sin presiones, Iván, no se te ocurra presionarme.

Capítulo 30



Pensé que Alexandre aprovecharía para correr a los brazos de Paula esa noche y no me equivoqué. Yo ya salía arreglada, monísima, cuando vi que él también se marchaba.

—No me dijiste que salías—le comenté.

—¿Tengo que pasarte el parte? Te recuerdo que apenas me cuentas nada de ti últimamente y tampoco sé cuándo vas o con quién.

—Pues anda que tiene mucho misterio, ya te dije que he quedado con Amanda, ¿te lo dije o no te lo dije? Sin embargo, tú has estado callado hasta el último momento y ahora…

—¿Ahora qué? Ahora voy a salir a tomar unas cañas con los chicos, ¿tienes algún problema con eso? —me preguntó incómodo.

—Ninguno, adiós—le dejé con la palabra en la boca, puesto que vi que deseaba comenzar a hablar y como que no me apetecía discutir con él nada de nada.

Me vi con Amanda en un restaurante muy *chic* en el que había reservado por el centro, ideal para tomar luego una copa, ya que estaba rodeado de pubs y demás.

Acudí con la firme decisión de contarle toda la verdad sobre lo que me estaba ocurriendo, ya que necesitaba sincerarme con alguien y me pareció la candidata ideal.

—Vamos a ver, entonces ¿te has liado con Iván o no te has liado? —me preguntó directa en cuanto comenzamos a degustar una copa de vino blanco.

—Qué bruta, tú sin anestesia y sin nada…

—Más bruto habrá sido él y seguro que estás encantada, nena, ¿o me equivoco mucho? Porque no lo veo ahí pura sensibilidad yo al niño, ese tiene que empotrar fuerte—rio.

—Da caña, sí que la da…

—O sea, que lo has probado y bien probado—dio un sorbo de su copa—. Quiero, es más, exijo el informe completo.

—Pues que se le da de puta madre el sexo, niña, qué te voy a contar. Es una verdadera fiera en la cama…

—No, si como amante no debe tener desperdicio. Oye, te vas a llevar por delante a todos los buenorros de la comisaría, qué tía, porque tú sabes que a mí tu novio…

—Te pone, ya lo sé. Pues mira, al final hasta te lo regalo con lacito y todo. Solo que igual te tienes que partir la cara con la bruja de Paula.

—Ya, que está detrás de él, ¿no? Ella cómo no, siempre dando la nota.

—Pues sí, pero que él le ha seguido el rollo divinamente, estuvieron todo el finde dándole al asunto, con eso te lo digo todo.

—¿Cuando te dijo que se iba a Chipiona?

—Sí, a *Chipicama* se fue ese. No salió del catre de ella en todo el puñetero finde, así que yo me lo estoy cobrando por todo lo alto.

—Pues mira, sabiendo esto, al final te voy hasta a alabar el gusto… Oye, y que a mí siempre me ha parecido muy atractivo, pero que en la puta vida le hubiera hincado el diente al novio de una amiga, ni siquiera al ex, por mucho que Paula lo deseche.

—Ya lo sé, cariño, tú vas de otro palo, eso no hace falta ni que me lo digas. Pero ¿sabes qué? Que esta noche nos lo pasaremos de cine y que no quiero escuchar hablar de ninguno de ellos.

—¿Ni siquiera de Iván? Porque ese debe tenerte loquita con tanto sexo. Yo es que llevo una temporadilla de sequía, la verdad, y me imagino lo guay que es que vuelvan a regarte ahí…

—Oye, te veo muy necesitada. Si quieres, hacemos un fondo común para un gigoló.

—¿Tú necesitas más? —me preguntó flipando.

—No, mujer, lo decía para ti. O te lo regalo directamente…

—Eso de ser rica es la monda lironda, guapa, ¿cómo se siente una?

—Pues como los demás, pero con más pasta. No tiene mucha ciencia—le respondí.

Yo estaba tan acostumbrada a vivir bien que a menudo no recordaba que eso le llamase la atención a la gente, pero obvio que no era así.

—Lo que tiene es mucho encanto. Andando yo trabajaría con tu cuenta corriente, ni en broma, vaya.

—Yo no sabría estar mano sobre mano, chica…

—Pues yo sí sabría, y también buscando a quien me pusiera las suyas encima, pero vaya que de eso has hecho tú ya un máster, Noa. Vamos a brindar por ti, venga.

—De eso nada, brindaremos por nosotras.

—Vale, pues brindemos por ti, que estás hecha una devora hombres y porque a mí se me pegue algo—dijo con la copa en alto, muerta de la risa.

Lo cierto es que lo pasamos sensacional esa noche, una en la que terminé recibiendo un mensaje de Iván.

Él: "¿Te vienes mañana en moto a ver el belén viviente de un pueblecito de Cádiz? Te encantará, ya te lo digo…"

Yo: "Me levantaré tarde y no tengo excusa, me pones en un aprieto".

Él: "Me debes una, nunca me dices nada en concreto".

Yo: "Está bien".

Se lo conté a Paula y lo flipó.

—Pero entonces, ¿quiere hacer planes contigo fuera de la cama? Esa sí que es una novedad, chica.

—Si es que dice que se está quedando pillado y todo, es muy rico el niñato—le contesté riendo.

—Yo solo te digo que te andes con pies de plomo.

—Vale, pero tranquila, que con él, andar, andar, no es que ande mucho.

—Eso restriégame por la cara que lo único que haces es follar. Unas tanto y otras tampoco…

Lo que nos pudimos reír con sus comentarios y lo bien que lo pasamos sobre la excusa que buscaría al día siguiente para decirle a Alexandre que me volvía a quitar de en medio. Lo cierto es que ya me daba lo mismo ocho que ochenta, Iván me estaba trastocando más de la cuenta y yo no pensaba demasiado. Igual la vida iba de eso y yo me estaba enterando en esos momentos.

Capítulo 31



Buscaba una excusa que ponerle a Alexandre para irme a pasar todo el día con Iván. Me apetecía muchísimo coger carretera con él sin tener que mirar la hora y encima ver algo tan bonito como un belén viviente. Siempre me gustó todo lo relacionado con la Navidad y estaba segura de que me encantaría.

Cuando llegué a casa la noche anterior, por cierto, Alexandre aún no estaba. Supuse que estiró todo lo posible su velada con Paula, de modo que me metí en el sobre y dejé que se me cerraran las persianas, que estaban deseando hacerlo.

Tardó como una hora más y olía a alcohol, por lo que era evidente que no solo se lo habían montado, sino que le dieron a la botella. En fin, que debió tratarse de una juerga completa. No me extrañó en absoluto porque Paula, entre otras muchas cosas, tenía fama de que la mano se le iba con el alcohol en las fiestas, él sabría. A mí lo que me jodió es que estaba soñando en ese momento con otro asalto sexual en la cama de Iván, y me despertó.

Alexandre seguía durmiendo por la mañana mientras yo ya estaba en planta, alisándome el pelo, y buscando la aludida excusa, cuando llamaron a la puerta. Pensé que igual era el conserje, porque no esperábamos a nadie, y resultó que no solo no era él, sino que aquella visita me alegró el alma.

—¡Papá! ¿Se puede saber qué haces aquí? —me tiré en sus brazos—¿Eres tú de verdad? ¿Tú en Sevilla?

—Cariño, lo dices como si estuviera en la quinta puñeta, pues claro que soy yo, ¡qué alegría verte! —exclamó mientras me cogió en peso.

—Pero si no te esperaba, es que no te esperaba…

—Pues si quieres me voy, hija—reía él, feliz por verme.

—Ay, papá, claro que no, ¿cómo voy a querer que te vayas? Dime también que vienes con Iria y con mis hermanos, y ya muero de la felicidad.

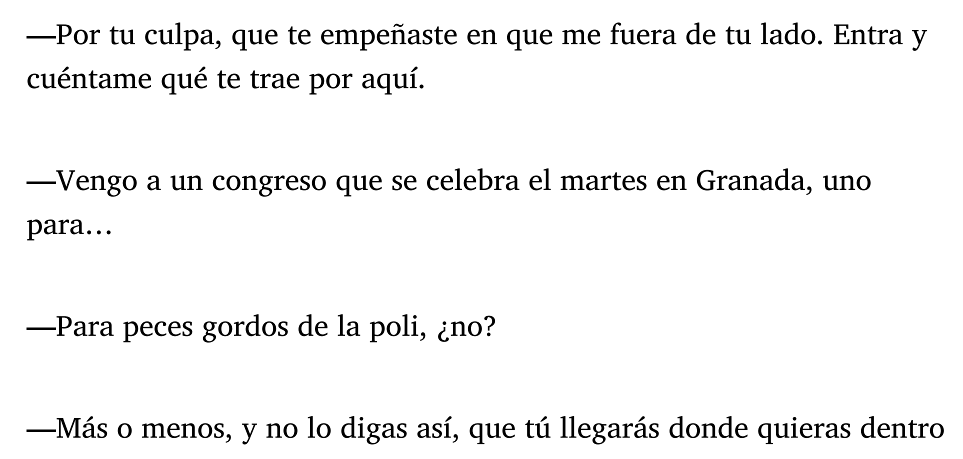
—Pues eso no te lo puedo decir, cariño, aunque en breve será Navidad y nos verás a todos, si es que podéis subir por lo de Ana, claro.

—Yo subo, papá, yo subo así se hunda el mundo. Pero pasa, por favor, no te quedes ahí, que tengo el corazón encogido, ¿tú sabes cuánto te quiero?

Siempre me pasó que fui mucho más efusiva con mi familia que con mis parejas. Y en particular con mi padre, que fue el eje central de mi vida y el hombre del que lo aprendí todo.

Miento si niego que, desde que insistió en sacarnos de mi tierra, para salvarnos el culo, andaba un poco enfadadilla con él por mucho que no lo reconociera, pero al verle allí se me pasó de golpe.

—¿Y tú sabes lo que te quiero yo, hija de mi vida? Te extraño tanto…


—Por tu culpa, que te empeñaste en que me fuera de tu lado. Entra y cuéntame qué te trae por aquí.

—Vengo a un congreso que se celebra el martes en Granada, uno para…

—Para peces gordos de la poli, ¿no?

—Más o menos, y no lo digas así, que tú llegarás donde quieras dentro del cuerpo. Y sí, me he venido un par de días antes porque me moría por verte.

—Ay, papá, ¡qué ilusión! Mira, ya se levanta Alexandre.

Venia por el pasillo y se frotó los ojos.

—¿Iago? ¿Qué haces aquí?

—Así me gusta, chaval, eso de que me llamaras señor era muy rancio, ¡a mis brazos! —le dio un fuerte abrazo—Veo que mi hija está muy bien, la noto contenta… Y tenéis un ático precioso, estáis fenomenal… Venga, vestíos que hace un día espléndido y quiero dar un paseo por Sevilla.

Yo no sé si Alexandre tendría algún plan, pero yo sí y debía abortarlo de inmediato, puesto que antepondría a cualquier otra cosa el pasar el día con mi padre, como era lógico.

Yo: “Lo siento, niñato, pero ha ocurrido un imprevisto y no puedo ir hoy contigo”.

Él: “Si el imprevisto tiene que ver con cierto inspector, no te dejes

engatusar por él, sabes que lo vuestro va a la deriva”.

Yo: “En realidad, tiene más que ver con un comisario”.

Él: “Vaya por Dios, qué alto estás poniendo el listón. Menos mal que soy buen escalador”.

Yo: “Y buen cantamañanas. Se trata de mi padre. Tengo que dejarte”.

Nada me podría haber alegrado más el día. Mi padre se quedaba hasta el día siguiente con nosotros. Se marcharía por la tarde y, aunque tendríamos que trabajar, poca duda me cabría de lo interesado que estaría en darle las gracias personalmente a la comisaria Coca (no me acostumbraba a su apellido por mucho que me lo plantease) por lo bien que nos había acogido.

Se me ocurrió que podríamos pasear por los Jardines de María Luisa y por la Plaza de España, almorzando en sus alrededores. Ciertamente, el día lucía maravilloso y sería una pena no disfrutar de ese color tan especial que Sevilla nos regala la mayoría del año.

—Papá, ¿y cómo va todo por allí? —le pregunté cuando finalmente estuvimos en la mesa, charlando con tranquilidad.

—Muy revuelto, hija. Desde lo del tiroteo de Alexandre todo se complicó más. Cada vez llegan más lejos y solo doy gracias a Dios porque no te veas en medio de esas. No sabes lo tranquilo que me siento al tenerte aquí.

—Pues cualquier día vuelvo, papá, porque a veces pienso que no se me ha perdido nada en Sevilla y que a tu lado…

—A mi lado podrías perder la vida, Noa, y eso jamás me lo perdonaría. Si te perdiese a ti, si te hiciesen algo… Prefiero no seguir con esta conversación, ¿te importa? Me remueve demasiado.

A mi padre, en parte, le había devastado el tiroteo en el que estuvo a punto de fallecer Alexandre, y ni por lo más remoto se planteaba que yo pudiese volver, no hasta que las aguas estuviesen más clamadas. Y a mí me dolía.

Capítulo 32



Por la tarde, Alexandre se fue a ver a sus padres, pues seguía de cerca la evolución de Ana, dejándonos a solas a mi padre y a mí. No pudo imaginarse cuánta ilusión me hizo porque me moría por pasar un ratito con él, en exclusiva.

No en vano, eso no solía ocurrir porque en los últimos años, como mínimo, siempre estuvieron Iria y mis hermanos de por medio. Y que conste que yo los adoraba a todos, pero era un tanto acaparadora y echaba de menos pasar algo de tiempo de calidad en su única compañía.

Pensamos en salir a una cafetería, pero partiendo de la base de lo pronto que oscurecía, decidimos que sería mejor idea la de merendar en casa.

—Solo si dejas que te prepare una taza de chocolate caliente, cariño. Ahora viene la parte en la que me dices que esas son cosas de padres y que blablablá—me dijo con sorna—, pero yo te veo bastante más delgada. Y eso que allí ya habías adelgazado, sufriste mucho con lo del maldito tiroteo. Perdona, no quiero sacar ese tema otra vez, sé que te duele.

—No hay problema, papá. Y sí, por una vez y sin que sirva de precedente, te voy a dar la razón. Puede que esté algo más delgada.

—¿Tan mal te tratan aquí en Sevilla? Mira que eso no me lo puedo creer, hija. Si algo tienen los andaluces, aparte de buen tiempo, es que suelen tratar bien a los forasteros.

—Y no me han tratado mal, papá, en eso también te doy la razón—asentí mientras él sacaba el envase del chocolate, el cual buscó en los muebles con anterioridad, asegurándose de poder prepararme una taza, junto con otra para él mismo.

Pocas cosas podían gustarme tanto en el mundo como un rato así. Con mi padre sentía que nos entendíamos con una simple mirada, aunque reconozco que eso me daba algo de miedo porque tenía la sensación de que podía leer en mi mente, de que me resultaría muy complicado ocultarte que mi interior estaba convulsionando, que algo estaba cambiando por completo en mi vida.

Desde que me quedé huérfana, puesto que antes lo hacía mi madre, fue él quien tomó el relevo como “maestro chocolatero” en nuestro hogar, logrando que yo asociara muchos de los mejores momentos de mi vida con una de esas humeantes tazas.

Enseguida lo tuvo listo, y el momento de dármela fue también el de la verdad.

—Y ahora, mi vida, ¿me vas a contar sin tapujos qué te pasa? —me preguntó y supe que estaba perdida, que no podría zafarme tan fácilmente de las preguntas del comisario Iago Prieto, todo un experto en interrogatorios—. Y no cuela que me digas que todo está relacionado con tu venida aquí, mi amor.

—Papá, que no me pasa nada, de veras…

—Pues ahora dime lo mismo, pero mirándome a la cara, cariño.

Me sentí perdida. Era complicadísimo abordar ese tema con él, que se llevaba de maravilla con mi novio, a quien consideraba un hijo más. Mi padre era un hombre tradicional y, aunque tuvo que acostumbrarse a la fuerza a contar con una hija intrépida a la que no le daba miedo nada, se sentía muy bien al pensar que yo estaba con Alexandre, puesto que siempre fue muy cuidador conmigo, lo que le hizo ganar todos los puntos a sus ojos.

Durante años pensé que para mi padre ningún hombre sería lo suficientemente bueno para su niñita, pero con Alexandre hubo una conexión, los astros se aliaron o se produjo el milagro, que cada uno piense lo que le parezca, pero el caso es que comprendió que estábamos hechos el uno para el otro, e incluso no dudó en apartarme de su lado en la confianza de que Alexandre estaba y estaría conmigo.

Esperaba una contestación. Él la esperaba y yo solo deseaba que la tierra me tragase y que me escupiera lejos… lejos de una conversación que me dolía porque seguía sin saber cómo afrontarla.

—Papá, yo… de momento… yo…

Llevaba toda la vida pasándome. Había veces, como aquella, en la que mi padre me imponía y, pese al enorme cariño que le profesaba, la situación me superaba. Quizás por eso no supe plantarle cara y salí de mi tierra, una decisión que seguía lamentando cada día.

—Noa, al grano, hija—me pidió.

—Todo va bien, papá—asentí con la cabeza.

—Y nadie dice que vaya mal. Simplemente las cosas están distintas.

No se me pasa por alto que la Noa de antes no habría dejado a Alexandre solo en las fiestas navideñas, por mucho que él no hubiese podido subir—me hizo ver.

—Es que os echo de menos, papá. No te imaginas cuánto—me excusé.

—Y nosotros a ti, pero no estamos hablando de eso, Noa, ¿qué ha pasado entre vosotros? Hay un distanciamiento, es evidente.

—Qué jodienda esa de que la policía no es tonta, ¿no? —murmuré con una media sonrisa en el rostro.

—Pues algo debe haber, hija. Venga, sabes que puedes contármelo, Noa, mi amor…

—Es cierto que no estamos bien, papá. No quiero entrar en honduras, te pido por favor que no me pidas que lo haga porque hay cosas de las que no me siento orgullosa y que, por el momento, prefiero obviar, pero no puedo negarte que mis sentimientos no son los mismos.

—No hace falta que lo jures, hija… En cualquier caso, no estoy aquí para meter el dedo en la llaga. Si lo hago, en otra ocasión ni siquiera me abrirás la puerta de este bonito ático que, en cierto modo, también considero mi casa, puesto que es la morada de la niña de mis ojos.

—Papá, no sé hacia dónde va mi vida, eso es indudable, tanto como que te necesito en ella—le confesé con lágrimas en los míos.

—Y no creo que dudes que siempre contarás con mi amor incondicional, absolutamente siempre. Me da igual en qué dirección vayas, yo siempre caminaré de tu mano. Y otra cosa te digo, Noa…

—Dime, papá—le sonreí porque hacía que me sintiera cómoda, pese a que el tema fuese peliagudo.

—Busca tu felicidad, hija. Con Alexandre o sin él, yo en eso no entro ni salgo, tienes que buscar tu camino. Y si es a su lado, estupendo, pero si no lo es, estupendo también—aseveró.

—¡Tú sí que eres estupendo, papá! No te imaginas la losa que me acabas de quitar de encima.

—Noa, ¿tú llegaste a dudar que yo estaría de tu lado? Porque eso me dolería. Quiero que sepas que por encima de todo deseo tu felicidad. Yo siempre respetaré tus decisiones porque ya no eres una adolescente…

—No, creo que ya no soy tu cabeza hueca preferida, ¿no? Así me llamaste durante años.

—Qué tiempos aquellos, mi niña. Y no, mírate ahora: te has convertido en una mujer hecha y derecha, Noa, haces que me sienta infinitamente orgulloso de ser tu padre. Y eso no va a cambiar, ¿me oyes?

Capítulo 33



Lunes y el despertador no perdonó. No me equivoqué lo más mínimo en que querría venir con nosotros a saludar a la comisaria Coca, que era colega suya, y a quien estaba deseando darle las gracias.

Con mi padre era inevitable que, por mucho que me considerase una adulta, terminara por verme a mí misma como una niña de colegio, puesto que tan solo le faltó entrar en las dependencias conmigo de la mano.

La comisaria salió a saludarle y, mientras Alexandre salió zumbando para su despacho (pensé que se daba patadas en el culo por ir a ver a su Paula), nosotros pasamos a su despacho.

—Estoy muy contenta con la labor que está realizando tu hija, Iago— le dijo porque desde el primer momento hubo buena sintonía y se tutearon.

—Comisaria, yo mejor me voy o terminaré con los mofletes rojos, pero muchas gracias—le dije.

—Bueno, hija, no estaría mal que te fueras un ratito a trabajar y nos dejaras aquí criticándote—bromeó mi padre.

—Es capaz de darle directrices para que no vuelva a salir a la calle, comisaria Coca—le advertí de antemano antes de salir de su despacho.

Les dejé allí y me fui directa al mío, donde ya me esperaba Iván.

—De manera que no era el truco del almendruco, te he visto entrar con él—me indicó.

—Pues claro que no era un truco—le dije quitándomelo de encima entre risas—. No sé qué pensarás tú, pero yo, el día que no quiera verte no necesitaré ninguna excusa.

—Ya, el día que no quieras verme—repitió chulillo.

—Pues sí, y como no me sueltes va a llegar más pronto que tarde—le advertí entre risas, porque era muy tonto y me hacía reír de una forma que hasta yo misma me asombraba—. Y aparte, que mi padre va armado y que soy su única hija. No te digo nada y te lo digo todo.

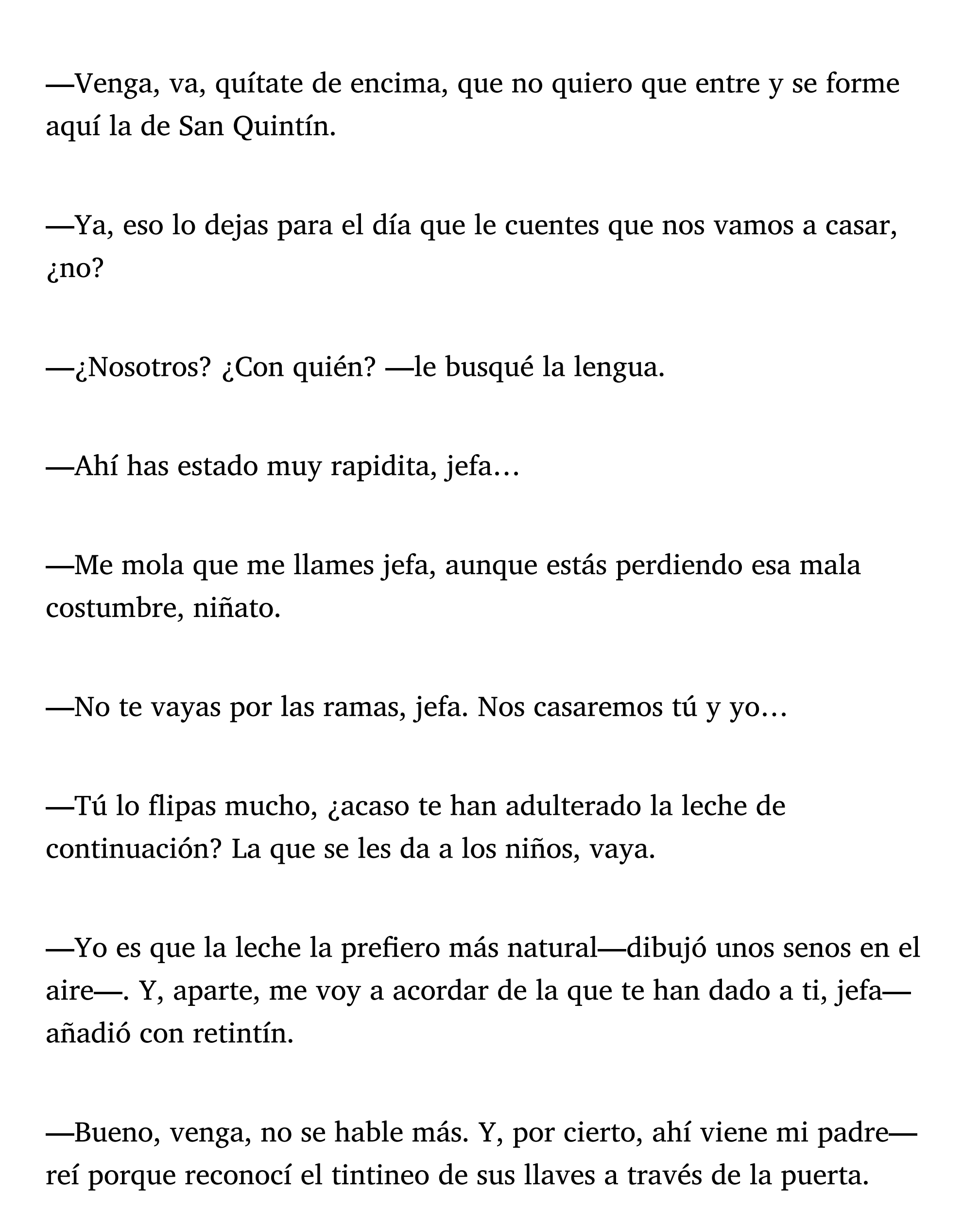
—Ya, y encima me dirás que tiene una puntería cojonuda, para más inri.

—No lo sabes tú muy bien…

—Todavía me descerrajará un par de tiros y se volverá el hombre tan feliz para su tierra…

—Pues depende, no te digo yo que no tengas posibilidades.

—Joder, me molaría más que me dijeras que las tengo de que me tocara la lotería, pero admito pulpo como animal de compañía, qué se le va a hacer…



—Venga, va, quítate de encima, que no quiero que entre y se forme aquí la de San Quintín.

—Ya, eso lo dejas para el día que le cuentes que nos vamos a casar, ¿no?

—¿Nosotros? ¿Con quién? —le busqué la lengua.

—Ahí has estado muy rapidita, jefa…

—Me mola que me llames jefa, aunque estás perdiendo esa mala costumbre, niñato.

—No te vayas por las ramas, jefa. Nos casaremos tú y yo…

—Tú lo flipas mucho, ¿acaso te han adulterado la leche de continuación? La que se les da a los niños, vaya.

—Yo es que la leche la prefiero más natural—dibujó unos senos en el aire—. Y, aparte, me voy a acordar de la que te han dado a ti, jefa—añadió con retintín.

—Bueno, venga, no se hable más. Y, por cierto, ahí viene mi padre—reí porque reconocí el tintineo de sus llaves a través de la puerta.

Ese era un ruido muy característico suyo, uno que le acompañó desde que yo era una cría y que me ayudaba a saber cuándo estaba a punto de entrar en casa. Durante mi niñez, era para mí el sumun de la felicidad escuchar que llegaba y que pasaríamos un puñado de horas juntos.

—¿Tu padre? ¿Qué tal si aprovecho para presentarme como tu futuro prometido?

—¿Y qué tal si te arranco la cabeza? O mejor todavía, ¿y si le cedo ese privilegio a él?

—Joder, yo ese deporte gallego no lo conozco. Prefiero el de los vascos, el de jugar a pelota vasca, tú ya me entiendes.

—Te entiendo divinamente, como dirías tú, pero quien no sé si entenderá nada es él, de manera que chitón—le ordené antes de invitar a entrar a mi padre y presentárselo.

Por supuesto que no era tan impresentable y que Iván se portó, saludándole con toda la cortesía que merecía un comisario laureado como Iago Prieto, pero mi padre era muy largo, y no lo digo solo por su estatura, sino por el hecho de que le bastó tan solo permanecer un par de minutos en el despacho con ambos para percatarse de que algo había entre nosotros. Y no porque me lo dijese, sino porque yo también lo capté. Era una maldición o una bendición, según se mirase. La de entendernos así de bien, digo.

Capítulo 34



Un día, de repente, todo cambia. Y esa noche, cuando mi padre ya se había marchado, tuve claro que su apoyo era fundamental para mí, y que me daba igual lo que Alexandre pensase o que no hubiese podido demostrar que él estaba con Paula.

En realidad, me daba igual todo… No iba a darle explicaciones sobre lo que yo había hecho ni a recriminarle su proceder. Solo le iba a dejar y punto.

No me resultaba fácil, porque en el fondo le seguía queriendo, solo que Iván había llegado a mi vida en el momento preciso, en ese momento en el que no sabía cómo digerir el estar en un lugar que no deseaba y en una situación que me reventaba. Y comenzó a hacerme tilín hasta el punto de que no me lo pude sacar de la cabeza.

Alexandre ya se había metido en la cama cuando yo salí del baño. Tenía el pelo mojado y, cómo son los hombres, me miró con ganas de… Y ya no pude más. No sabía en qué momento hablaría con él y, de pronto, tuve clarísimo que para mañana era tarde, que era hora de poner punto final a nuestra historia, antes de hacernos más daño.

—Siempre me has atraído muchísimo con el pelo mojado—me soltó.

Me mordí la lengua, me lo propuse y lo logré.

—Tenemos que hablar—le contesté.

—Eso ha sonado fatal, chiquitilla—me dijo, lo cual me hizo daño.

—No me llames así, ¿vale? —le pedí.

—Es el final, ¿no? Lo vislumbro, no me gustaría que marearas la perdiz, Noa.

—Sí, es el final. Lo siento, Alexandre, ya no quiero continuar con lo nuestro. Los dos sabemos que está roto y prefiero no entrar en detalles…

—Noa, por favor…

—Alexandre, no me lo pongas más difícil. He tratado de estar cerca de ti en las últimas semanas por lo de tu madre. Y siento si no he podido estarlo más, porque no me sale…

—Noa, yo no quiero perderte, te lo pido por favor. Estamos atravesando por un bache. Es probable que los dos nos hayamos equivocado, pero tomar un camino que nos distancie definitivamente no es la solución.

Estaba claro que seguía hecho un lío y que, por muy ilusionado que estuviera con ella, le daba miedo dar el salto y salir de la zona de confort. Les pasa a muchas personas, no es tan raro.

—Alexandre, no tiene sentido continuar con esto. Podríamos hablar durante horas, reprochándonos cosas, pero no llegaríamos a ningún entendimiento…

—¿Hay otro? ¿Es eso?

—No vayas por ahí porque desde ya te digo que no te lo pienso consentir—le respondí airada porque no, no quería quedar como la que había fallado en la relación.

—Noa, es que, si no lo hay, yo estoy seguro de que…

—Alexandre, ya. Por el cariño que nos hemos tenido y que nos seguimos teniendo, te pido por favor que no sigas por ahí. Hay muchas maneras de hacer esto, aunque solo una digna. No lo olvides.

—Sé que venir a Sevilla te sentó como un jarro de agua fría, ¿pero tanto?

—No voy a seguir, te lo repito. He tomado una decisión y ya… No quieras llevarme a tu terreno porque quiero dejarlo.

—¿Estás segura de lo que dices? Mira que creo que no lo has meditado lo suficiente.

Él no confiaba en lo suyo con Paula, era más que evidente. A ella debía verla como una válvula de escape, como a un polvo con el que desahogarse cuando las cosas se ponían feas conmigo. Pero yo tenía la certeza de que quería separarme de él. Solo con cerrar los ojos y recordar la cara tan picara de Iván y lo feliz que me hacía… Imposible decir si con él llegaría a algo o no, pero sí afirmar que ya no quería seguir con Alexandre.

—No he estado más segura en toda mi vida. Será mejor que nos separemos…

—O sea, que meta los últimos años de mi vida en una maleta y me largue, ¿no? Porque yo no puedo mantener este ático.

—No te he dicho que debas hacerlo mañana. Puedes esperar a tener un sitio donde vivir. No tengo nada en tu contra y lo sabes, es solo que…

—Es solo que tiene que haber alguien, porque si no…

—Y dale, si no estás erre que erre no paras. Mira, si quieres discutir, vamos a hacerlo, pero desde ya te advierto que los trapos sucios van a volar en todas las direcciones y que será peor, mucho peor.

—Noa, al menos, ¿no podríamos disimular un tiempo delante de mis padres? Hay algo que no sabes…

—¿Qué es eso que no sé? No me vengas ahora con milongas, te lo pido por favor.

—Los médicos no tienen la certeza de que mi madre haya quedado limpia del todo, porque en sus análisis hay algo que no cuadra. Me lo han dicho esta tarde porque han recogido los análisis y no las tienen todas consigo. Ayer tarde tuve que llevarla al hospital…

—No me has contado nada, ¿en serio?

—¿Y para qué? Si apenas me escuchas cuando te hablo.

—Tampoco a ti te van a dar un premio por estar al quite, ¿eh? Que hay muchos momentos en los que pareces que estás apollardado, como tú dices.

—Si no fuera porque me estás dejando, me reiría.

—Termina de contarme, por favor—le dije resoplando porque los problemas se me acumulaban.

Pese a todo, le tenía muchísimo cariño y fui yo quien le empujó a los brazos de la ingrata de Paula, quien igual a esas alturas hasta le había dado boleto. El tiempo lo pondría todo en su sitio, pero yo estaba impaciente por hacer de mi capa un sayo, como se suele decir, y me costó aceptar que Alexandre necesitara mi ayuda para que su madre no se viniera aún más abajo.

Me sentí fatal, porque una vez tomada la decisión odiaba demorar la separación, pero entendía que igual era el peor momento para él, y no me sentía con fuerzas para echarle de una patada en el culo. Eso sí, le dejé muy claro que no volvería a haber nada entre nosotros, que solo seríamos compañeros de piso y por tiempo limitado, hasta que Ana mostrase signos de mejora.

Capítulo 35



Seguí viéndome a escondidas con Iván a cada ocasión que tenía de hacerlo. Él se mostraba encantado de pasar tiempo conmigo y de esos encuentros clandestinos que se producían día sí y día también.

La ventaja de haber hablado con Alexandre era que ya no tenía que darle explicaciones sobre si iba o si venía. Por el contrario, me consideraba una mujer sin ataduras dispuesta a vivir una aventura a su aire, exprimiendo cada segundo que pasaba con ese joven amante que me daba vida continuamente.

El jueves, él ya tenía la mosca detrás de la oreja. La mía con Iván no era una relación convencional en el sentido de que yo no creía en los supuestos planes que tenía para ambos. Yo solo lo tomaba como ese chaval que me insuflaba viento fresco en cada uno de nuestros encuentros y con quien me moría por verme a todas las horas.

No solo era por Alexandre, a quien reconozco que no quería darle explicaciones sobre lo que hacía o dejaba de hacer. De hecho, prefería que lo suyo con Paula saliera a la palestra antes y que la gente le juzgara a él y no a mí. Puede que fuese una actitud tan hipócrita como egoísta, pero era la mía en ese momento. Si Alexandre hacía público lo suyo con ella, lo mío con Iván terminaría pasando después por debajo de la puerta e incluso todos pensarían que fue un arrebato al verme sola.

Puede que me importase demasiado el qué dirán… Quizás se tratase de una herencia de mi padre, quien siempre me recomendó que con la gente del trabajo fuese muy cauta a la hora de airear mi vida privada, al menos hasta que lo tuviese tan claro como él lo tuvo con Iria o yo con Alexandre.

Por todos esos motivos, yo pretendía vivir lo nuestro de un modo furtivo hasta que mi cabeza se aclarase, hasta que supiera realmente de qué pie cojeaba Iván o si había algo de cierto en esos planes que iluminaban su preciosa mirada.

No obstante, él seguía demandando esos pasos que nos llevaran juntos a alguna parte, por lo que hube de soltar prenda.

—¿Qué te pasa? —le pregunté cuando se estaba vistiendo, tras darlo todo en su cama conmigo.

—Que no me tomas en serio, eso es lo que pasa, Noa—me respondió un tanto amargado.

Yo no quería que él anunciara lo nuestro a bombo y platillo, no de momento al menos, pero entendía su angustia.

—¿Y si te dijese que ya está todo solucionado? —le pregunté con una miradita que encendió aún más la suya.

—¿Le has dejado? ¿Has dejado a Alexandre? —me preguntó ilusionado y confiado, porque yo era muy reservada y perfectamente podría haberlo hecho sin darle la menor explicación.

—Sí, le he dejado… Todavía hay ciertos flecos en lo nuestro, pero quiero que sepas que ya no estamos juntos. Pronto vivirá fuera de mi

ático, aunque ya no existe ninguna relación de pareja entre nosotros.

—Entonces ya no hay ningún problema en que nos vean juntos, ¿no? Joder, Noa, ¿cómo no me lo has dicho antes? ¿Tienes idea de lo feliz que me hace esto?

—Yo no soy de precipitarme, Iván, eso quiero que lo entiendas. Nunca voy a ser como tú quieras exactamente, de eso se trata…

—Ya lo sé, si tú no tienes la misma gracia que yo, jefa—bromeó.

—Ya, ya, pero ¿me estoy haciendo entender?

—Que sí, que sí, que no será jauja y que todo no será justamente como yo quiera, que tenemos que llegar a entendernos. No soy un crío de tres años, ¿sabes?

—Ah, ¿no? —bromeé.

Le fui dando una de cal y otra de arena, mostré una actitud muy ambigua y jugué con su infinita ilusión para no confesarle con total claridad que no le conté a Alexandre lo nuestro. Más bien esa explicación la dejé en el aire, me escudé en que no quería que se supiera en la comisaría y demás para que no tuviera gestos que evidenciaran una relación entre ambos y, finalmente, cuando él creyó entender que Alexandre si lo sabía pero que al resto no se lo diríamos de momento, no le saqué de su error. Si me lo ponía a huevo, ¿por qué complicarme la vida? Ya se enteraría al mismo tiempo que el resto si es que alguna vez teníamos algo que hacer público, cosa que yo no tenía tan clara.

A partir de ese instante, he de decir que Iván se volcó mucho en mí, tanto que me buscaba a todas las horas cuando no estábamos

trabajando. Hacer planes con él, cabalgar a lomos de su moto, beber, reír, charlar, bailar y terminar follando como leones en su cama era más de lo que yo podía esperar de la vida en aquel momento.

Todo parecía comenzar a encarrilarse y, aunque las dudas sobre sus verdaderas intenciones no se disipaban, yo disfrutaba de cada hora que pasaba con él como si fuese la última de mi vida.

Con Iván no solo disfrutaba de un sexo brutal, sino que me reía hasta que se me veía la campanilla con cada una de sus ocurrencias. Era tan increíblemente divertido y fresco que no permitía que la sonrisa se borrase de mi cara en ningún momento.

Yo no conté nada en casa porque apenas faltaban unos días para las Navidades y hasta le hice el favor a Alexandre un par de tardes de acercarme a ver a Ana y a Rodrigo para no levantar más sospechas y para que él no dijese nunca que le dejé en la estacada en un momento así de delicado.

Incluso me seguía cuidando en casa. Sí, como suena, Alexandre ya debía tener bastante claro que yo estaba con otro y era posible que incluso sospechase que ese otro era Iván, pero me seguía cuidando y respetó ese derecho que yo tenía de hacer con mi vida lo que me viniese en gana, que era lo mismo que él estaba haciendo con la suya, por mucho que mostrase más cobardía que yo, pues cada vez me demostraba más que él era partidario de seguir jugando a dos bandas, cosa de la que yo me sentía incapaz y que veía carente de sentido en dos adultos independientes. Al final, a mi ex le faltaba valentía y eso nunca lo hubiese creído.

Capítulo 36



Patrullaba esa mañana con Iván. Cada vez nos mostrábamos más compenetrados también en lo profesional, y nos habíamos vuelto un binomio imprescindible para la comisaria Coca, quien era una mujer justa y solía alabar a aquellos que le sacábamos las castañas del fuego. Y nosotros sabíamos hacerlo.

Esa mañana fuimos a hacerle una visita a Isaac, una que no esperaba y que no le llenó de alegría precisamente.

—Me cago en mi estampa, inspectora, mira que es viernes, pues ya sabía yo que alguien tendría que venir a joderme el fin de semana.

—Yo también me alegro de verte, Isaac, ¿es que tenías planes y te los he jodido? —le preguntó ella.

—Sí, iba a llevar a mi chica a París, a pedirle matrimonio en todo lo alto de la Torre Eiffel, pero ahora va a ser que se me han quitado las ganas.

—Tú tienes salida para todo, lo complicado es salir de la cárcel, ¿no?

—Ya estamos hablando de la jodida trena. Y mira que luego me tengo que tomar bicarbonato para la acidez. Mi pobre madre no da abasto

para preparármelo…

—¿Y a ti no te da vergüenza que tu madre te tenga que preparar nada con lo mayorcito que eres?

—Sí quieres me lo puedes preparar tú, que ya te dije que no eres mi tipo, pero que tienes un culito…

—No te pases, tío —se metió del tirón Iván, quien debió sentirse ofendido.

—Tranquilo, que no ofende quien quiere, sino quien puede. Este no solo es un delincuente, sino un sinvergüenza y, como guinda del pastel, un machista…

—Bonita retahíla has cogido. Cómo se nota que os hacen exámenes de lengua para ser polis, ¿no? Porque la lengua la tienes tú muy afilada, inspectora… Al saber las cosas que…

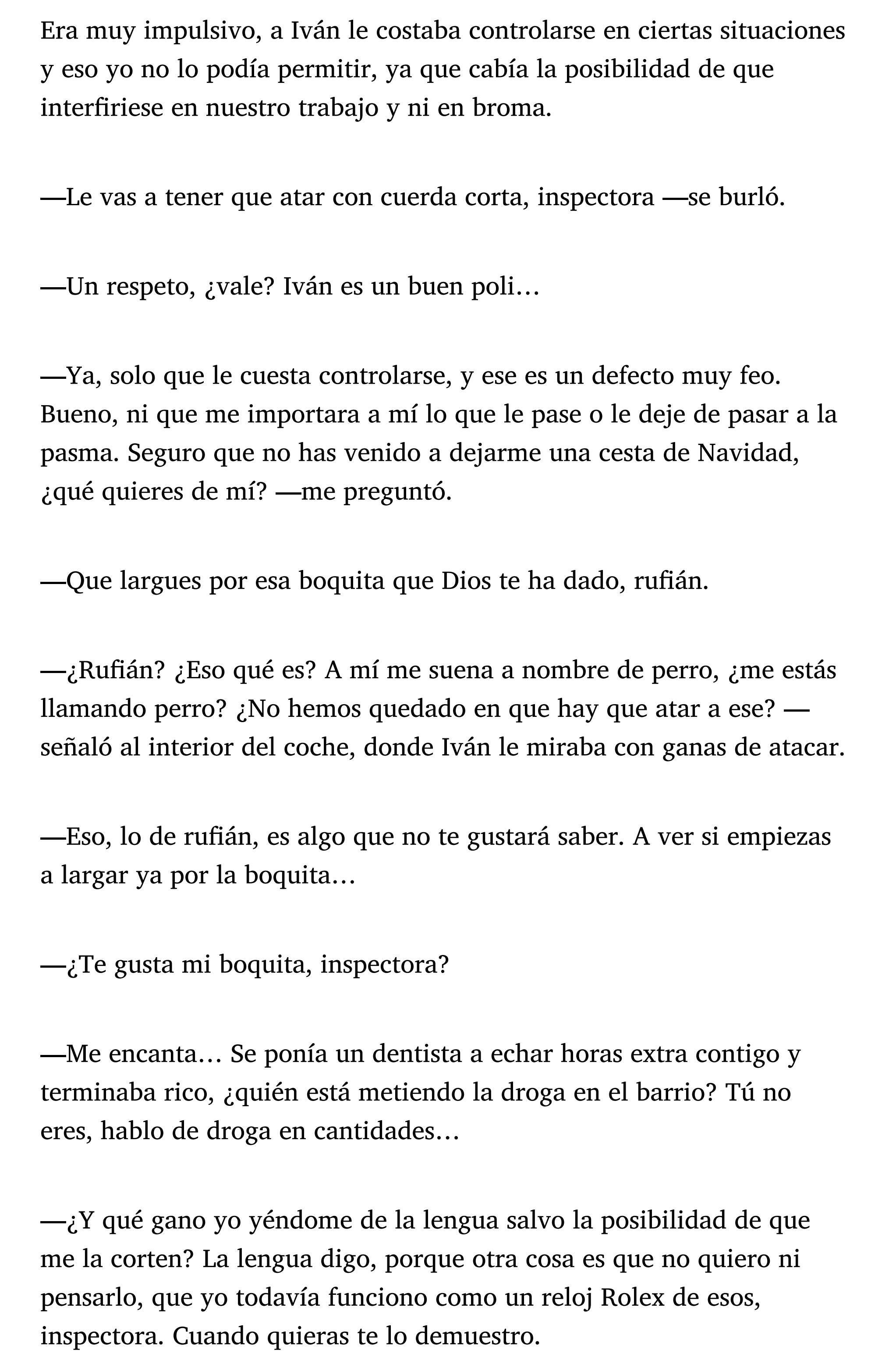
—¡Que te calles, joder! —le chilló Iván, no aguantando que se embalase conmigo de aquella forma.

Hasta a mí me llamó la atención que se entrometiera así.

—Iván, tranquilito, ¿vale? —le pedí.

—Es verdad, tío, que de pronto parece que eres el gallito del corral. Oye, ¿tú no estarás por los huesos de la inspectora? Me cago en *tó* y en más, y yo que no me había dado cuenta…

—No digas majaderías. Y tú, Iván, espérame en el coche —le ordené.



Era muy impulsivo, a Iván le costaba controlarse en ciertas situaciones y eso yo no lo podía permitir, ya que cabía la posibilidad de que interfiriese en nuestro trabajo y ni en broma.

—Le vas a tener que atar con cuerda corta, inspectora —se burló.

—Un respeto, ¿vale? Iván es un buen poli…

—Ya, solo que le cuesta controlarse, y ese es un defecto muy feo. Bueno, ni que me importara a mí lo que le pase o le deje de pasar a la pasma. Seguro que no has venido a dejarme una cesta de Navidad, ¿qué quieres de mí? —me preguntó.

—Que largues por esa boquita que Dios te ha dado, rufián.

—¿Rufián? ¿Eso qué es? A mí me suena a nombre de perro, ¿me estás llamando perro? ¿No hemos quedado en que hay que atar a ese? —señaló al interior del coche, donde Iván le miraba con ganas de atacar.

—Eso, lo de rufián, es algo que no te gustará saber. A ver si empiezas a largar ya por la boquita…

—¿Te gusta mi boquita, inspectora?

—Me encanta… Se ponía un dentista a echar horas extra contigo y terminaba rico, ¿quién está metiendo la droga en el barrio? Tú no eres, hablo de droga en cantidades…

—¿Y qué gano yo yéndome de la lengua salvo la posibilidad de que me la corten? La lengua digo, porque otra cosa es que no quiero ni pensarlo, que yo todavía funciono como un reloj Rolex de esos, inspectora. Cuando quieras te lo demuestro.

—Y yo cuando quieras te demuestro que soy capaz de ponerte los piños derechos sin necesidad de que pases por el dentista…

—Qué barbaridad, qué violencia tan gratuita. Si yo lo digo por tu bien, inspectora, si estuvieras bien follada no…

—Ni una puta palabra más, Isaac. Mira, de lo único que tenemos que hablar tú y yo es de la posibilidad de que lleguemos a un acuerdo con el fiscal para que no pises la cárcel si largas de lo lindo… Vamos, si cantas como si fueras un tenor.

—Vaya por Dios, con la poca voz que yo tengo. Ya me gustaría, inspectora, pero de verdad que es una putada porque cada vez que me da por cantar, aunque sea en la ducha, termina lloviendo a mares. Y claro, mi madre se mosquea porque dice que así no hay quien seque la ropa.

—Muy simpático. Doy por hecho que entonces prefieres que se le sequen a ella los ojos de llorar cuando te lleven preso de nuevo, ¿no?

—Ese ha sido un golpe bajo, inspectora, con mi madre no juegues porque eso es lo más sagrado. Ni la mientes, vaya.

—Pues si tanto la quieres, ya va siendo hora de que comiences a mirar por ella, que la vas a matar a disgustos, desgraciado.

—¡Lagarto, lagarto! ¡Cállate ya, mujer! Cuidado con el mal cuerpo que me estás poniendo, y lo que yo digo, en viernes… que no tendrá uno derecho a pasar un fin de semana tranquilito.

—Sí, tú eres muy de quedarte en casita a ver Netflix con una manta… a mí me la vas a dar…

Capítulo 37



Ese viernes por la noche, Iván celebraba el cumple de un primo suyo, que daba una fiesta, y hasta me invitó.

—Tú no corras tanto…

—Si nos lo pasaremos de miedo. Vamos a ir a una zambomba en Jerez, te tienes que venir, Noa. Estarán mis primos, que son todos unos cachondos mentales como yo. Con las ganas que tengo de presumir de chica.

—No vayas tan rápido, ¿vale? Que tú y yo…

—No vayas a negar que estamos juntos porque sería lo último. Lo estamos y lo sabes. Otra cosa es que te entren los siete males de pensar en un nuevo compromiso, aunque yo te voy a curar esos males y otros… Yo te lo voy a curar todo.

—Eres más tonto. Mira, tú vete a esa zambomba con los tuyos y ya buscaremos otra en el finde aquí en Sevilla, que también las hay.

—Pues sí, y hay que aprovechar que son las últimas, que ya luego te me vas para Galicia a pasar las Navidades.

—No te imaginas las ganitas que tengo, de verdad te lo digo.

—Muy bonito por la parte que me toca. Te lo voy a perdonar porque me tienes majareta perdido ya, pero que sepas que en cuanto salgas de Sevilla estarás llorando por las esquinas por mí.

—Niñato, voy a tener que hablar con Isaac muy en serio por si es él quien te pasa lo que sea que te fumes, porque algo te estás fumando tú.

—Ay, jefa, cuántas tonterías hay que oír.

—Sí, claro, solo de mi boca. Oye, ¿y ya vuelves a llamarme jefa?

—Se me escapa de vez en cuando. Es que, en el fondo, tan chulillo como soy, y a pesar de eso me pone mogollón que seas mi jefa, no lo puedo evitar —rio.

Quedamos en eso, pero antes estuvo mirando la posibilidad de asistir a otra de esas zambombas la tarde siguiente allí mismo en Sevilla, por lo que me hizo el lío.

—¿Y tú vas a tener cuerpo mañana de fiesta? Lo de hacer doblete es una paliza…

—Con tal de estar contigo, como si no me acuesto en una semana. Y cuando me acueste será para…

Comenzó a decirme tales cosas en el oído que tuve que pedirle que se callase. Era todo, con él cada gesto se convertía en una fogosa locura y yo había de salir corriendo si no quería terminar ardiendo en las llamas de su sevillana pasión.

Quedé con Amanda aquella noche y ella flipó muchísimo con mis avances.

—Espera, espera porque te juro que me terminará haciendo falta un esquema… Así que dices que has dejado a Alexandre, pero que sigues viviendo con él, y a la par que Iván cree que le has contado lo vuestro y no lo has hecho. Joder, tía, lo tuyo es un misterio…

—Es que no quiero quedar mal cuando él lo está haciendo igual o peor… Y como lo negará si se lo restriego por la cara, pues eso. Resulta que ahora me necesita para que su madre no caiga en picado, una putada, pero no me exalto… En breve Ana estará mejor y yo me muero por poder dejar de hacer la pantomima.

—Pues chica, qué quieres que te diga…

—Ya, que lo ves todo muy rocambolesco, ¿no? —suspiré.

—Un poco de peli de suspense sí que es. Yo de ti le hablaría claro a Alexandre, ¿no has pensado que se pueda estar haciendo ilusiones contigo otra vez?

—Ya, que igual lo de Paula no le ha funcionado o va a medio gas, ¿no? Conociéndola sería lo normal. Pero no, yo paso de acusarme y que él quede como un santo, paso olímpicamente…

—Como quieras, yo solo digo que igual…

—Mira que me comes el coco, Amanda. Sé que debería ser más clara para que pase también página, pero si por mí fuera él no viviría ya ni en el ático, ¿crees que eso no es ser clara?

—Sí, cariño, no me lo tomes a mal… Pero a veces la esperanza es lo último que se pierde y si tú dices que sigue atento contigo y tal… Al final el palo se lo llevará, yo se lo habría dado ya —me sonrió.

—Eso es porque eres una tía sensacional, siempre te lo digo. Yo tengo más guasa… Venga, vamos a brindar por mi guasa.

—¿Por tu guasa? Brindemos mejor por lo tuyo con Iván.

—Bueno, eso ya veremos…
—Qué poquito te mojas, guapa —observó.

—Él no opina lo mismo cuando estamos en la cama —reí a tope.

—Qué explícita, niña, ¿es que ya no recuerdas que estoy a dieta de hombres? En cuanto tenga la oportunidad de saltármela, voy a devorar a uno. Es que me lo pienso comer enterito, vaya…

—¡Pues brindemos entonces por eso! —le propuse levantando mi copa.

Comenzaba a vivir un momento en el que disfrutaba de las mieles de la soltería, pero con el aliciente de tener a Iván en mi vida, el cual me envió varias fotos desde la fiesta haciendo el cafre con sus primos y amigos.

—¿No es tierno? Si es que a veces me sale hasta el instinto maternal con él, yo me parto —le decía.

—Sí, y a él le encanta que le des la teta, ¿no te jode? Yo qué sé, niña. A veces te entiendo y a veces no…

—Ya, que igual me termina doliendo la cabeza con él, ¿no? Pues no te quito la razón, solo que, para entonces, ¡que nos quiten lo bailado!

—Eso digo yo, ¡que vamos a bailar! —me animó a salir a la pista donde lo dimos todo y donde quisieron hasta ligar con nosotras. Menuda juerguecilla que nos corrimos también y cuánto tiempo hacía que no vivía yo así de libre y de contenta.

Capítulo 38



Al día siguiente por la tarde, aún un poco resacosa, me fui a esa zambomba con Iván.

Fui yo quien llegué hasta la puerta de su casa, evitando que me recogiese en la mía, y de allí nos marchamos en moto.

Cierto que el ambiente en aquel local era festivo total. Las zambombas son alegres hasta decir basta y la gente bebía y cantaba, coreando esos villancicos flamencos que resultaron tan pegadizos que hasta yo terminé por cantar sus letras.

—Y te lo querías perder, ¿te traigo a sitios chulos o no te traigo a sitios chulos? —me preguntaba él mientras que un chico le invitaba a tocar el cajón y se ponía con toda la gracia del mundo a ello.

Los flamencos le daban su aprobación con la cabeza y él más se animaba. La juerga la llevaba en la sangre, era evidente, y yo me contagiaba de esa alegría que terminaba por hacerme olvidar mis problemas.

“La Virgen lavaba
San José tendía…”

Alegre como unas castañuelas, que era de los pocos instrumentos que allí faltaban, yo coreaba esas letras y pensaba que nunca me había imbuido así del ambiente de una fiesta como aquella.

—Ahora tú, Noa —me dijo él levantándose del cajón para invitarme a que lo tocase yo.

—Ni en broma, que se me da fatal… Va a pasar como cuando canta Isaac, que caerán chuzos de punta —traté de esquivar su invitación.

—Pues todos te lo agradecerán, con la sequía que hay…

Yo, que hasta ese momento observé la escena como lo hizo en su momento la reina Letizia cuando el rey Felipe tocó el cajón en Cádiz, tuve que sentarme y hasta acabé defendiéndome, para mi total sorpresa. Eso sí, él me miraba y me ruborizaba, desviando la mirada, ¿lo estaba haciendo? Ninguno de los míos lo hubiese creído, porque yo tenía un sentido del ridículo bestial… Pero sí, resultó que lo estaba haciendo y que lo disfrutaba muchísimo, mientras Iván tomó unos cascabeles y me seguía el rollo que daba gusto.

Para colmo, cuando me fui a levantar, uno de los flamencos estaba a tope, dándole ahí con la pierna en alto, bailando un villancico que cantaban por alegrías, y me cogió de pareja. Yo no sabía dónde meterme, pero me vi envuelta en la espiral de las palmas y con la gente jaleándome, y hasta terminé por tratar de imitar un par de pasos que el chico me aplaudió, mientras que Iván llegó hasta mí y me plantó un besazo en los labios.

—¡Ole las parejas bonitas! —escuché decir con ironía en ese momento y me quedé fría, pues al mirar me encontré con Mabel, la amiga de Paula, que iba con su novio Tony, al que tenía ganas de cornear, según le oí el día que hice de espía de aquellas tres arpías.

—Vámonos, por favor —le pedí de lo más incómoda a Iván.

—Oye, no te pongas mal, que lo estamos pasando de muerte, ¿es o no es? ¿Qué más da lo que diga esa tipa? Tarde o temprano todos se van a enterar en comisaría, preciosa —me plantó otro beso.

No era solo eso, no era que me convirtiese en la comidilla de todos, sino que también lo nuestro llegaría a Alexandre de esa forma. Y me jodió mucho, tanto que la fiesta se me aguó. Eso no se lo podía comentar a Iván, pues para él que mi ex ya estaba al tanto. Aquel encuentro me jorobó tanto que terminé por decirle que me dejase en casa.

—Noa, ya es hora de que apechugues con tus decisiones, ¿vale? Tú no te das cuenta, pero cuando actúas de ese modo siento como que te avergonzases de mí, ¿de verdad me sigues viendo como a un niño? —me preguntó.

Mi cabeza iba y venía. Yo estaba hecha un verdadero lío, pues en muchos momentos solo tenía ganas de tirar hacia delante con él y en otros lo que deseaba tirar era la toalla, pensando que todo se trataba de una verdadera locura.

A Mabel le faltaría el tiempo para contárselo a Paula y esta le iría con el cuento de inmediato a Alexandre. Lo normal sería que yo misma le hubiera contado la parte de la verdad que aún no conocía esa noche, pero cuando subí me lo encontré muy abatido, con una copa en la mano.

Mi ex nunca había bebido a esas horas, puesto que debían ser en torno a las nueve, muy temprano.

—Está regular, mi madre está regular —me contestó cuando insistí en saber qué le pasaba.

—Lo siento, pensé que iba mejor en los últimos días —me excusé, aunque tampoco estaba demasiado al loro de su evolución.

—Es lo que parece, porque ella es muy animosa y tal, pero desde esta mañana presenta un cuadro de fiebre que va a más.

—Lo siento, de veras que lo siento mucho —se lo dije de corazón porque, en el fondo, le estaba pidiendo perdón un poco por todo.

—No pasa nada, ¿dónde has estado? Perdona, sé que no debería preguntarte nada sobre tu vida privada, que te molesta mucho, pero es que no me acostumbro…

—Ok, he estado en una zambomba flamenca. Me voy a dar una ducha, ¿vale?

Me metí y, bajo el intenso y calentito chorro de agua, pensé que igual él montaba en cólera cuando lo supiera por terceros, que entonces estallaría la guerra y que los reproches de ambos se escucharían en todo el bloque, puesto que yo tampoco me quedaría callada. No obstante, quería demorar todo lo posible ese momento porque estaba muy abatido, tanto que me asustaba, nunca le vi así.

Me fui a la cama muy pronto y desde allí asistí al bombardeo de mensajes por parte de Iván, quien hizo lo posible y lo imposible por sacar mi risa. Siempre lo terminaba logrando y yo pensaba que todo habría valido la pena si al final era capaz de reírme como lo hacía con él. Cuando por fin me notó mejor, la conversación se puso más calentita y consiguió que acabara gimiendo bajo mis sábanas tocándome para él. Aquel niñato me tenía en el bote, y si decía lo

contrario solo me estaría engañando a mí misma.

Capítulo 39



El domingo estuve regular todo el día. Sentía el estómago revuelto, dolor de cabeza y malestar general. Suerte que no era gripe porque me faltaban tan solo unos días para volar a casa de mi padre para pasar las Navidades.

No, realmente lo que me pasaba es que esperaba con angustia ese tsunami que me vendría encima cuando Paula se fuera de la lengua con Alexandre y todo me estallase en la cara: él me acusaría a mí, yo le acusaría a él y al final acabaríamos como el rosario de la aurora, cuando quizás, siendo del todo sincera, yo podría haber evitado el conflicto.

Estuve tentada de hablar con él cuando entró en mi dormitorio, que antes había sido el nuestro, y me dijo que me prepararía un caldito. Ya era mediodía y yo no tenía aspecto de que fuese a levantarme.

—Alexandre, espera —le pedí mientras él se daba la vuelta desde el quicio de la puerta.

—Dime, ¿es que acaso no te apetece?

—No, no es eso —hice una pausa—. Está bien, te lo agradezco mucho —le terminé por decir, ya que tuve el arranque de contarle y finalmente no lo hice.

—No me tienes que agradecer nada. Al menos estamos siendo correctos el uno con el otro, ¿no? Hay ciertas cosas que no caben entre dos personas que se han querido como nosotros —me recordó.

—Claro —le dije con el remordimiento de conciencia de quien no ha hecho las cosas bien.

He de decir que pronto se me pasó, también eso es cierto porque le llamaron por teléfono cuando estaba en la cocina y a él se le debió acelerar hasta la sangre en las venas, puesto que salió disparado para la calle en cuanto me puso el caldito en la mesilla de noche.

—¿Te vas? —le pregunté con un hilo de voz porque presentía que era Paula y que la siguiente vez que nos viéramos ya seríamos como enemigos.

Puede parecer raro, pero era como si todo aquello que permanecía oculto le daba a nuestra relación una apariencia apacible que terminaría por estallar cuando ambos, y no solo yo, conociéramos toda la verdad, cuando también él tomase conciencia de que lo habíamos hecho fatal desde que llegamos a Sevilla y de que un buen día dejamos de respetarnos, convirtiéndonos en otras personas.

Iván me había escrito varias veces durante la mañana y me limité a contestarle que necesitaba mi tiempo, que por favor no tratase de invadir mi espacio personal, puesto que eso solo podría ir en su contra. Él trataba de ser paciente, pero le costaba mucho. Insistía en dar pasos que para mí eran de gigante, sentía como si nada de lo que yo hiciese le pareciera suficiente.

Me quedé sola y me sentí mal y desamparada. Al fin y al cabo, no sabía cómo me iría en la vida con Iván, pero sí contaba con la certeza

de que a Alexandre le había perdido para siempre y de la peor manera posible.

Las horas comenzaron a pasar y me fui angustiando al ver que no volvía porque lo peor que puede pasarte en una situación así, en la que esperas que un tornado emocional asole tu hogar y se lleve hasta las cenizas de lo que un día fueron llamas, es que las horas pasen y te repitas una y otra vez lo que piensas decirle a esa persona, en alto.

Desesperada, agarré el teléfono y llamé a Ximena, una de mis mejores amigas en Pontevedra, y quien mejor me podía entender, porque ella había pasado por una situación similar años atrás y yo le eché un buen cable.

—Me dejas loca, cariño, después de lo que sucedió hace unos meses… Te juro que yo creí que lo vuestro era indestructible, te vi llorar lágrimas de sangre por Alexandre, ¿tú estás segura de que lo de ese chico no es un calentón? Mira que a veces ocurre y luego miras hacia atrás y…

—Ximena, no lo es. Todo se fue muriendo entre ambos cuando llegamos aquí…

—Chica ni que Sevilla fuera radiactiva como Chernóbil, lo dices de una manera…

—No digas bobadas, tú me has entendido…

—Yo te he entendido más o menos, ahora lo que también me gustaría es que te entendieras tú. Realmente, los dos os habéis lucido, pero él te echará en cara que no le fueras sincera cuando te preguntó directamente. Yo tampoco lo fui con Guzmán, ¿eh? Hay que echarle mucho arrojo al asunto, no te sientas culpable. Mira, lo mejor es que

aguantes el chaparrón, le digas que él no está libre de culpa y que se marche, cielo. Yo no quiero verte sufrir. Y si lo necesitas, me cuelo por allí con el arma y…

—Quita, quita, que te veo yo muy guerrillera, ¿tú vuelves a estar enamorada? —le pregunté a la que también fue mi compañera en comisaría durante un tiempo.

—No, pero ahora estoy bien. Noa, el truco está en que da igual si te encuentras sola o acompañada, lo importante es que te encuentres bien. Y tú vas a estar de maravilla, te lo prometo.

Lloré cuando colgué el teléfono. Alexandre debía tener el coco bien comido por Paula, puesto que yo le conocía y de no ser así me habría enviado un mensajito o algo para ver cómo estaba.

La noche se echó encima sin tener ninguna noticia de él y entonces sentí un vacío dentro de mí, ¿qué esperaba? Iván me hablaba a cada momento sin entender la magnitud de lo que me estaba ocurriendo. Yo solo podía suspirar y cruzar los dedos porque, conforme más se acercaba el momento de perder para siempre a Alexandre, más dudas me estaban asaltando. Ximena me explicó que eso entraba dentro de la normalidad, que a última hora te planteas si lo que has hecho ha sido o no un suicidio emocional. Y no, yo no debía hacerles caso a mis miedos porque me estaban traicionando y hacían que me volviese a cuestionar cosas que ya tenía claras.

Capítulo 40



No escuché abrirse la puerta hasta casi el amanecer. Debían ser como las seis y media de la mañana cuando Alexandre entró como elefante por cacharrería.

Él, que siempre había sido tan cuidadoso con todo, me dio a entender con su mirada que ese día no iba a serlo con nada ni tampoco el resto de los días cuando se tratase de algo referente a mí.

Nunca le había visto una mirada similar. Prometo que observé escarcha en ella. Se trataba de una mirada glaciar y yo… Yo me hice pequeñita en ese momento. Nunca lo habría sospechado, pero me vi desbordada por los acontecimientos y me costó la vida encarar esa helada mirada suya cuando así me lo pidió.

—Mírame, Noa, mírame y dime que no es verdad—me pidió cogiéndome de la mandíbula. No puedo decir que me hiciese daño, simplemente me cogió por ella para que no tuviese la oportunidad de mirar para otro lado.

—Lo siento, Alexandre, lo siento. Te lo pensaba decir, pero al fin y al cabo ha sido lo mismo. Yo ya te he dejado, no era necesario entrar en la razón por la que lo hacía. Supongo que habría sido más lícito contarte que estaba con él, que estaba con Iván, pero eso no habría cambiado las cosas—argumenté creyéndome en posesión de la verdad

absoluta.

—¿De veras que no las hubiera cambiado? Pues yo creo que sí, Noa, y mucho… Siempre te traté bien, siempre miré más por ti que por mí, y lo único que te pedí, lo único que te pedí en ese tiempo fue que me dijeses la verdad—me comentó con amargura, soltándome por fin.

—No seas hipócrita, te lo pido por favor, tú tampoco has sido ningún santo. Es más, yo no di el gran paso hasta que tú te liaste con Paula—me decidí a poner todas las cartas encima de la mesa, como es lógico.

—¿Yo liarme con Paula? ¿De qué demonios me estás hablando?

—No te hagas el tonto, te lo ruego porque tampoco lo merezco. Lo sé todo desde hace tiempo. Tuve dudas con lo de Iván, remordimientos de conciencia como catedrales de grandes, pero enseguida vi que los dos jugábamos a lo mismo, así que ahora te pido que no vengas a echarme toda la mierda encima a mí porque tú también estás de ella hasta el pescuezo.

—¿De qué me hablas, Noa? ¿De qué me estás hablando? —me preguntó con los ojos fuera de las órbitas.

—Te hablo de que también estás liado con ella, pero que bien liado, así que dejemos ambos el cinismo al lado, aunque solo sea por el amor que nos tuvimos durante varios años.

—¡Tú estás loca de remate! —me acusó.

—Ya, o sea, que lo vas a negar—entendí con amargura.

—Pues claro que lo voy a negar, porque es totalmente incierto.

—Mierda y mierda, si ya lo sabía… Al final vas a resultar un cobarde, Alexandre, porque al menos yo te lo estoy reconociendo todo, pero tú quieres salir por esa puerta como si fueras un santo y no lo eres. Te la estás tirando, ¿acaso crees que no me enteré de que fue con ella con quien pasaste aquel fin de semana? —le espeté porque había llegado la hora.

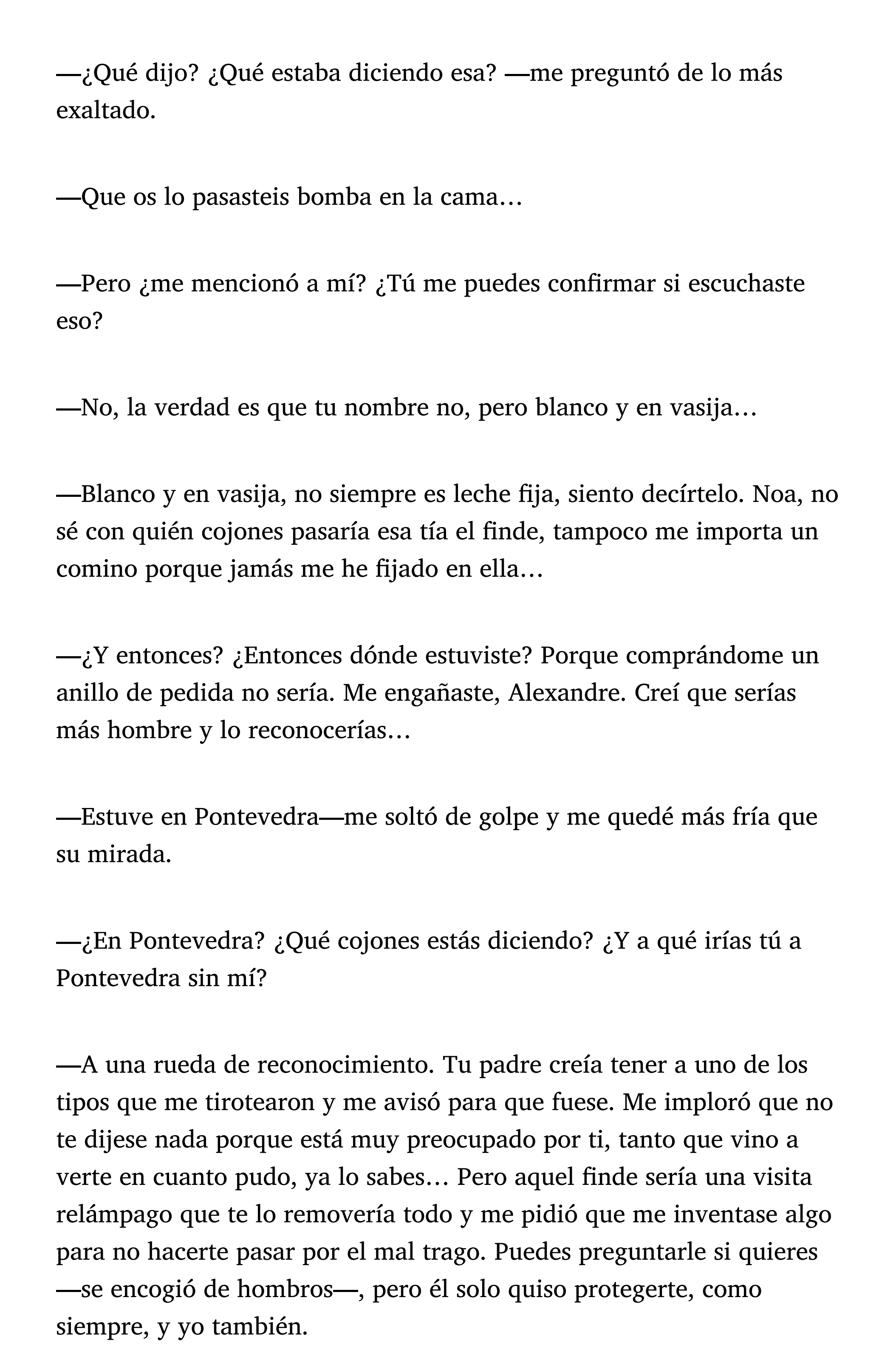
—¿De qué fin de semana me hablas? Noa, ¿es que estás dispuesta a volverme loco? Maldita sea, ¡yo no he pasado ningún fin de semana con Paula!

—¿No? ¿Y el que fuiste supuestamente a Chipiona? Hay que ver lo buen hijo que eres, que te largaste para echar a un inquilino que ya no estaba en el piso de tus padres, ¡que salió la conversación! ¿Sabes la cara de idiota que se me quedó cuando tu madre me dijo que el piso ya estaba vacío y que tu padre se lo quería dejar una temporadita a tu prima Celia? Sí, sí, no me mires así porque lo sé desde entonces. Qué poco te pareces a él—la acusé—, tu padre es tan buen hombre que quería hacer eso hasta que la muchacha levantase la cabeza por lo de su embarazo.

Se quedó blanco como la cera. No esperaba que yo contase con tanta información y era normal, ¿cómo iba a hacerlo? La Noa de siempre hubiera saltado como un gato de haber sabido algo así, solo que si callé fue porque yo también se la estaba pegando.

—¿Y dices que estuve con Paula? Noa, lo único cierto en todo lo que has dicho es que no te conté la verdad, es cierto que no estuve en Chipiona.

—Ya, porque no saliste en todo el finde de la cama de Paula, escuché cómo esa arpía se lo contaba a sus amigas al llegar a la comisaría el lunes, lo escuché con mis propios oídos.



—¿Qué dijo? ¿Qué estaba diciendo esa? —me preguntó de lo más exaltado.

—Que os lo pasasteis bomba en la cama…

—Pero ¿me mencionó a mí? ¿Tú me puedes confirmar si escuchaste eso?

—No, la verdad es que tu nombre no, pero blanco y en vasija…

—Blanco y en vasija, no siempre es leche fija, siento decírtelo. Noa, no sé con quién cojones pasaría esa tía el finde, tampoco me importa un comino porque jamás me he fijado en ella…

—¿Y entonces? ¿Entonces dónde estuviste? Porque comprándome un anillo de pedida no sería. Me engañaste, Alexandre. Creí que serías más hombre y lo reconocerías…

—Estuve en Pontevedra—me soltó de golpe y me quedé más fría que su mirada.

—¿En Pontevedra? ¿Qué cojones estás diciendo? ¿Y a qué irías tú a Pontevedra sin mí?

—A una rueda de reconocimiento. Tu padre creía tener a uno de los tipos que me tirotearon y me avisó para que fuese. Me imploró que no te dijese nada porque está muy preocupado por ti, tanto que vino a verte en cuanto pudo, ya lo sabes… Pero aquel finde sería una visita relámpago que te lo removería todo y me pidió que me inventase algo para no hacerte pasar por el mal trago. Puedes preguntarle si quieres —se encogió de hombros—, pero él solo quiso protegerte, como siempre, y yo también.

—Mierda, mierda, mierda—caí a plomo sobre la cama, sintiéndome peor que fatal—. Lo siento, Alexandre, he pensado que me estabas siendo infiel durante todo este tiempo…

—Y no ha sido así, Noa, no lo ha sido. Si de algo he pecado ha sido de no quererte hacer daño. Yo tampoco estoy bien desde el tiroteo, ¿sabes? Pero tengo muy claro que jamás lo pagaría contigo ni con nadie. Me has fallado, Noa, me has fallado. Recojo mis cosas y me voy…

Me sentí la peor persona del globo, me sentí como una mentirosa y como una traicionera mientras él recogía su ropa, todas sus prendas, una por una…

—No tienes que hacerlo ahora, puedes esperar a contar con un sitio al que ir—le comenté, sintiéndome como un gusano.

—Yo ya tengo un sitio al que ir, Noa.

—Ya, siempre puedes volver a casa de tus padres, pero Ana no está bien y se llevará un grandísimo disgusto si se entera de que nos hemos separado, tú mismo lo dijiste—le recordé.

—No es a casa de mis padres donde me voy, Noa. Amanda me quiere y me ha ofrecido que viva con ella—me soltó a bocajarro y me quedé al borde del desmayo.

—¿Amanda? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto? —le pregunté quedándome a cuadros.

—Ella es quien me lo ha contado todo. Se lo estuvo pensando, pero, después de vuestra conversación de la otra noche, entendió que lo

estabas haciendo como el culo conmigo y no lo pudo soportar. Es lo que sucede cuando amas a alguien, ¡sabes? Que no aguantas que le hagan daño.

Yo me quedé sin habla y él no tuvo nada más que añadir. No había sido Paula quien se fue de la lengua por mucho que era evidente que ya debía saberlo por boca de Mabel. Me había equivocado en todo, no di ni una en el clavo.

Amanda, la que yo consideraba mi única amiga en Sevilla, me había asestado una puñalada trapera. Fue ella quien se lo contó todo a Alexandre, dejándome con el culo al aire delante de mi ex.

Ni siquiera se despidió de mí. El fuerte portazo que dio al salir hizo que retumbaran hasta los cuadros de las paredes. Me quedé allí, sin apenas poder moverme y con una mezcla de sensaciones indescriptible.

Lo peor de todo era que tenía que ir a trabajar, que el deber me llamaba y que, aunque podría escudarme en que no me encontraba bien esa mañana, sería absurdo porque más tarde o más temprano tendría que enfrentarme a la nueva situación, por lo que tomé una ducha y salí zumbando para la comisaría.

Capítulo 41



No me lo podía creer… No de Amanda, esa chica que decía ser mi amiga, que me había sonsacado toda la información posible y que luego la había utilizado en su favor.

Pasé a su lado y la miré fijamente. Lejos de sentirse mal o mostrar alguna prueba de arrepentimiento me mantuvo la mirada, la suya tan triunfante como socarrona.

Me dio asco, me lo dio porque podría haberme sido sincera y no que me soltó que ella nunca le haría algo así a una amiga, que no le hincaría el diente a su novio o a su ex… Y tanto que lo había hecho, pero encima con malas artes. Lo mío tenía delito, pero esa tipa no se quedaba atrás.

No vi que la comisaria venía detrás de mí, pisándome los talones, hasta que intervino.

—¿Os pasa algo a vosotras dos? —preguntó ante la evidencia, pues la tensión entre ambas podía cortarse con un cuchillo.

—Absolutamente nada, comisaria—le contesté mientras ella asentía igualmente con la cabeza.

—Eso espero, porque no pienso consentir malos rollos entre mi gente, ¿me habéis oído?

Entré en mi despacho y noté que hasta me dolía la mandíbula de lo mucho que estaba apretando los dientes. Iván me miró sin saber muy bien de qué iba la cosa.

—Noa, ¿qué te pasa? Estás muy rara, parece que pases de mí. Me veo llamándote jefa otra vez a este paso—me sonrió zalamero.

—Alexandre se ha ido de casa, ya se ha ido—le confesé.

—¿Se ha ido de una vez? ¿Y por eso me traes esa cara de funeral? —me preguntó sin contemplaciones.

—No, no es por eso. Se ha ido con Amanda y…

—¿Con Amanda? Será con Paula, ¿no?

—No, no, con Amanda. Y no me mires con esa cara, que yo también estoy alucinada.

—Joder con la mosquita muerta, que se te pegó como una lapa desde el primer día, ¿de qué va esa tía? Entiendo tu disgusto, bonita, pero cámbiame esa cara…

—Hay algo más, Iván—me decidí a contarle porque ya estaba bien de mentiras. Si quería mirar hacia delante sin sentirme mal, debía abrirme en canal también con él.

—No me digas que vas a pedir traslado, por lo que más quieras, guapísima, que yo te necesito a mi lado. Ya me he acostumbrado a

coger curvas contigo y…

—Tranquilo, que no es eso, es que no fui totalmente sincera con él y por eso está cabreado, más que un mico.

—¿En qué no le fuiste sincera? Tú le dejaste clarinete que lo vuestro ya estaba finiquitado porque estabas conmigo, ¿no?

—Digamos que esa última parte la omití, porque tampoco es que lo nuestro fuera algo formal, ¿sabes?

—No, no lo sabía, pero ahora ya lo sé. Vamos, que me consideras poco más que un jueguecito sexual y que no tuviste el valor de dar la cara por mí delante de él, ¿no? Porque claro, él sí que representado algo para ti, él nunca ha sido una diversión—me dijo con dolor antes de levantarse y dar un portazo.

A partir de ese momento, la semana se me complicó muchísimo. Patrullar con Iván se convirtió en una especie de martirio, porque no me dirigía la palabra, lo mismo que Alexandre, mientras que con Amanda la guerra estaba servida. Si algo no podía perdonarle a ella era que me hubiese traicionado vilmente, buscando su conveniencia.

Menos mal que solo me quedaban unos días para volar a Pontevedra, lo que haría el sábado por la mañana. El domingo era Nochebuena y yo me sentaría a la mesa con los míos, lejos del diluvio emocional que me estaba cayendo encima en Sevilla. Lo cierto es que no podía más y moría por desconectar.

El viernes por la noche estaba en casa, suspirando mientras veía una peli en la tele, con todo el equipaje preparado para largarme el día siguiente a casa de mi padre, cuando llamaron al timbre.

No esperaba ninguna visita, por lo que supuse que se trataría de algún vecino que necesitase algo, cuando tras la mirilla vi a Iván.

El corazón me dio un vuelco, puesto que bastó con que lo perdiese en aquellos días para entender que no era ningún capricho para mí, que me había enamorado hasta las trancas de él, que echaba de menos cada una de sus pamplinas, cada una de sus contestaciones, cada una de las vivencias que compartimos.

Con el casco en la mano, bastó con que le sonriese para que me diese un beso en los labios.

—No voy a pedirte que me dejes entrar porque ya lo he hecho. Caray, cómo vivís los ricos—observó al echarle un vistazo al ático.

—¿Has venido hasta aquí para llamarme rica y pija o para algo más? Porque si te digo la verdad, ese beso que me has dado me ha encantado—le confesé mientras me llevaba los dedos hacia los labios como tratando de retener su sabor.

—No, eso ya lo sabes. En realidad, he venido para decirte que no podía dejar que te fueses mañana con los tuyos sin decirte que te quiero Noa.

—¿Has dicho que me quieres? —le pregunté con ojos chispeantes.

—Eso es lo que he dicho, pero que, si no lo has escuchado bien, te lo repito, ¡te quiero, Noa! —chilló en medio del salón causando mi risa.

—Estás loco, pero que muy loco…

—Y ahora la culpa será mía y no tuya, que me has hecho enloquecer—

me dijo acercándome a él mientras me tomaba por la cintura.

—Entonces, ¿ya no estás enfadado conmigo, niñato? —le pregunté entre bromas.

—Ya menos, pero si me vuelves a llamar así, la cara me llegará hasta los pies y no te haré eso que tanto…—murmuró tales cosas en mi oído que la carne se me puso de gallina. Y hablando de eso, antes de lo que canta un gallo, ya estuvimos en la cama.

Verle sobre mí, con toda su virilidad al alza, indagando en mi sexo con su lengua, me hizo recordar lo que sentía cuando entrelazaba mi cuerpo con el suyo.

Hay veces que no vemos las cosas claras hasta que no las perdemos y, en los pocos días en los que no quiso ni dirigirme una mirada, le llegué a echar tanto y tanto de menos que aquel fue el mejor regalo de Navidades que pude recibir por adelantado en la vida. Cuánto lo disfruté.

Una vez terminamos, después de amarnos durante horas, vi el brillo en sus ojos y detecté sus ganas de preguntarme algo.

—Dispara ya, pistolero, que lo estás deseando—le pedí.

—¿Otra vez? Pero si he disparado tres veces seguidas. Dame un Red Bull o algo, ¿no? —rio.

—Me has entendido muy bien, ¿qué es lo que has venido a proponerme?

—Chica lista, normal que te hicieran inspectora.

—Claro que sí, solo por eso y no porque empollé una barbaridad para conseguirlo…

—Eso también es verdad, jefa—me sonrió de nuevo, pícaro. Estaba muy emocionado y a la vez nervioso. Y no era para menos porque lo que venía a decirme tenía su trascendencia.

—Venga, lárgalo ya, que lo estás deseando…

—Noa, necesito que me tomes en serio o al final me tendrán que poner la camisa de fuerza. Sabes que soy un tipo muy impulsivo, que a veces no piensa demasiado las cosas, pero de esta estoy más seguro que de ninguna otra.

—¿De cuál exactamente? —arqueé una ceja.

—De que quiero ser tu pareja y que, por tanto, tú seas la mía—me espetó sin pestañear.

—Ya, porque lo segundo es la consecuencia lógica de lo primero, ¿no? —le pregunté risueña e ilusionada.

—Sí, eso va a ser, ¿y tú qué me dices?

—¿Qué te digo de qué? —le vacilé un poquito.

—Venga ya, no te hagas la dura porque también lo estás deseando y lo sabes.

—Yo creo que tú eres demasiado chulillo, ¿puede ser?

—Pues puede ser, pero no menos que tú…

—Está bien, está bien, me lo pensaré—me hice la interesante.

—No, no, de eso nada… Me lo tienes que decir aquí y ahora, que eres muy resbaladiza tú…

—¿Resbaladiza? ¿Ese es el mejor adjetivo que se te ocurre para definirme? —me contoneé delante de él.

—No, es el de sexy, rabiosamente sexy, pero también resbaladiza. Contéstame ya, venga.

—¿Me estás dando un ultimátum o me lo parece a mí?

—Puede que sí, puede que sea un ultimátum… Pero uno al que estás deseando contestar de modo afirmativo—me dijo mientras envolvía mis labios con los suyos.

No podía sentirme mejor, no cuando nuevamente tenía en mi cama aquello que deseaba y que me vino por adelantado en unas Navidades que, entonces sí, contaba con los ingredientes necesarios para volver a ilusionarme.

Por la mañana vino a despedirme al aeropuerto. Incluso le dejé mi coche para que se lo llevase y lo metiese de nuevo en el garaje de mi casa. Había confianza total porque Iván ya se había convertido en mi pareja, en una pareja que me llenaba por completo y por quien ya, a pesar de todo, tenía ganas de volver a Sevilla.

Capítulo 42



Bruno y Duarte daban saltos de alegría en el aeropuerto. Era flipante que pudieran parecerse como dos gotas de agua.

—¡Mis niños! —chillé mientras iba en dirección hacia ellos.

—¡Hermana! ¡Mañana es Nochebuena! ¡Ya viene Papá Noel! —me recordaron emocionados.

Eso sí que no se me había olvidado. Por nada del mundo se me podría olvidar y yo, como había estado bastante liadilla, le encargué a su madre que les tuviera preparados los regalos en mi nombre.

Iria y mi padre derrochaban felicidad al verme llegar. Ya estaban al tanto de lo mío con Alexandre, aunque tenía mucho que contarles.

La vida me había dado un giro de 180 grados desde que me marché a Sevilla. Muchos cambios en muy poco tiempo, y eso lo tenía que asimilar poco a poco.

Llegamos a casa, soltamos las maletas y nos fuimos a dar una vuelta por los alrededores del precioso barrio residencial en el que vivían.

—Esta tarde te llevaremos a ver las luces de Navidad, Noa—me

anunció Duarte.

—Sí, y a patinar. La pista de hielo está más bonita este año que ningún otro—añadió Bruno.

—Es que lo ven todo más bonito desde que su hermana ha vuelto. Te echan mucho de menos, Noa, muchísimo. Todos te echamos—me comentó Iria, quien era mi amiga, una amiga que cuidaba como nadie de mi padre y a quien yo adoraba por ello.

—Y yo a vosotros, y yo a vosotros. No sabéis cuánto…

—Está bien, está bien, aunque reconoce que te tratan genial en Sevilla, y yo estoy mucho más tranquilo, hija—me recordaba mi padre mientras los niños se levantaron para ir a jugar a un parque cercano.

—Sí, casi todo ha sido positivo—les confesé—, por mucho que me cueste estar lejos de vosotros y de todo esto, de mi tierra.

—¿Y cómo llevas lo de Alexandre? —me preguntó Iria cogiéndome la mano.

—Bueno, todo ha sido muy rápido. Sé que estaréis asombrados y no es para menos. Las cosas se pusieron feas entre nosotros, han pasado muchas de todos los estilos. Total, si os vais a enterar, que sea por mí: Alexandre está con una chica y enfadado conmigo porque le fui infiel con Iván, mi compañero… Papá, antes de que pongas el grito en el cielo te diré que pensé que él también me puso los tarros. Un lío total, porque luego resultó que no fue así y todo resultó un tanto doloroso. En cualquier caso, trataremos de llevarlo de la forma más civilizada posible.

No quise contarle que todo el lío vino por el fin de semana en el que

Alexandre viajó hasta allí por lo de la rueda de reconocimiento. Mi padre le pidió silencio y no se perdonaría que todo estallase por los aires por culpa de un malentendido que él mismo propició, tratando de protegerme como siempre.

—Hija, yo no pienso poner el grito en el cielo. Ya me percaté de que algo sucedía entre ese chico y tú cuando os vi juntos en comisaría…

—Papá, qué peligro tienes. Anda que cualquiera te esconde algo—reí porque siempre me dejaba patidifusa con esas cosas.

—Por eso te dije que buscases tu felicidad, Noa. Vi que en Sevilla no solo habías estrenado trabajo, sino nueva vida. Tus ojos me decían que deseabas ampliar horizontes, y yo jamás te habría cortado las alas, no cuando sé que puedes ser mucho más feliz al desplegarlas.

Me alegró mucho que lo entendieran porque para mí resultaba fundamental contar con el apoyo de mi familia en las decisiones que tomaba. Sé que soy mayorcita y que no es necesario, pero me hacía feliz, eso era más que evidente.

Además, que yo valoraba que se trató de ejercicio de generosidad por su parte en el sentido de que mi padre siempre quiso mucho a Alexandre y, aun así, no censuró mi decisión en lo más mínimo.

Almorzamos en familia, ya en casa, donde me habían preparado el pulpo que tanto me apasionaba. Me sentía querida allí, con ellos, y aunque volé por muy poquitos días, ya que volvería en la tarde del 25, nada me hacía más feliz que pasar esas fechas tan entrañables y familiares con los míos.

Por la tarde, tal como le prometí a los críos, nos fuimos a patinar a la pista y allí nos reímos como hacía mucho que no ocurría, todos

juntos… Mi padre parecía mucho más relajado desde que yo no vivía allí y me sabía fuera de peligro.

—¡Cielos! ¡Creo que me he partido el coxis! —exclamó tras dar una monumental culada, provocando que todos estallásemos en carcajadas.

—Que no, Iago, que tú estás como un chaval, ¡arriba! —exclamó Iria mientras los gemelos tiraban de él, cada uno por un brazo, y yo me desternillaba.

—Daría unas cuantas más con tal de escucharte reír así, cariño. Hacía mucho que no escuchaba esa risa tuya—me confesó mientras me besaba cuando por fin se puso de pie.

—Te quiero mucho, papá, te quiero tanto…

—Yo sí que te quiero a ti, cariño mío, yo sí que te quiero—me decía.

—¡Qué dulce todo! —se reían los niños, que eran dos alborotadores natos y a los que les encantaba reírse de los demás.

—Dejadlos, trastos, que sois unos trastos… Voy a hacerles una foto a ambos, que están para comérselos—les decía su madre.

—Sí, rebozados en miel—se mofaban ellos. Cuánto extrañaba pasar esos ratos con mi familia en los que todo eran risas y felicidad.

Por la noche, ya en la cama, llamé por teléfono a Iván, con quien me mensajeé durante el día.

—Hola, niñato, que sepas que tu suegro que ya está al tanto de lo

nuestro.

—Joder, eso se avisa, amor, que me ha salido la cerveza por las orejas —me dijo tosiendo.

—Pues te aguantas, ¿no querías pareja? Es lo que tiene…

—Ya, es que me va la marcha, ¿y qué? ¿El comisario mandará a sus mejores hombres para disuadirme? Tú avísame, ¿eh? Que yo no les voy a hacer frente, pero correr, corro una *jartá*.

—¿Sí? Pues correr es de cobardes, y a mí no me gustan los cobardes.

—O de listos, según la situación. Guapísima, yo lo que quiero que corran son las horas para tenerte otra vez a mi vera…

—Qué mono. Bueno, ahora déjame disfrutar unos días de los míos. Y tú no te portes mal, ¿eh? O me temerás mucho más a mí que a los hombres de mi padre.

—Hecho, te temo portándome bien, cuanto y más…

—Menos lobos, Caperucita, no creo que tú me temas tanto…

—En realidad, te deseo bastante más—me confesó.

—No empieces, te lo pido por favor, que al final terminan hirviéndome hasta las sábanas.

—Las mías ya hierven, solo por escuchar tu voz.

Capítulo 43



El día 24 lo pasé genial. Tras una mañana dando una vuelta con los míos por el centro, quedé para tapear con Ximena antes de volver a casa por la tarde para ayudar con todos los preparativos de la cena.

—Al final estoy con Iván, le conté mientras chocamos nuestras birras.

—¿No me digas? Y yo que no lo había sospechado—se burló.

—¿Sí?

—Pues claro, si te brillan los ojos más que las luces de Navidad, niña… Estás que te sales, cuánto me alegra verte así, me has tenido preocupada.

—Es que estaba hecha un lío, pero por fin se ha aclarado todo—le conté.

Alucinó con el cambio de parejas que hicimos y, sobre todo, con la actitud de Amanda.

—Yo es que de una amiga no me esperaría eso en la vida. Caray con la tía… Menudo regalito.

—Sí que lo es, no te imaginas el ambiente en la comisaría, guapa.

—No, no me lo puedo ni imaginar. Y eso es chungo, también te lo digo, porque en un sitió así todos estamos para cubrirle la espalda al resto.

—Ya, bueno, supongo que las aguas volverán a su cauce. Ahora está todo muy revuelto—opiné.

—Sobre todo tu corazoncillo, ¿cómo te sientes?

—Feliz como una perdiz, palabra. He dudado mucho hasta permitirme decir que Iván me gusta de verdad, porque el niñato ese me tiene loquita.

—Me alegro, me alegro mogollón…

—Es que, si no le echo el lazo, me lo hubiera quitado otra. El tío tiene un éxito arrollador.

—Te prometo que no sé cómo te las apañas para quedarte siempre con el más guapo de cada comisaría, ¿tú es que tienes música en el ombligo?

Me cargó las pilas echar un ratito con mi amiga y luego, ya camino de casa, le hice una videollamada a Iván para que me viese y para enseñarle algunas de las calles del centro por las que iba pasando, tan bonitas como estaban con su decoración navideña.

—Yo también estoy ya con mis primos, menuda tarde nos espera…

—Tú ten cuidadito, que me parece que eres muy peligroso cuando

estás con ellos, ¿eh?

—No hace falta que me digas nada, preciosa. Si no paran de reírse de mí porque dicen que hablo mucho de ti, están todos deseando conocerte.

—Anda, tunante, que eres tú muy tunante…

Unas horas después ya estaba sentada a la mesa con mi familia. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba así con ellos, sin parejas de por medio, aunque con la ilusión de que me reencontraría con Iván nada más llegar a Sevilla.

Esa noche era muy especial para Bruno y Duarte, porque en casa repartíamos los regalitos de Papá Noel, tras los postres, por lo que no podían mostrarse más emocionados. Ambos estaban de los nervios, y me contagiaban.

—Es la estampa más bonita del mundo, con mis tres hijos sentados a la mesa—le contaba mi padre a Iria, de quien se confesaba profundamente enamorado, como se desprendía de cada uno de sus gestos.

Mirándolos, yo llegaba a la conclusión de que eso mismo era lo que quería para mi vida, que un hombre me amase como mi padre la amaba a ella… Y puestos a pedirle algo a Papá Noel, yo le pedía que Iván fuese ese hombre y que yo encontrase en él al amor verdadero.

Así se lo conté a Iria cuando me quedé a solas con ella en la cocina.

—Si es que ha de ser así porque tú ya te lo mereces, cariño—me contaba pensando que era así y que yo merecía la misma suerte que ella tenía.

—Lo que pasa es que se trata de un yogurín, Iria, y eso me asusta a veces.

—Pero la diferencia de edad no es un problema. Yo soy mucho más joven que tu padre y nos va de perlas, Noa…

—Ya, lo que pasa es que en mi caso el jovencito es él…

—Mírala, si lo dice como si hubiera una diferencia bárbara, cuando lo cierto es que apenas hay ninguna. Tú déjate de pamplinas y vamos a ver qué tal se ha portado el barbudo ese. Yo no le he visto entrar, ¿y tú?

Se portó divinamente, como era de esperar. De pronto, el árbol lucía repleto de regalos y los niños chillaban y corrían a su alrededor.

No hace falta decir que Papá Noel fue muy, muy generoso con los gemelos y con todos los demás. Ellos se encontraron con todo el salón salpicado de juguetes, una vez que abrieron los grandes paquetes, y yo me encontré con multitud de sorpresas por parte de Iria y de mi padre, las mismas que también tenía preparadas para ambos.

De entre todos mis regalos, sin duda me quedé con un precioso marco de fotos que mi padre me regaló con una muy especial para mí, de la que nunca quiso deshacerse, y que estuvo en su despacho toda la vida. La había vuelto a enmarcar, dándole un toque más moderno. En esa foto aparecíamos él y yo, cuando era peque, dándole la manita mientras él lucía su uniforme de gala. Se la había pedido mil veces y jamás quiso desprenderse de ella, por eso me gustó tanto el detalle.

—Papá, sabes que la pondré en mi despacho, lo sabes, ¿verdad? —le dije dándole un abrazo inmenso.

—Sí, hija, lo sé. Así no te olvidarás de tu padre, ahora que te tengo más lejos…

Comprendí que para él también era un sacrificio, pero que un padre hace cualquiera por el bienestar de sus hijos, y él me sabía más segura en Sevilla, porque el tema de la droga estaba súper movido, por mucho que apenas quisiera hablarlo conmigo en aquellas pocas horas que teníamos para disfrutar juntos.

—Mira que se lo ha pensado, ¿eh? Pero al final te la ha regalado—me decía Iria, quien también me besó.

Sencillamente les adoraba y les echaba mucho de menos. Suerte que en Sevilla me esperaba Iván. A Papá Noel, si podía pedirle algo más, era que protegiese a mi padre. Por desgracia, el comisario Prieto, ese hombre al que tanto admiraba, estaba en el punto de mira de esa gentuza.

Lo que más me jodía del caso era que mi padre ya tenía edad de sobra para ingresar en la reserva activa, lo que equivale a una jubilación por unos años, hasta alcanzar la edad legal para no trabajar nunca más. Pero no, él seguía al pie del cañón, infatigable, plantándole cara a los narcos. Y yo no podía más que rezar por él, porque si algún día le sucedía algo…

Capítulo 44



Tras un copioso y alegre almuerzo de Navidad, me tocaba volver a Sevilla.

Fue un visto y no visto, un viaje relámpago a Pontevedra del que volvía con un inmenso chute de energía.

Me despedí de los míos en el aeropuerto con la promesa de regresar tan pronto como me fuese posible, y también con la suya de que vendrían a visitarme a Sevilla, los cuatro.

Antes de despegar, y de que en consecuencia tuviésemos que apagar los móviles, me distraía viendo las noticias cuando una de ellas me dejó paralizada.

Se hablaba de un joven policía, cuyas iniciales coincidían a la perfección con las de Iván, y que pertenecía a mi comisaría sevillana, que había sido puesto a disposición judicial tras darle una paliza a un senegalés, que permanecía en coma y en estado muy grave.

No, no podía ser, aunque todo casaba… Por lo visto le habían detenido ese mediodía, tras volver a Sevilla (él pasó la Nochebuena en Cádiz con su familia), y apenas se daban más datos al respecto.

Estuve a punto de bajarme del avión y quedarme allí, de lo muy desesperada que me sentí. Necesitaba que mi padre moviera sus hilos y que me dijese que me había equivocado, que nada tenía que ver la realidad con lo que yo pensé y que lo hice de más… Pero ¿cuántas posibilidades reales tenía de que eso fuese así? Pues muy pocas, la verdad… Prácticamente ninguna.

No, no podía dar ningún paso en falso. El detenido debía ser Iván, pero sin duda que se habrían equivocado al acusarle.

El vuelo me resultó atroz, larguísimo, interminable… Yo no paraba de consultar el precioso reloj de esfera rosa que mi padre e Iria me habían regalado, entre otras muchas cosas, deseando que llegase el momento de poner los pies en Sevilla.

Cuando el comandante, por fin, anunció el aterrizaje, a mí solo me faltó hacerle la ola. Bajé las escalerillas del avión a toda prisa, tanto que estuve a punto hasta de tirar a un chaval que iba delante de mí, y que un poco más y se parte los morros.

—¡Un poquito de por favor! ¿No? Y encima maleducada—le escuché decir con toda la razón. Y encima solo me faltó volverme para hacerle una peineta.

Está claro que cuando una no está en sus cabales, no lo está. Y fuera de mí me encontró la comisaria Coca entré en la comisaría como pollo sin cabeza.

No hizo falta que me confirmase nada, pues el hecho de que ella también estuviese allí en la tarde del día de Navidad y me mirase como lo hizo suponía la peor de las confirmaciones.

—Por lo visto, se le fue la mano, y mucho, con ese tío. No sé cómo

ocurrió, ¿tú sabes algo de esto, Noa? El tío es un tal…

—Assane, ya.

Nunca me había visto en una tesitura igual. Ante todo, yo era policía, una policía íntegra, y no podía negar que conocía por referencias al tipo y el mucho odio que Iván le tenía por estar jodiéndole la vida a Farid. Yo no podía saber en qué momento se lo encontró ni la razón, pero sí que le tenía una especial inquina a ese delincuente.

Así se lo hice saber a la comisaria, añadiendo también que no le creía capaz, pese a todo, de haber hecho semejante cosa.

—¿Tú nunca escuchaste que le amenazase ni nada? Dime la verdad, Noa. Somos policías, sé que es tu compañero y, aparte, que tienes una vinculación especial con él, ya lo saben todos—añadió con delicadeza —. Entiendo que esto para ti suponga un mazazo, pero si Iván ha hecho esto, y parece que lo ha hecho, tendrá que pagar por ello.

No solo se refería a ingresar en prisión, que se daba por más que sentado, sino que también resultaría apartado para siempre de la policía.

Mi cabeza daba vueltas y vueltas, y entonces recordé la frase que tanto le afeé cuando la escuché de sus labios, cuando me juró que le tenía tanta inquina a Assane que sería capaz de matarlo con sus propias manos.

Yo ignoraba en qué momento la vida le tendió la trampa y le puso al senegalés en el camino, pero era obvio que algo sucedió en mi ausencia y que aquellas palabras resultaron premonitorias, porque no lo había matado, no al menos de momento, pero la vida de aquel malhechor seguía pendiendo de un hilo. Me eché a llorar tapándome

las manos con la cara. Se me desgarraba el alma al acusarle, al reconocer que yo le escuché decir aquello, pero era una buena policía, y tenía muy claro cuáles eran mis principios.

Capítulo 45



Tenía muy claro que le había hecho un flaco favor a Iván, pero no pude actuar en contra de mis principios, por mucho que eso me rompiera el corazón.

Fueron varias horas con la comisaria en su despacho, relatándole todo lo que sabía al respecto. Ella también me comentó que siempre le vio como alguien bastante impulsivo, pero que eso no es tan extraño en policías jóvenes, que muchas veces es una característica que resalta en ellos y que blablablá.

También me comentó que tenía la obligación, como bien sabía yo, de pasarle toda esa información al juez instructor del caso, y me dio las gracias por mi contribución a que la verdad saliera a flote.

Para haber actuado como debía, me sentí morir… Volví a casa y lo primero que hice fue vomitar como si estuviese poseída, durante largo rato. Por Dios que debí echar hasta la primera papilla, qué mala me puse… Imposible estar peor.

Cuando por fin, arrastrándome, llegué hasta la cama, me encontré con mogollón de llamadas perdidas, casi todas de mi padre, quien ya debía estar enterado de aquella locura. También había un mensaje de Iria diciéndome que estaban más que preocupados por mí. Yo puse el teléfono en silencio mientras hablaba con la comisaria y no volví a

enterarme de nada hasta que vi la pantalla a reventar de llamadas perdidas.

En fin, que, pese a que no podía con mi alma, contesté por mensaje, aunque mi padre me llamó de inmediato.

—Cariño, ¿cómo estás? Ya sé lo que ha ocurrido. Lo lamento de veras…

—Papá, no levanto cabeza, es que no la levanto. Y encima creo haberle perjudicado—le conté durante unos minutos en los que él me escuchó silencioso.

—Cariño, siempre me he sentido muy orgulloso de ti, pero ahora mucho más. Hace falta tener muchas agallas para hacer lo que tú has hecho cuando lo cierto es que estás…

—Enamorada, papá, estoy enamorada. Y ahora él irá a la cárcel—me derrumbé y comencé a llorar.

—Cielo santo, hija. Cojo el primer avión que salga para Sevilla, espérame allí.

—Evidentemente no voy a ir a ninguna parte, papá, pero tú no puedes venir ahora. Me explicaste que estás en una semana muy complicada, a punto de incautar un alijo importante. No puedes dejarlo todo, has luchado mucho por limpiar las calles de droga, y ningún esfuerzo debe quedar sin recompensa. Tus hombres no merecen que los dejes ahora solo por venir a consolar a tu niñita, por mucho que sea la de tus ojos —le dije tratando de sonreír, por mucho que estuviese muerta por dentro, puesto que así me encontraba.

—Tienes razón, cariño mío, ¿estarás bien?

—Te lo prometo—le dije antes de colgar.

Ya era noche cerrada y Sevilla me pareció más oscura que nunca. Allí, en esa ciudad en la que luce un color especial, encontré de nuevo el amor. Y allí lo había perdido porque Iván no era el hombre que yo creía, sino un crío impulsivo y fuera de control capaz de cometer una atrocidad como aquella.

Tengo muy claro que las palizas y las torturas no llevan a ninguna parte. Assane debía acabar en la cárcel por sus fechorías, pero no debatirse entre la vida y la muerte en la UCI de un hospital.

Toda mi felicidad se fue al traste, diluyéndose entre esas lágrimas que me recordaban que en el interior de Iván habitaba una bestia que era incompatible con la convivencia conmigo, aparte de que menudo panorama tenía por delante.

La soledad se convirtió en la más pesimista de mis compañeras en una noche en la que entendí que me había quedado muy sola: sin Alexandre, sin Amanda, sin Iván, ¿quién era yo? Pues era Noa Prieto, inspectora de policía para todos, pero alguien que sentía su vida muy hueca y muy vacía sin todos aquellos que llegaron a ser importantes para mí.

Y luego estaba la cuestión de los besos, ¿dónde guardaba en esos momentos los muchos besos que Iván me había dado? ¿Dónde enterrar sus juramentos de amor para que no me escocieran? Y a él, ¿cómo me lo sacaba de dentro a él?

Yo no era de refugiarme en el alcohol, pero aquella noche comprobé que nos quedaban algunas botellas en el salón y no dudé en servirme varios vasos de whisky, a palo seco…

Uno a uno, constaté que me iban nublando el sentido, que mis sentimientos se adormecían y que dolían menos, al quedar anestesiados por los muchos grados de ese alcohol que me sirvió para amortiguar el dolor que sentía en el interior de mi pecho.

Poco a poco, mis ojos se fueron cerrando y, aun así, no renuncié a seguir bebiendo. Quedé con la comisaria en que no iría a trabajar al día siguiente porque ella se empeñó en darme un día más libre. E hizo bien, porque habría llegado hasta allí arrastrándome.

Cuando por fin los ojos se me cerraron del todo, y no pudo entrar ni una gota más de alcohol en mi cuerpo, no me libré de unos sueños que me llevaron directa a los brazos de Iván, que me esperaba ansioso, con su preciosa sonrisa y ese sentido del humor tan suyo que me hizo volver a reír a carcajadas, ajena por completo a la tragedia que nos rodeaba.

En sueños, él volvía a presumir de mi amor por mí, de lo mucho que me quería y de lo enamorado que estaba de mis huesos. En sueños yo volvía a vacilarle y a no dar mi brazo a torcer, entre risas, como si a mí no me pasase lo mismo, como si pudiera escapar de él cuando ya me tenía más que pillada. En sueños, me hice la ilusión de que seguía viva cuando lo cierto es que me estaba muriendo por dentro.

Capítulo 46



Yo escuchaba un ruido lejano, pero no lo identificaba con nada. En mi vida me había emborrachado como lo hice esa noche, de una manera tan brutal… Soy consciente de que podría haber entrado en coma etílico y nadie enterarse, de que pude cagarla a lo grande, por eso me sentí tan mal cuando vi delante de mí a Alexandre, zarandeándome para que volviera en mí.

—¿Tú qué haces aquí? —le pregunté después de que tuviera que pensar en las palabras exactas, porque me costaba tomar conciencia de la realidad.

—Por Dios, Noa, no me digas que te has bebido esa botella entera. Si la dejé con el precinto…

—¿Y has venido a reprochármelo? ¿Has venido por una mierda de botella? ¿Cuánto te costó? Ahora mismo te hago un bizum—le indiqué, totalmente mareada.

—Déjate de tonterías…

—No, no, de tonterías tienes que dejarte tú, so sinvergüenza, ¿cuándo me ibas a contar que tienes una llave de mi casa? ¿Qué es lo que pretendías con eso? Me dijiste que me las habías devuelto todas, ¿pensabas entrar a oler mis bragas o qué te pasa? Yo no es por nada,

pero a tu Amandita todo esto le olerá a cuerno quemado. Te vas a cagar—le aclaré.

—Deja de decir tonterías, que me ha abierto el conserje. Ya sabes que él tiene una copia de la llave, nosotros mismos se la dejamos…

—Vale, vale, vale, vale, ¿te quieres callar de una puñetera vez? De verdad, cómo taladras…

—Ok, me callo, pero antes deberías saber que no estoy con Amanda.

—¿No? ¿Se fue de la lengua y luego te dio calabazas? Me parto, somos dos desgraciados. Tú y yo—le indiqué, moviendo los dedos alternativamente, señalándonos.

—No es eso. Lo intenté, pero no pude quedarme con ella… No cuando te sigo queriendo a ti, Noa—me confesó.

—No, no, por favor… Esto no es lo que yo necesito ahora—me quejé porque no quería ni escucharle.

—Ya, sé que lo único que quieres es que te deje dormir, y así lo haré si me prometes que no volverás a beber nada más. De hecho, me voy a llevar cualquier botella que quede llena…

—No eres vivo tú ni de nada.

—Noa, por favor, necesito que te cuides y que llames a tu padre. Él fue quien me pidió que viniese, le tienes muerto de la preocupación. Piénsatelo, ¿vale? Porque como le pongas demasiado nervioso…

—Ya, que se cuela aquí, no hace falta que lo digas. Le conoces muy

bien.

—Y a ti también, así que te pido por favor que me llames si necesitas algo—me dijo.

—Oye, ¿no se supone que deberías estar como un basilisco conmigo? El otro día me la montaste muy grande y ahora parece que…

—El dolor sigue por dentro, Noa, pero aun así no me sale estar a mal contigo. Me temo que te quiero demasiado como para eso, ¿necesitarás algo?

De buena gana le hubiera chillado que lo único que necesitaba era que se fuese, pero no me consideraba tan jodida ni tan desconsiderada, porque la verdad era que él me había sorprendido muchísimo con su actitud. Nada le debía a mi padre y menos a mí y, aun así, siguió preocupándose por mí.

Llamé a su móvil, al de mi padre, y me lo cogió al momento, preocupadísimo. No era tonto y no debió creer ni media palabra de lo que le dije: que me había tomado unas pastillas para enganchar mejor el sueño.

Mi padre me conocía muy bien y su olfato de policía debía estar oliendo a alcohol por mucho que nos separasen muchos cientos de kilómetros.

Por esa razón, no me resultó tan raro que unas horas después, Alexandre volviese a tocar mi puerta.

—¿Te manda él a hacer la ronda? Por favor, esto no puede ser, yo solo quiero dormir. Debe haber algún vecino que lleva liado a martillazos todo el día, no veas la que me está dando el tío, porque no me deja ni

dar una cabezada, ¿no lo escuchas?

—Noa, los martillazos solo están dentro de tu cabeza. Tu padre me ha pedido que venga, está con la mosca detrás de la oreja, preocupadísimo por ti.

—Ya, pues que no se preocupe tanto, que sé cuidarme solita. Y los martillazos suenan, digas tú lo que tú digas.

—Pues vale, suenan. Escucha, voy a prepararte un caldito.

—¿Tú a mí? ¿Me quieres preparar un caldito? Perdona que te mire como a un bicho raro, pero es que debes ser muy masoca.

—O quererte demasiado, chiquitilla, más bien va a ser lo segundo, aunque lo primero también. No sé, igual sí que soy masoca y no lo sé. Mi vida es que ya no tiene mucho sentido, lo perdió a la par que te perdí a ti.

—Alexandre, no te me pongas intenso, ¿vale? Es todo de locura… Yo ahora quiero a Iván, por mucho que sea un cafre y…

—Y un tipo que no sabe controlarse y que abusa por completo de su superioridad. Un mierda que ha jugado con tus sentimientos porque él nunca te podrá dar una estabilidad, Noa.

—¿Y tienes los santos cojones de venir hasta aquí para ponerle así a caldo? Ya te estás largando por donde viniste—le ordené mientras le empujaba hacia el portón de entrada.

—Noa, por favor, escúchame.

—No, ya te he escuchado bastante. No quiero ni caldos ni leches, solo quiero que me dejes en paz, ¿tan difícil te es meterte en esa cabezota que yo ya no quiero nada contigo? —le pregunté con evidente desprecio.

—No sabes cuánto, pero si es lo que quieres… Adiós, Noa—me dijo mientras yo cerraba la puerta con ganas.

Fue hacerlo y sentir mucho frío en mi interior. El frío que te proporciona la sensación de soledad es uno que afecta al alma y que te va helando de adentro hacia fuera, es un frío muy particular y lo peor de todo es que se trata de un frío que duele.

Capítulo 47



La comisaria se empeñó en que debía tomarme unos días más de baja, pero yo hice caso omiso. Ahora bien, cuando me indicó que Alexandre y yo seríamos compañeros, en ausencia de Iván, me dejó muy claro que se trataba de una orden y que ya sabía dónde estaba la puerta si es que no pensaba acatarla.

En el fondo, ella sabía que él me cuidaría, que no dejaría que mi cabeza me jugase una mala pasada e hiciese ninguna tontería que afectase a mi carrera, no mientras estaba de servicio.

No puedes permitirte patrullar con tus propios problemas revoloteando por la cabeza. No cuando sabes que eso puede llevarte al límite y que alguien pague el pato, cuando lo cierto es que un poli va armado y que hay que evitar ciertas situaciones, porque bastante malo era ya que a Iván se le hubiese ido la pinza como para que se me fuese a mí también.

Alexandre estaba contento de patrullar conmigo. Nosotros podíamos elegir puestos más de oficina, pero ambos siempre amamos la acción y, por muy inspectores que fuésemos, deseábamos patear las calles.

Fuimos a buscar a Isaac, quien se le quedó mirando. Y también a mí, porque di un salto y casi me bajo en marcha del coche al verle.

—Inspectora, yo entiendo que te alegres de verme, pero ten cuidadito que te vas a lisiar una pierna y luego no te podrás poner tacones con las minifaldas, con lo bien que te tienen que sentar a ti—comenzó con una de las suyas.

—Jodido bufón—le dije.

—¿Bufón? Eso no me lo habían dicho nunca. Oye, y este que me está mirando con cara de perro rabioso, ¿quién es? ¿Otro como Iván? Joder, vaya plan… El tío ese un poco más y me da candela el otro día, y ahora me traes a otro que…

—Él es el inspector Rojas, y te advierto que no viene de muy buen talante…

—No, si no hace falta que lo jures, *miarma*…

—¿Quién coño es este payaso, Noa? —intervino Alexandre, muy cabreado por su forma de hablarme.

—Es un imbécil y un camello de poca monta—le respondí al momento.

—Joder, inspectora, qué bonito. Yo también te quiero, ¿eh? Y mira que entre tú y yo parecía que estaba naciendo una corriente guay, por mucho que no seas mi tipo…

—¿Le respondo yo o lo haces tú, Noa?

—¿Otro gallito del corral? Mira que a Iván le ha salido caro, ¿eh? Ya te dije que tendrías que atarle con cuerda corta, todo el mundo lo sabe ya, ha salido en las noticias. Te advertí de que tenía defectos muy feos

y, claro, pues se ve que el universo le ha castigado por sacar la porra más de la cuenta.

—Déjalo, Alexandre, es un pobre diablo—le pedí porque quería intervenir.

—Menos mal que no ofende quien quiere, sino quien puede, porque si no…

—Oye, y hablando de todo, quien sí te puede hacer la puñeta es el fiscal, que está deseando tener algo que tú no le das—le advertí.

—¿El fiscal quiere sexo conmigo? Joder, qué cotizado estoy.

—No, no quiere sexo contigo, aunque puede mandarte a un viaje con sexo gratis a la cárcel si no empiezas a largar de lo lindo. Te lo advierto de nuevo, porque te está ofreciendo un buen acuerdo y, si no, aquí tienes una citación para…

Comprendió que no iba de farol y la cara se le cambió. A nadie le gusta ir a la cárcel e Isaac no era una excepción.

—Joder, qué perra le ha dado a ese hombre conmigo, ¿quiere que le cante? Ni que yo hubiera ido a “La Voz” ni nada…

—Pues más te vale ir afinando la voz, ¿y si nos acompañas ahora a hablar con él? —le ofrecí.

—¿Y si me invitáis a desayunar antes? Porque las tripas me están sonando tela y se me hace la boca agua pensando en un buen puñado de donuts de esos que os coméis los polis.

—¿Tú eres gilipollas? ¿De verdad me has visto a mí pinta de comer muchos donuts? —le pregunté.

—No, inspectora, que tú tienes un culito fitness de esos que salen ahora en los anuncios. La madre que te parió, seguro que desayunas un kiwi con salvado y esas mierdas… Yo quiero un puñado de donuts o no hay trato.

—Alexandre, conduzco yo y tú te bajas a comprarle una caja, ¿vale? No me fío de él, que igual se baja y ya no sube más—le indiqué cuando le vi meterse en el coche.

—Espera, ¿de verdad le tengo que comprar donuts a este tío? Calla, que es el Día de los Inocentes, ¿no?

Lo más cachondo del caso es que sí lo era, pero no se trataba de ninguna broma. Cuando entendía que era así, lo flipó.

—Sí, hombre, uno de cada tipo, hay un montón en la tienda esa tan cara… Yo los quiero de todos los colores, me voy a poner hasta el culo. Y me compras otra cajita para mi madre, que quiero llevarle un detalle porque digo yo, inspectora, que se los podré llevar, ¿no? Espero que esto no sea un camelo para meterme en la trena igual.

—En tu mano está, Isaac, a ver si por una puñetera vez me demuestras que tienes algo más que serrín en esa cabeza tuya, porque vamos…

—Inspectora, que me están entrando cagaleras, qué malito me estoy poniendo, arranca ya y vámonos a por los donuts antes de que se me descomponga más el vientre.

Unas horas después, salíamos con él, tras hablar con el fiscal y acusar a una banda de rumanos que estaba metiendo droga en el barrio. Al

final, hasta iba a resultar que tenía un atisbo de inteligencia.

—Ni se os ocurra meterme en mi barrio en el coche patrulla, que ahora soy un chivato y alguien podría irse de la lengua. Los rumanos esos no se andan con chiquitas y, como me echen el guante, no va a ser para quitarme los donuts de mi madre, esos me van a quitar las ganas hasta de vivir—nos dijo mientras se bajaba del coche, dándole un bocado a uno.

—Pero ¿esos no eran para tu madre, desgraciado? Si ya te has comido tu caja —le pregunté negando con la cabeza.

—Inspectora, te voy a decir la verdad porque al final me estás cayendo bien y todo. Mi madre es que está en el hospital, por culpa de una subida de azúcar que le ha dado a la mujer, y la verdad es que no es plan de plantarme allí con una caja de donuts, porque al final me los tendría que comer yo a cara de perro, que ella no puede, y quedaría muy feo. Para eso, me los voy comiendo ya…

Capítulo 48



Todavía nos reíamos con el asunto a la hora del almuerzo. Alexandre se empeñó en que almorzásemos juntos y yo sentí que estaba en deuda con él, y no solo porque se hubiera gastado un dineral en donuts esa mañana.

—¿Cómo estás de verdad? —se interesó.

—Pues jodida. Si te digo la verdad, estoy muy jodida, pero no es contigo con quien puedo hablar de esto. Tú has sido muy bueno conmigo y lo peor es que todavía me cuidas, demostrándome tus sentimientos. Yo no te quiero hacer daño.

—Te he preguntado yo, Noa. Piensa que prefiero saber la verdad, por mucho que escueza, porque me preocupa tu estado.

—Pues mi estado es como de encefalograma plano, me muevo por inercia, voy como un zombi todo el día.

—Pues para ir como un zombi, no veas si te has camelado al tal Isaac. Me has dejado con la baba caída…

—No te entiendo, ¿por qué? —me interesé.

—Porque siempre has sido una buena inspectora, muy buena, pero ahora has cogido unas tablas que son de impresión, ¿te has visto delante de ese tío? Hay que tener muchas tragaderas para tratar con un impresentable así sin perder los estribos, la verdad. Y lo has hecho muy bien, me quito el sombrero.

—Bueno, supongo que voy madurando, aunque en realidad llama la atención que lo diga después de dejarme liar por un niño como Iván. Mira que yo lo sabía, que eso no podía salir bien…

—Todos podemos dejarnos engatusar alguna vez…

—Pero a ti Paula también te tiró la caña y no logró nada. Qué tío, porque será lo que sea, pero es muy mona…

—Ni la mitad que tú, aparte de que no te llega en nada ni a la suela del zapato, ¿cómo me iba a fijar en ella teniéndote a ti? No hay color.

Estaba demostrando tener mucha más cabeza que yo. Él siempre tuvo las cosas claras y no se dejó encandilar como yo. Sentí vergüenza y hasta mis mejillas debieron sonrojarse a tope cuando le miré. Sentía que le había fallado a un hombre que siempre lo dio todo por mí, a un hombre que seguía colado por mis huesos aun a sabiendas de que yo se la había pegado.

Traté de desviar el tema, porque ese me dolía, y entonces salió el de la Nochevieja.

—Yo le voy a decir a la comisaria que quiero trabajar esa noche, será lo mejor. No tengo familia aquí y así podré cambiarle el servicio a quien le haya tocado…

—No, no lo hagas, por favor. Ven a casa de mis padres conmigo. Al

menos te tomarás las uvas con nosotros y, si no puedo quitarte la pena, sí que podré hacer que no entres en el Año Nueva sola—me pidió.

—Si me da igual, Alexandre. Aparte, que yo no me puedo presentar delante de tus padres después de lo que ha pasado, ¿qué pensarán ahora de mí? Yo me fui con Iván y…

—Y ellos no están al tanto de esa parte.

—¿No? —le pregunté muy extrañada.

—No, me costaba tanto contársela que pensé que ya habría tiempo.

—Con lo dolido que estabas, ¿no tenías ganas de despellejarme con ellos? Porque habría entrado dentro de lo normal, te lo digo muy en serio.

—Ninguna gana de eso, chiquitilla.

—No me llames así, por favor, me hace sentir muy mal. Yo no lo merezco.

—A mí eso me da igual, y me gustaría que aceptaras mi invitación. Ellos estarán muy contentos de verte y yo… Yo estaré loco de ilusión

—Pero es que yo no quiero que pienses lo que no es. Tú y yo estamos separados, menudo lío.

—Y nadie ha dicho lo contrario, pero yo no voy a consentir que te tomes las uvas en comisaria, porque no podría soportarlo.

Me lo decía de corazón y yo sentía que le debía una. Me parecía de caradura aceptar su ofrecimiento, pero tampoco me apetecía pasar esa noche sola ni preocupar a mi padre cantidad, porque sabía que lo haría.

Por la tarde, me fui al gym. Me dolía entrar y ver que Iván no llegaría. Pese a todo, me acordaba mucho de él, quien había ingresado en régimen de prisión preventiva, ¿cómo se le pudo ir tanto la olla? Lo que estaba claro es que se trataba de un tipo peligroso, pues alguien que no contrala puede liarla parda en cualquier situación y con cualquier persona. Simplemente, no pudo controlar su ira y eso podía volver a suceder.

Le di uno y mil puñetazos al saco de boxeo pensando en todo aquello que me dolía y que me removía mucho. Mi amiga Ximena, quien me llamaba a menudo para ver qué tal lo llevaba, trataba de consolarme diciéndome que era mucho mejor que lo hubiese descubierto antes que después. En eso tenía razón, pero no le restaba dolor al asunto.

Al año que estaba por comenzar solo le pedía que fuese mejor que ese que estaba terminando… Eso no era difícil, pues me había resultado nefasto.

Necesitaba mirar adelante, buscar nuevas ilusiones e intentar olvidar lo mío con Iván, que ya cada vez veía más lejano, por mucho que el dolor no cesase. Tenía que echarle inteligencia al tema para salvarme yo, para que ese niñato no me arrastrase con él al abismo.

Capítulo 49



Ana volvía a estar mejor, respondía de nuevo al tratamiento. Ese era otro de los motivos para celebrar que me llevaron hasta su casa esa Nochevieja, la más extraña de mi vida.

No podía sentirme más protegida con Alexandre, que se mostró increíblemente volcado conmigo en todo momento.

Él ya me había advertido que su madre, pese a que pasaba por horas bajas, no renunciaría a arreglarse esa noche, por lo que no me extrañó que él mismo viniese a recogerme guapísimo, con su traje de chaqueta negro y camisa también negra. Me pareció irresistible. Se daba un aire a Álex González, el actor. Siempre me lo habían dicho y en esa ocasión me lo pareció aún más.

En su casa el ambiente era festivo total y más que lo fue cuando nosotros llegamos.

—Es que hacéis una pareja formidable, hijos—nos dijo Rodrigo—. Cielo santo, Noa, si es que pareces una modelo—me comentó el hombre con un matasuegras en la boca que, dadas las circunstancias, parecía un tanto paradójico.

—Sí que lo parece, sí—me dijo Ana en cuanto salió a recibirme y me vio con mi vestido de alta costura, uno negro, largo y ceñido al

cuerpo, con escote joya, una virguería que lucí para la ocasión porque pensaba que todos ellos merecían que diera lo mejor de mí.

También estaban muy arreglados y se les notaba que deseaban agradar muchísimo. Para ellos, que simplemente estábamos atravesando una pequeña crisis, poca cosa, nada que no pudiera ocurrirle a cualquiera pareja en un momento dado.

Incluso yo me hice la ilusión esa noche de que así era, y más viendo el enorme entusiasmo que le ponía Alexandre a todo.

—¡Brandy! —exclamé cuando vi avanzar al perrito, con sus pequeñas patitas, corriendo a toda pastilla hacia mí y con esa pajarita en el cuello que le daba un tono tan glamuroso como chistoso.

—Ya le he dicho a Rodrigo que quite las botellas de en medio, que este granuja es capaz de acabar en Alcohólicos Anónimos—decía Ana, quien estaba de muy buen humor.

Me encanta verla así. Yo no me había portado bien con ella ni con su marido desde que llegué a Sevilla, cosa que no parecían tenerme en absoluto en cuenta ninguno de los dos, tratándome con todo el cariño.

Durante la cena, estuvimos hablando de todo y de nada, pero siempre en clave de humor. Yo en esa casa siempre me había reído muchísimo, salvo en los últimos tiempos, en los que parecía una de esas famosas que ni siquiera sonríen para que no les queden marcas de expresión. No era mi caso, y menos cuando Ana, comenzó a contar una anécdota desconocida para mí con la que me desternillé.

Resultó que le había sucedido una noche que estuvo ingresada hacía pocos días, con un cuadro de fiebre, y Rodrigo se quedó con ella. Era tarde y a ella le apeteció un vaso de leche, por lo que él fue a

buscársela a la cafetería de la planta baja, la que estaba abierta las 24 horas.

—Pues nada, que de pronto abro los ojos y lo veo allí, delante de mí. Vamos, que un poco raro sí que lo vi, pero como no tenía puestas las gafas… Pues eso, que veía menos que un gato de escayola.

—Ay, Ana, que no era tu marido, ¿no?

—Qué va, hija. Era un salido que se había escapado de la planta de psiquiatría y que se empeñó en que me quería enseñar el pito. Mira, cuando agarré las gafas, y lo vi allí delante de mí, con los pelos pringosos que se le podían exprimir, y la mano en la bragueta, le juré que se lo cortaba. No corría nada, ese me vio la cara y supo que se la estaba jugando. De salido tendría mucho, pero de loco menos, sabía muy bien lo que se hacía.

—Por Dios, Ana, ¿cómo pudiste confundir a ese pervertido conmigo? —le preguntaba Rodrigo.

—Cariño, eso digo yo, con lo bonito que eres tú y lo rebién que hueles. Se ve que la fiebre la altera a una más de la cuenta. Ay, Dios mío, si es que te quiero yo más…

Me encantó escucharlos porque les pasaba como a Iria y a mi padre, o sea, que me demostraban que el amor, si es verdadero, podía durar toda la vida. Obviamente, la clave está únicamente en saber reconocer a la persona que sabrá amarte por siempre y no dejarte arrastrar por quienes no te harán ningún bien.

Estuvimos charlando tras la cena, hasta la hora de las campanadas, momento en que Alexandre nos trajo las uvas a todos.

—Las tuyas peladas y sin pepitas, como te gustan, chiquitilla—me dijo y no pude evitar acariciar su mano en el momento en el que me las entregó, un gesto que sacó su sonrisa y que tampoco se le fue por alto a sus padres, quienes se mostraron muy contentos en ese instante.

Por fin celebramos la entrada en el nuevo año y me reí muchísimo porque le habían puesto uvas hasta a Brandy, junto con un cuenco con agua por si se atragantaba. Lo que hubiese faltado.

Tras tomarlas, todos nos felicitamos de corazón con nuestros mejores deseos para el resto. Alexandre y yo nos dimos dos besos, tras los que llegó un intenso y caluroso abrazo en el que ambos nos fundimos. Me sentí bien en ese momento, como si nada hubiese cambiado, como si él siguiera siendo mi pareja, el hombre que siempre me cuidó y me apoyó incondicionalmente.

Un par de horas después, tras haber felicitado también a mi padre e Iria por teléfono, los cuales se alegraron muchísimo de que estuviese con Alexandre y los suyos, nos marchamos. Ana debía descansar y yo le di las gracias por la que fue una Nochevieja espléndida, dadas las circunstancias.

Capítulo 50



Alexandre me miraba todo el tiempo por el rabillo del ojo mientras conducía. Me estaba poniendo nerviosa, más cuando yo solo sentía que no me apetecía quedarme sola.

Una vez llegamos a la puerta del bloque, se paró cortésmente y se bajó para abrirme la puerta.

—No te vayas, quédate conmigo esta noche, ¿quieres? —le pregunté.

—Nada me gustaría más, chiquitilla—me contestó mientras que me hacía una carantoña en la punta de la nariz.

Nos metimos en el garaje y ya de allí salimos besándonos hacia el ascensor. Nos topamos con una pareja de ancianitos, que venían también de celebrar su Nochevieja y a los que les cedimos el ascensor, aunque nosotros llegamos primero.

—No, no, hija, subid vosotros, que lleváis más prisa, no vaya a ser que el bloque arda—me contestó la mujer muerta de la risa.

Yo llevaba varias copillas encima y me dio también la risa boba. Quien apenas había bebido era Alexandre, puesto que él llevaba el coche, por lo que me aguantó a lo justo cuando di un traspiés al salir y

casi llego rodando a la puerta de mi casa.

—Me has salvado, eres mi salvador—le decía yo mientras notaba que el alcohol me iba subiendo por momentos. Me solía pasar cuando bebía, que estaba bien hasta un cierto momento y luego el alcohol me hacía efecto de golpe.

—Ven aquí, anda—me dijo cogiéndome en brazos y llevándome así hasta la puerta.

—Parecemos recién casados—afirmé al ver el plan.

—Ojalá, nada me gustaría más que casarme contigo—me dijo al instante.

—¿Después de lo que te he hecho? ¿De verdad me lo dices? —le pregunté mirándolo fijamente.

—Pues claro que sí, mi vida, claro que sí. Daría lo que no tengo por casarme contigo.

—Pues ¡casémonos! —le propuse.

—Ya, eso me lo dices porque estás achispada, pero por la mañana no querrás saber nada de mí. Venga, no me hagas ilusiones en balde, no juegues conmigo.

—No estoy jugando contigo y no estoy tan borracha como para no saber lo que digo. Alexandre, ¿te quieres casar conmigo? —le pregunté mirándole muy seria—. Vale que no tengo un anillo en este momento ni estoy hincando rodilla, que más bien me llevas en volandas, pero, aun así…

—Es que esa parte me correspondería a mí, chiquitilla—me contestó entre risas.

—Anda, pues también es verdad… Oye, que todavía no me has contestado, no te hagas el loco…

—Si me lo preguntases de verdad, si tú quisieras… Yo sería el hombre más feliz del mundo, Noa, el más feliz, te lo repito.

—¡Pues adjudicado! ¡Nos casamos!

Sé que puede sonar a locura total, pero yo no quería volver a perderle. No después de ver todo lo que me había pasado cuando traté de pasar página de quien siempre fue mi leal compañero y amante.

—¿Nos casamos de verdad, mi vida? —enarcó una ceja.

—De verdad de la buena. Mira, si no te fías, ahora mismo te lo firmo en cualquier lado. Trae tu camisa misma, que te lo firmo en ella…

—Me fío de tu palabra, no me hacen falta firmas. Si mañana, cuando te despiertes, sigues con la misma idea, te prometo que nos casamos como tú quieras…

—En Pontevedra, ¿eh? Que os veo venir y sí… Las bodas en Sevilla serán muy bonitas, tendrán mucho duende y todo lo que tú quieras… Pero estas cosas se hacen en la tierra de la novia y a mí me da igual si llueve a mares, como si nos tenemos que casar en canoa…

—Pues anda que a mí, vida mía…

Me llevó directa a la cama y allí comenzó a desvestirme. Yo sabía que él todavía no se lo creía, por mucho que se lo dijese, pero hablaba en serio. Lo había decidido esa noche en la que vi la oportunidad de recuperar mi vida tras haberlo perdido todo.

Nunca vi a Alexandre tan entregado como en aquella madrugada en la que me hizo el amor durante horas con una intensidad digna de alabanza. En cada uno de sus gestos descubría el deseo y lo mucho que me había echado de menos, lo mucho que sintió mi pérdida.

Tras caer sin fuerzas uno al lado del otro, nos dedicamos una sonrisa y nos entregamos al sueño. Él me abrazaba con tanta fuerza… Supongo que le daría la impresión de que todo era fruto de la fantasía y de que podría retenerme solo si se hacía fuerte conmigo.

Nos despertamos a la mañana siguiente. Yo con ganas de vacilarle, aunque él no lo supiera.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste anoche, chiquitilla? —me preguntó impaciente.

—Que tenía que cortarme o me escucharían los vecinos, cierto. Y me corté, ¿no?

—¿Y no te acuerdas de nada más? —insistió.

—Ah, sí, me acuerdo de que estuve a punto de perder los piños al salir del ascensor. Suerte que tuviste reflejos, porque vaya…

—¿Y de nada más? ¿De nada más de verdad?

—Bueno, de que se me olvidó ponerme la férula de la ortodoncia, pero

vaya, que como salvé los piños, tampoco es tan grave, ¿no?

—Ay, madre, si esto ya lo sabía yo—se lamentó.

—*Miarma,* ¿qué es lo que sabías? —le pregunté con gracia.

—Tú te estás quedando conmigo, ¿te acuerdas o no te acuerdas?

—Pues la verdad es que no me acuerdo para nada de que te dije que me casaría contigo, esa es la verdad—le provoqué.

—¿Y entonces? Sí, claro que te estás quedando conmigo. Dime algo, por favor, que me va a dar un infarto, chiquitilla.

—Deja, deja, que yo no estoy para más sustos. Aparte, a ver si te tienen que meter un muelle en el corazón o algo, y te afecta a otras partes de tu cuerpo que…

—¿Me estás vacilando? ¿Me estás vacilando un montón? —me preguntó con el corazón en un puño.

—Igual te estoy vacilando un poco porque te dije que nos casaríamos, ¡y nos casamos! —exclamé cayendo en sus brazos y tirándole de espaldas en el colchón, donde comencé a besarle sin tregua.

Capítulo 51



Nunca había visto a Alexandre más feliz que en aquellos días. Era como si tuviese ganas de anunciar nuestro compromiso a bombo y platillo.

Aquella misma mañana hablamos con los míos por teléfono. Él brincaba de alegría y no podía esperar para contárselo a nuestras familias.

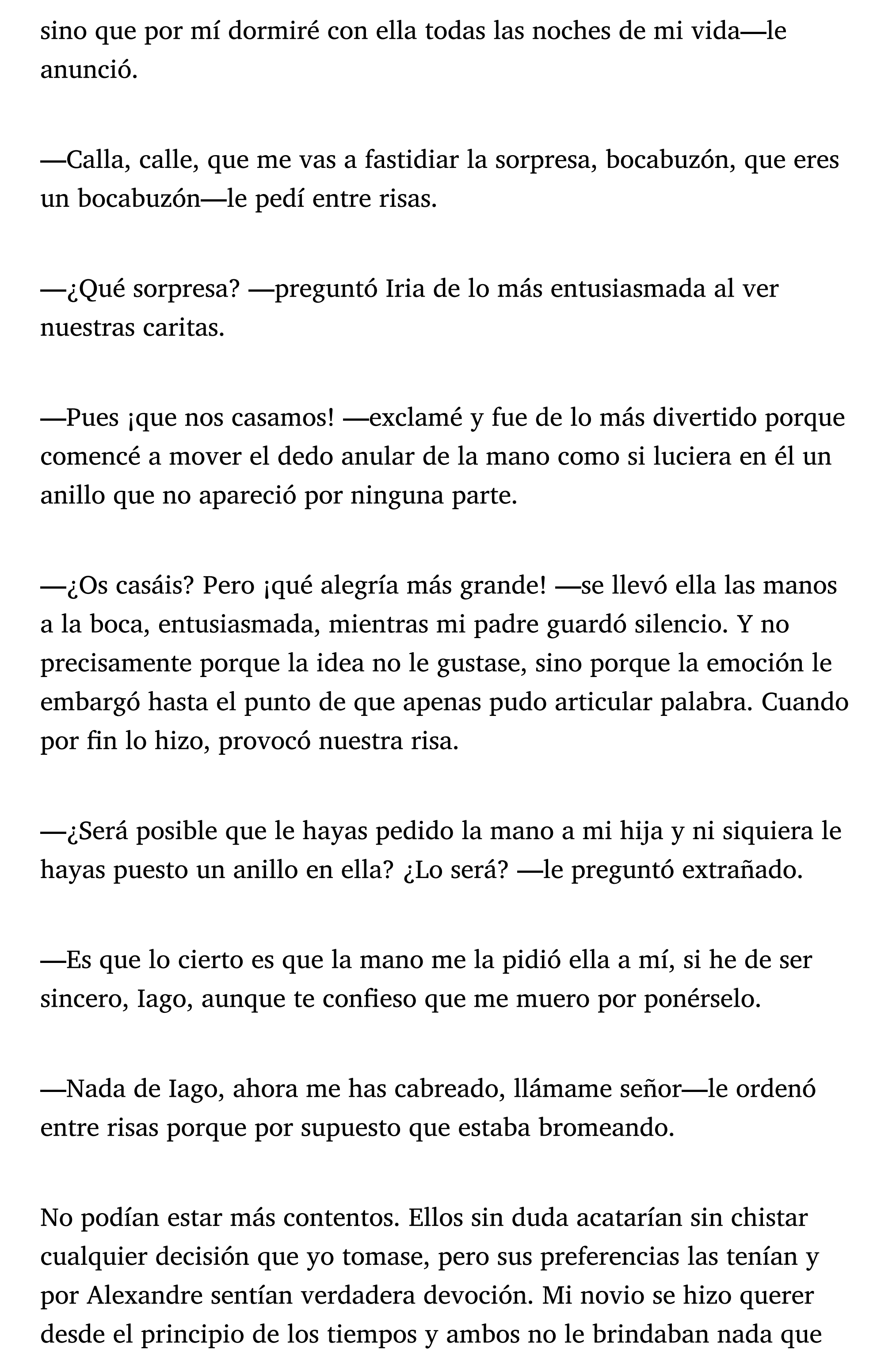
—Papá, Iria, ¿estáis sentados? —les preguntamos cuando les hicimos aquella videollamada que les puso la mosca detrás de la oreja.

—Sí, hijos, ¿habéis pasado la noche juntos? —nos preguntó mi padre, quien ya se veía venir la noticia. Él sabía que yo cenaba la noche anterior con Alexandre y sus padres, lo cual ya era un paso, pero de ahí a lo que iban a escuchar sus oídos…

—Señor, sí que la hemos pasado—le hizo él la típica bromita.

—Iago, llámame Iago, ¿o prefieres llamarme suegro? —le preguntó mi padre en el sumun de la alegría.

—Pues igual sí que te llamo suegro, Iago, porque no puedo estar más contento al anunciarte que no solo he dormido esta noche con tu hija,


sino que por mí dormiré con ella todas las noches de mi vida—le anunció.

—Calla, calle, que me vas a fastidiar la sorpresa, bocabuzón, que eres un bocabuzón—le pedí entre risas.

—¿Qué sorpresa? —preguntó Iria de lo más entusiasmada al ver nuestras caritas.

—Pues ¡que nos casamos! —exclamé y fue de lo más divertido porque comencé a mover el dedo anular de la mano como si luciera en él un anillo que no apareció por ninguna parte.

—¿Os casáis? Pero ¡qué alegría más grande! —se llevó ella las manos a la boca, entusiasmada, mientras mi padre guardó silencio. Y no precisamente porque la idea no le gustase, sino porque la emoción le embargó hasta el punto de que apenas pudo articular palabra. Cuando por fin lo hizo, provocó nuestra risa.

—¿Será posible que le hayas pedido la mano a mi hija y ni siquiera le hayas puesto un anillo en ella? ¿Lo será? —le preguntó extrañado.

—Es que lo cierto es que la mano me la pidió ella a mí, si he de ser sincero, Iago, aunque te confieso que me muero por ponérselo.

—Nada de Iago, ahora me has cabreado, llámame señor—le ordenó entre risas porque por supuesto que estaba bromeando.

No podían estar más contentos. Ellos sin duda acatarían sin chistar cualquier decisión que yo tomase, pero sus preferencias las tenían y por Alexandre sentían verdadera devoción. Mi novio se hizo querer desde el principio de los tiempos y ambos no le brindaban nada que no se mereciera.

Tras darle la noticia a mi familia, que la recibió con júbilo, nos marchamos a almorzar con Ana y con Rodrigo, quienes no esperaban que volviéramos a aparecer por allí, y menos con semejante noticia en la punta de la lengua.

—Papá, saca un buen vino de esos que reservas para las grandes ocasiones, que tenemos que brindar—le pidió su hijo.

—¿Os habéis reconciliado? ¡Qué alegría más grande! —dio su madre la noticia por sentada.

—Y no solo eso, Ana, sino que me voy a casar con tu hijo—le conté, cogiéndole las manos y disfrutando de lo mucho que le brillaron los ojos a la mujer en ese momento.

—¿Te vas a casar con mi Alexandre? ¿Me vais a hacer madrina de vuestra boda? Porque Noa, yo tengo que ser la madrina, solo tengo un hijo y…

—Claro que sí, Ana, nadie más que tú puede ocupar ese puesto—le aseguré.

—¿La estás escuchando, mamá? Por fin te vas a poner la mantilla como siempre has querido, ¡me caso con ella!

—¡La Virgen de la Macarena! Ay, Rodrigo, que tú sabes que yo se lo he pedido mucho, que no los veía separados, ¡que me pongo la mantilla! —le chilló a su marido, moviendo los piececitos como si fuese una muñequita. Por favor, qué divertido.

—Bueno, bueno, no le podíais dar una noticia mejor, ¡qué alegría más grande!

—Ay, por favor, si es que ya estoy viendo a mis nietecillos corriendo por toda la casa, porque tendréis niños, ¿no? —nos preguntó la mujer.

Por raro que pueda sonar, eso no era algo que Alexandre y yo nos hubiésemos planteado. Supongo que él nunca me vio con demasiadas ganas y, en el fondo de mi corazón, yo intuía que pudiese tener que ver con el hecho de que me quedé huérfana de madre cuando solo era una cría y me daba miedo que a un hijo mío le sucediera lo mismo por mi condición de policía, aunque en realidad nada tuviese que ver, porque mi madre no lo era y se marchó muy pronto de este mundo.

En fin, que no contestamos a esa pregunta ni falta que hizo, todo llegaría a su debido tiempo… Y digo que no hizo falta porque Rodrigo nos interrumpió descorchando con arte la botella, cuyo tapón salió disparado y le fue a dar en toda la cabeza a Brandy, quien pareció caer desmayado en ese momento.

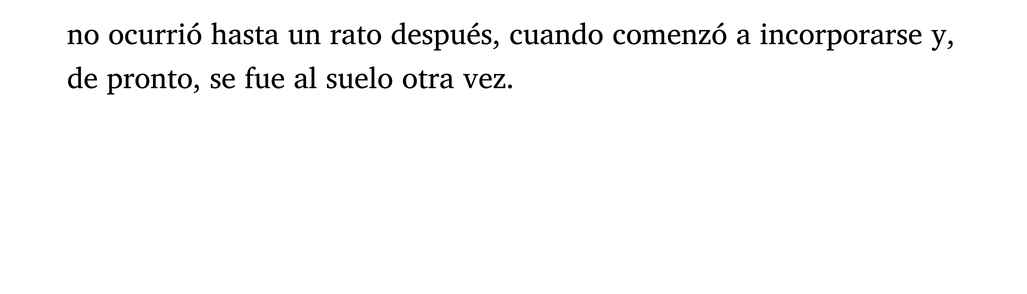
—Si ya te he dicho yo que el alcohol le sienta fatal a este animalito, cariño… Mira lo que ha ocurrido—le decía Ana mientras el pobre yacía en el suelo del taponazo que se había llevado.

—Ana, cariño, por eso no lo digas que hoy no lo ha probado, ha sido un accidente—le decía él tratando de reanimarlo.

—Sí, pero causado por un tapón de vino. Lo que yo te diga, que a este le vienen todos los males por el mismo sitio—se tronchaba ella.

—Papá, igual le tienes que hacer el boca a boca al chihuahua—se burló Alexandre, que también tenía tela.

—Hijo, eso ni harto de vino, ¿me oyes? Ni harto de vino—le contestaba el hombre tratando en vano de que volviese en sí, lo que



no ocurrió hasta un rato después, cuando comenzó a incorporarse y, de pronto, se fue al suelo otra vez.

Capítulo 52



El día de Reyes amanecí en la cama con Alexandre, como era lógico porque él había vuelto a casa.

—Buenos días, preciosa, ¿cómo has dormido? —me preguntó mientras me besaba.

—Bien, bien, ¿y tú? ¿Has sido bueno? Lo digo porque, si no, los Reyes solo te habrán dejado carbón—le sonreí.

—Debo haber sido realmente bueno, porque tengo conmigo al más maravilloso de los regalos, no necesito más.

Yo traté de disimular, porque la verdad era que, aunque no se lo dijese a nadie, no descansaba bien. El problema estaba en que, cuando conciliaba el sueño, a menudo me asaltaban pesadillas relacionadas con la paliza que Iván le propinó a Assane, lo cual me dejaba muy mal cuerpo.

Deseaba que esos pensamientos se apartasen de mi cabeza, deseaba no volver a pensar en él nunca, sacarlo del todo de mí… Y estaba segura de que la mejor medicina para ese mal sería mi boda con Alexandre, cuyos preparativos comenzarían en breve.

Habían sido varios años de convivencia, tras los cuales caímos en picado y, de golpe, nos arreglamos y proyectamos una boda que deseábamos celebrar en un corto espacio de tiempo, probablemente en la primavera.

Tuve la intención de levantarme para comprobar con mis propios ojos cómo se habían portado Sus Majestades los Reyes Magos de Oriente, cuando Alexandre me vino a dar a entender que él era uno de ellos, sacando del cajón de su mesita de noche aquella lujosa cajita que tan nerviosa me puso.

—No me digas que esto es, que esto es…—balbuceé.

—Como tú comprenderás, no seré yo quien soliviante al comisario Iago Prieto porque su hija no tenga un anillo de compromiso en condiciones—me respondió burlón.

—Espera, espera, o sea ¿esto lo haces más por mi padre que por mí? —le pregunté con guasa.

—Mitad y mitad—me provocó.

—Muy bonito, entonces también tendrás que casarte con él, ya sabes, si es que vamos a medias en todo—le vacilé.

—*Miarma*, ya me has cortado el cuerpo, ni el roscón me va a caber, menudo zambombazo me acabo de llevar en el estómago…

—Vale, vale, dejemos a mi padre a un lado.

—Mucho mejor, ¿la abres? —me señaló a la cajita.

Yo trataba de evitar que se me notase lo mucho que las manos me temblaban, pero eso no era posible. Por fin la abrí y dentro me encontré un maravilloso anillo de compromiso con un pequeño diamante, elegante, discreto y muy de mi estilo. Alexandre me conocía muy bien y eso se notaba.

—Cielo santo, es magnífico, verdaderamente bonito—le dije como lo sentía porque se notaba que era una pieza exclusiva que él había adquirido con todo el cariño, pensando en mí.

—¿De verdad te gusta? No me costó elegirlo, parecía llevar tu nombre, como si lo hubieran diseñado a tu gusto, ¿me dejas que te lo ponga?

—Claro que sí—asentí mientras le daba un beso y rezaba para que los temblores cesaran.

Resultó muy emocionante. Despertarme y comprobar que mi primer regalo de Reyes consistía en un exclusivo anillo de compromiso debía ser uno de esos sueños que terminan por hacerse realidad.

Me quedé durante unos minutos mirándolo, ya puesto en mi dedo, sin decir nada. Alexandre tampoco hablaba, solo me cogía las manos y me las besaba, disfrutando de ese momento que quedaría para la posteridad en nuestro recuerdo.

Cuando volví en mí, porque me quedé en shock, tiré de él y juntos caminamos hacia el salón, donde ambos nos habíamos dejado los regalos la noche antes.

Yo también tenía ese año un regalo muy especial para él, uno que no esperaba en absoluto y que haría sus delicias, dejándole mudo. Lo estuve pensando bastante. Tras esa improvisada pedida de mano que nos llevó a comprometernos, pensé que quien iba a ser mi esposo

jamás me había pedido nada y que siempre se mostró muy generoso conmigo. Prueba de ello era aquel anillo de compromiso cuyo valor debía ascender a un buen puñado de meses de su salario, que era el mismo que el mío, con la diferencia de que yo contaba con una abultadísima cuenta en el banco.

Debía actuar sin prisa, pero sin pausa. Iago suspiró siempre por un deportivo de alta gama y yo encargué uno para que se lo tuviesen el día de Reyes, uno cuyas llaves guardé en una cajita entre otros regalos que, al lado de aquel, serían menudencias.

Hay gestos que no pueden describirse con palabras y el suyo aquella mañana, cuando vio la lujosísima llave en la cajita, fue uno de esos.

Ni corta ni perezosa, me fui para la ventana, feliz e hice que mirara hacia abajo.

—No puede ser, esa maravilla con cuatro ruedas no puede ser para mí —negaba con la cabeza una y otra vez.

—Te lo mereces todo, tú te lo mereces todo—le aseguraba yo porque él me había perdonado una infidelidad y me mostraba su amor a todas las horas, haciendo gala de una capacidad para pasar página y empatizar conmigo que era digna de ser premiada.

—No, yo soy un tipo corriente y moliente. Sabes que nunca me hubiese acercado a ti por tu dinero, preciosa, no es eso lo que vi en ti —me recordó mientras me llevaba hacia sí para besarme sin tregua.

—Lo sé, y por eso te lo mereces todavía más, te lo digo de corazón.

—No te merezco, chiquitilla, no te merezco, ¿se puede ser más feliz? —me preguntó.

—Se puede, pero para eso tendrás que arrancarlo y darme una vuelta, ¿bajamos? —le propuse.

—A bordo de esa preciosidad daría yo contigo una vuelta, pero al mundo…

—No sé yo si eso le parecería buena idea a la comisaria, la verdad.

—Cielos, ¿todo esto es de verdad? —se paró a preguntarme.

—Todo, y el coche incluido, porque ya te digo yo que con lo que ha costado, de juguete no es…

Lo que pudo disfrutar conduciendo su deportivo por las calles de Sevilla. Hasta nos pasamos por la casa de sus padres para que lo vieran y los invitamos a dar una vueltecita.

—Jesusito de mi vida, si yo me estaba comiendo el roscón y cuando he visto este cochazo casi me atraganto y todo—nos dijo Ana con Brandy en brazos, quien llevaba un simpático jersey de Navidad puesto y a quien parecía gustarle también mogollón el coche, porque estaba nerviosito perdido.

—Hijo mío, vaya cochazo, yo estos no los he visto más que en la tele. Menuda carrocería—le pasaba Rodrigo el dedo por encima.

—Papá, no hace falta que compruebes nada, porque es de verdad, a no ser que en un rato me despierte, así que subid por si acaso—les pidió él, quien estaba viviendo una mañana de Reyes de ensueño.

Capítulo 53



Unos días después, estábamos en comisaría cuando Amanda llegó con cara larga.

—Os llama la comisaria, a los dos—nos informó.

La situación no podía ser más incómoda, puesto que ella me la jugó para poder liarse con Alexandre y al final le salió el tiro por la culata. Se había quedado con todas las ganas y entre ambas no quedaba ni una pizca de amistad, si es que alguna vez llegó a haberla.

Entramos en el despacho y la comisaria ya nos esperaba.

—Tenéis que ir al hospital, Assane se ha despertado—nos pidió.

—Comisaria, ¿cómo lo hago? Me acaba de pedir que le tenga el informe de la agresión entre esos dos vecinos para dentro de un rato, ¿lo dejo y me voy con Noa? —le preguntó Alexandre, que por muy hábil que fuese no podía hacer dos cosas al mismo tiempo.

—Es verdad, ¿lo llevas adelantado?

—Pues no, porque los testimonios de los testigos no concuerdan y estaba pensando en citar a varios de ellos para…

—No le necesito para ir al hospital, comisaria, yo me encargo—le dije porque, aunque el caso me afectase cantidad, pensaba que debía enfrentarme a él.

—¿Estás segura, Noa? —mi prometido sabía leer entre líneas, era un hombre inteligente.

—Sí, Alexandre, no hay ningún problema, de verdad. Siento que tengo que ir—le contesté dándole las gracias por cuidar de mí una vez más.

—Está bien, pues entonces ve tú a tomarle declaración, Noa—me pidió ella.

Me encaminé hacia el hospital con la sensación de que necesitaba finiquitar ese tema. En mi interior se daba una importante contradicción, porque me costaba encontrarme frente a frente con ese tipo porque era como reabrir heridas que comenzaban a cicatrizar, aunque en realidad a Iván le vendría de perilla no haberle enviado a criar malvas.

En fin, que ese tema ya no debía ir conmigo, pero que iba, porque yo continuaba con pesadillas con todo aquello, y estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta de su habitación, donde había un compañero escoltándole.

—Yo me encargo, García, puedes ir a tomarte un cafecito—le indiqué.

—Ok, inspectora, si le ocasiona cualquier problema, avíseme, aunque ese no tiene fuerza ni para echar viento.

Lo decía en serio, porque el tipo había perdido mucha masa muscular después de tantos días en la cama sin apenas poder alimentarse,

aparte de que pude comprobar de primera mano sus muchas heridas.

Joder, he de reconocer que me impactaron muchísimo, porque había que ser muy animal para hacerle eso a otro ser humano, por muy bicho que este fuera. En resumidas cuentas, Assane parecía haber sido atacado por una fiera salvaje más que por un policía, pues contaba con golpes y magulladuras por todo su cuerpo.

Llegué ante él y me presenté. Al tipo le costaba hablar, pero era importante que prestara declaración para poder arrojar luz sobre la investigación, por mucho que todo el pescado estuviese vendido. Fueron varios los testigos que reconocieron a Iván como el hombre que discutió con él acaloradamente y quien llegó incluso a amenazarle solo unos minutos antes de que apareciera medio muerto, tras su despiadado ataque.

Quedaban muchos interrogantes por resolver, eso sí, como el hecho de qué le llevó a encontrarse con aquel tipo inexpresivo que tenía delante de mí, en la cama, mirándome con cara de perro y demostrándome que yo le caía igual de mal que él a mí.

No voy a decir que se mostrara especialmente colaborador, porque no lo hizo, aunque sí le sorprendió cuando le comenté que Iván estaba detenido, acusado de intento de homicidio o, en el peor de los casos, de asesinato.

—Yo no quiero más problemas, ya he tenido bastantes, pero ese policía no fue—me confesó y me dejó patidifusa.

Se expresaba bastante bien, con acento de su país, pero no había lugar a dudas.

—¿No fue Iván? Assane, piensa bien, ¿no fue él?

—No, no fue él…

No pude sacarle más información, pues se cerró en banda a contarme nada más, así que me volví a comisaría con cara de circunstancias. Allí me dirigí al despacho de la comisaria y se nos unió Alexandre.

—Puede que tenga miedo—opinó ella.

—¿Miedo? ¿Qué más le puede pasar? Se supone que casi le mata, no se ha ido precisamente de rositas—le recordé.

—Ya, pero quizás Iván no solo le agredió, sino que le amenazó antes de dejarle sin conocimiento. Por lo que parece, el tal Assane lo recuerda todo, y puede que tenga grabadas a fuego sus amenazas—conjeturó.

—Yo opino igual—añadió a Alexandre—. Y lo malo es que esto lo complica todo….

—Realmente, existen todos los indicios de que fue Iván, creo que a ese chico no le libra nadie de un buen puñado de años de cárcel. Creí que era un buen poli, me equivoqué—añadió ella.

Todos estábamos consternados y más que nos quedamos. Ellos debían tener razón porque yo vi ese miedo del que hablaban en los ojos de Assane, fui yo quien me entrevisté con él y comprobé que estaba asustado. El mucho mal que hubiese hecho, lo estaba pagando con creces.

Tendríamos que volver a hablar con él y se me hacía cuesta arriba. Yo era la primera que necesitaba ponerle el punto final a un tema que empañaba la felicidad que me producía el haber recuperado mi vida.

Capítulo 54



Esa noche volví a casa especialmente abatida y Alexandre me lo notó.

—¿Estás bien, chiquitilla?

—Sí, amor, un solo cansada, ¿por?

—Porque te encuentro muy cabizbaja y espero que no sea por haber tenido hoy que ir a ver a ese tipejo. Joder, debí acompañarte, no tendrías que haber ido sola. Me equivoqué—se lamentó.

—Por favor, Alexandre, por mucho que me llames "chiquitilla" no soy una niña ni necesito ayuda para todo. Te recuerdo que soy una inspectora de policía igual que tú—le hice una carantoña para que se tranquilizase—. Y ahora me voy a dar una ducha, que eso sí que lo necesito.

—Pues mira por dónde, me has leído el pensamiento… Yo necesito otra—me dijo y, por supuesto, que en esa ducha terminamos derrochando algo que no fue precisamente agua, que esa no se puede derrochar nunca, pero menos ahora que estamos en plena sequía.

En fin, que la vida debía seguir su curso, pero que en ese curso iban a aparecer elementos con los que yo no contaba, y entre todos ellos,

Farid jugó un papel esencial, pues me buscó unos días después de que yo fuese al hospital a ver a Assane.

Me encontraba sola en ese momento, y estaba a punto de entrar en comisaría, después de haber salido diez minutos a por un café delicioso que me solía tomar a media mañana en una cafetería cercana, cuando de pronto le vi.

—Jefa, soy yo, Farid—me dijo dándome en el hombro y entonces me volví.

—Farid, ¿qué tal? ¿Cómo estás? —me dio alegría verle porque siempre me inspiró lástima, mucha lástima.

—Farid está acojonado, jefa—me contestó, hablando de él en tercera persona como era su costumbre.

—Lo entiendo, es porque te has enterado de que Assane está despierto, ¿verdad? Tú declaraste no saber nada del ataque que sufrió, ¿acaso es que sí lo sabes? —le pregunté en ese instante porque tuve una corazonada.

—Farid… Farid solo sabe que Iván no fue, él no pudo ser—negó con la cabeza—. Y Farid se siente muy mal porque Iván está en la cárcel injustamente, yo no debí decirle nada cuando me lo encontré, le metí en un lío… Le metí en un gran lío, jefa, pero Iván es un buen tipo y no se le pudieron ir tanto las cosas de las manos. Él dice mucho *pisha* y es buena gente, la buena gente no ataca así ni siquiera a los animales como Assane.

—Espera, Farid, tú declaraste no saber nada, le dijiste a mis compañeros que no habías visto a Iván, que no sabías de qué iba nada de esto. ¿me equivoco mucho?

—Se lo dije porque me dio miedo que me echasen a mí la culpa de todo, también de haberle dado la paliza a ese tío, y que me tuviera que ir de España.

—Porque tú no fuiste, ¿no? Farid, mírame a la cara, sé que Assane te tenía contra las cuerdas…

—Más bien tenía a Farid hasta las pelotas, como dice Iván—me sonrió tímidamente.

—Farid, esto es muy grave, ¿qué le dijiste a Iván cuando te lo encontraste?

—Assane había vuelto a tocarme la cara. En realidad, estoy seguro de que no me lo encontré de casualidad, él debía estar por mi barrio para encontrarse conmigo, él me aprecia, y hasta me volvió a dar algo de pasta y me dijo "toma, *pisha*, porque estarás canino. Ese tipo no te deja ni trabajar, me cago en *tó*".

—¿Eso hizo Iván? —le pregunté con lágrimas en los ojos porque por supuesto que me afectaba.

—Sí, jefa, eso hizo. Y me dijo que iría a hablar con él, entonces me asusté, pero no por lo que hiciera Iván, sino por cómo reaccionase esa mala hierba de Assane, que es una mala hierba. Farid no quería que le hiciera daño a su amigo Iván, porque Iván es el único amigo que tiene Farid en Sevilla.

Tuve que aguantar porque las lágrimas se empeñaban en salir de mis ojos, y a borbotones. Por supuesto que todo aquello me estaba afectando y, cuanto más indagaba en el caso y conocía nuevos datos, más me afectaba.

—Farid, entiendo todo lo que me dices, pero varias personas le vieron discutir muy fuerte con él y amenazarle.

—¿Y eso te sorprende, jefa? Sabes que ese tipo le ponía muy mal. Todos los que son como él ponen muy mal a Iván, que es un buen tío…

Me estaba sintiendo fatal, porque yo misma, con mi declaración, le puse la soga al cuello. Y Farid hubiera puesto la mano en el fuego por la inocencia de Iván, ¿y si todos nos habíamos equivocado? No, eso no podía ser porque sobraban los indicios y yo misma escuché de sus labios… Bueno, en realidad, ¿quién no ha dicho alguna vez que mataría a alguien y solo ha sido en sentido figurado? Hasta yo misma amenacé a Iván con darle un tiro más de una vez, antes de quedarme colgada de él.

—Farid, sé que duele, que duele mucho, pero parece ser que a Iván se le fue de las manos. A todos nos puede pasar—disimulé las dudas que sus palabras me estaban produciendo.

—No, jefa, Farid sabe que no porque le hizo prometer a Iván que no perdería la cabeza, Farid se lo hizo prometer y él le dijo a Farid que no se lo prometía, sino que se lo juraba por lo que sentía por la jefa, y en eso no mentía. Farid sabe leer en los ojos de la gente e Iván quiere a la jefa—me dijo como si no fuese yo y no estuviese allí delante—con todo su corazón. Créame, Farid sabe aquí dentro—señaló a su corazón—, que Iván no fue.

Capítulo 55



El problema no fue que Farid lo creyese así, el problema fue que estaba provocando que también me asaltaran a mí las dudas. Ya sabía que Iván fue a buscar esa tarde a Farid, que se encontró con el pastel de que Assane le había vuelto a dar leña y que terminó buscando a Assane, discutiendo con él y amenazándole, pero ¿fue él quien terminó por agredirle?

Bien visto, era más que probable que ese tipejo tuviese multitud de enemigos, porque seguro que no se dedicaba a hacerle la puñeta solo a Assane, sino a más gente, ¿y si alguien aprovechó lo que ocurrió para darle candela y que la culpa recayese sobre Iván? Eso no tendría nada de particular, porque en los barrios todo son oídos y la discusión entre ambos debió ser sonada.

Sé que tendría que haber puesto aquella información, y de forma inmediata, en conocimiento de la comisaria, pero no lo hice así. Quería tener datos más sólidos que avalasen mi teoría, por lo que decidí ir por libre. En cuanto a Alexandre, tampoco le quise decir nada porque se trataba de mi prometido y podría ponerle la sangre a hervir el hecho de que yo me implicase de una forma tan personal en los temas de Iván, del tío con el que le puse los cuernos.

Mi olfato de policía me decía que debía ir a su casa, entrar en el *loft* de Iván. No sabría decir por qué, pero ya he comentado que, en

ocasiones, como el día en el que murió mi madre o fue tiroteado Alexandre, tuve la sensación de antemano de que algo iba mal. Era como una especie de sexto sentido que me volvía a emitir señales.

No me fue demasiado difícil porque enseguida pude dar con el nombre del dueño del *loft*, que Iván en su día me comentó que era un colega motero, y le dije que necesitaba entrar allí.

—Si es para echarle más mierda encima a mi colega, mejor no, ¿vale? Sé quién eres, Iván me hablaba de ti. Joder, le dije que harías que sentara la cabeza, nunca le había visto enamorado, y contigo… Contigo es que se le caía la baba al chiquitín—me habló de él con mucho cariño y me hizo esa confesión que me sentó como si me disparase un dardo envenenado, ya que saber eso no era lo mejor a la hora de cerrar el episodio más oscuro de mi vida.

—No, te juro que no es para echarle mierda. Solo quiero echar un vistazo, hay quien opina que Iván no pudo ser.

—¿Y tú qué opinas? —arqueó una ceja, porque esa información ya le moló más.

—Yo opino que, si hay una sola posibilidad de que así sea, tengo que investigarla.

—Eso ya me gusta más… Tengo llaves del *loft* y te dejaré entrar, pero solo si me dejas acompañarte.

—Eso podría considerarse obstrucción a la justicia—le solté.

—Ya, y lo que tú vas a hacer sin una orden judicial es directamente allanamiento de morada, por muy poli que seas—contraatacó con tal lógica que me puse la cremallera en los labios, porque al chaval, a

quien llamaban Manzano por su apellido, no le faltaba razón.

No perdimos tiempo y nos fuimos hacia el *loft*, el cual nos encontramos en total normalidad. Cuando se dirigió a ver a Farid, ni siquiera había deshecho la maleta que se llevó a Cádiz para pasar la Nochebuena en familia. Nada apuntaba a que allí viviese alguien que estuviese a punto de cometer una barbaridad, aunque eso no quiere decir nada porque la mayoría de estas se comenten sin premeditación. Vaya, que no esperaba encontrar allí una fábrica de bombas.

Se me removió mucho al entrar, pues pasamos momentos increíbles entre aquellas cuatro paredes y todos ellos vinieron a mi mente a la vez. Debía apartarlos porque, aunque extraoficial, aquella era una investigación. Y tampoco tenía demasiado tiempo, puesto que salí con una excusa de la comisaría y no quería despertar las sospechas de Alexandre.

Aquel lugar era realmente espectacular, con sus altos techos, sus estanterías por todas partes, sus muchos libros… Justo había una muy cerca ya del techo en la que, cuando nos íbamos a marchar, reparó Manzano.

—Noa, allí hay una cámara—señaló hacia ella.

—¿Una cámara? ¿Tú has visto muchas pelis de ciencia ficción? Yo no veo nada…

—Noa dos cosas: tengo vista de lince y he trabajado muchos años en seguridad, no como tú con una placa, sino en seguridad privada, y te digo que ahí hay una cámara.

Joder, joder, joder… Yo me había acostado con Iván en aquel *loft*, ¿nos había grabado haciéndolo? ¿Y si trataba de chantajearme desde

la cárcel? El aliento me faltaba cuando acepté la propuesta de Manzano de auparme a hombros para poder llegar hasta ella.

—Me metes mano y eres hombre muerto—le advertí antes de que me cogiese.

—Bonita manera de agradecerme lo que estoy haciendo por ti. Ahora entiendo que Iván estuviese loquito por tus huesos, porque a ese niño le va la marcha y tú se la debes dar como nadie.

Me hubiese reído si no fuera porque el tema me mosqueó cantidad. No me hacía ni pizca de gracia y menos cuando terminé sosteniéndola entre mis manos.

—Mierda, sí que lo es. Dime una cosa, Manzano y no trates de defenderlo, ¿sabes si se dedica a grabar a las chicas con las que está?

—Ni de coña. Iván es un tío íntegro. Noa, supongo que estarás pensando que igual le estoy cubriendo la espalda, pero yo tengo una hija y te juro por mi moto, que es lo que más quiero junto con mi motera y mi niña, que no hablaría en favor de un tío que grabara ciertas cosas, porque si eso se lo hacen a mi hija un día, yo me vuelvo loco. Iván no va de ese palo, no tengo ni puta idea de qué hace esa jodida cámara aquí.

—¿Y si le estuvieran vigilando? ¿Y si ni siquiera él supiera que está? Sé que suena raro, pero…

—No suena tan raro. Esa cámara estaba muy bien camuflada, pasaría desapercibida a los ojos de la mayoría de la gente, Noa. Iván no sabía que estaba ahí, seguro que no. Le han estado vigilando, y todo esto huele a trampa.

—No es un tío políticamente correcto, es decir, no se limita a hacer su trabajo y punto, y eso puede buscarte tanto amigos como enemigos. Sé que Iván tenía muchas movidas y alguien pudo pensar que era un jodido estorbo…

—Ya, siempre me he figurado que se mete hasta en los charcos y eso que nunca habla de nada. Es muy reservado, en el motoclub jamás ha fardado de su trabajo, solo lo hacía de su chica—me dijo con un halo de tristeza en la mirada.

—Está bien, tengo que volver a comisaría, vámonos…

Capítulo 56



Comencé a devanarme los sesos. De pronto, no podía pensar en otra cosa que en la posibilidad de que Iván fuese inocente y que alguien pretendiera hacerle cargar con un marrón muy gordo que no era suyo, probablemente para sacarle de la circulación.

Alexandre me notaba ausente a menudo, aunque yo me las apañaba para decirle en todo momento que estaba pensando en tal o cual cosa de la boda, cuando lo cierto es que ese tema había pasado en mi cabeza a un segundo plano.

No deseaba confundirme y, por esa razón, me repetía una y otra vez que aquello mismo lo haría por cualquier compañero, que nada tenía que ver con el hecho de que se tratase de Iván.

Por mucho que trataba de atar cabos, me faltaba una madeja de la que tirar. Ya contaba con más datos que al comienzo, pero nada suficiente para sacar algo en claro, lo cual me llevaba a desesperarme.

Lo había pensado varias veces, esa idea me rondaba la mente desde hacía días, pero me sorprendí a mí misma cuando de pronto me vi delante de aquella prisión para entrevistarme con Iván.

Nunca me han gustado las prisiones, entiendo que dicho así le pueda suceder igual a cualquiera, porque no son precisamente Disneyland,

pero es que a mí me angustiaban especialmente.

Soy un alma libre y siempre lo he sido. Recordé que, en una ocasión, tiempo atrás, soñé con que me habían acusado injustamente de un delito por el que me caían mogollón de años y me sentía morir, hasta pensé en quitarme la vida en sueños.

No obstante, por mucho que ese tipo de pensamientos siempre me hubiesen asaltado, lo que más me costó fue la idea de verme cara a cara con él. Cuando has vivido algo tan intenso con alguien como lo que yo viví con ese chico y de repente lo pierdes de vista, te haces a la idea como de que esa persona no existe, pero obviamente no es la realidad, por lo que verle allí, apresado, me impresionó sobremanera, y eso que en las cárceles españolas no ocurre como en las de Estados Unidos. Vaya, que los presos no aparecen ante una con la bola de hierro en el pie.

Iván, eso sí, me pareció muy demacrado, aunque hizo el esfuerzo de esbozar una sonrisa al verme.

—¿Has venido? —me preguntó haciéndose el fuerte, cuando lo cierto es que apenas podía disimular las muchas ganas que tenía de llorar, lo mismo que yo.

—Iván, ¿cómo estás? —le pregunté.
—De puta madre. Estaría mejor en El Caribe, pero los jodidos de los funcionarios me niegan el derecho a irme de vacaciones, ¿tienen malaje o no tienen malaje? —se encogió de hombros, tratando el tema en clave de humor.

—¿Te tratan bien?

—Sí, no me arropan por la noche ni nada de eso, tampoco te creas que

esto es jauja, pero no me tratan mal. Por otra parte, algunos presos me ofrecen sexo gratis, y más al saber que soy poli, ya sabes, quieren darme por…

—Vale, vale, no me hace falta que seas tan explícito. Y encima me lo dices con una sonrisa, ¿cómo puede ser?

—Porque soy inocente, Noa. Está claro que alguien quiere verme entre rejas, pero no cuenta con que no me daré por vencido. Yo me enfrenté a Assane y le dije de todo menos bonito. No te niego que le habría dado puñetazos hasta en el cielo de la boca si no me hubiese traído consecuencias, porque eso mismo hace él con Farid, pero no estoy tan zumbado. Puedo ser impetuoso y, por mi edad, a veces demasiado echado para delante, pero me acordé de ti y de lo mucho que me había costado hacerme poli y giré sobre mis talones a tiempo.

—¿Por qué no me has llamado a través de tu abogado? ¿Por qué no me dijiste que viniese a verte?

—Porque no habría soportado que tú tampoco me creyeses, pero al verte aquí, por tu propio pie, entiendo que puedo tener una posibilidad de que me creas.

—Quiero creerte, Iván, quiero creerte…

—Me gustaría preguntarte si también quieres quererme, pero te conozco e igual me llevo un guantazo, Noa.

—Iván, estoy aquí para ayudarte, nada más. Basta de mentiras, he vuelto con Alexandre y vamos a casarnos—le aclaré.

En sus ojos vi que le cayó como un jarro de agua fría. Yo no quise ser borde, aunque tampoco había ido hasta allí para maquillar la realidad.

No le dejé decir nada al respecto, solo le pregunté por todo aquello que se me ocurrió, como si el hombre que tenía delante fuese un ciudadano cualquiera, como si al verle no me hubiese quedado profundamente conmocionada, como si en mi mano estuviera parar el torbellino de sensaciones que sentí en mi interior.

En un momento dado, aun a riesgo de meterme yo solita en la boca del lobo, porque no podía tener la seguridad de que él me estuviese siendo honesto, le revelé el dato de la cámara de vigilancia.

—Te prometo por el cariño que te tengo, que no sé de qué cámara me estás hablando, Noa, ¿me crees? —me preguntó compungido porque parecía muy confundido.

—Te creo y te prometo que voy a llegar hasta el fondo del asunto, Iván, te lo prometo.

—Noa, yo no quiero presionarte, pero tú eres la única que me cree porque ni siquiera mi abogado lo hace. Él solo me defiende porque es su obligación, pero yo noto que no me cree.

—No soy la única, no… Farid también lo hace—le dije y noté su sorpresa.

—¿El bueno de Farid me cree?

—Sí, él me ha convencido de muchas cosas—le aclaré antes de marcharme.

Capítulo 57



No me iba a faltar el trabajo. Entre el mucho que traía entre manos en comisaría, pues la comisaria cada vez confiaba más en Alexandre y en mí, y la investigación paralela que pensaba llevar a cabo para demostrar la inocencia de Iván, caería por las noches a plomo. Y lo peor es que tenía el sueño espantado porque los acontecimientos estaban dando un giro mortal y con alguna que otra pirueta de por medio.

No podía más. A Alexandre no quería darle explicaciones porque intuía que terminaríamos discutiendo, pero realmente estaba muy escamada y pensaba que la comisaria era la única que me podría ayudar.

—¿Has estado dentro de su casa? Noa, por favor, tendré que hacer como si no hubiese oído eso—me contestó atónita cuando fui a explicarle a su despacho.

—Comisaria, por favor, le ruego total discreción…

—No, si te parece cojo un megáfono y me pongo a pregonarlo en la puerta, y ya de paso confieso también que estoy al tanto de que has cometido un delito.

—No hace falta que le diga que Iván no es para mí un simple

compañero. Yo no quería que se supiese, pero…

—Sé que tuvisteis un lío, y también te digo que eso puede entorpecer tu visión de los hechos.

—¿Y si le digo que le estaban espiando? Alguien instaló una cámara en su *loft*, en un lugar muy difícil de ser localizada. Ya se lo digo yo, que la vi con mis propios ojos.

—Claro, y no pudo ser él mismo… Noa, ¿hace falta que te diga que hay mucho salido suelto?

—Comisaria, no fue él… He ido a verle a la cárcel y le digo que…

—¿Has ido a verle, Noa? Pronto estarás con el agua al cuello, como no te apartes de Iván, la mierda también te salpicará a ti, aparte de que me imagino la gracia que todo esto le hará a tu prometido. Alexandre es un buen hombre, no se merece que le des una de cal y otra de arena. Por lo que me dijo tu padre, y por lo que conozco de él, pensé que tus principios se parecían más a los suyos.

Me vistió de limpio en un momento, eso fue lo que hizo. Mi desesperación iba en aumento y yo no hacía más que dar palos de ciego. Para colmo, al salir, me encontré a Paula charlando animadamente con Amanda en la puerta, ¿desde cuándo eran esas dos tan amiguitas?

No me pude morder más la lengua, no porque si lo hacía terminaría reventando y no me daba la real gana. Es que encima me estaban mirando como mofándose de mí, y estallé.

—¿Se puede saber qué coño miráis? —les pregunté llegando hasta ellas como Chicho Terremoto, solo me faltó remangarme.

—Joder, qué bríos—rio Amanda.

—Qué ovarios tienes, ¿y encima te ríes de mí?

—Paso de ti, imbécil—me contestó airada.

—Ya, si hubieras pasado igual de Alexandre todo habría sido mejor.

—Habló Santa Teresa de Calcuta, ¿no crees que deberías pensar un poco las cosas antes de hablar? Tú no eres quién para reprocharme nada, se te da súper bien jugar a dos bandas. Un día tienes que enseñarme.

—Ya, el día que tú me enseñes a dar puñaladas traperas, que es tu especialidad.

—¿Digo que nos preparen una piscina de barro y nos partimos la cara en él? Porque supongo que para mí también tendrás palabras de cariño, ¿no? —se metió Paula.

—Sí, tú también eres un amor, aunque reconozco que contigo me equivoqué, tú no te liaste con Alexandre—le dije en el momento en el que un escalofrío recorrió mi cuerpo porque vi que se estaba fumando un LM largo, la misma marca de cigarrillos del que encontré debajo del sofá de Iván.

Vale, mucha gente fuma cigarrillos de esa marca, pero yo ya tenía la sensación de que allí nada era casualidad y así lo hice valer, en plan kamikaze.

—¿Qué mierda es eso que estás fumando? —le pregunté fuera de mí.

—Pues un cigarrillo, puta loca, ¿acaso me has visto pinta de fumar otra cosa?

—Si lo digo por la marca, chalada…

— Ni que yo fuera la única que fumara de estos, no te jode. Pregúntale a tu Alexandre, a ver qué te dice. Mira, estoy hasta el kiwi de callarme ya, me da igual lo que le parezca a él, ese tío no me va a silenciar por mucho que lo pretenda.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué tiene que ver Alexandre con todo esto? —flipé.

—Mucho, él fue quien provocó que me cambiase de marca. Comencé a dar caladas de los suyos y me gustó. Es lo que tiene cuando compartes un piti después de un polvo.

Ganas me dieron de utilizarla como gallina para el puchero, después de retorcerle el pescuezo.

—¿Te acostaste con Alexandre? No, él no estuvo contigo, ¡eso no es verdad!

—Mira, la única verdad es que al final quiso volver corriendo a tus faldas, aunque tampoco yo quería nada con él, no como ella—señaló a Amanda—, pero los cuernos te los puso hasta este soleado cielo sevillano que nos ilumina.

La sonrisita de ambas era maléfica a más no poder, aunque mi intuición me volvía a decir que no me estaba mintiendo.

—Vaya, ¿entonces es cierto que no salió en todo un finde de tu cama? Porque te escuché decírselo a tus amigas.

—Pues no, y te juro que le hice gozar mucho, muchísimo… Le tenías muy falto, es lo que pasa cuando a un tío no se le da lo que necesita, ¿qué esperabas, Noa?

Capítulo 58



Me metí en mi despacho mareada. Alexandre me vio en ese estado y disimulé.

—Creo que el paté del desayuno no estaba en buen estado, siento náuseas—le comenté.

En eso último no le mentí, con el matiz de que las náuseas me las provocaba el no saber qué pensar ni de quién. Parecía que mi Alexandre no era tan bueno como se había vendido delante de mí. Eso o que la pérfida de Paula quería deshacer mi compromiso con él y había lanzado un órdago a ver si colaba.

—Igual deberías marcharte a casa, es cierto que tienes mal color—me comentó.

—Pues mira, en eso sí que tienes razón, creo que le pediré permiso a la comisaria y me marcharé a casa.

Por lo que Paula me había dicho, Alexandre fumaba a escondidas de mí. Llevaba años dándome la charla para que yo lo dejase, y entraba hasta dentro de la normalidad que, si cogió un cigarrillo a la desesperada, no me lo dijese. Bien se guardó, eso sí, de que el aliento le oliese, aunque pudo hacerlo de forma muy ocasional, tras acostarse con ella, y poco más. Lo que no podría perdonarle sería que hubiese

negado acostarse con esa tipa, cuando parecía ser que sí.

¿Y el cigarrillo que encontré debajo del sofá de Iván? ¿Era o no era de Paula? ¿También Iván se había acostado con ella? Eso me dolía, porque, aunque fuese antes de que tuviésemos nada en firme… Joder, si él parecía no poder verla, ¿hizo la vista gorda solo por meterla en su cama? ¿Era un cínico? Y si lo era, ¿me estaría mintiendo también en el resto de las cosas?

La cabeza me daba más vueltas que un tiovivo, razón por la que llegué a casa y me eché a llorar. El agobio era máximo y ya no sabía qué pensar de nada ni de nadie.

Un rato después, me dediqué a inspeccionar, una a una, todas las prendas de ropa de Alexandre que tuviesen bolsillos en busca de alguno de esos cigarrillos. Ya estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando vi una riñonera que usaba para guardar ciertas cosas y en las que ¡bingo!

Miraba aquel paquete de tabaco y todo me empezaba a encajar, aunque faltaba hacer una llamada que corroborase del todo que Alexandre me fuese infiel en su momento.

—Comisario Iago Prieto al aparato—bromeó mi padre cuando descolgó.

—Papi, tengo que hacerte una pregunta y no puedes vacilar en tu respuesta…

—¿Qué te pasa, Noa? Apenas te sale la voz del cuerpo.

—Necesito saber si Alexandre ha estado en Pontevedra sin mí hace unos cuantos fines de semana. Déjame que consulte el calendario y te

digo cuál exactamente.

—No hace falta, hija, claro que no ha estado aquí…

—Papá, te prometo que no me enfadaré contigo. Él me dijo que tú no querías que yo lo supiese, que lo llamaste para una rueda de reconocimiento y que no quisiste removerme más.

—¿Esa milonga te contó? Pues dile que si tiene huevos me llame a mí y me la cuente también, que le voy a ajustar las cuentas.

—¿No me mientes? ¿No ha estado allí contigo?

—¿Crees que tengo pinta de mentirte? Lo que estoy es deseando que me llame, dile que lo haga, que dé la cara, Noa, que a mí no me utilice para mentirte y…

—Papá, necesito que no le digas nada todavía, por favor. Quiero pillarle por banda y hacerlo yo, ¿me lo prometes? Tampoco fui una santa, y pretendo que me cuente la verdad, por muy dolida que me sienta ahora mismo.

—Noa, esto ya no me está gustando. El Alexandre que yo creía conocer no habría hecho eso, no le habría mentido tan vilmente a mi niñita.

—Ya, papá, pero no te olvides de que tu niñita también le mintió a él, ¿vale? Te quiero mucho, ojalá me pareciese más a ti—le dije al colgar el teléfono con lágrimas en los ojos.

Las cosas se estaban complicando y no poco, qué jodienda con todo… Al quebradero de cabeza que me provocaba lo de Iván tenía que

sumarle que Alexandre tampoco fuese el hombre que yo pensaba.

Sentía que la vida se me volvía a poner en contra, que cada vez que pensaba que daba un paso adelante, me hallaba más y más atrás, que me era total y absolutamente imposible salir del atolladero, y que solo tenía ganas de evadirme y dormir.

No podía hacerlo, no cuando presentía que Iván podría hundirse en la miseria cuando ya a aquellas alturas le creía inocente de la paliza a Assane, aunque quizás también fuese un falso que estuviese con Paula cuando le quitaba las tiras de pellejo conmigo.

Más que nunca, quería huir de Sevilla y refugiarme en los brazos de mi padre, que debía ser el único hombre que no me hubiese mentido en la vida.

El dolor se acrecentaba en el interior de mi pecho. No podía paralizarme, un dolor que te paraliza puede ganarte la partida y yo no me consideraba una perdedora.

Debía seguir moviendo ficha y lo malo era que no me permitía pensar con claridad. Alexandre llegó a la hora del almuerzo y hablé con él, no podía esperar más, y ¿por qué habría de hacerlo?

—No estuviste en Pontevedra aquel fin de semana—le espeté mientras él me servía el plato, viendo la mala cara que tenía. Su contenido estuvo a punto de derramarse, pues el pulso le tembló.

—¿Quién te ha dicho eso, mi vida? —me preguntó con voz grave.

—Mi padre, se lo he preguntado hace unas horas, ¿también vas a tacharle de mentiroso? —me enfrenté a él con todas mis armas.

—Lo siento, de veras que lo siento mucho…

—Te la estabas tirando, te la tirabas igual que yo a Iván. Si no te lo confesé fue porque no quería quedar como la única mala y al final así ocurrió…

—Cariño, es mucho más complicado que eso. Es cierto, me acostaba con ella, pero no quería perderte. Lo mío con Paula no era tan profundo como lo tuyo con él, yo sabía que tú te estabas quedando muy pillada.

—¿Tú sabías en aquel entonces que yo me acostaba con Iván? —le pregunté asombrada.

—Bueno, yo… Yo podía intuirlo—titubeó en su respuesta y supe que me estaba mintiendo. Claro que lo sabía.

—Vete, Alexandre, ¡quiero que te vayas! —le chillé.

—No puedes hacerme esto, Noa. No puedes meterme y sacarme de tu vida a tu antojo, ¡no es justo! —me chilló cogiéndome fuerte por los brazos.

—¡Suéltame! ¡Que me estás haciendo daño! —le ordené y logré que lo hiciera, tras lo cual le empujé hacia la puerta y lo eché.

Capítulo 59



Llevaba horas llorando, toda la tarde. La noche cayó sobre Sevilla como lo hicieron las lágrimas de mis ojos, irremediablemente, una detrás de otra hasta formar un charco en el suelo.

Me sentía muy perdida tratando de analizar la situación, la cual me resultaba muy complicada, cuando una idea devastadora asaltó mi cabeza.

Me calcé las deportivas, pues ni siquiera había llegado a desvestirme ese día, y salí pitando para el hospital.

Muy sobresaltada, pensé que era imposible, que no podía ser cierto lo que se me estaba pasando por la cabeza, pero la frialdad que descubrí en los ojos de Alexandre cuando se vio descubierto por mí unas horas antes me dio que pensar.

Me sorprendió ver que el compañero de turno no estuviese en la puerta de la habitación del senegalés, puesto que debía vigilar que no se escapase debido a que también tenía diversas cuentas con la justicia.

Le pedí explicaciones cuando le vi avanzar con un vaso de café en la mano.

—Lo siento, inspectora, es que me dijeron que me necesitaban en el control, que por lo visto había una trifulca entre dos enfermos, y he ido corriendo. Ni idea de quién le comentó eso a la enfermera que me avisó, porque he acudido y la planta está la mar de tranquila.

Me escamé tanto que di una enorme carrera hasta la habitación de Assane. Justo al llegar a ella, alguien salía de su interior y me dio un tremendo golpe, haciéndome caer de espaldas.

Obvio que le reconocí al momento, obvio que era Alexandre quien salió de ella como alma que lleva al diablo. Chillé y chillé para que le dieran alcance y cuando un médico logró hacerlo él le apuntó con su arma y tuvo que dejarlo ir.

Mi compañero, que avanzaba por el pasillo, dejó caer el café y corrió también como un galgo, pero le fue imposible alcanzarlo.

Temiéndome lo peor, entré en la habitación y Assane solo podía toser y toser, llevándose las manos al cuello. Alexandre había intentado estrangularlo y solo corrió al escuchar mi voz por los pasillos, dejándole vivo de milagro.

Cuando por fin pudo hablar, no dudó en acusarlo.

—Ese fue el tipo que me dio la paliza, el mismo que ha intentado matarme.

Me quedé sin respiración. Era justo lo que sospeché cuando me encaminé hacia el hospital, por mucho que me costase creerlo. En un momento dado, se me encendió la bombilla al pensar que, si Alexandre sabía lo mío con Iván desde el principio, le odiaría.

Faltaba la confirmación, que igual nos llegaría o no de sus labios, pero yo ya tenía el presentimiento de que fue él quien puso la cámara de vigilancia en el *loft* de Iván y a quien se le cayó el cigarrillo allí, yendo a parar debajo de su sofá.

Ese extremo y otros los corroboró horas después, delante de la comisaria, cuando fue detenido por mí y por varios compañeros más, quienes le dimos alcance en una calle de Sevilla.

Fue horrible, verdaderamente horrible, si bien su abogado le aconsejó que, tras el intento de asesinato de Assane en el hospital—el segundo delito que cometía contra aquel tipo—, sería mucho mejor que colaborase con la justicia y se declarase arrepentido.

Lo hizo, aquel cobarde lo hizo, y lo de cobarde estoy en mi derecho a llamárselo con todas las letras, puesto que cuando vio que me perdía no dudó en enviar a la cárcel a Iván.

No es el primero ni el último que se decide a actuar cuando la infidelidad trasciende el ámbito de su domicilio, es decir, cuando ya la gente lo sabe. Él hizo lo mismo que yo y calló mientras que nadie sabía nada, pero cuando Amanda le confesó que estaba enterada por mí, montó en cólera y se fue de casa, haciendo el papel de su vida. Después volvió a mí, haciéndome sentir culpable por haberle engañado con un tipo que supuestamente se ensañó con Assane, cuando el único capaz de hacer algo así, a la chita callando, era él.

Se derrumbó al confesármelo todo. Él le había seguido aquella tarde en la que yo volaba hacia allí y ambos estaban en Sevilla. Los ojos le hicieron chiribitas al ver cómo Iván se enfrentó a Assane, y cómo llegó incluso a amenazarle para que dejase en paz a Farid, aquel pobre hombre que también creyó en la inocencia de su amigo. Después asaltó a Assane para culparle.

—Todo lo hice por ti, Noa, todo lo hice por ti—repetía una y otra vez aquel maleante.

—No le escuches, Noa, esa es la canción de todos los que son como él. No lo hizo por ti, lo hizo por él… Lo hizo por mantenerte a su lado a toda costa, te gustase la idea o no—me indicó mi jefa.

Me sentí mal, muy mal, aunque supe en todo momento que la comisaria Coca tenía razón y que no podía seguir escuchando las palabras de quien había sacado sus más bajos instintos en aquel tiempo en el que estuvimos en Sevilla.

La verdadera naturaleza de las personas siempre termina saliendo, y a veces nos asombra tanto que nos deja sin reacción.

Iván no me había traicionado. Él sí se dejaba ver como era, con sus defectos y con sus virtudes, pero sin esconder nada. Él nunca me había engañado.

Capítulo 60



Alexandre pasó a disposición judicial al día siguiente. En la vida, las cosas a veces ocurren así y responden a un criterio de justicia, puesto que su encarcelamiento preventivo llevaba aparejada la puesta en libertad de Iván.

Me tocó hablar con Ana y con Rodrigo, contarles cómo habían sido las cosas. Y digo que me tocó porque, aunque se supone que fue elección mía, al final creí que era mi obligación, esa que mi padre siempre me enseñó a cumplir.

La comisaria me previno sobre que no era la mejor idea y, aun así, yo quise hacerlo. Ana, quien estaba respondiendo mucho mejor al tratamiento, sintió que el mundo se le caía encima, lo mismo que a Rodrigo, solo que actuaron de un modo muy distinto.

—Noa, yo solo digo que si tú tampoco…—comenzó a tratar de reprocharme, queriendo justificar en parte a su hijo, pues yo les conté la verdad, incluyendo lo que pasó con Iván.

—Cariño, no vayas por ahí, que no sería justo—la interrumpió Rodrigo—. Sabes que te quiero más que a mi vida, pero nunca habría hecho algo así porque pensara que te perdía, nunca—le aclaró él, avergonzándose de la actitud de su hijo.

Unas horas después, como en las pelis, yo esperaba a Iván en la puerta de la cárcel de la que salió con la más amplia de sus sonrisas.

—¡Has venido a buscarme! —me chilló tirando su mochila y cogiéndome en brazos.

No entendí que aquel grupo de personas que estaban detrás de mí comenzaran a aplaudir y a vitorear de esa manera, por lo que tuve que esperar a que él me dijese que se trataba de su familia para encajarlo.

Su padre, sus primos, sus amigos… Todos estaban allí para darle ánimos a quien había sido tan injustamente encarcelado.

Unas horas después, ellos se volvieron para Cádiz y nosotros nos fuimos a comisaría. La comisaria Coca le esperó y llamó a todos para que fueran a recibir a su compañero como se merecía.

La gente le quería, y la mayoría se lo demostró con abrazos, de la forma más afectuosa del mundo. Solo faltaron algunas que yo me sé y que no se alegraban de lo nuestro, aunque en la viña del Señor tiene que haber de todo.

—En ningún momento sospeché de Alexandre, nunca de un compañero—le reveló él ya a solas a la comisaria, conmigo a su lado.

—Has demostrado mucho tesón, pues te has visto envuelto en un lío muy gordo a muy temprana edad y no arremetiste contra nadie. Estoy orgullosa de ti, Iván, llegarás alto si te lo propones. Ahora bien, la lengua…

—Ya, que mejor me la vendo, ¿no, comisaria? Que casco mucho y luego me pasa lo que me pasa…

—Sí, pero a ver quién quiere comprártela, *miarma*—le contestó ella entre risas.

A pesar de que resultó un día muy duro, la felicidad por ver a Iván libre y porque todo se hubiese aclarado era inmensa. Solo me faltaba dejarme contagiar de la alegría de aquella gente y entender que también allí podía vivir a las mil maravillas, porque Sevilla no solo tiene un color especial, como dice la famosa canción, sino que es un rincón mágico a la hora de hacer vida en él.

Algún día volvería a mi tierra, eso lo tenía muy claro, pero mientras eso no ocurriera, pensaba dar gracias cada mañana por la vida que pudiera disfrutar allí, con él.

Esa noche acabamos en mi cama, haciendo el amor hasta altas horas de la madrugada, y eso que el cansancio era patente en ambos. Nos daba lo mismo porque a la hora de amarnos ambos poníamos el contador a cero y las horas no pasaban.

—Te quiero, te quiero mucho, niñato—le dije cuando terminamos, pero seguíamos fusionados el uno con el otro, dejándome envolver por su calor y llegando a la conclusión de que así estábamos mejor que de ninguna otra forma en el mundo.

—Yo sí que te quiero, jefa, y mira que no sabía ni que se pudiera querer así… Lo que más lamentaba de estar allí dentro era pensar que me perdería esto, lo que tanto deseo.

—¿Y qué es eso que tanto deseas? A ver, que lo quiero escuchar de un motero que hasta ahora ha querido a su moto más que a nada en el mundo.

—Lo que deseo es pasar la vida contigo, eso es lo que deseo. Y a mi

moto la quiero, ¿eh? Pero no compares porque a ella no puedo hacerle…

Me lo demostró de inmediato, perdiéndose debajo de mis sábanas, buceando en mi entrepierna, provocándome un placer sublime que me llevó a lo más alto, demostrándome que lo que decían su boca y sus ojos coincidía, que él no conocía la mentira y que cuanto salía de sus labios era verdad.

Comenzamos a vivir juntos pronto y, aunque le costó dejar su *loft*, en mi ático flipaba. Menudas risas que se echaban sus primos cuando les hacíamos una videollamada y con ese desparpajo gaditano le decían que tenía *tó* el arte y que se había ligado a su jefa, que no solo era una tía buena, sino que encima estaba forrada. No se cortaban ni un pelo en decirlo delante de mí y pronto estuve más que acostumbrada a sus cosas, esas que tanto me chocaban al principio.

Los meses fueron pasando y yo le fui cogiendo el gusto a Sevilla y a sus gentes. Por cierto, que no me desvinculé del todo de Ana y de Rodrigo, porque hasta ella aceptó de buen grado que los visitase de vez en cuando para ver si necesitaban algo. Dentro de su pena, porque esa no se la podía quitar nadie, tuvieron la satisfacción de que ella superó el tumor, lo cual me llenó de alegría también.

El verano estaba por llegar y antes de subir unos días a ver a los míos, pasamos un fin de semana en Caños de Meca con los primos de Iván, quienes era la monda lironda.

Capítulo 61



Dios mío de mi corazón lo que me podía reír yo con todos ellos allí, en el mismísimo paraíso en el sur, como decían.

Era sábado por la noche y los primos de Iván se habían fumado un par de porrillos cada uno, de manera que, si gracia solían tener, eso ya fue el remate de los tomates, de veras que sí.

Nos habían ofrecido, pero él no tenía interés y yo menos, porque incluso dejé de fumar tabaco en aquellos meses. Y lo mejor de todo fue que logré que mi padre también lo dejase, y eso que él sí que le daba al vicio. En fin, que el hombre me prometió que lo dejaría si yo era capaz de no coger ni un cigarrillo más, y yo entendí que era la oportunidad de oro para hacerlo.

Nos habíamos tostado al sol durante todo el día y, con la sola luz de la luna sobre nuestras cabezas, en aquel entorno natural e incomparable de las dunas de los Caños, estábamos sentados tomándonos unas birras y escuchando la música que procedía del garito de enfrente.

Si algo sentía desde que estaba con Iván era paz, una increíble paz, pero no en plan “me aburro”, sino todo lo contrario. Con él, los planes se encadenaban uno con otro, pero siempre con la tranquilidad de que todo lo hacíamos de buen rollo y contándonos las cosas.

Esa noche nos estábamos riendo lo más grande porque en la puerta del garito estaba Raúl, uno de sus primos, totalmente fumado y tratando de liarse con una chica cuya pareja andada por allí, con lo cual podía armarse la de Troya en cualquier momento, cosa de la que no parecía ser consciente, pues aquel descerebrado no lo era de nada.

Lo más grande fue que el novio apareció en un momento dado y, lejos de liarse a trompadas, se hicieron colegas y se fueron los tres juntos.

—¡Que se van a montar un trío! —le chillé muerta de la risa.

—Yo no sabía que mi primo fuera de ese palo, qué tío—rio él.

—E igual no va, pero como lleva la que lleva encima. Madre mía, ya veremos cuando mañana abra los ojos—reía yo con mi birra en la mano.

—Ya te digo, algún día descubrirá que lo guay es levantarse siempre con la misma belleza al lado.

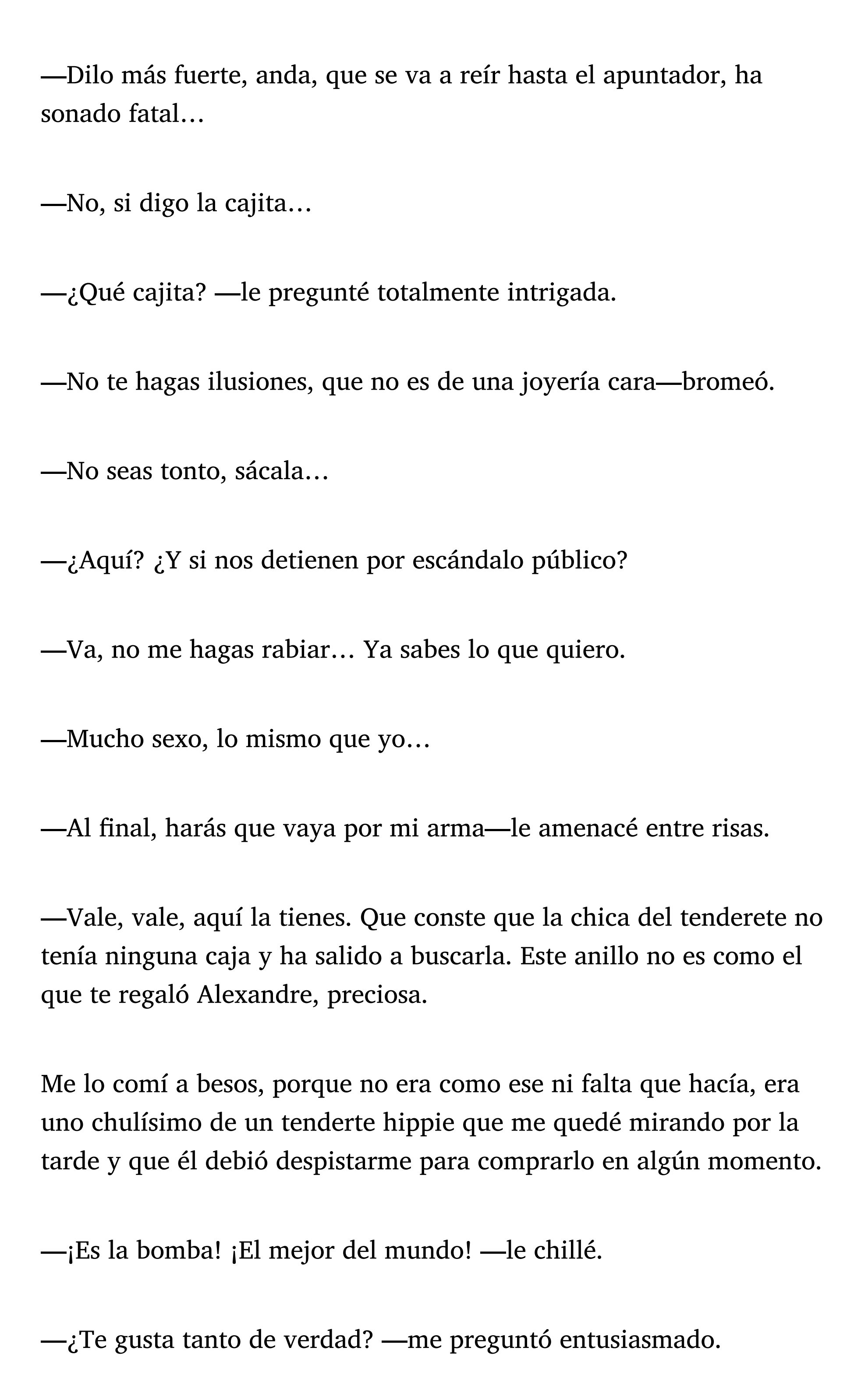
—Eso te ha quedado genial, *miarma*—reí yo.

—Al final, terminarás diciéndolo hasta con gracia—se levantó porque sabía que cobraba, de aquella cobraba y no la paga extra—. Vale, vale, que lo he dicho en broma…

Le correteé hasta caer encima de él y entonces me clavé algo. Y no, no fue ese algo en lo que estáis pensando, sino en un pico que…

—¡Ay! —chillé.

—¿Te la has clavado, mi niña?


—Dilo más fuerte, anda, que se va a reír hasta el apuntador, ha sonado fatal…

—No, si digo la cajita…

—¿Qué cajita? —le pregunté totalmente intrigada.

—No te hagas ilusiones, que no es de una joyería cara—bromeó.

—No seas tonto, sácala…

—¿Aquí? ¿Y si nos detienen por escándalo público?

—Va, no me hagas rabiar… Ya sabes lo que quiero.

—Mucho sexo, lo mismo que yo…

—Al final, harás que vaya por mi arma—le amenacé entre risas.

—Vale, vale, aquí la tienes. Que conste que la chica del tenderete no tenía ninguna caja y ha salido a buscarla. Este anillo no es como el que te regaló Alexandre, preciosa.

Me lo comí a besos, porque no era como ese ni falta que hacía, era uno chulísimo de un tenderte hippie que me quedé mirando por la tarde y que él debió despistarme para comprarlo en algún momento.

—¡Es la bomba! ¡El mejor del mundo! —le chillé.

—¿Te gusta tanto de verdad? —me preguntó entusiasmado.

—Me gusta lo que representa, aparte de que el anillo es la caña—le dije poniéndome aquella obra de artesanía en plata en mi dedo. Un anillo barato que, para mí, contaba con un valor inmenso.

—No es un anillo de compromiso, ¿eh? El día que reúna el valor para pedirle tu mano a tu padre te compraré otro mejor—me dijo risueño.

—¿Mejor? Será distinto, pero no mejor. Me encanta, te prometo que me encanta…

—Pues nada, ¿lo celebramos dándonos un chapuzón? —me preguntó mirando el agua del mar, en la que no había nadie a esas horas.

—¿Es que se te ocurre alguna manera mejor de celebrarlo? —le pregunté mientras me levantaba y él tiraba de mí, con mogollón de ganas de que nos perdiésemos en ese mar que nos serviría de improvisado nido de amor acuático, porque yo lo veía en sus ojos igual que él en los míos.

Gritando de alegría y salpicando lo más grande nos metimos en él con ropa y todo, la misma que fuimos quitándonos y lanzando hacia la orilla, con la mala suerte de que a un chavalín que pasaba por allí le cayeron mis bragas en la cabeza.

—La madre que lo parió, ¡que se las lleva! —chillaba él—. Ahora seré yo quien saque el arma…

—Pero otra arma, ven aquí, que tú vas a sacar otra arma—le dije mientras le engatusaba para que no se viniese arriba.

Se vino, pero de otro modo, y tardamos más de lo previsto en salir del agua. El sexo con Iván, daba igual el trasfondo, siempre era

formidable y no perdíamos ocasión de engancharnos el uno con el otro.

Mientras me penetraba, yo miraba aquel llamativo anillo de plata que lucía en mi dedo y pensaba que no se podía ser más feliz.

Debimos subir la temperatura del agua, debimos hacerlo en una noche en la que volvimos a comprobar que la felicidad consistía en disfrutar de cada pequeño momento que compartíamos, con independencia del lugar en el que nos encontrásemos. La vida me había dado un vuelco, uno que se asemejaba al que mi corazón sentía cada minuto que pasaba al lado de aquel hombre al que amaba con locura.

Epílogo



Cuatro años después…

Mi padre me miraba con entusiasmo y me recordaba lo mucho que me parecía a mi madre el día de su boda. Iria le escuchaba, entre ellos jamás existieron los celos, y mucho menos a esas alturas.

Me casaba con Iván y no lo haría en una iglesia, sino en un pequeño y coqueto altar que montamos en el jardín del pazo gallego que compré unos meses atrás.

Llevaba tiempo pensando en invertir en mi tierra, a la que acabábamos de trasladarnos. Mi padre se jubiló un par de años atrás y yo le prometí que tomaría todas las precauciones. Además, los que en su día tirotearon a Alexandre fueron finalmente apresados y todo parecía algo más calmado, dentro de que aquella lacra seguía coleteando.

Iván se enamoró también del pazo la primera vez que lo vio. No estaba lejos de la ciudad y era una verdadera virguería. De esas casas señoriales gallegas que son los pazos siempre se ha dicho que son misteriosas, evocadoras y románticas. No sé qué parte de leyenda urbana pueda haber en tal afirmación, pero sí que el nuestro rezumaba romanticismo en un día en el que lo preparamos todo para que así fuera.

Como Iván no tenía madre, estuvimos de acuerdo en que Iria asumiera el papel de madrina, mientras que mi padre fue el flamante padrino de la que seguía siendo la niña de sus ojos.

Bruno y Duarte ya eran por entonces dos adolescentes que reivindicaban su derecho a ser tíos, algo que igual no tardaba tanto en suceder, puesto que con Iván sí que me planteé la idea de ser madre, ignoro cómo me quitó los miedos que sentía al respecto.

En los últimos años se han popularizado las bodas en los pazos gallegos y no es porque yo sea de allí, pero puedo entenderlo. Hasta la familia de Iván, que se desplazó al completo desde Cádiz, vio con los mejores ojos el encanto de nuestra boda en el pazo, tan elegante y tradicional.

Iván no pudo contener las lágrimas al verme avanzar hacia él, con mi sofisticado vestido de línea recta, ese que tanto favorecía mi silueta, y del brazo de mi padre. La música del gaitero sonaba como preludio de un magnífico enlace en el que habíamos puesto toda nuestra ilusión.

Lo más grande del asunto fue que cuando el gaitero terminó de tocar, los primos de mi chico comenzaron a cantar unas bonitas letras de Carnaval que habían compuesto para nosotros, algo que ni Iván esperaba y que resultó de lo más simpático, provocando un contraste de culturas que le añadió mucha riqueza al comienzo de la ceremonia, pues no pudieron ser más emotivas.

Con lágrimas en los ojos ya también por mi parte, ambos nos tomamos de las manos para prometernos amor eterno antes de dar el pistoletazo de salida a una fiesta que amenazaba con extenderse hasta el día siguiente.

Nunca había visto a mi padre tan orgulloso de mí y tan contento, puesto que Iván supo ganárselo en aquellos años en los que me cuidó mucho en Sevilla, cosa que él le agradecería de por vida. Tampoco puso el que se convirtió ese día en mi marido ningún obstáculo a la hora de marcharnos a vivir a Pontevedra, un sueño que por fin vi cumplido.

No miento si digo que, pese a eso, llegué a adorar Sevilla en aquellos años y sería inmensamente feliz cada vez que volviéramos allí, lo mismo que a Cádiz, la tierra de Iván, pero yo necesitaba respirar aire gallego y ese fue el mejor regalo que mi futuro marido pudo hacerme.

Y sí, por si os lo estáis preguntando, hubo pedida de cuento unos meses antes, en las últimas Navidades, delante de mi familia, y con Iván hincando rodilla como mandan los cánones.

A partir de entonces, vivimos pensando en aquel día en el que no solo reunimos a nuestras familias, sino a todos nuestros amigos, en el marco incomparable del pazo que habría de ser nuestro hogar.

La fiesta, tal como pensamos, se prolongó hasta el amanecer siguiente y en ella no faltó ni uno solo de los elementos para calificarla como mágica, algo que entraba en mis planes porque para eso Galicia es tierra de *meigas* y las *meigas* controlan mucho de magia.

Yo también debía tener algo de brujilla, porque un día seguí a mi corazón, planteándome que Iván fuese inocente, y no me equivoqué para nada. Siguiendo sus dictados, di con la clave y logré excarcelar al hombre que se había metido con fuerza en mi corazón, dándole vueltas como si de una centrifugadora se tratase.

—Y ahora nos vamos de luna de miel a Las Seychelles, es lo que tiene casarse con una rica—me dijo cuando despedimos a todos nuestros

invitados tras bailar durante horas y horas, beber, reír, cantar y hasta tirarnos todos a la piscina, que para eso era verano.

—Tú sí que estás rico, ven aquí niñato—le dije con ojos golosones al vernos a solas.

—¿Me vas a seguir llamando niñato ahora que estamos casados? ¿Qué falta de respeto es esa, jefa? —se desternilló.

—Si yo ya no soy tu jefa, ¿se te ha ido la pinza, niñato?

No lo era porque él también logró su plaza como inspector de policía. Se lo había propuesto en aquellos años y lo consiguió, enamorándome más todavía si cabe por su tenacidad y por sus ganas de escalar en la vida.

Le amaba con toda mi alma, igual que amaba aquel entorno en el que nací, crecí, me hice adulta y ese día me casaba… En Galicia quería que vieran la luz mis hijos y allí deseaba, con el tiempo, envejecer al lado de un Iván que me alumbró en el momento de mi vida en el que me apagué, convirtiéndose desde entonces en mi faro, aparte de en mi guapísimo y súper atractivo marido.

Mis redes sociales

Facebook: Aitor Ferrer

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu